

HISTORIA DE VENGANZA Y DEPRAVACIÓN

YO SOY HIJO DE PUTA

Jos Lira

HISTORIA DE VENGANZA Y DEPRAVACIÓN

YO SOY HIJO DE PUTA

Jos Lira

SOY HIJO DE PUTA

JOS LIRA

Título: SOY HIJO DE PUTA

D.R. © 2024, Jos Lira
Todos los derechos reservados

De la presente edición y sus características:
© 2024, Jos Lira

Comentarios sobre la edición y contenido de este libro:
www.joslira.com

PATREON
<https://www.patreon.com/relatoslira>

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, salvo fragmentos para promoción o reseñas, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del escritor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Contenido

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

AUTORA

CAPÍTULO 1

El resentimiento de un hijo abandonado por su madre, se transformará en una feroz venganza cuando se reencuentre con ella años después.

A veces me sueño en el vientre de una mujer embarazada, pero no como un embrión recién gestado ni como un feto de meses, sino como el hombre que soy, con mis 23 años en mi haber, desnudo, nadando en su útero e intentando escapar de ella.

Ahora que lo pienso no son propiamente sueños, sino pesadillas horribles. Pesadillas muy turbias. Las peores que recuerdo. A pesar de estar en su interior puedo mirar todo lo que hay dentro con una visión verdosa. Allí me siento asfixiar. La claustrofobia me agota. Me ahogo entre sus fluidos uterinos, brillantes, gelatinosos. Nado entre placenta y el líquido amniótico que destellan sobre mis ojos. Tiemblo en su vientre violentamente y casi puedo ver cómo toda ella convulsiona.

Si alguien mirara desde afuera observaría a una mujer gestante, echada sobre una cama de burdel, con la barriga colosal, que apenas le permite moverse. Desde allí se puede apreciar la lucha constante que hace la criatura que lleva dentro intentando escapar, sin éxito.

Los pechos colgantes de la mujer están lactando. Lucen enormes, hinchados, blancos y mojados de tanto secretar leche. La mujer embarazada está sonriente, bebe alcohol, fuma marihuana, disfruta mi sufrimiento. Trata destruirme. Quiere ahogarme y eso la excita.

Le da morbo matarme mientras yo continuo ahogándome en su útero luchando por escapar. Yo grito pidiendo ayuda pero sólo consigo tragarme sus fluidos. Y ella jadea después de darle caladas a su porro, y todo el ahumadero, aunque fisiológicamente no es posible, se entierra en mi boca y me infla.

La mujer mantiene los muslos separados y sus genitales expuestos, abultados, con tremendo tampón insertado en su vagina para no dejarme salir. Tiene una mata de vello púbica que luce pringosa por sus propias secreciones.

Y el tampón vibra. Y las vibraciones llegan hasta mi cuerpo y me producen cosquilleos, desde mis testículos hasta mi cabeza.

“¡Aaah!” jadea ella.

Luego juega con su clitoris enhiesto, frotándolo en círculos. La sensación del tampón vibrando en su vagina y la descarga de placer causada por sus propias estimulaciones me electrocutan por dentro. Yo también siento placer. Y odio sentirme excitado, a la vez que lucho por escapar.

Y esa lucha interna le provoca a la mujer gestante espasmos eróticos. “¡Huuuuy!” gime menando las caderas, produciendo que mi cuerpo gire y gire en su barriga. “¡Auxilio!” Grito yo. Pero la mujer gestante se contrae de placer y yo me hundo más adentro de su útero. Ella vuelve a gemir “¡Ammm!” y a medida que la mujer se excita mi falo también toma fuerza voraz.

Pareciera que estuviéramos conectados por algo. Acaso un cordón umbilical. La mujer se continúa frotando sus genitales y las próximas contracciones se vuelven más potentes. Mi verga erecta empieza a hundirse en las carnes internas de la mujer cada vez que vibra y se contrae, de modo que mi cuerpo rebota por todas sus paredes internas, hundiéndome dentro de ellas...

“¡Salte, niño malo, salteeee!” empieza a gritar ella, sacándose el tampón. Entonces, de pronto, un orgasmo de proporciones bíblicas me atrapa en forma de tornado y me expulsa al exterior, como si me estuviera abortando.

Y así, sudando a chorros, despierto gritando, llamando a papá, como cuando yo era un niño. Pero nadie responde. Antes por lo menos él acudía a mis llamados de medianoche e intentada consolarme.

Pero ahora... mi padre ni siquiera está.

Y de mi madre ni hablar.

Esa víbora escapó de su nido y nunca más volvió.

Me llamo José Enrique Lares, Kike para los compas, “papi” para mis putas, “cabrón de mierda” para mis enemigos.

Nunca digo mi apellido materno porque para mí ella simplemente no existe más en mi vida. Ojalá me hubiera abortado cuando pudo, así como lo hace en mis pesadillas. Porque sé que ese sueño si lo interpretara me mostraría a mi progenitora abortándome. Ojalá lo hubiera hecho de verdad y me hubiera ahorrado toda esta vida de mierda que llevo desde que nos abandonó.

Hace dos meses enterré a mi padre, don José Lares, en el cementerio municipal del pueblo de Santa Mónica. Todo el barrio me acompañó al entierro y entre todos me ayudaron con los costos del funeral. De no haber tenido esa ayuda, seguramente mi jefe habría terminado enterrado en una fosa común o tal vez incinerado en el patio de mi casa, la única posesión que tengo de valor y que mi padre me heredó en vida. Menuda mierda de vida tenemos, que hasta por morirse uno hay que pagar.

Me extraña, de hecho, que mi jefe me haya durado tanto si desde aquella truculenta fecha para lo único que vivía era para morirse. Hasta que lo logró. Ojalá se hubiera muerto de sobredosis o una violenta borrachera, que era para lo que existía. Pero no. Su muerte fue tan vulgar como ridícula.

Una mañana mi padre se levantó de la cama para quitarle los huevos a las gallinas y hacer su desayuno. Yo no sé si iría dormido o qué mierdas, pero el hombre cayó en el hoyo que él mismo había cavado con la intención de hacer un pozo pluvial y ahí quedó todo tieso. Ni siquiera estaba tan hondo, pero se desnucó.

Mi jefe ni siquiera tuvo tiempo de gritar o de hablarme para sacarlo. Murió al instante. Quedó con los ojos abiertos. Algo aterrador. Lo peor es que yo lo encontré hasta el tercer día, porque había días en que ni siquiera nos mirábamos.

Cada quién hacía sus cosas por separado. Él no sabía a qué hora llegaba ni a qué hora me iba. A pesar de vivir en la misma casa, parecíamos perfectos desconocidos. Yo era madrugar para ir a chambear, y él, un padre sin oficio ni beneficio, a veces se iba por días con sus amigos con el dinero que yo le daba y a mí me tocaba ir a buscarlo para traerlo arrastras a dormir. Me había cansado de decirle que se comportara como el hombre que era, pero no me hacía caso.

Y yo, en el fondo, lo entendía. Perderse en alcohol o en criko le hacía olvidar a esa mujer que tanto amaba. Siempre me dolió que ni siquiera se esforzara por corregirme como los padres normales. Era yo quien parecía su padre, pues desde que tengo memoria me puse a trabajar para mantenernos los dos.

—Tú tienes la culpa, Kike, por darle para que trague alcohol —solían decirme mis vecinos—. Tú tan trabajador y él tan vaquetón. Deja de alimentar sus vicios, muchacho, que un día se va a morir.

—Mi jefe lleva años como muerto —respondía yo—. Sé que hago mal dándole para sus vicios. Pero al menos quiero quedarme con la satisfacción de saber que si un día me llega a faltar, no se irá resentido conmigo, así como está de resentido de... esa mujer.

Es que la culpa de todos sus males la tiene una tal Amelia Vidal. Que dizque mi madre. Que dizque su mujer. A pesar de que mi padre se mató en el pozo, yo siempre pensaré que murió por culpa de esa tal Amelia, mi madre, quien un 8 de abril, lo recuerdo bien, salió de casa con una falda azul con estampados de flores amarillas y una bolsa para el mandado para nunca más

volver.

Yo tenía cinco años de edad la última vez que la vi, y todavía puedo verla yéndose de la casa:

—¿A dónde vas, mami? —le pregunté ese día, dejando el carrito de plástico que me había traído el niño Dios en navidad.

—Mi muñequito de porcelana... —me dijo ella lagrimando, aunque no entendí su estado emocional en ese momento—, iré a comprarte el trailercito rojo que tanto has querido, ¿te acuerdas mi amor?

—¿Me comprarás mi trailercito rojo, mami, el que vimos en el mercado el otro día?

—Sí... mi vida, tu trailercito rojo...

Cómo no me di cuenta de que algo pasaba cuando oí su voz quebrarse. Sus ojos color zafiro humedecerse. Y su gesto contraerse.

—¡Yupi, mami...! —recuerdo haber saltado de alegría—. ¿Puedo ir contigo? —le pregunté, como si presintiera que nunca más regresaría.

Ella se puso de rodillas frente a mí, para mirarme a los ojos. Me dio un abrazo muy fuerte. Acarició mis mejillas y, sin dejar de lloriquear, me dijo:

—Ahora no puedo traerte conmigo, mi muñequito de porcelana...

—¿Por qué no, mami, por qué no puedes llevarme contigo? —quise saber, todavía sintiendo sus tiernos dedos frotándose mis mejillas coloradas.

—Es que... me voy a tardar mucho... en el mercado...

—¿Cuánto te vas a tardar?

—Mucho... mi amor... hasta que... pueda darte una vida mejor...

—¿Qué significa eso, mami?

—Nada, mi muñequito de porcelana, nada... Quiero decir... volveré hasta que... pueda traer... tu trailercito. Pero mientras vuelvo, mi niño, prométeme que te portarás bien.

—¡Palabra de niño bueno, mami!

Ella volvió a besarme las mejillas y la frente. Me dijo tres veces que me amaba. Y se fue. Y nunca más volvió.

—¡El chocho se le calentaba, por eso nos abandonó! —solía decirle a quienes me preguntaban por ella.

Cuando doña Meche, (una vecina morena, bajita, jamona, chichona y bien ricota a la que de vez en cuando me cogía) me oía decir eso, solía reprenderme, diciéndome:

—No hables así de Amelia, Kike... ¡Ah! ¡ah!... ella... sufrió mucho con tu padre... ¡Ah! ¡aah!

—Y yo qué culpa tenía —le respondí la última vez que me la cogí, mientras la tenía cabalgándome, matándose ella solita cuando se hundía en mi verga—, ¿por qué no me llevó con ella si tanto me quería?

Doña Meche era muy gritona cuando cogíamos. Por eso solía meterle sus propias braguitas en la boca, para que no se dieran cuenta los vecinos, porque siempre han sido bien chismosos. Ni cogen y ni dejan coger. Ese día, sin embargo, sus braguitas ella misma las tenía en su mano, para poder responderme:

—¡Ah! ¡Ah! Ya... te dije, mijo... ella... quería... una vida mejor para ti... por eso... se fue...

—Se fue con otro cabrón, doña Meche, ¿qué no se enteró del chisme? Se fue pa Monterrey y nos dejó a mi padre y a mí como perros.

Cuando su hija Angélica se iba a la prepa y su marido no estaba y, además, daba la casualidad

de que por algo yo tenía que lonchar en casa, se prestaba entonces el momento para ir a su casa y fornicar.

—¡Pero ella... te amaba... Kikeeee! ¡Ay... qué rica tranca tienes, papiiii! ¡Ella te adoraba... tú eras su adoraciónnnnn!

Me encantaba ver rebotar sus pinches chichotas de vaca arriba abajo cuando me montaba. Siempre me ha excitado cuando las mujeres se ponen cerdas y gritan guarradas durante la cópula. La cara de señora de iglesia de doña Meche se trasformaba en la de una mujer caliente y lasciva que me ponía muy jarioso.

—¡Ay... mijo... ay... Kikeeee... qué rico se sienteee!

Sus gruesas piernas morenas temblaban en cada sentón que me daba y yo feliz echado debajo de ella, viéndola rebotar, y sintiendo cómo mi enorme falo le sacaba sus mejores orgasmos.

—¡Pero en serio, Kike... Amelia te adorabaaaaaa!

—¡Esa zorra nunca volvió por mí aunque me lo prometió! —me quejé en un momento dado en que tumbé a doña Meche sobre su propia cama y la hice ponerse a cuatro patas.

—¡Claro que volvió, Kikeeee... ¡Ay... métemela con cuidado, papacito, que me dueleee!... Ah... te decía que ella... volvió... ¡Aaah! ¡Huuuuy! Pero siempre tu padre la echaba...

Doña Meche, a diferencia de su hija Angélica, tenía un coño peludo, pero bien recortadito. Me gustaba darle sus buenas chupadas porque ella siempre fue de las jamonas que chorreaban al primer contacto con mi lengua.

—¡¿Quién le dijo que mi papá la echaba, doña Meche?! Con todo respeto, doña, pero no sea pendeja. La tal Amelia nunca volvió. Le digo que se fue con un tipejo a Monterrey, uno que sí le daba buena vida. Prefirió lujos y un nuevo marido que sí la cogía mejor antes que su esposo legítimo y su único hijo. ¡Qué iba andar viniendo esa fulana! No haga caso a chismes, doña Meche. Que disque se salió de la casa para comprarme un puto trailercito rojo. Ya hasta se me murió mi jefe y ella ni sus putas luces.

—¡No seas injusto con Amelia... mijo...! ¡"Ufff..."! ¡Amelia... te juro que te amaba de verdad... pero tu padre la corría cuando venía a verte...! ¡Ay....!

Le di tremenda nalgada en su abombado culo desparramado. Odiaba cuando la gente hablaba maravillas de la tal Amelia, de que me amaba, de que era una buena mujer, pero nadie sabía explicarme entonces por qué mierdas esa maldita piruja nunca volvió.

—No ande de mentirosa, doña Meche, que si sigue diciendo mamadas le voy a reventar el culo aunque no quiera...

—¡No... mijo... no... por mi culo no...! Con dificultad tu anaconda me entra por mi panochita, mi vidaaaa... ¡Ahhh, ya deja de nalguearme, que me duele, Kikeeee!

—Pues no ande defendiendo a la tal Amelia, doña Meche, que me castra la gente que la defiende a pesar de habernos dejado. Si mi padre siempre dijo que ella se fue por caliente, entonces será verdad.

—¡José te mintió siempre, Kike...! ¡Aaaaaghh... mijo, qué pitote tieneees....! —Yo le estaba hundiendo mi herramienta lentamente, hasta que finalmente ella recibió en su gruta hirviente toda mi longitud—... Te juro que varias veces cuando tú estabas en la escuela ella vino... a buscarte... quería llevarte... pero un día tu padre la correteó con un machete y pues ella ya no volvió...

—¡Que no diga mentiras, vieja cabrona! —exclamé, taladrándole la hendidura con tal fuerza que doña Meche dejó caer sus tetazas sobre la cama, toda desparramada, temblando y gritando como cerda en labor de parto.

—¡Ayyyyyy... hijo de puta!!!

—¡Sí, doña Meche! —le respondí yo, sin dejar de rebotarle mis huevos sobre su culo—. ¡Eso es lo que soy! ¡Yo soy un hijo de puta! Porque eso es lo que es ella, la tal Amelia. Ni si quiera las perras abandonan a sus hijos cuando se van de calientes...

—¡Deja de ofenderla... Kike...! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

—¿A caso usted, doña Meche abandonaría a sus hijos y a su marido por irse conmigo sólo porque la cojo rico?

Doña Meche estaba gritando como perra mientras la atiborraba de carne, mientras contestaba...

—¿Qué...? Yo... no creo... pero... no sé... ¡Ahhhh!

—¿No sabe? Entonces por eso la defiende, ¿eh, doña Meche? Por eso usted defiende a la tal Amelia esa... porque usted es igual de perra que ella.

Y entonces la acometí más fuerte hasta hacerla correr por lo menos tres veces, aprovechando que don Paco, su marido, un maduro setentón, había ido a retirar del cajero el dinero de su pensión.

Doña Meche era muy puerca para coger, a pesar de ser tan mentirosa. Y eso me gustaba. Será que por eso prefiero a las mujeres jamonas como ella que las chicas de mi edad. Las maduras, como ya están vividas, no le tienen miedo a nada. En cambio su hija Angélica, por ejemplo, una estudiante de preparatoria rebelde, a pesar de su rebeldía siempre fue más respingada para follar.

Y ahora heme aquí. Recordando esa última vez en que vi a la tal Amelia. Han pasado 18 años, 1 mes, y un día. Específicamente 6605 días. Y yo, por más que trato, no la puedo olvidar.

La odio tanto que quizá por eso la tengo tan presente en mi memoria. Nadie está más tatuado en tu mente que la persona que más odias. Incluso más que a las que amas. Aunque después de papá, yo ya no amo a nadie.

Por si fuera poco anoche soñé nuevamente que mi madre me abortaba, y como los sueños son muy estúpidos y sin sentido, recuerdo que mi padre levantaba mis pedazos del suelo y le gritaba fuertes reclamos a la tal Amelia, que sonreía a pesar de haberme vomitado por el coño. Lo peor es que seguía masturbándose con gozo. Y yo, muerto, veía sus tetazas hinchadas. Sus pezones inflamados expulsando chorros de leche. Su piel rosada como la mía empapada de sudor. Y sus ojos como el zafiro mirándome con ironía.

Y a pesar de que en mis pesadillas la tal Amelia siempre aparece con un monstruo sin sentimientos, la gente que la conoció nunca para de decir lo buena, abnegada y hermosa que era... pero entonces, ¿qué pasó? ¿Por qué se fue?

Lo curioso es que me acuerdo de la fecha exacta de su partida. Recuerdo bien el vestido que llevaba, sus sandalias blancas de tacón grueso, el color zafiro de sus ojos, sus gestos y hasta el color de su voz. Lo único que no recuerdo a pesar de sus gestos... es su cara. No sé cómo son sus facciones. No recuerdo como eran sus labios, su nariz... nada.

Ni siquiera tengo una foto suya para recordarla como era pues papá las quemó todas cuando ella se fue.

Lo único que sé de ella es que se llamaba Amelia Vidal, que tenía 23 años cuando se marchó, y que la fecha exacta de cuando lo hizo fue hace 18 años un viernes 8 de abril.

Yo tengo la misma edad que ella tenía al marcharse, y, sin embargo, ni tengo hijos ni estoy casado. Yo no creo en el amor. He cogido mucho, con varias mujeres, la mayoría de la edad de doña Meche y unas pocas de mi edad, o menores, como Angélica.

Crecí como Dios me dio entender. A base de caridad de los vecinos que no entendían cómo don José Lares podía ser tan cabrón para ni siquiera trabajar para darme de comer o para mandarme a la escuela. Lo curioso es que nunca nos faltó comida. Mi padre, aun sin trabajar, siempre traía al menos lo indispensable para los dos.

Algunos dicen que el verdadero culpable de la marcha de la tal Amelia es él, pero yo no puedo odiarlo, porque por muy irresponsable que fuera, nunca me dejó.

Por eso, dado que papá se fue a la vagancia, tuvo que ser el barrio donde nací quien me diera las tablas de la vida. Doña Meche me contrató desde muy niño para que le cortara el césped de su jardín. Me daba una buena paga de acuerdo a lo que hacía y a mis funciones. A los doce años ya le pintaba su casa y le cambiaba sus persianas. A los 13 años ya le hacía ciertos arreglitos a sus bardas con cal y cemento.

Lo bueno vino a mis 14 cuando, además de cortarle el césped, pintarle y enjarrarle los muros de su casa, ya la abría de piernas para hundirme dentro de sí.

Por ser tan alto y corpulento, es decir: por haberme desarrollado tan deprisa de pecho, piernas y brazos, gracias a los trabajos rudos que hacía, tal vez pensó que no era tan menor como aparentaba. Y me hizo hombre.

Ella solita comenzó a insinuárseme. Miraditas coquetas. Sonrisas provocativas. Caricias sugerentes en mi espalda o cuello. En fin. Doña Meche era artífice de muchas estimulaciones que

me hicieron desearla con los días. A veces la encontraba empinada, levantando cosas del suelo, y mis ojos se iban directo a sus nalgas. Como ella usaba falditas muy cortas cuando yo iba, me era fácil observar sus braguitas de vez en cuando.

A veces dejaba su ropa interior tirada por la casa. Ella me pedía que le ayudara a recoger la basura de la cocina y yo veía sus prendas por ahí. Un día me robé una y me masturbé con ella en su propio baño. Al día siguiente ella me dijo algo que me dejó avergonzado:

“Kike, la próxima vez deja mis braguitas en el cesto de la ropa sucia después de que te masturbes con ellas, porque donde me las encuentre mi marido así de manchadas, no sabes el problema en el que me metes.”

Me deshice en disculpas mil veces. No sabía dónde meter la cabeza. Creí que ya no me contrataría más, pero en los siguientes días comenzó un acoso mucho mayor:

“Mijo, ¿me ayudas por favor a poner la cortina del baño? Figúrate que me iba a duchar y se cayó”

“No se apure, doña Meche, ahora la pongo de nuevo” le decía yo.

Y varias veces, por accidente, se le cayó la toalla delante de mí, desparramándosele sus dos poderosos pechos, carnosos, hinchados, morenos, de areolas amplias y pezones chatos. Yo me quedaba como idiota viéndola, sin saber qué hacer o decir. Después me salía de allí y me masturbaba detrás de su casa, donde nadie me veía.

La tercera vez que me volvió a enseñar sus pechos no se la perdoné. Estaba tan caliente que le di una arrinconada en el baño y, sin saber muy bien cómo hacerlo, se las mamé una y otra vez. Mis manos apenas podían abarcar sus inmensidades. De mi boca ni hablar. Apenas pude comerme la superficie de sus mamas.

Ella me desabrochó el pantalón, me sacó el pene por el hueco de la bragueta y me la meneó, diciéndome lo gorda y dura que estaba para tener la edad que tenía. Me la jaló y me acarició los huevos con tanta maña que Ufff... en menos de cinco minutos ya estaba eyaculando sobre su mano.

—¿Te han chupado la verga antes, Kike? —me dijo la siguiente ocasión mientras le ayudaba a bajar el mandado del mercado de su coche.

—No, señora, nunca.

—Pues te la voy a mamar, ¿eh?, para que te vayas haciendo hombrecito. Vente, vamos a mi cuarto.

Doña Meche me dirigió a su habitación, se sentó en el borde de su cama y me pidió que me bajara el pantalón.

—Me encanta que los de tu edad con cualquier insinuación se les para y se les pone dura. Ahora verás lo que se siente que te la chupen.

Doña Meche me agarró mi pene endurecido con las dos manos, lo meneó varias veces, le estiró el cuero y cuando mi glande estaba brillante ante sus labios, abrió la boca y se lo metió, dándome ligeros lametones.

Confieso que las primeras veces eyaculé en su boca a los pocos minutos. Pero las siguientes ocasiones aprendí a contenerme. A doña Meche le gustaba quitarse su blusa, dejar sus pechos obesos desnudos y mamarme la verga hasta que mi leche impregnaba sus melones.

Días después me dijo:

—Ahora tú, mijo, Kike, chúpame el chocho para que aprendas bien. Luego por ahí cuando tengas novias evitarás pasar las vergüenzas que pasan todos los chicos de tu edad.

Y guiándome como una buena maestra se levantaba la falda, se bajaba sus braguitas y yo me

ponía en labor. En mi tercer intento en aquella primera semana conseguí arrancarle su primer orgasmo a base de comidas de coño. Y luego vino lo demás. Un aprendizaje sexual progresivo.

No me da vergüenza confesar que doña Meche fue la que me enseñó a follar. Las artes amatorias eran su fuerte. No importaba que fuera una de las líderes de la iglesia, en la cama se comportada como toda una cerda que me sacaba mis mejores chorros de semen.

Todo habría continuado con ella de viento en popa, pero hace apenas cuatro días descubrió que también me estaba cogiendo a su hija, y a su amiga María Elena Martínez, la mujer del boticario. Y todo se desmadró.

Toda mi vida he luchado contra mis propios demonios. De mis batallas combatidas solo he perdido las que pertenecen a mi pasado.

Como dije, mi barrio me formó. Mis amigos fueron mis hermanos. Sus hermanas mis mujeres. Sus madres mis amantes. Siempre destaqué ante los demás por mi altura, mi constitución robusta y, dicen las mujeres, por mi buena cara, sin contar mi buena herramienta.

Por lo demás, siempre fui un hombre justo. Amargado y gruñón sí. Con un carácter violento y desastroso. Pero en el fondo, con buenos sentimientos. Nunca he dejado abajo a mis compitas, ni a mi gente ni a quienes alguna vez en la vida me ha ayudado.

De más joven componía con el buen Roña algunos versos. Nos gustaba rapear. De hecho solíamos pensar que seríamos famosos con el tiempo. Pero claro, eso sólo pasa con la raza que tiene suerte. Los que son como yo, únicamente estamos destinados a librar desgracias.

De milagro logré graduarme de la preparatoria por medio de una beca que algún benefactor anónimo me otorgó. Yo no era buen estudiante. No sé cómo hice para egresar. Dado que lo mío no era la escuela, ni siquiera hice el intento por ir a la universidad. Pura perdedera de tiempo. Al final ganan más los que no tiene carreras que los que la tienen. Ya que me fue negada una educación basada en una familia estructurada, lo mío era aprender a la brava.

Siempre trabajé de lo que fuera: pintor, albañil, herrero, camarero, limpiador de coches e incluso de barrendero. A los veintiún años, sin embargo, gracias a una hermosa dama llamada Gloria y que conocí en un parque mientras salía a correr, pude entrar a un gimnasio donde conseguí potencializar mis músculos. Yo hacía ejercicios en parques públicos, con las maquinas rústicas que ponen allí. De no ser por Gloria jamás habría logrado acceder a un gimnasio de prestigio.

Me llama la atención que las mujeres de la edad de Gloria y que están tan bien acomodadas económicamente, suelen interesarse en chicos como yo. Su esposo trabajaba en asuntos del gobierno, por lo que habitualmente se la pasaba sola por grandes temporadas y con un ardor en la vagina que necesitaba mantenimiento seguido. Las mujeres de su edad son bien calientes, las cabronas, y eso me encanta.

Desde los veintiuno y hasta los veintitrés años ella patrocinó mi inscripción en el gimnasio, mis proteínas, y varios cursos sobre nutrición y rutinas de ejercicios.

A cambio le pagué durante esos casi dos años a punta de culeadas y buen sexo. Gloria creía que para mí era un sacrificio fornicarla, por más que le juraba que ella era mi prototipo de mujer por su edad y por su figura.

Aunque Gloria pretendía comprarme ropa, joyas y perfumes, yo siempre lo rechacé. Por lujos fue que mi madre nos abandonó. Yo no sería como ella. Además no me gustaba ser aprovechado con las personas. Menos con las mujeres con déficit de cariño. Ya para mí era demasiado toda la pasta que gastaba en mí, formándome como un buen instructor de gimnasio... *“Para que logres ser alguien en la vida sin depender de un título universitario, porque no lo tienes”* me decía.

Pude haber caído en las drogas y el alcohol, como mi padre, pero preferí el camino de la construcción mental y física. Me decanté por el empoderamiento masculino. Y la verdad es que creo que todo habría ido cuesta arriba de no ser por culpa de Angélica, la hija de doña Meche, que hace rato me acaba de decir algo que me ha dejado petrificado.

—Kike, quiero decirte eso que... no me había animado a contarte, pero que ahora que tengo

pruebas concretas, creo... que te puede interesar.

—Cuanto misterio, chaparrita —le sonreí.

Angélica dudó un poco antes de continuar:

—¿Te acuerdas que te conté que la semana pasada vinieron desde Monterrey varios representantes de universidades para hablarnos sobre las carreras que nos ofrecen y así?

—Ajá —le dije, limpiándole a mi pequeña putita todos los mecos que le había dejado en la cara tras correrme sobre ella.

Angélica era muy buena chupando verga, aunque todavía no le gustaba pasar la lengua por mis testículos. Al menos ya no hacía tantos ascos como antes. Desgraciadamente, con todo lo bonita que era y lo mucho que había aprendido hacer orales, ella no me hacía alcanzar el morbo que me provocaba su madre.

—Pues... resulta que ahí había una mujer llamada Amelia.

Cuando escuché el nombre de “Amelia” sentí que mis ojos se congelaban. Me quedé en silencio, con mi glande hondeándose frente a su cara, esperando que me dijera un poco más.

—¿Y...? —fue lo único que pude proferir.

—¿Cómo que “Y”? A ver, Kike, ¿no te dice algo el nombre de Amelia?

—No me jodas, Angélica, porque escuchaste una vez el nombre de Amelia ¿ahora crees se trata de ella?

Angélica suspiró, y luego me dijo:

—No estoy diciendo nada, tranquilo, Kike, sólo quiero saber cómo era físicamente tu madre.

Mi corazón comenzó a bombear muy fuerte. Demasiado fuerte, diría yo.

—No la recuerdo. O sea, sí recuerdo el color de su voz... sus ojos... su tez rosada de piel, casi como la mía, pero de su rostro nada...

—¿Cómo eran sus ojos, Kike?

—Pues... como los zafiros... así, de un azul penetrante y oscuro. Lo sé porque mi padre tenía unos zafiros guardados en su petaquilla, y siempre decía que eran como los ojos de ella...

Angélica se levantó. Fue al baño para limpiarse los restos de semen que aún escurrían por sus pequeñas y redondas tetas y luego volvió.

—He oído que tu madre era muy bonita... Kike.

Cuando me dijo eso yo estaba sentado en el borde de su cama, todavía desnudo. De la punta de mi glande todavía salían goterones de semen. Ya no me preocupaba que doña Meche llegara a casa y me encontrara con su hija en esas condiciones. Ahora mi verdadera concentración estaba en lo que me decía Angélica.

—Eso dicen todos —suspiré agobiado—. Que era guapa. Mi padre decía que Amelia era una mujer hermosa, de tez tan rosada como las mismas rosas. Que era alta, de buen cuerpo y que tenía ojos como los zafiros...

“Deja de hablar y de pensar en ella por una vez en tu vida, papá.” Recuerdo la forma en que reprendía a mi jefe, cada vez que repetía lo mismo de su ex mujer *“ya pasó más de una década. No puedes vivir con sus recuerdos. Esa puta ya no existe. Déjala ir. Ella nos abandonó. Nunca volverá.”*

Pero mi padre no se resignaba. Más bien, ahogado en alcohol, pasaba del llanto a las risas, diciendo:

“Ni veas cómo cogía la puta de tu madre, hijo. Cualquier actriz porno le queda corta. Con lo modosita que era en público y lo perra que era en la cama”

“Papá, no más, por favor.”

A veces, sólo a veces, podía imaginar esa mujer extraña cabalgando el bulto de mi padre, durante las nocturnas, gritando y bramando como lo hacía doña Meche. Pero Amelia más elegante. Más fina. Más esbelta. Más hermosa.

—¿Tu madre tenía el pelo corto o tenía el pelo largo, Kike? —la voz de la hija de doña Meche me sacó de mis ensoñaciones.

—¡Mierda, Angélica! Déjate de mamadas. Amelia está muerta para mí.

—¿Tan muerta para no reconocerla si la pudieras ver de nuevo? —insistió ella.

—¿De qué mierdas estás hablando? —le pregunté rabioso.

—Mira Kike. Tú no estás bien. Desafortunadamente... a pesar de tener la formación que tienes. De ser tan apuesto. De ser tan... musculoso... de estar llegando a la cima del éxito... te noto mal, triste, agobiado. Resentido con la vida. Se murió tu padre y tu carácter ha empeorado. Se te ve serio, sin sonreír. Y yo creo que todo esto es por culpa de tu madre. No has podido cerrar ciclos.

Suspiré muy hondo para hacer notar mi incomodidad al hablar de este tema.

—No me interesa hablar de ella... eso es todo.

—¿De verdad, Kike? Porque a lo mejor lo que a ti te falta es... verla... pedirle explicaciones... saber por qué nunca volvió.

—¡Basta, Angélica! ¡No más! Hablas con tanta certeza que cualquiera pensaría que en verdad la has encontrado. Esa tal Amelia se fue para nunca más volver. Aunque... por curiosidad alguna vez quisiera buscarla, estoy seguro que jamás la encontraría. Ni siquiera me acuerdo de cómo era ella de la cara. No tengo ni fotos siquiera. Además... han pasado 18 años...

—Y ella está más hermosa que nunca, Kike.

Nuevamente las venas de mis brazos se calentaron.

—¿Qué? Te estás volviendo loca.

—He encontrado a tu madre, José Enrique, tienes que creerlo.

—No puede ser —me levanté con sobresalto.

Angélica se puso las manos en la cintura y habló firme:

—¿Te suena el nombre de Amelia Margarita Vidal Huerta? Ese es el nombre real de tu madre, Kike. Ella ahora tiene 41 años, está casada con un hombre mayor llamado Urbano Manríquez y es directora de la facultad de nutrición, en la universidad autónoma de Monterrey.

—¡N...o... puede... ser...!

Mi corazón bombeaba tanta sangre que creí que mis venas reventarían.

—Ni te imaginas lo hermosa que es, Kike. Si te le quedas mirando por mucho rato... pareciera que tiene tu semblante. Te pareces mucho a ella y...

—¡No! ¡No! ¡Para mí esa mujer está muerta! ¡Muerta!

—¿Ni siquiera tienes curiosidad por conocer a tu hermana?

—¿Hermana? —pregunté.

Y esta vez casi me desvanecí sobre su cama.

—Oh, sí, Kike. Tienes una hermana de mi edad. Ella se llama Esther, muy parecida a Esther Expósito, por cierto. Pero obviamente lleva el apellido de su padre. Esther Manríquez.

Y ahí fue donde la puerca torció el rabo. La muy hija de puta de mi madre no se hizo cargo de mí. Me privó de su cariño, de sus cuidados, de su amor. Prefirió lujos y calentura en lugar de protegerme y criarme. ¿Pero sí se hizo cargo de una segunda hija, esa tal Esther, mi hermana, a quien seguramente le dio todo lo que me privó a mí?

—¿Pero qué clase de madre abandona a su hijo como perro y luego tiene otro con una nueva pareja para darle lo todo lo que a mí no me dio? —exclamé furioso, con mis ojos crispados.

—A ver... Kike... tienes que entender que...

—¡No! Esa perra de Amelia llegó demasiado lejos. ¡Mató a mi padre en vida y a mí me hizo tener una vida de mierda!

—¡Kike, tranquilízate, por favor...!

—¡Ahora la muy perra vive tranquila y exitosamente una vida con su nueva familia mientras la mía se hizo mierda!

—¡Enrique... por favor, escúchame. !

—¡Pues no, Angélica! ¡De mi cuenta corre que Amelia Vidal y la puta familia que tiene se haga mierda como ella hizo a la mía! Dame ahora mismo todos los datos que tengas sobre esa mujer... ¡Te juro por Dios que me pagará cada lágrima derramada!

CAPÍTULO 2

Mi constitución física ha producido un cambio en mi autoestima que no me esperaba. De ser un donnadie, ahora soy un tipo al que las mujeres miran, al que los hombres admiran, y al que mis enemigos aborrecen.

Odio cada vez que me dicen que me parezco a la tal Amelia. Que mi piel sonrosada, la cual suelo tostar con el sol para evitar parecer un cerdito, es idéntica a la suya. Que si el color claro de mis ojos son tan brillantes como los suyos. Que si mi rostro cincelado y fino, cual modelo de instagram, se parece bastante el de ella. Que si soy tan alto, al medir 1.92 mts, se lo debo a que ella también era una mujer alta.

En fin. Hasta en mi cabello castaño claro, tirando a rubio, dicen que me parezco a ella.

Encima... (y esto es lo que más me ha dejado asombrado) parece que heredé de ella mi gusto por la vida fitness. No puedo negar que me ha causado una impresión rarísima el hecho de saber que la tal Amelia es la directora de la facultad de nutrición en una universidad de Monterrey, lo que significa que al dejarnos a mi padre y a mí continuó con su carrera universitaria hasta conseguir... ese título tanpreciado para mí que, de alguna manera, jamás lograré tener.

Me miro en el espejo posando de perfil y observo mi desnudes. Mis brazos y antebrazos marcados por la masa muscular, incluso mis pectorales definidos y mis salvajes abdominales pueden ser intimidatorios, aunque también me siento orgulloso de mis piernas musculosas y de mis potentes nalgas.

Jamás me he metido esteroides y anabólicos químicos. Me parece una burda tontería engañar a tu musculatura de esa manera. Además quiero seguir conservando el largo y grueso de mi verga, que es muy buena enloqueciendo mujeres, y así evitar que se encoja o me deje de funcionar, como pasa con quienes recurren a ese tipo de drogas.

Me cambio y continúo guardando mis cosas para el viaje. Han pasado casi tres semanas desde que Angélica me diera todos los detalles sobre la tal Amelia y desde entonces no he hecho otra cosa que hacer los preparativos para mudarme hasta Monterrey.

Ya he alquilado mi casa a unos conocidos míos. Me depositarán en mi tarjeta mensualmente una módica cantidad con la que pretendo pagar el alquiler de un cuarto en Monterrey. Es una putada que toda es puta ciudad sea tan costosa. El puto cuarto de mierda (porque ni siquiera es un departamento en forma) es pequeñísimo. Incluso habrá que compartir la ducha con el resto de personas que viven en ese piso. No obstante, he intentado dejar de quejarme, porque es para lo único que me alcanzó mi presupuesto. Lo bueno es que el costo incluye el pago del internet.

Ya con mis ahorros al menos trataré de vivir por lo menos un mes. Sobre todo, intentaré surtir mi despensa. Con el dinero que llevo podría vivir fácilmente tres o cuatro meses en cualquier otra ciudad de México, incluso dos meses en Cancún. En Monterrey sólo me ajustará para un mes. Así se cara es la ciudad más rica de Latinoamérica.

He alquilado la mierdecita de cuarto a través de internet, y nomás me falta que todo resulte una estafa, porque incluso me han pedido una mensualidad por adelantado. En fin. Le pediré a Dios que todo vaya bien.

“Échame una mano, papá...” digo mirando al cielo. Aunque no se me ocurre mirar hacia el suelo por si acaso mi viejo se fue para... ese lado.

Mi equipaje consiste en una mochila alargada tipo de camping y una valija de mano. En la

mochila llevo cuatro pantalones deportivos con sus respectivas camisetas a juego, y el único pantalón formal con su respectiva camisa azul marina de manga larga que poseo. Entre la ropa guardé mi laptop para evitar que se quebrara; en ella escribo las rutinas y las dietas que les preparo a mis clientes bajo su propia responsabilidad.

Espero encontrar trabajo en Monterrey como instructor, igual que como hago aquí, pero ya que si bien es una metrópoli muy moderna y competitiva, también es muy exigente y en cierto modo clasista.

Mi formación como nutriólogo es meramente autodidacta, pues no cuento con una carrera universitaria, ni mucho menos una cédula que me valide mis conocimientos como profesionista. De cualquier modo he asistido a diversos diplomados, talleres y me he rodeado de nutricionistas y profesionales que han enriquecido mi conocimiento.

Nunca engañé a nadie. Siempre les dije a mis pupilos que mis dietas y entrenamientos serían bajo su propia responsabilidad, aun si, con mi experiencia, conozco sobre ello.

Angélica, mientras pasaba su lengua esponjosa por el largo de mi falo esta mañana, a modo de despedida, me preguntaba si no me dolía tener que dejar mi trabajo como monitor de gimnasio (donde ya estaba muy consolidado) por perseguir una venganza “tonta” que, a la larga, me haría mucho daño.

—Tú fuiste la que me clavó esta espinita al investigar sobre Amelia y entregarme sus datos — le recordé, acariciando sus tetitas desnudas donde estaban cayendo todos los pegotes de babaza y saliva.

—Sí, lo hice —respondió ella, con su boca mojada por su saliva y mis propios fluidos—, pero mi idea era más bien que hablaras con tu madre, que aclararas cosas, que la perdonaras, que cerraras ese ciclo que tanto te ha atormentado toda tu vida. Jamás tuve la intención de que te reencontraras con ella para que le hicieras daño.

Angélica estaba de rodillas sobre una almohada, con su culito echado hacia atrás, sus labios abrazando el grosor inmenso de mi pene, y sus pezones brillando de babas. Los puentes de saliva que se formaban desde mi glande y hasta su boca me ponían muy cachondo.

—Demasiado tarde, preciosa. Tú me clavaste la espinita, ahora apegugas con eso.

Me dio mucha risa cuando la tumbé sobre mi cama, la abrí de piernas, le puse las rodillas cada uno al lado de sus orejas (al ser tan delgada tenía una flexibilidad demoniaca) para finalmente hundirle toda mi erección por su estrecho coñito, y ella me dijo:

—Sólo recuerda lo que decía el chavo del ocho, mi amor: la venganza nunca es buena, mata el alma y la envenena.

Después de casi mearme a carcajadas, le puse la cogida de su vida. Terminó rosadita y con la garganta reseca de tanto gritar. Tuve nostalgia al dejar a mi pequeña Angélica. Después de todo, habíamos sido amigos de toda la vida.

—Voy a extrañarte, putita —le dije, limpiándole las lágrimas cuando finalmente salía de mi casa después de bañarse y vestirse.

Angélica había intentado persuadirme para que me quedara. Me habló sobre los pros y contras que tendría al marcharme a una ciudad que no conocía. Me enlistó más contras que pro, y aún así no logró convérseme para cambiar de opinión.

—Lo siento, nena, pero mi decisión está tomada.

—¡Pues entonces vete a la mierda, Kike...! —se echó a llorar, mientras yo miraba su faldita tableada de preparatoria y esas piernas hermosas que por mucho tiempo no volvería a poner sobre mis hombros—. ¡Vas a perder todo lo que tienes por una perra venganza innecesaria! ¡Con

lo que te costó tener lo que tienes, Kike! Pero si es lo que quieres, entonces lárgate. ¡Nunca debí de darte esos datos. ¡Lo que sí sé es que nunca debí de meterme en lo que no me importa! ¡Eso me pasa por entrometida! ¡Vete a la mierda, Kike, vete a la puta mierda!

Y salió llorando como magdalena, mientras yo, entristecido, sólo susurraba:

—Yo también te quiero, putita adorada.

Admito que Angélica tiene mucha razón. Estoy a punto de perder todo lo que he conseguido con tanta dificultad. Me costó mucho sudor y humillaciones hacerme un lugar en el gimnasio del pueblo como entrenador. Me costó bastante demostrarles que era un trabajador competente para entrenar a atletas cuidando su salud y previniendo posibles lesiones. Me costó bastante demostrar que estaba completamente cualificado para ayudar a la rehabilitación de personas con lesiones.

Al principio la mayoría de los clientes no confiaban en el hijo de un “borracho y drogadicto”, y el resto de entrenadores o nutriólogos titulados no me lo ponían fácil, pues demeritaban mis conocimientos como si por el simple hecho de no tener un papel que dijera que era “Licenciado en nutrición” o “fisicoculturismo y Fitness” mi trabajo no contara para nada.

Por fortuna, gracias a Gloria, pude demostrar a tiempo que yo tenía más tablas, pasión y disciplina que muchos de ellos, de manera que bastantes clientes comenzaron a preferirme a mí por encima de cualquier otro profesional, por lo que me gané el recelo y la aversión de la mayoría. No obstante, hay un hecho muy real, y éste es que bajo mis entrenamientos todos consiguen resultados verdaderos y duraderos, así como una buena salud.

Ahora, sin embargo, todos esos coach que me odian podrán tener la satisfacción de saber que me marché de la localidad.

Y yo... aun sin saber si estoy haciendo lo correcto, me guiaré por mis instintos. Con esta decisión incluso podría estar echando a perder mi futuro. Sin embargo... tengo que hacerlo. Tengo que ir por lo que tanto anhelo. Mi alma no estará en paz hasta no haberle hecho pagar a esa tal Amelia, todo el sufrimiento que nos provocó su abandono.

“Va por ti, papá.”

—¿Cómo es eso de que te vas? —me pregunta doña Meche, que ha entrado a mi casa sin llamar—. Kike, muchacho, ¿cómo te pones a hacerle caso a mi hija respecto a que encontró a Amelia? Ni siquiera estamos seguros de si esa mujer que vive en Monterrey es tu madre.

Bajo la maleta del sofá y miro con reproche a mi ex amante. Yo apenas me he puesto el pantalón, porque estoy desnudo de la cintura hacia arriba. Tengo un desodorante de cuerpo cilíndrico en la mano con el que pretendo librar mis axilas de exudaciones durante el viaje.

—¿No se enteró, doña Meche, que a la vuelta de la esquina mataron a una mujer?

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque entró a una casa sin llamar.

Doña Meche tuerce los ojos. Se acomoda sus gordísimas tetas en ese pequeño vestidito floreado que lleva puesto y me dice, mirando mi equipaje.

—A ver, Kike, lo siento, en verdad. Disculpa por entrar así, pero cuando Angélica me ha dicho que te ibas a buscar a esa mujer... me he mortificado por ti.

—¿Ahora ya se mortifica por mí, doña Meche? Porque hasta donde recuerdo, la última vez que nos vimos me dejó claro que nunca más le volviera a dirigir la palabra. Incluso me tildó de “hijo de puta” y me corrió de su casa, sin pasar por alto el hecho de que me dio en la cabeza con

un sartén.

De recordar aquél bochornoso suceso, incluso me vuelve a doler la nuca.

—¡Te encontré con la verga ensartada en la vagina de mi hija, cabrón! ¿Qué esperabas que hiciera? —me responde, poniéndose las manos en la cintura.

Yo no puedo dejar de ver cómo se balancean sus grandísimas tetas cada vez que se mueve. Trato de relajarme pasándome el rol del desodorante por mi axila derecha. Las miradas guarras que me echa la vieja me elevan el ego. Doña Meche solía decirme que le parecía un sueño que un chico “guapo” y atlético como yo se pudiera fijar en ella, que era gorda y cuarentona.

—Habría sido peor, doña Meche, si me hubiera encontrado follando a su marido.

—¡Kike, por favor! ¿Es que nunca hablarás en serio?

Doña Meche fue como otra madre para mí, en sentido figurado, claro. Una madre... in...c estuosa, si ponemos en antecedentes nuestro tipo de relación, pero al fin y al cabo madre. Lo digo porque ella me ha visto crecer. Ella ha sido la única mujer que, desde que se fue Amelia, se preocupó porque yo no pasara hambres ni fríos. Ella vio mi transición de niño a puberto, de puberto a adolescente. Y de adolescente a hombre. Ella conoció cada una de mis facetas sexuales.

Doña Meche fue testigo de cómo mi pene se fue desarrollando durante todos estos años, y a su vez el interior de su vagina se fue adecuando a mis generosas longitudes según iba creciendo: de tener un pene del tamaño del de su marido, cuando yo tenía catorce, pasé hasta los 22 centímetros de longitud que tiene ahora, aunado a la gordura que le ensancha sus paredes internas y que provocan su insatisfacción cuando su esposo la fornicar, pues ella dice “su pene me nada cada vez que me folla después de haberlo hecho tú.”

—Lo que quiero decir es que su reacción fue bastante exagerada, doña Meche. No debió de tratarme así ni mucho menos pegarme. Más mal hace usted dejándose culear por mí, pues está casada, que su hija, que no tiene ningún compromiso con nadie. Además, ya Angélica me hacía preguntas últimamente. Se le hacía raro que seguido me encontrara en su casa. No me quedó más remedio que decirle que me gustaba ella, y que... pues quería cogerla.

—¡Sinvergüenza, Kike, eres un cabrón sinvergüenza!

—Ah, pero cómo le gusta la verga de este sinvergüenza, ¿no?

—¡Con mi hija no debiste de meterte, Enrique, entiéndelo!

—¿Qué más daba, doña Meche? Yo tenía verga para las dos, pero usted prefirió echarme de su vida. Me dolió, ¿lo sabe? Y no me refiero al sartenazo en la cabeza, sino al hecho de que me echara de su vida. A ver, doña Meche, usted fue la mujer que me enseñó a coger, a mamar tetas y chocho, y quien me mamó la verga y los huevos por primera vez. ¡Claro que me dolió que me mandara a la mierda! Yo le tenía un gran aprecio.

—¿Te dolió, Kike, dices? ¿Que me tenías un gran aprecio? No me hagas reír —Su risa produce que sus ubres gigantes vuelvan a vibrar debajo de su vestido—. Dices que te dolió, pero tú desde hace tiempo que traías a otra mujer, ¿no? O sino dime ¿quién era esa mujer finolis que te trae a tu casa durante desde hace dos años? ¿Tu patrocinadora?

—¿Patrocinadora? —le pregunto, poniéndome desodorante y mi otra axila.

—Sí, Kike. Ella te paga para que la cojas, ¿no? Con razón ahora vistes y calzas mejor.

Su comentario me indigna de verdad.

—No mame, doña Meche. ¿Cuándo le pedí a usted dinero por culearla? Me ofende. Yo no soy así.

—¿No te paga ella tus cosas, entonces, eso me estás diciendo?

Suspiro hondo, para no mandarla a mierda de forma grosera e intempestiva.

—Gloria solía pagarme el gimnasio al principio, no lo niego, pero desde que me volví coach y tengo mis propios clientes como entrenador, yo me hago cargo de todos mis gastos. Nunca le he pedido un solo peso ni a ella ni a nadie para mi ropa, comida o calzado. Y usted lo sabe, ¿o dígame cuándo le cobré por cogerla?

—No, pues no, pero...

—Entonces, doña Meche, no diga pendejadas.

—¡El caso es que te estás yendo a Monterrey, muchacho tonto! ¡Una ciudad tan lejana! ¡Tan cara! Ese lugar no es para ti. Tu eres de pueblo, como nosotros, ¿o desde cuándo te volviste ciudadano, que no me he enterado? Además allá tienen malas mañas. Estar en la frontera con los Estados Unidos hace que esa gente de Monterrey sea mala, engreída y con vicios. ¿Sabes cuánto tardará el autobús en llevarte hasta allá?

—Trasbordando llegaré en aproximadamente dos o tres días, depende de lo que tarde en trasbordar de un autobús a otro. Si tuviera dinero, le aseguro que me iría en avión y llegaba en dos horas, seguro. Pero me tocó tener una vida de mierda por culpa de la tal Amelia, y por eso tendré que tomar un autobús, ¿alguna otra pregunta, doña Meche? Porque se me está haciendo tarde.

La señora Mercedes de la Colina me observa con un gesto de no dar crédito a mis decisiones. Me mira con tristeza y desdén. Lucha por encontrar las palabras precisas por retenerme, pero no puede.

—¿Cómo vas a irte y dejar todo aquí, Kike? Tu trabajo como entrenador, en ese gimnasio, tu casa, tus amigos... ¿crees que con lo clasista que son los regiomontanos vas a conseguir que te den empleo en cualquier lugar en Monterrey? ¡No puedes irte, mi cielo! ¡Me dejas a mí y a la propia Angélica!

—¿Ahora me dirá que me extrañará, doña Meche, cuando lleva meses sin dirigirme la palabra?

Y repentinamente la mujer comienza a desnudarse, sacándose sus dos enormísimas tetas morenas por encima de la blusa, las cuales caen en su pecho, pesadas, obesas, con los pezones apuntando a mi cara. Y a mí se me hace agua la boca, mientras aprieto el desodorante.

—¡Cómo vas a irte y dejarme con estas ganas que tengo de que me hagas el amor ahora mismo! —empieza a lloriquear, bajándose el vestido hasta que este cae sobre sus sandalias blancas—. ¿Sabes lo que he extrañado todo este tiempo sentirme rellena? ¡Lo que me has hecho falta, hijo de puta!

Y cuando me llama así, presiono con más fuerte el embace del desodorante y me echo contra ella. La hago retroceder y la estampo violentamente contra la puerta de mi casa, que está frente al recibidor.

—¡Eso es lo que soy, vieja calenturienta! —le digo, clavando mi boca en su cuello, mordiéndoselo y lamiéndoselo—. ¡Soy hijo de puta! ¡El hijo de esa puta llamada Amelia!

—¡Oh, Dios... oh! —jadea doña Meche, cuando me siento el contacto de mi piel contra sus ardientes ubres gigantes, las cuales se aplastan contra mí—. ¡No puedes simplemente irte... mi hombrecito... no puedes privarme de ti...! ¿Sabes que te amo...? ¿Sabes que he sufrido horrores por no tenerte? ¡Qué haces, malvado, qué haces!

Mientras mis dientes buscan marcarla como si fuese una vaca de mi ganado, con mis dedos libres hurgo dentro de su hendidura, que está chorreando a madres. Doña Meche jadea de nuevo mientras entierra sus uñas en mi espalda, provocándome dolor y pasión, al tiempo que so

continúo profundizando dentro de ella, para luego, con toda la humedad que se ha impregnado en mi mano, humedecer del mismo modo todo el embace enjuto y circunferencial de mi desodorante, para finalmente poner la base superior sobre la entrada de su coño.

—¡Por Dios... Kike... mi hombre... qué haces...! ¡Aahhh! ¡Aahhh! —empieza a lloriquear cuando bajo mi boca a la altura de sus melones y empiezo a mordernos de uno a uno, al cabo que con mis dedos y con mi mano empujo lentamente el largo de mi desodorante hacia su interior.

—¡Abra sus gordos muslos, vieja cachonda...! —le ordeno, tratándola de una forma vejatoria que jamás había hecho con ella—.

—¿Qué es... eso tan... helado que me metes...?! ¡Kike... Kikeee! ¡Oh, Dios todopoderosoooo!

Mis dientes se hunden en sus carnosas ubres. “¡Ay, qué helado... que ancha es esa cosa!” Mi lengua palpa sus pezones. “¡Tus dientes, Kike... me lastiman tus dientes!” Mis labios absorben la superficie de sus mamas. “Oh, dios, qué me haces... oh, síiii!”. Y yo sigo hundiendo el embace cilíndrico de mi desodorante dentro de su hendidura chorreante, que medirá algunos 15 centímetros, y que estará igual de grueso que mi propio falo.

Cuando menos acuerdo doña Mece está completamente desnuda en el suelo, en una vulgar postura semejante que el 69. Ella está chupándome las bolas, mientras masturba mi verga, mientras yo la masturbo con mi desodorante; la taladro con fuerza. Ella no para de gritar.

Me he asegurado de dejarle marcas en el cuerpo para que nunca me olvide. O al menos por un tiempo. Ella sabrá cómo se las ocultará al cornudo de su marido. No es que el cabrón me caiga mal, pero el tipo fue uno de los primeros en alegrarse cuando se murió mi padre pues, le oí decir “A buena hora se murió ese bueno para nada de José. Un drogadicto menos en el barrio.”

Estuve a punto de partirle la cara y a tumbarle todos los dientes, pero me dije que mi mejor venganza sería continuar partiéndole la concha a su esposa y a su hija. Después de todo hacerlo cornudo doblemente era una culpa con la que no había podido vivir en el pasado. Hasta que dijo aquello.

Y ahora ahí estaba doña Meche, echada en el suelo sucio como una vil cerda, convulsionando en el suelo mientras botan sus tetas, tras un largo orgasmo provocado por mi propio desodorante.

Para culminar su humillación, me pongo a cuclillas junto a sus tetas, sin llegar a dejar caer el peso de mis nalgas sobre su gordura. Me masturbo, excitado, viéndola allí, humillada, degradada en el suelo, suplicando con adoración que le meta mi falo en su hendidura, y yo negándome. Y me sigo masturbando, y ella acariciándome los huevos con la punta de sus uñas, mordiéndose los labios cual prostituta barata.

Y yo, pensando en una porquería, finalmente logro eyacular sobre ella, cuando imagino, de pronto, que en lugar de doña Meche, la que está en el suelo, debajo de mí, ahora ya impregnada con mi semen en tetas y barbilla... es ella... Amelia... mi madre....

Como era de esperarse, fue un trayecto bastante pesado y fatigante. Terminé harto. Quería arañar las paredes del autobús. Salí un miércoles por la tarde de mi localidad, situada en el estado de Campeche, y llegué a la terminal de Monterrey un viernes por la mañana, deseando nunca más viajar de esta manera tan horripilante.

Llegué molido. Como si hubiese hecho una rutina inclemente de pierna y brazos. Me dolía la cabeza y apestaba al cigarrillo que un hijo de puta estaba fumando mientras esperaba un taxi. Pasé todo el fin de semana instalándome en el cuartucho.

Si bien no es feo ni sucio, sí que es pequeño. Los muros deben de ser de tabla roca, porque puedo escuchar lo que se dicen mis vecinos. Al menos no me estafaron. El contrato del alquiler era real y legal.

Lo bueno de mi nuevo hogar es que está muy céntrico. Lo malo es que tengo por vecinos a un montón de estúpidos universitarios con los que tendré que lidiar.

Aquella es como una especie de casa de asistencia para estudiantes. Una residencia de dos pisos con cuartos pequeños donde duermen estudiantes de ambos sexos. Me extraña que aquí se admitan ambos géneros. De hecho, yo me he hecho pasar ante la cacera, una tal doña Eulalia, como estudiante que viene a pasar sus últimos semestres en Monterrey, a fin de que me hiciera una rebaja en el alquiler.

Doña Eulalia me lo ha creído porque tengo la edad de universitario. En apariencia luzco como un buen muchacho, y por si fuera poco me ha hecho firmar un documento donde me hago responsable sobre los daños y perjuicios que se pudieran presentar durante mi estancia, en el contrato por seis meses, donde podré renovar si todo sale bien.

Este fin de semana lo he pasado encerrado en mi cuarto, descansando y usando mi Facebook para buscar trabajo en diferentes gimnasios aledaños a donde vivo, que, dicho sea de paso, está presuntamente cerca de donde está la universidad privada donde trabaja... ella, la tal Amelia, por el rumbo de San Jerónimo.

El sábado por la noche mis compañeros de casa hicieron una fiesta (pobre cacera, si supiera los reventones que organizan sus inquilinos) y aunque fue un fulano a decirme que bajara con ellos, para presentarme ante el resto de habitantes (algunos ocho o nueve me parece), le dije que estaba cansado y que prefería descansar, que el lunes me presentaría ante todos... cosa que, si puedo, intentaré evitar.

Yo, aunque sigo siendo joven, ya no estoy para esas mamadas. Rodearme con babositos fiesteros no está entre mis prioridades. *“Hay chicas bien buenotas”* le oí decir al tipo afuera de mi cuarto *“anímate a venir, te gustará el buen rollo.”*

Yo estaba echado en mi pequeño cuarto de tres metros cuadrados oyendo el desmadre de afuera, (eso que mi cuarto está en el segundo piso), y le respondí secamente: *“A mí me gustan las milfs, mi estimado, las mujeres maduras, con experiencia, las que sí saben coger. Así que yo paso de las nenitas.”*

El fulano se marchó indignado, diciéndome algo como *“tú te lo pierdes.”*

Y pues sí. Me lo perdí. Pero no sufrí por ello. Me la pasé mejor mirando películas porno donde las maduras eran las protagonistas guarras, a quienes, después de mucho vacilar, terminaban accediendo a hacer toda clase de puerçadas que el joven semental les obligaba a realizar.

Y ahora heme aquí, un lunes por la mañana, diciéndome que ya casi estamos a finales de los

cursos en el nivel superior, lo que significa que todo está por terminar.

Y por eso, mi urgencia por presentarme en esa universidad es imperativa. Encima está esa otra... estúpida... La tal Esther, su otra hija, alguien a quien imagino como una riquilla de mierda, alzada, mimada, presuntuosa, a quien odio sin conocerla porque es ella la que se robó el cariño que nuestra madre debía de compartir conmigo.

¡Y sé que no debería de odiarla, pues es probable que también es una víctima circunstancial, pero lo hago, la aborrezco, porque ella tiene todo lo que por derecho también debería de haber tenido yo! Y no me refiero al dinero, sino al amor... Al acompañamiento. Esa tal Esther posee la mitad de lo que la tal Amelia debía de haberme entregado a mí también como madre...

Por eso necesito ir ya... buscar a esa tal Amelia y enfrentarla... ¿pero bajo qué pretexto preguntaré por ella? Semanas esperando este momento y apenas me doy cuenta de que nunca tuve un plan en realidad.

Me he venido andando a la Universidad Autónoma de Monterrey desde mi nueva casa, y lo he hecho a esta hora, casi la seis de la tarde, porque todo el día me la pasé planeando qué es lo que voy hacer cuando la vea.

Aunque a últimas horas me ha dado por creer que es absurdo todo lo que he hecho. Me lo dijo Angélica. Me lo advirtió doña Meche. Y yo que no quise escucharlas. Apenas entiendo que a lo mejor he cometido puras burradas. Una locura del tamaño del mundo. ¿En verdad he dejado toda una vida allá en el pueblo... por una puta venganza sinsentido?

Ahora ya es muy tarde para recular, y sin embargo, entiendo que tampoco tengo realmente un plan. No tengo nada para decirle. Es más, ni siquiera sé si voy a presentarme con mi nombre real.

A la tal Amelia no la recuerdo de nada. Encima no tiene redes sociales dónde buscarla para mirarla. Lo correcto es que la tuviera ubicada antes de conocerla, pero yo voy a ciegas. Y tampoco es como si hubiera puesto mucho empeño en investigarla a través de google.

No es que no quiera saber cómo es ella... Vamos, que no es que no tenga curiosidad por saber cómo es su rostro... su cuerpo... sus facciones. Lo que pasa es que simplemente tengo miedo de hacerlo. Hay algo muy dentro de mí que me reprime. Ansío buscarla. Pero en el fondo tengo miedo de encontrarla.

Sólo sé que tiene la piel sonrosada y unos ojos color zafiro. Por lo demás... no la recuerdo de nada.

«Amelia Margarita Vidal Huerta» ese es su nombre real.

«Es directora de la carrera de nutrición en la Universidad Autónoma de Monterrey»

«Tiene 41 años de edad»

«Tiene el cabello corto, tipo carre, de color entre blanco y platinado...»

«Su mirada es poderosa» me advirtió Angélica «Y no sabes lo hermosa que es...»

«No sé si debo decírtelo, Kike, pero ella es muy... seductora. Hipnotiza a quienes la miran...»

Y yo continúo andando, oyendo un poco de metálica en mis audífonos. Me he hecho una playlist con canciones que he bajado ilegalmente de youtube porque ni siquiera tengo dinero para hacerme con una suscripción en ninguna aplicación de paga.

No obstante, soy incapaz de interpretar lo que se dice en la canción, porque mis pensamientos están centrados en cada palabra que me dijo Angélica sobre ella:

«Amelia es como tú, Kike... parece igual de obstinada, incluso. Y, para colmo, me temo que tiene un carácter tan duro como el tuyo. Es mandona, como tú, pero se nota que en el fondo es muy sensible»

Al fondo de la cuadra finalmente logro ver la majestuosa entrada de la universidad. Y las piernas comienzan a temblarme.

«¿Sabes, Kike? A esa mujer, la tal Amalia, a leguas se le nota que hace ejercicio y que pone en práctica sus conocimientos de nutricionista, tal y como lo haces tú. ¿Te digo por qué? Pues porque ella tiene un cuerpo que te mueres... Vamos, Kike, que tu madre es una mujer verdaderamente majestuosa. Ahora comprendo por qué tu padre estaba endiosado con ella. Enloquecido. Si la vieras, tú también enloquecerías. Por eso creo que cuando la vuelvas a ver, te juro que quedarás perdido en sus ojos...»

Sus ojos... sus ojos... zafiros... sus ojos... hermosa... cabello corto... sus ojos... cabello rubio y platinado...

Al cruzar la calle que me lleva a la entrada de la universidad me doy cuenta de que la puerta está abierta. Y entro. Respiro hondo y camino sin que nadie me detenga. Los nervios los tengo de punta.

Todavía no sé qué le voy a decir cuando la vea, y ese pequeño pero muy significativo detalle provoca que mi adrenalina esté al límite. Puedo sentir los palpitos de mi corazón sacudiéndome el pecho.

Algunas chicas me observan de lejos cuando entro. Están sentadas en hileras de bancas desde donde fisgonean. Miran mi cuerpo. Mi culo. Mi pecho, mis bíceps. Tengo puesta una camisa blanca muy ajustada a mi cuerpo y me sigo sintiendo observado. Entiendo que me miren de esa forma tan libidinosa, pero la verdad es que comienzo a incomodarme, sin importar que como instructor de gimnasio estoy acostumbrado a que me miren. La gente de pueblo te mira con admiración y a veces recelo. Aquí, en la ciudad, te miran con lujuria y con envidia. No sé cómo explicarlo. Es como si te juzgaran.

Mientras voy por un pasillo simulando no ver a nadie, advierto de pronto que todos me siguen observando, excepto aquella muchacha que está parada bajo un árbol de copa ancha, y cuya mirada ha cruzado con mi cara un par de veces, sin detenerse en observarme como los demás. Ella más bien no me mira a mí, sino a alguien...

“Pfff... que carita más hermosa tienes, pequeña”

La chica espera a alguien, seguro. Mira con desesperación hacia la entrada y parece enfadada porque no ha llegado quien ella espera. Parece nerviosa. Pero ni eso ni lo otro le quitan esa hermosura de su rostro. Un rostro blanco, limpio, sin maquillaje, refinado. Su boquita fruncida y, aun sin pretenderlo, luce erótica.

Sus labios rosados, naturales, sin barniz, gruesos, hinchados, colorados como si alguien los hubiera besado por siglos dejándole ese tono tan hermoso.

“¿A quién esperas, bonita?” le pregunto desde mis silencios, mirando hacia donde ella mira.

Sus ojos y sus hermosas pestañas largas que coronan su mirada de princesa de cuento se vuelven muy grandes cuando aparecen dos sujetos por el pasillo. Y yo me rehúso a creer que esos fulanos con apariencia de malvivientes estudien en esa universidad y, mucho menos, que sean amistades de esta chica tan hermosa, que parece fina y de buena familia.

Entonces, cuando esos tipos están a mitad de camino, la princesa hermosa comienza a caminar, doblando hacia el pasillo izquierdo. Apenas advierto que lleva una falda corta pegada a sus piernas, a la mitad de sus muslos y unas botas largas, negras, que taconeán al andar.

Su cabello cobrizo, casi dorado, atado en un molote en la cabeza de vez en cuando vuela con el viento.

“¿A dónde vas?” quisiera saber.

Y compruebo que aquellas son piernas verdaderamente hermosas; blancas, brillantes, torneadas, como bailarina o como quien hace mucho ejercicio. Y mientras ella camina de prisa observo sus redondos glúteos carnosos y paraditos que me dejan eufórico. Sus nalgas chocan la una contra la otra, y yo apenas puedo creer que esté persiguiendo a aquella muchachita, cuando ni siquiera es de... mi tipo.

Será que su belleza y su cuerpo perfecto me han deslumbrado.

“Espera, nena... espera” le digo sin decir.

La chica es extremadamente delgada, según aprecio por la blusa azul marino de botones que lleva puesta, la cual, por cierto, ciñe sus dos encumbrados senos... redondos, erguidos, ligeramente grandes, y que ahora botan sobre su pecho mientras camina hacia quién sabe dónde.

“¡Qué bonitos y redondos melones tienes, nena bella!”

“¿Pero a dónde vas, linda y deliciosa princesita?” le pregunto sin hablar. Y comienzo a seguirla, no para acosarla, sino para protegerla de ese par de sujetos que la están siguiendo también.

Quiero hablarle, decirle que dos tipos van detrás de ella, pero me controlo. No debo de meterme en problemas. Y, aun así, un instinto protector que me sale de la nada, sólo por instinto, me ordena seguir a esos cabrones. La chica se vuelve hacia atrás y cuando se da cuenta de que la siguen, ella no se asusta, simplemente les hace un gesto raro y continúa caminando apurada. Y yo no entiendo nada.

“Hey, preciosa, ¿a dónde vas?”

Si la chica estudia en esta universidad, entonces ella debe de tener entre 18 y 19 años. Y aun así... parece más pequeña. Más inocente... aunque no lo es en realidad.

Y yo voy muy detrás de ella y de esos tipos que la siguen. Desde mi sitio observo sus nalgas hermosas agitándose dentro de su faldita seductora. Mi pene despierta. Pero mis sentidos de alarma vuelven prioridad mis sentimientos por protegerla, antes que por el deseo.

Y entonces la dicha da una media vuelta y se mete salón que, por lo que logro apreciar, son los baños de mujeres. Me detengo alarmado y espero a ver lo que harán ese par de lacras.

“Si estos perros de mierda entran tras de ella, les arranco los huevos”

Hay una distancia de casi diez metros entre ellos y yo. Y cuando se cumplen mis peores sospechas, al darme cuenta de que ese par de perros entran al baño detrás de la chica, yo me lanzo como bala por ellos. Pero todo ocurre muy rápido. Han sido apenas segundos. Cuando estoy por llegar a los baños, los dos tipos salen de prisa, sonriendo, contando billetes.

¿La chica les ha dado dinero? ¿La están extorsionando?

Me quedo afuera mirándolos partir. Ellos se percatan de mi presencia. Me miran con ojos caninos pero no me dicen nada. A lo mejor mi cara de asesino serial los ahuyenta, porque se van.

Y no sé por qué mierdas me espero allí afuera, pero lo hago. Quizá quiero asegurarme de que ella está bien, y me parece sumamente ilógico que me preocupe por alguien que ni siquiera conozco en lugar de estar buscando a la tal Amelia.

Pero entonces pasan cinco minutos y la hermosa chica de piel blanca y de pelo de princesa no aparece por ningún lado. Y comienzo a preocuparme. ¿Le habrán hecho algo estos cabrones? ¡Solo fueron segundos! ¿Y si la mataron para quitarle su dinero?

Mis pensamientos apocalípticos se apoderan de mí y, en un arranque de desesperación, me obligan a entrar. Y entonces la veo al fondo de los mismos. Ella está sentada sobre una mochila que llevaba consigo. Sus piernas están expuestas ante mí porque su faldita se ha enroscado hasta arriba.

Y a pesar de su cuerpo, de sus hermosos pechos, grandes, llenos, majestuosos, atrapado por esa blusita de botones, lo que me llama la atención las pastillas que trae en las manos. Recuerdo a los tipos que la seguían. El dinero que contaban y ato cabos hasta sacar mis propias conclusiones. Por eso le grito desde donde estoy:

—¡Hey, chica, no mames, no ingieras eso!

La hermosa chiquilla levanta la vista. Me mira con miedo, luego con indignación. Frunce sus labios, tan hermosos como rojizos, y me grita con desdén:

—¿A ti que te importa? ¡¿Qué mierdas haces aquí?! Este es el baño de las mujeres. Déjame en paz.

La chica recoge sus piernas. Empuña sus pastillas y trata de levantarse. Veo sus ojos claros

inyectados en sangre, como si hubiera llorado.

—¡Ningún chico vale la pena para que te autodestruyas, hija! —le digo, con la voz más suave que puedo esbozar.

—¿Chico? —se empieza a reír—. ¡No hay ningún chico! ¡Se trata de mi madre! ¡La odio! ¿Sabes? ¡La odio! ¡Ella es de lo peor!

—¿Y por eso te quieres morir? —le pregunto, negando con la cabeza—. Mira, chica. Ya sé que la vida es una mierda, te lo digo yo, pero esas drogas, en lugar de calmar tu ansiedad, al final te matarán.

Y yo pienso en qué desperdicio de chica. Ella tan hermosa, y tan buena de cuerpo... tratando de matarse.

—¡Si tuvieras a la madre de mierda que tengo yo... no opinarías nada, entrometido! —me responde ella.

Recoge su mochila. Sus enormes senos caen sobre su pecho. Ella se levanta y esos melones continúan balanceándose.

—Nada justifica que te metas mamadas al cuerpo, niñita tonta. Todas las mamás son odiosas, ¿sabes?, pero no significa que debas de autodestruirte por eso.

—¡Odio tener que verla todos los días! —empieza a lloriquear, y en lugar de enfadarme, siento una gran ternura por ella.

Pobre niñita rica... con tanto dinero... y con tan poca felicidad.

—No digas eso... —susurro.

—Es porque la tuya no es como la mía —me reprocha.

—Yo ni siquiera tengo, ¿sabes?

La chica, limpiándose las lágrimas, se guarda las pastillas en su mochila y me mira con sincera compasión.

—¿Eres huérfano? Lo siento.

Meneo la cabeza, insinuándole que no me importa en realidad tener o no tener madre. Lo único que quiero es que tire esas pastillas a la basura y que sonría.

—Lo siento, de verdad... —insiste, repentinamente arrepentida por haberme dicho aquello—. Yo no sabía que...

—Te perdono con una condición —le digo, extendiendo mi mano—. Te invito un café. Me cuentas lo que te pasa, si quieres, y luego tiras esas putas pastillas a la basura.

La chica esboza una media sonrisa. Es tan hermosa que quisiera abrazarla y fundirla en mi cuerpo, mientras la lleno de besos y le digo “todo estará bien, pequeña...”

—¿Ir a un café contigo? —sonríe completamente, por primera vez—. Estás loco. Ni siquiera te conozco.

—Me llamo Enrique Lares, aunque todos me llaman Kike —le digo, extendiendo mi mano otra vez—. ¿Lo ves? Ahora ya me conoces.

La chica vuelve a sonreírme. Finalmente ella extendiendo su mano la aprieta con la mía, diciéndome:

—Perdona por ser tan grosera... es que... hoy he tenido un día de mierda y... bueno, ya no importa. Mucho gusto, ¿Kike dices que te llamas? —yo asiento con la cabeza mientras aprieto suavemente su mano con la mía. Está tan fría, que quiero calentarla. Lo que sí es que es muy suave—. Pues mucho gusto, Kike. Yo me llamo Esther: Esther Manríquez Vidal.

Y entonces mi corazón estalla por dentro. Mi sangre se congela. Mi respiración se extingue. Todo mi cuerpo se estremece, y yo no entiendo por qué carajos la vida es así de perra conmigo...

¡Sus ojos! Su boca... ¡Sus ojos...! Su voz....

¿Cómo no me di cuenta antes de que ella... la chica que estoy sosteniendo con mi mano ahora y por la que he sentido esta extraña conexión desde que la vi... era la misma chica a la que juré odiar?

Mi hermana...

CAPÍTULO 3

Yo soy un hijo de puta, nunca mejor dicho. No soy tan bueno como a veces aparento ser. En realidad, nunca he sido un tipo leal. Es cierto que cuido de mi gente, de mis amigos, de mis mujeres, pero cuando se trata de enemigos, no siento el más mínimo respeto por ellos.

No quiero culpar de todos mis males al hecho de que mi madre me hubiera abandonado y yo hubiera tenido que llevar la carga de un padre alcohólico y drogadicto que ensombreció mi infancia, mi adolescencia y mi juventud; pero en el fondo es así. Amelia prefirió una vida de lujos antes que a su familia. Y eso me llevó a ser un chico vengativo y traumatizado.

No dejo de pensar que Amelia prefirió parir a otra hija para que, de alguna forma, ocupara el vacío que le dejé yo. No dejo de pensar que Amelia prefirió dar a la luz a otra hija para crisolar las culpas que sentía por haberme abandonado a mí. Trató de redimirse creyendo que con otra hija limpiaría sus pecados. Creyendo que así lavaría su conciencia. Pretendiendo que de esa manera podría sepultar su pasado. Ese pasado horrendo que yo representaba y que ahora estaba dispuesto a enfrentar.

Me duele demasiado pensar que Esther se convirtió en la chica que se robó la mitad de lo que a mí me pertenecía, y no me refiero sólo a bienes o dinero, sino al cariño que necesitaba de una figura materna. Esas noches de consuelo, de enfermedad y de orfandad que sólo fueron disfrutadas por ella.

Desde que supe que Amelia había tenido otra hija con su nuevo marido, que al final de cuentas vendría siendo mi media hermana, ardí de rabia y de resentimiento. Me imaginé a la tal Esther como una niña mimada que lo tenía todo. Una chiquilla caprichosa y egocentrista que se regodeaba de una vida de privilegios mirando a todo el mundo por arriba del hombro. Una chiquilla pretenciosa que disfrutaba sola lo que, por justicia y ley divina, también era para mí.

Y por eso juré aborrecerla. Odiarla y rechazarla.

Y sin embargo heme aquí, petrificado, delante de ella... frente a frente con Esther, con mi hermana, la hija de Amelia y del fulano ese... Esa hermana, media hermana, o como sea que se diga, a la que nunca conocí, hasta ahora, pero que también fue gestada en el mismo útero que yo.

Esther está echada en el fondo del baño, con su mentón apoyado junto a sus rodillas flexionadas, sosteniendo entre sus dedos una bolsita que contiene pastillas de colores que no son otra cosa que anfetaminas, para drogarse. Y me parece una paradoja muy cruel, porque esas mismas pastillas, en su momento, fueron las que terminaron destruyendo a papá, el pobre hombre que fue abandonado por su mujer y que se dejó consumir hasta los últimos días de su vida, sin ninguna ilusión. Ni siquiera luchó por mí.

Y tengo sentimientos encontrados, porque desde que supe de la existencia de Esther me programé para odiarla. Para hacerla sufrir, y de esa manera usarla con el propósito de hacer sufrir a la perra que me parió.

Quién iba a imaginar, sin embargo, que probablemente Esther es una víctima más de la perversa de Amelia, nuestra puta madre, a quien culpa de todos sus problemas, como yo, y por quien ahora está metida en líos de drogas.

—¿Hace mucho que te drogas? —le pregunto, acucillándome frente a ella.

Observo sus ojos claros, brillantes, su boquita de tono rojiza, grande, mullida, mojada por la saliva. Su nariz fina y recta, y el sensual piercing plateado que tiene colocado en el poro

izquierdo de su nariz, en señal de rebeldía e intransigencia.

—Yo no me drogo —responde a la defensiva.

La chica lleva una falda corta y entallada con cuadros grises y negros que se ha recogido hacia sus muslos, motivo por el cual, con esa postura en la que se encuentra, con sus rodillas flexionadas, sus piernas se desnudan ante mí, pues la bastilla de su faldita se ha recorrido a la altura de sus hermosos muslos, así que me doy cuenta de que sus piernas lucen blancas, torneadas y definidas.

—Claro que te drogas, bonita —le recuerdo, tratando de decirle que a mí no me puede engañar, pues yo, a pesar de mi apariencia atlética, provengo de los mundos bajos.

—¡Te digo que no me drogo, entrometido!

Sus manos continúan sosteniendo las anfetaminas. Llevo mis ojos hasta ellas y durante el trayecto no puedo evitar chocar contra sus generosos pechos, que se insinúan carnosos a través de esa blusa azul de botones que lleva puesta.

—Esas pastillas son drogas sintéticas y tóxicas que, a pesar de la adrenalina que te genera, te van destruyendo la cabeza, ¿lo sabes?

Esther eleva su cara, hace una mueca de asombro y me lo niega:

—Son tranquilizantes, para sentirme mejor. Con estas pastillas consigo olvidarme de todo.

—No son tranquilizantes, bonita, sino agentes destructores que van a terminar arruinándote la vida.

—¡A ti qué más te da, entrometido! Mejor vete y déjame en paz.

—No puedo hacerlo, o me volveré tu cómplice.

—¿Mi cómplice?

—Para bien o para mal ahora sé que te drogas, que tienes esas pastillas en la mano, y si me voy y te dejo con ellas entonces estaré contribuyendo a tu autodestrucción.

Esther me observa con rabia y desesperación. Yo no entiendo por qué la estoy ayudando. ¿Qué no era eso lo que venía hacer, destruirla para joder a Amelia, nuestra madre?

—Eres un entrometido que no sabe nada, ¿Kike, dices que eres?

—Kike, sí, y tú eres Esther.

Mi hermana tiene el rostro más bonito que he visto en toda mi puta vida. Cuando sus ojos conectan con los míos siento una electricidad muy intensa que achaco al hecho de que llevamos la misma sangre. La verdad es que si no supiera que ella es mi hermana... pensaría que se trata de una atracción física o amor a primera vista.

El problema es que ella es mi hermana. Y yo... Yo no creo en el amor, mucho menos en el que es a primera vista.

—Pues no te atormentes, Kike. Haz de cuenta que no viste nada y déjame en paz. De todos modos no me conoces de nada.

—Ya te dije que no voy a ser tu cómplice, bonita.

—¿Por qué carajos me llamas bonita, entrometido?

—Porque lo estás, nena, ¿es que nadie te lo había dicho?

Esther, haciendo alarde por primera vez a su posición de niña rica empoderada me lanza una mirada desdeñosa que me hace sentir incómodo.

—Aunque de una vez te advierto que si continúas metiéndote eso a tu cuerpo, quedarás seca, horrenda y con cara de bruja disecada.

—¡Qué grosero eres! —me lanza el berrinche.

Yo me río por su infantil actitud, y le digo:

—Por eso te digo bonita, ¿sabes?, para que recuerdes que aún lo eres.

—¡No me gusta que me digas bonita! —me recrimina—, todos me lo dicen y me parece una hipocresía.

—Está bien, está bien, Esther. Entonces no te diré bonita, sino bruja.

—¡Eres odioso, Kike!

—Y tú una testadura —le respondo, comenzando a perder la paciencia—; una niñita testaruda y caprichosa.

—Pues si esa opinión tienes de mí, entrometido, entonces vete y déjame sola.

—¿Y dejar que te metas esas porquerías al cuerpo? Estás loquita, pequeña brujilla. Anda, ven, mejor levántate y acompáñame a un café.

Me pongo de pie y estiro la mano para ayudarla a levantar.

—¡Contigo no voy ni a la esquina!

—El café está a media cuadra, según recuerdo. Vamos, no seas testaruda, bruja, vamos.

—¡No me gustan las cafeterías!

—¿Y el café?

—El café sí.

—Entonces iré por uno.

—¿Es en serio? —sonríe de pronto, aunque maliciosa. Pero esa sonrisa basta para que a mí me tiemble el corazón.

—Sí, es en serio, si quieres me voy por el café pero... no creas que soy tan tonto. Así que si decido irme por los cafés entonces me llevo tus pastillas, dámelas.

Vuelvo a estirar la mano para que me deposite esas porquerías.

—¿Para qué las quieres? —se niega, haciendo un puchero.

—A ver, bruja, ¿crees que eres más inteligente que yo? Obviamente no. Mientras me voy por el café, tú aprovechas para salir de aquí, y esconderte en un sitio donde te puedas tomar estas pastillas, ¿cierto? Pues no. Lo que diga mi dedito.

Y con mi dedo hago una señal negativa.

—¿Por qué eres tan entrometido y tan odioso? —gruñe, fastidiada.

“Porque eres mi hermana” quisiera decirle del alma, así que me conformo con estirar mi brazo otra vez y pedirle las pastillas.

—¿Me las vas a devolver? —trata de negociar.

Si a la tonta le estoy diciendo que no voy a permitir que se drogue, ¿por qué mierdas hace esa pregunta? En fin. Para que esto transcurra con ligereza, le tengo que mentir, dándole esperanzas, por eso le digo:

—Bueno, te las devolveré si te portas bien.

—Okey, okey —me dice, y para mi sorpresa, levanta la mano que tiene las pastillas y me las entrega—. Pero mi café que sea frío, de Oreo.

Tengo que admitir que ahora que volví a los sanitarios de mujeres no pensé que ella siguiera allí, esperándome. Casi estuve tentado a no volver, pero de nuevo este puto instinto de sangre de no dejarla sola me obligó a ejercer de hermano mayor, aun si ella no sabía quién carajos era yo.

Al entrar al baño con su café frío, con galletas oreo, noto que Esther se ha levantado del suelo y ahora está limpiándose la cara con agua tibia, frente al espejo. Como está inclinada hacia el cristal, su faldita de cuadros está levantada, su culito respingón se balancea involuntariamente y sus deliciosas piernas blanquecinas lucen perfectamente torneadas.

—Pasa, no hay nadie —me dice ella cuando me ve a través de ese espejo.

Yo estoy sosteniendo los dos vasos térmicos en mis manos mientras trato de ocultar mi rostro de pervertido. “*No mames cabrón de mierda*” me digo en la cabeza “*ella es tu hermana, no seas pendejo, es tu hermana...*”

Con papel sanitario se seca su hermoso rostro y luego se vuelve hasta mí. Sin una gota de maquillaje esta niña es bellísima la cabrona. No me lo puedo creer. Me tiene apendejado mientras la miro. Y sus ojos, ¡ufff!, que chulos ojos tiene. Y esas pestañas largas, espesas, que coronan su dulce y traviesa mirada.

—Café frío, con galletas oreo para la princesa —le digo con una sonrisa.

—¿Ahora soy princesa y no bruja? —me pregunta sonriéndome.

No sé por qué estoy enamorado de su sonrisa. ¿Cómo mierdas una persona como yo se puede quedar prendado de una chica con apenas minutos de conocerla? Es que esto no tiene sentido.

—Si quieres te puedo seguir diciendo bruja.

Ella sonríe. Recibe el café con gratitud y luego me dice:

—Esto no fue lo que te pedí, ¿eh, Kike?

—¿Cómo que no? —frunzo el ceño.

—Te dije que quería un café frío, oreo. No un café frío con galletas oreo.

Enarco una ceja, para intentar entenderla.

—Ah, entonces lo que querías era un frappuccino oreo.

—Pues sí.

—Pues para la otra di bien lo que quieres. Es diferente un café frío con galletas oreo a un frappuccino oreo. Además toma en cuenta, Esther, que el frappuccino tiene miles calorías que no le vendrá bien a tu salud.

Mi encantadora hermana tuerce los ojos, y me dice, a modo de reclamo:

—Tú estás peor que mi madre, siempre contándome las calorías que ingiero.

Su madre... Amelia... su madre... Mi madre... Amelia... Trato de respirar hondo para no cagarla, mientras miro cómo la chica le da un trago al café frío y le quedan pintados un par de bigotes en las comisuras.

—¿De qué te ríes? —me pregunta cuando le da otro trago al café, mientras pone las galletas sobre la encimera del lavamanos del baño de mujeres.

—Tienes bigotes de café en tus comisuras —le digo—, ¿te limpias o te las limpio?

Esther enarca la ceja derecha, y me doy cuenta de que tiene la misma manía que yo. ¿Cómo podemos tener ademanes similares si nunca nos habíamos visto? ¿A caso el ADN estará programado para regir ciertos patrones?

—¿Cómo me limpiarías tú, si es que me dejas?

—Como lo suelo hacer siempre —le respondo coqueto—, con mi lengua.

No sé por qué cabrones le acabo de decir esto, pero sin duda nos hemos quedado fríos los dos. Ella porque prácticamente yo soy un completo desconocido. Y yo... porque evidentemente he olvidado por tres segundos que ella... Esa niña bonita, es hija de la mujer que también es mi madre.

Tenemos suerte de que ninguna chica haya entrado a estos baños aún, así que intento desviar la conversación a otra tesitura a fin de olvidar este bochornoso comentario.

—¿Entonces? ¿Será que me quieres contar lo que te pasa, Esther? ¿Por qué mierdas te quieres meter esas drogas al cuerpo?

La chica frunce sus labios bonitos, rojos, aun sin maquillaje. Suspira y su pecho se inflama. Sus tetas se balancean dentro de su blusa de botones y yo me pierdo en ellas.

—Es por un chico —me confiesa.

—¿Un chico? —le pregunto extrañado, y luego le recuerdo—: Me dijiste que este asunto no se trataba de chicos, sino de tu madre. Y esperaba que me dijeras qué es eso que te hizo tu madre para que estés tan enfadada con ella.

Claro que no lo entiendo, porque por lo menos yo sí tengo una razón justificable para odiarla, ¿pero y ella?

—Pues sí... es que... ¿cómo te explico, Kike? Se trata de mamá, pero también de un chico. Ambas cosas están relacionadas.

Mi café es natural, sin azúcar, y conforme lo bebo más me amargo el paladar. Necesito unos labios dulces para besar; así como los de Esther, mi linda Esthercita. Pero no puedo hacerlo... porque ella es una fruta prohibida para mí.

—La verdad es que me dejas confundido, Esthercita. Si te pudieras explicar mejor.

Definitivamente la chica de las tetas deliciosas no quiere comerse las galletas, así que las ignora por completo y da un nuevo trago a su café, diciendo:

—Quiere que formalice con mi novio.

—¿Tu novio? —me sorprendo al saber que tiene novio, casi al mismo tiempo que siento que un crujido en mi pecho ensombrece mi mirada—. ¿Cómo que tienes novio? ¿Y cómo es eso de que quiere que formalices con él?

—¡Formalizarlo es presentárselo a papá! Y no quiero.

—¿No quieres a tu novio o que se entere tu papá?

Esther vacila. Temo que me tilde de chismoso. Empieza a caminar de un lado a otro y yo no puedo evitar admirar esas señoras nalgas que tiene debajo de ese vestidito.

—No quiero que se entere mi papá.

—¿Entonces quieres a tu novio?

—¿A Esteban? ¡NO! Bueno sí... pero es que... Ash... tú no lo entiendes, Kike. Y tampoco entiendo por qué te estoy contando todo esto.

Me sabe mal que tenga novio y que nombre sea tan patético. Encima un novio al que no sabe definir si lo quiere o no.

—Me lo estás contando porque me he convertido en tu cómplice, ¿lo recuerdas? Lo de las pastillas y eso.

Esther siente que la estoy chantajeando, por eso me tuerce los ojos. Vuelve a caminar de un lado a otro y yo me vuelvo a maravillar mirando sus piernas exquisitas, largas y torneadas que no me dejan indiferente. Y mi pene lo sabe, porque él no entiende de razones ni de parentescos y, para mi mala suerte, se ha vuelto a empalmar.

—Lo que pasa es que Esteban es... muy controlador. Más que novio parece mi

guardaespaldas o mi papá.

—¿Lo conoces de tiempo?

—De toda la vida. Somos vecinos. Él debe de ser de tu edad, y actualmente mamá le consiguió una plaza de oficinista en la academia de nutrición, donde ella trabaja.

—¿Tú también estudias nutrición?

—Sí, ¿y tú, Iker? ¿Tú qué estudias? ¡Mejor dicho! ¿Quién carajos eres exactamente y qué haces aquí?

Y es justo cuando me hace esa pregunta y que yo me quedo como pendejo, sin saber qué responder, cuando me repite.

—¿Qué mierdas haces aquí?

Estoy a punto de responderle cuando una voz masculina surge detrás de mí. Y es cuando me doy cuenta de que ella no se refería a mí con su última exclamación, sino a un tipo escueto, respingado y con apariencia de maricón que va entrando al baño.

—Te estaba buscando, Esther —le dice el flaco que va vestido como pingüino fino, con traje sastre, saco a juego y unos zapatos boleados—. ¿Mira cómo estás? ¡Ojerosa, con el rostro mojado y el pelo desarreglado!

—Te pregunté qué mierdas haces aquí, Esteban.

A sí que este pingüino fino era el tal Esteban, el novio tóxico que la persigue todo el tiempo.

—Me dijo Rosalía que te vio venir al baño, y que detrás de ellos venían unos malandrines presuntamente a venderte mercancía.

—¿Ahora crees en todo lo que te dice Rosalía?

—¡Me preocupas, Esther! Lo peor es que esto me lo dijo cuando estaba con tu madre delante.

—¿Qué?

—Exacto, mi amor —le dice, y casi me quiero burlar cuando le dice “mi amor”—. ¿Crees que Amelia se pondrá contenta si se entera de esto?

—¿Enterarse de qué?

—¡De que era verdad de que estabas en el baño! —responde el pingüino fino—. ¿Dónde están las pastillas?

Esther, horrorizada, me mira de soslayo. Se tranquiliza cuando le hago una seña con mi mano de que las tengo en mi bolso. Asiente con la cabeza y vuelve su mirada a su novio el pingüino fino.

—¡Yo no tengo drogas en ningún lado!

—¿Y si te las encuentro qué, Esther?

El pingüino hace la finta de acercarse a ella para revisarla, por lo que mi hermanita la nalgoncita retrocede y pone las manos delante, para impedir que su novio la toque.

—¡Esther, sólo quiero ver si es verdad que no las tienes guardadas por allí! ¡Sabes lo que te hará tu madre si descubre que te volviste a drogar!

—¡Métete en tus asuntos, Esteban, y déjame en paz!

—¡No me obligues a informarle a Amelia sobre esto!

—¿Cuándo dejarás de ser un puto chismoso?

“Esa es mi chica.”

Casi tengo ganas de reírme cuando me doy cuenta de que Esther le está respondiendo exactamente lo que yo le habría respondido si fuera mujer.

—No me faltes al respeto, mi vida, que soy tu novio —se escandaliza el maricón.

—¡Tu no eres mi novio, eres mi puto guardaespaldas, Esteban! —le recrimina mi hermanita nalgoncita—. Para eso te puso Amelia a mi lado, ¿no?, para que me cuidaras y le informaras todo lo que hago. ¿Es así como quieres que te respete?

—¡Yo te amo, Esther, pero con estas actitudes sólo logras decepcionarme!

—¡Vete al carajo, Esteban, y déjame en paz!

—Tú te vienes conmigo, y ahora mismo nos presentaremos en la oficina de tu madre.

Cuando el pingüino fino hace ademán de ir por Esther y llevársela contra su voluntad es cuando decido salir de mi bajo perfil y me interpongo entre ella y él.

El niño pijo, que mide al menos dos cabezas menos que yo, parece darse cuenta a penas de mi presencia. Y no porque no me hubiera visto antes, pues con mi enorme tamaño es imposible pasar desapercibido, sino porque de alguna manera él tenía concentrada toda su atención en

Esther.

—¿Tú eres el que le vende estas mierdas a mi novia? —me pregunta el cabrón, lanzándome una mirada retadora, de esas miradas que terminan ensangrentadas cuando me colman la paciencia—. ¡Tú eres el dealer que le vende drogas y que las trafica impunemente en esta universidad, ¿verdad?! ¡Pero si tienes toda la pinta! ¡RESPONDEME!

Si hay algo que tolero menos es que me griten. Por eso debe de entenderse la furia que tengo justo ahora y el gesto de demonio que le lanzo a este pedazo de pasmarote que se quiere hacer el machito conmigo.

—¡A Kike lo dejas en paz, que no tiene nada que ver en esto!

—Tú me dejas hablar, Esther, que esto es cosa de hombres —se sigue haciendo el valiente este pobre pingüino descerebrado—. ¡Te hice una pregunta, man, ¿tú eres quien trafica drogas en esta universidad?! ¿Tú le estás vendiendo drogas a Esther, mi novia? ¿Sabes en la bronca que te acabas de meter? ¡POR QUÉ CARAJOS NO ME RESPONDES!

Cuando lo agarro del pescuezo, con furia, y lo estrello contra la pared opuesta al espejo, el pingüino se da cuenta de que conmigo ningún mariconcito como él se mete:

—¡O me bajas tu tonito de voz o te meto la puta cara al inodoro hasta que aprendas a tratarme como se debe!

—¡Esther! —empieza a llorar el infeliz—. ¡Estheeeeer!

Miro hacia el otro lado y la chica tiene un rostro de susto que me obliga a soltar a su novio, aunque ella no dice nada.

—¡Eres... eres...! —el tal Esteban comienza a toser como si se estuviera recuperando de la asfixia—. ¡Esther... vámonos, este tipo es un psicópata!

Mientras el novio se acomoda la corbata, la camisa, el saco, y respira y respira con consideración, la novia simplemente está en silencio, tomando una decisión.

—¡Esther, amor, que te vengas conmigo yaaa!

Pero yo me vuelvo hasta a él, que está muerto de miedo, y le advierto:

—¡A ella no te la vas a llevar a ningún lado si no quiere irse contigo, ¿entendiste?!

El tal Esteban abre los ojos como plato y retrocede, horrorizado. Esther sonríe, malvada, y me dedica un agradecimiento con su mirada.

Entonces, el muy cobarde, respira hondo, mira hacia la puerta y escapa corriendo.

—Vámonos de aquí —me dice Esther, cuando un grupito de muchachas entran a los sanitarios y nos miran con asombro entre cuchicheos.

La oscuridad está ocultando el cielo. Y a estas horas, los pasillos de la enorme universidad se empiezan a quedar solos.

—Yo sólo quería pedir trabajo, ¿sabes? —le digo a Esther cuando giramos hacia donde hay un camino poblado de árboles y pinos que ensombrecían la luz de las lámparas del entorno—. Vengo desde un pueblo de Campeche, hasta aquí, al norte, en busca de una vida mejor. Aquí se gana más que allá, en el sur.

Esther emite una mirada de asombro y culpabilidad.

—Lo siento, de verdad. No era mi intención provocarte problemas.

—No importa —me resigno.

—¿De qué querías trabajar aquí? No creo que de profesor, ¿verdad?

—Pues no, la verdad es que no tengo una carrera profesional. Yo soy instructor de gimnasio, conozco de nutrición y esas cosas.

Esther, entre el filtro de luz de una lámpara de luz clara, observa mi torso trabajado que se

dibuja debajo de mi camiseta entallada. Luego observa mis bíceps y mis antebrazos, hasta darse cuenta de que lo que yo le digo es cierto.

—Pero Kike, todos los profesores de aquí tienen que tener mínimo una maestría. Y si tú ni siquiera estás titulado, pues dudo mucho que pudieras encontrar algo.

Esther en verdad parece lamentarlo. Y mientras caminamos noto cómo vuelve a mirar mi torso, mis brazos, mis manos. Y puedo casi jurar que se ha pasado la lengua por su labio inferior.

—No, Esther, claro que de maestro no. Yo no venía a eso. Pero sí sé que en la facultad de nutrición hay un gimnasio, que tu madre es la encargada del mismo y bueno... yo pensaba que podía pedirle trabajo como coach y ponerme a su disposición para cualquier cosa que necesite.

—Un momento —se detiene Esthercita la nalgona con un gesto de extrañamiento—, ¿pero tú conoces a mi madre?

Por poco se me sale el corazón por el pecho.

—No, no —me apresuro a responder—. Quiero decir, no sabía que ella era tu madre. Sólo sabía sobre ella por... una revista que leí. Por eso conozco su nombre.

—Ah...

Reanudamos el trayecto, y mientras seguimos caminando sin rumbo fijo, Esther y yo escuchamos la voz de pito de su estúpido novio que, desde alguna parte del camino arbolado, grita:

—¡Ahí van! ¡Es él, agárrenlo!

Me sujetan entre cuatro hijos de puta. Uno solo o dos no habrían podido conmigo. Incluso con tres. Pero son cuatro. Y los cuatro tienen armas en sus estuches porque son los security de la universidad. Y esas armas evidentemente son un aliciente perfecto para que yo no haga pendejadas.

No puedo permitirme morir por idiota. Al menos no sin antes haber hecho sufrir a mi madre. Esther va gritando detrás de mí, junto a su novio, diciendo que yo no tengo la culpa de nada, pero él insiste en que sólo la estoy manipulando, que yo soy peligroso y que tengo que presentarme ante las autoridades.

—¡Eres un cabrón, Esteban! ¡Un maldito chismoso y cabrón!

Me conducen por un pasillo largo cuando llegamos a un edificio que pone “Facultad de Nutrición”. La vergüenza que paso es brutal mientras veo que maestros y alumnos me observan con curiosidad y burla en tanto me llevan estos cabrones maniatado hacia no sé dónde.

De un momento a otro levanto la vista cuando nos detenemos al fondo del pasillo, frente a una puerta que dice con letras de bronce **“Dirección de la facultad de licenciatura en Nutrición.”**

La sangre del cuerpo se me desploma hasta los pies al darme cuenta de que me llevan a la oficina de Amelia Vidal, nada más y nada menos que con la puta que me parió.

Esteban se nos adelanta y abre la puerta sin llamar. Desde adentro escucho una voz femenina, fuerte y elegante, que le dice algo que no puedo distinguir. Entonces el pingüino fino sale de la oficina, abre la puerta por completo y me dice:

—Hey tú, entra —Luego mira a los de seguridad y les ordena—: ustedes se quedan aquí afuera, por si este se pone violento. Mientras tanto llamen a la policía.

Los guardias de seguridad me sueltan. Y yo, agitado, me incorporo, maldigo para mis adentros y entro a esa oficina arrastrando los pies, detrás de Esteban.

—Amelia, mira, este es el traficante que vende drogas a tu hija.

Y entonces la miro. O al menos miro su silueta. Ella está de espaldas, mirando hacia la ventana que da hacia el jardín arbolado por donde caminábamos Esther y yo antes de que me agarraran.

Lleva un atuendo ejecutivo que contornea perfectamente su exquisita figura. Una falda ejecutiva roja, de tubo, que se ciñe desde sus anchas caderas y que dibuja con precisión ese magnánimo culo que tiene. Los tacones altos, negros, le acentúan ese trasero tan espectacular, y combinan a la perfección con las medias de nylon beige que cubre sus exquisitas piernas.

Entonces ella se gira con una elegancia brutal, y mi corazón no deja de palpar intensamente cuando la observo de frente. No puedo evitar sorprenderme por el considerable tamaño de sus ubres, cual vaca en lactancia, que penden peligrosamente debajo de una blusa blanca de botones que luce hinchadísima con sus dos carnosidades ocultas.

Lucho por recuperar el aliento, pero todo se me dificulta, incluso mi respiración, cuando elevo la vista de sus mamas hacia su cara, y descubro un rostro que estaba perdido en mis recuerdos; un recuerdo que siempre estuvo allí, oculto de mí, pero siempre presente. Y sus ojos, sus cejas, su boca, su hermosura, su todo... quedan atrapados en mi mirada absurda cuando la reconozco como si nunca la hubiera dejado de ver.

Es verdad que su cabello dorado es más corto que antes, que su maquillaje es más producido.

Quizá, hasta sus labios son más gruesos que como los recuerdo, pero definitivamente es ella, mi madre, que ahora que me mira con atención tiene un deje de asombro y turbación.

Pero esa turbación no le dura mucho, porque su rostro se enfría, adoptando una postura casi criminal, dominante. Y entonces, con esa voz firme, sensual y fría de antes, me pregunta, con una violenta exclamación:

—¿Quién diablos eres tú?

Y a mí me tiembla todo el cuerpo, al tiempo que todos mis recuerdos, mi pecho y mis células estallan.

—Yo soy Enrique Lares —le respondo, esperando que mi voz, mi rostro, mis ojos y su instinto materno logren descifrar que soy el hijo que ella abandonó.

CONTINÚA.

CAPÍTULO 4

Siento unas ligeras oleadas de electricidad mientras contemplo los ojos color zafiro de la perra que tengo frente a mí. Son de un azul oscuro que en ratos se le miran negros, como un mar de medianoche.

No puedo negar que me siento impresionado por la belleza y lo bien conservada que está esta maldita ramera. Me habría esperado cualquier cosa, pero no que Amelia estuviera tan buena y que, aunque evidentemente es una mujer madura, no se vea tan acabada como papá, que ni siquiera teniendo los 49 años ya parecía un anciano. El desengaño destruye el alma y el cuerpo.

No me extraña que mi padre estuviera tan obsesionado con ella. Es demasiado hermosa y tiene un cuerpo escultural. Su porte es fino y pendenciero.

Su falda ejecutiva se aprieta a sus rotundas caderas. La hinchazón de su blusa a la altura de sus pechos es producto de sus impresionantes tetas. Señoras ubres tiene la hija de puta. El pelo es platinado, casi blanco a lo Targaryen, corto, como una melena bob, cuyas puntas tocan sus hombros mientras que la parte posterior es más diminuta, la hacen lucir siniestra, empoderada y seductora a la vez.

Amelia frunce sus labios carnosos, pintados con labial carmesí, luciendo muy apetecibles: de esos que a uno se le antojan morder con gusto. Exhala tres veces y veo cómo sus melones se inflaman en su blusa otra vez.

Me pregunto si sus pezones serán rosados y por un extraño capricho mi erección palpita en mi pantalón al imaginármelos. Es una erección que no debería de haberse producido. Me aterra un poco pensar que me he puesto duro mirando a esta cabrona que me evalúa como si yo estuviese embarrado de mierda.

Por eso trato de quedarme estático, me cruzo de brazos para aparentar calma y éstos se hinchan y se cincelan involuntariamente sobre mi camiseta, con los bíceps marcados reventando el tejido de la entallada tela, y con los ojos lujuriosos de Amelia que extrañamente están clavados sobre ellos.

¡Eres un putón bien hecho, Amelia!

Casi tengo ganas de sonreír, malicioso, pero guardo compostura. No es la primera vez que causo tal impacto en una mujer como ella, madura, que quedan alucinadas admirando mi musculatura. Amelia, sin embargo, finge bien esa alucinación. Aunque tal vez le brillan los ojos imaginándome desnudo, su semblante serio muta al de uno con más severo.

—Bien, bien, bien —susurra amenazante.

Cuando entreabre su boquita para murmurar, recuerdo a una de las últimas putas que tuve entre mis piernas devorándome el falo antes de venir a Monterrey. Así como Amelia, esa mujer de cuarenta y tantos años de la que hablo iba de orgullosa por las calles y por las redes sociales, alardeando su posición de influyente en el gimnasio en donde yo trabajaba.

La fulana se sentía inalcanzable por ser la esposa de uno de los regidores más destacados del municipio. Era una clasista y malhumorada que se había gastado parte de los impuestos del pueblo en tunearse. Porque eso sí, tenía unos melones y un culazo que hasta el diablo babeaba al verla.

Sin embargo, conmigo, además de mi verga, también se tuvo que tragar su actitud de narcisista insoportable. Me bastaron tres arrimones en su culo para que la perra supiera lo que

cargaba entre las piernas y dos horas después la tuviera en su casa, en su cama matrimonial, con las piernas abiertas y gritando como una zorra barata.

Y así como la mujer del regidor, muchas otras mujeres del mismo talante cayeron rendidas a mis pies. Por eso me digo que si he podido doblegar el orgullo y dignidad de todas esas egocentristas, ¿por qué no podría volver loca a esta perra que tengo delante de mí? Que para colmo de males, es la puta que me parió.

De momento lucho por contener el impacto de tenerla allí de frente, y saber que aunque le he dicho mi nombre ella ni siquiera se ha impresionado (a no ser que sea muy buena fingiendo sus emociones), lo que significa que definitivamente ella no me recuerda para nada. Me ha sacado de su vida por completo y ni siquiera siente el mínimo remordimiento por haberme abandonado.

Saber que a ella como hijo le importo una mierda me duele y me da rabia de verdad. A estas alturas en realidad es más rabia que dolor lo que siento. Chirrió los dientes con resentimiento y aguardo, en estado de alerta, lo que me depara el destino.

—Esteban, dile a Esther que entre —ordena Amelia a su yerno con frialdad y determinación. Se nota que está acostumbra a mandar. Le sale fácil.

Amelia avanza un poco más hacia donde estoy yo, con sus enormes ubres balanceándose dentro de su blusa ajustada y el escote (aparentemente decente) distrayendo incluso los ojos de su propio yerno, que está detrás de mí.

—Voy por ella —dice el pingüino mientras Amelia vuelve a exhalar, con un porte de diva que me repugna.

Me sorprende ver ese gesto orgulloso e inquebrantable que demuestra ante todos. Parece una villana. Una hembra de carácter. Una mujer seductora, sí, pero también odiosa y despreciable.

De reojo veo sus muslos enfundados por sus pantimedias beige y de pronto siento la inmoral necesidad de saber qué tipo de ropa interior lleva puesta. ¿Su vulva también será rosita? ¡Maldita sea! ¿Por qué pienso estas leperidades justo con ella?

Amelia, sin embargo, detiene sus sexys taconeos a dos metros de distancia de mí y me observa en silencio, de arriba abajo, con esa clase de miradas que te hacen sentir como un puto gusano de porquería.

Quienes me dijeron que mi madre había sido una mujer dulce, amable y cariñosa me mintieron. O quizá esta frialdad y fiereza la obtuvo con el tiempo. Qué más da. Lo que haya sido antes no cambia lo que es hoy.

El pingüino que hace del novio de Esther abre la puerta y hace pasar a su chica, la chica de culito respingón y tetas redondas, y con ella también entra uno de los security, que por muy fornido que parezca, no logra el volumen muscular ni estatura mastodóntica que tengo yo.

Miro de soslayo, para mirar a la chica, y ella con un asentimiento parece avergonzada por el trato displicente al que estoy siendo objeto por su culpa.

Quisiera decirle que no se preocupe, pero en este justo momento siento la mirada indiscreta que Amelia me echa de arriba abajo. No estoy seguro de que me esté inspeccionando realmente, pero uno percibe cuando lo están mirando. Por eso vuelvo la vista hacia ella pero Amelia ya ha cambiado su mirada hacia los que están entrando. Yo me quedo quieto, con mis brazos cruzados.

Ahora percibo nuevamente la mirada de Esther, pero mis ojos siguen clavados en los de la madre.

—¡Mamá, lo que estás haciendo es una injusticia, porque él —me señala Esther—, no tiene nada que ver con lo que se le acusa! Esteban es un mentiroso.

—Te callas —exclama su madre tajante, sin dejar de mirarme y ni que su hija le explique algo

más. Por un momento me siento incómodo con esa mirada, pero entiendo que Amelia está tratando de encontrar algo familiar en mí. Le recuerdo a algo o a alguien, estoy seguro, y me regodeo en el hecho de saber que la confundo, al mismo tiempo que la caliento—. ¿No te cansas de exponer tu dignidad en público, Esther? Drogándote en los baños de la universidad, ¡que asco!

—¡Yo no me estaba drogando! —se defiende mi hermana, y yo sé que no es mentira del todo lo que dice. Yo llegué a tiempo para impedirlo—. ¡Y Kike no es ningún vendedor de drogas!

—Otro infarto tu padre no lo soportará —le reclama Amelia a su hija ignorando lo anterior—, pero veo que tú estás empeñada en matarlo, ¿verdad, Esther?

—¡Claro que no, mamá! ¿Cómo se te ocurre?

Por primera vez, Amelia deja de mirarme y posa sus ojos zafiro directamente en los de su hija, diciéndole:

—¡Ahora mismo voy a enviarte al laboratorio para que te hagan un examen de antidoping, Esthercita, y como me salgas positiva en algún parámetro, te haré efectiva mi amenaza y te internaré en un centro de rehabilitación!

—¡Papá no lo permitiría!

—¡A tu padre lo mando yo! —exclama.

Y yo casi quiero soltar una carcajada pero me contengo, mordiéndome la lengua. Pobre diablo es el marido, yo pensando que el cabrón es igual a ella y ahora resulta que el putón que tiene por esposa lo tiene bajo sus faldas y bajo su dominio.

Lo que me lleva a pensar que Amelia debe de ser una cerda en la cama, de lo contrario no veo otro motivo para que diga en público “a tu padre lo mando yo” y que Esther, por el gesto que pone, crea que en verdad su madre sería capaz de ello. ¿Amelia es la matriarca de esa familia, y el marido un pobre pusilánime que hace lo que su mujer le ordena? Ja, ja, ja. Eso lo quiero ver.

—¡No puedes hacerme esto, mamá!

—Claro que puedo, tontonaza —la desafía Amelia—. Voy hacer cualquier cosa que esté en mis manos para protegerte, para proteger la salud de tu padre, y de paso para proteger mi honorabilidad que últimamente está quedando en tela de juicio por tus estupideces.

La perra de mi madre quiere “proteger a su hijita” con las garras con las que nunca me protegió a mí. La perra de mi madre quiere “proteger” la salud de su estúpido marido, con las mismas fuerzas con las que nunca “protegió” la salud de mi propio padre, quien por cierto gracias a ella ahora está muerto.

¿Cómo mierdas no odiarla si cada palabra que dice me recuerda lo hija de puta que es? Y encima ahora va de digna y honorable cuando no es más que una ramera conversa que abandonó a su anterior familia para seducir a un asqueroso acaudalado que ahora padece una enfermedad del corazón (información que anotaré en mi mente para futuros planes).

Casi tengo deseos de frotarme las manos con todas las cosas que se me ocurren en este momento para vengarme, pero hacerlo me dejaría en evidencia.

—Y respecto a ti, pedazo de imbécil —me dice Amelia clavando nuevamente sus ojos desafiantes en los míos, así que venga, cabrona, a ver qué tienes para mí—. ¿De veras piensas que puedes venir a esta universidad y hacer y deshacer lo que te da tu puta gana y no tener consecuencias?

“Claro que puedo, señora tetotas, y si salgo bien librado de esta, te juro que no descansaré hasta que tú y tu hija se arrastren en mis pies” le digo mentalmente.

—Estás muy verde si verdaderamente crees que vas a poder conmigo —me dice Amelia

retándome otra vez.

Yo, de momento, ni siquiera parpadeo. Me quedo callando, erguido, desafiante como ella, mirando a la perra sin ninguna expresión que revele el odio que le tengo. Es la voz de Esther la que interrumpe este incómodo momento, cuando dice:

—¡Te repito que Kike no me vende drogas, mamá! ¡Es una locura lo que estás haciendo, y todo por culpa de la chismosa de Esteban!

Amelia desvía su mirada endemoniada hasta su hija, que ha caminado hacia el interior de la oficina, y le dice:

—¡Si no te callas te voy abofetear, Esther!

Me sorprende que el novio se acerque a mi *hermanita* y sea él quien intente conciliar, a pesar de que su “noviecita” lo ha tildado de maricono en público:

—Por favor, Amelia, no es para tanto, tienes que tranquilizarte. Esther sólo está nerviosa.

Amelia no le responde al pingüino, sino que vuelve sus ojos endiablados a los míos, para añadir:

—Dame tu identificación, dime quién carajos eres y qué haces aquí.

Todo el cuerpo me arde por fin. Una cosa es haberle dicho mi primer nombre y mi primer apellido y otra revelarle mi nombre completo. Si por alguna razón, Amelia logra descubrir mi segundo apellido, que es el suyo, a través de mi DNI, descubrirá quién soy yo.

Y adiós venganza. Y adiós planes para transformarla en ramera. Sí... eso es lo que haré, ¡lo acabo de decidir! Si papá toda su vida creyó que su mujer se había ido por ligera, entonces yo le cumpliré su voluntad. Amelia pasará de ser una profesionista admirada y respetable para convertirse en un saco de semen. En un receptáculo de falos. En una paria humana que sólo estará destinada para uso sexual.

Así como ella destruyó a mi padre; mi infancia, mi pubertad y adolescencia, así también yo destruiré su matrimonio en mil pedazos. Acabaré con su carrera y finalmente la convertiré en una puta barata, de esas que se alquilan en las esquinas por unos pesos. Y si quiero ser su dueño, cobrándome todas las que me debe, ejerciendo de su padrote, entonces tendré que deshacerme de todo lo que me estorbe, incluido el imbécil de su marido.

No me importa si en el camino también arrastro a Esther con ella, aun si ahora mismo le tengo lástima porque parece ser una víctima más de las acciones de nuestra madre. Y por eso confío en que el idiota del pingüino no se meterá conmigo en lo que no le importa, o de verdad terminará su cabeza metida en el excusado.

Como Amelia está esperando una respuesta de mi parte, yo se la doy, con la voz más seca que puedo ofrecerle:

—Ya le dije quién soy, señora. Además, mi credencial de elector no la traigo ahora, pero no veo ningún problema en enseñársela después.

Ahora necesitaré algo o alguien que me haga una identificación falsa. Ojalá sea tan fácil como lo hacen ver en las películas, sino ya me cargó el payaso.

Amelia, que no parece muy contenta con mi respuesta, gruñe, hace una mueca de desagrado y me dice:

—Mira, drogadicto de mierda, a lo mejor no te has enterado de quién soy yo, pero en cuanto confirme que eres un puto dealer y ella una adicta, a ti te voy a refundir en la cárcel, donde me aseguraré de que tu estancia sea un infierno, y a ella la voy a ingresar a un centro de rehabilitación que...

—Su hija padece de ansiedad, señora —la interrumpo con mi voz grave—, más que un centro

de rehabilitación para drogadictos lo que su hija necesita es una rutina de ejercicios *fullbody* de entrenamiento funcional, y un suplemento alimenticio que contenga triptófano para la ansiedad.

Amelia frunce el rostro por mi interrupción. No parece ser la clase de personas a la que les gusta ser interrumpidas y mucho menos que les digan lo que tienen que hacer. Sin embargo, aun cuando está en todo su derecho de tirarme mierda, ella me pregunta:

—¿Tú de dónde conoces esta clase de terminologías?

—No estudié la universidad, señora —le digo, y no puedo evitar que mi voz salga más grave de lo que es—, pero tengo formación como coach de Gym e inmensidad de especialidades, talleres y entrenamientos con constancias oficiales que le puedo mostrar.

Amelia enarca una ceja. No parece convencida de lo que le digo, y mucho menos ahora que el patético del pingüino se entromete y le echa más leña al fuego:

—Te quiere enrollar a base de mentiras, Amelia, no le hagas caso. Mira al tipo, tiene toda la finta de ser un narquillo del montón y un vil drogadicto.

Hijo de puta. Ya estás sacando boleto.

Amelia vuelve a exhalar, y esta vez sus ojos de mar de medianoche me acarician la mandíbula recta, las líneas de mi cuello, mis hombros anchos, mi pecho y torso musculoso que amenaza con rasgar mi camisa entallada. Luego continúa estudiando mis piernas robustas que se pegan a mis pantalones, y casi puedo jurar que la muy puta se detiene un instante en mi visible bulto, en mi entrepierna, antes de subir nuevamente hacia mis ojos, un tanto acalorada.

“Te estás calentando, ¿verdad inmundita guarrilla? Apuesto que se te han mojado las bragas al verme así todo musculoso. ¡Qué fantasías sucias estarán pasando por tu mente, cochinita! Si supieras que te estás requemando a tu propio hijo te meabas parada...”

Nuevamente me esfuerzo para no reírme mientras Esther le recrimina a su novio, diciéndole:

—¿Finta de narquillo y drogadicto, dices, Esteban?! Pero mamá, ¿es que no ves a Kike? ¿En serio con ese cuerpazo que tiene te parece que es un drogadicto con finta de narquillo?

—¿Cómo que cuerpazo? —se indigna su novio.

Y yo me quiero reír de lo patético que me parece. Hasta mi propia hermana me encuentra atractivo. Pobre baboso.

—Además, mamá, a Kike no lo conozco. Es la primera vez que lo veo.

—¿Entonces? —le reclama su novio—, ¿por qué le hablas con tanta familiaridad? Incluso lo tratas de “Kike”.

Yo continuo mirando a Amelia, que todavía no ha definido una postura respecto a lo que dice su yerno y lo que opina ella. Cuando creo que la mujer va a dar un veredicto, nuevamente es el pendejo del pingüino quien la caga, diciéndole:

—¡No te dejes llevar por lo que te dice tu hija, Amelia! A lo mejor este idiota la tiene amenazada y por eso lo está defendiendo.

—¡Nadie me ha amenazado, Esteban, ¿por qué mejor no te callas y me dejas de fastidiar?

—Amelia —continúa el pingüino con su vocecilla de pito de calabaza—, te propongo algo antes de que tomes una decisión. Revísele al idiota este lo que trae en la mochila y en los bolsillos. Por ahí debe de traer escondida la mercancía. Así sabrás que yo digo la verdad.

Apenas hace unos segundos me sentía confiado en que podría salir bien librado de este pedo, pero ha tenido que abrir el hocico este prospecto de cornudo y ahora todo se va a ir a la mierda.

—Revísalo tú, entonces —le dice Amelia a su yerno.

Cuando éste se acerca a mí, burlón y con una sonrisa de triunfo, yo le lanzo una mirada diabólica en la que le digo mentalmente *“tú me tocas un pelo y yo te rompo los dientes, perro”*

que lo hace reconsiderar la oferta. Por eso, el maricón se detiene y le dice al security.

—Ya oíste, inspecciona al delincuente este.

Amelia suspira sabiendo que su futuro yerno es un cobarde y el security se acerca a mí, mientras Esther pone una cara de horror porque sabe que van a descubrirme. Por eso les ahorro el trabajo.

—No hace falta —respondo, extrayendo la bolsita con anfetaminas que traía guardada en mi bolsillo y que levanto para que Amelia las vea.

—¿Lo ves, Amelia?! —exclama el estúpido pingüino con la satisfacción de quien ha descubierto una cura para el cáncer—. Te lo dije. Este rastrero es el camello que le vende drogas a tu hija y no sé a cuántos más. ¡La tiene amenazada, por eso tu hija sólo lo defiende!

Amelia endurece el semblante y con odio exclama:

—¡Llama a la policía, ahora!

Valiendo pito. Lo que me faltaba. Si no hago nada pronto, iré a la cárcel por algo que no he hecho.

—¡Él no me ha vendido nada, sino todo lo contrario, mamá! —grita Esther con más determinación—. Kike me quitó las pastillas cuando me las encontró. Fue tras de mí cuando vio que unos tipos me seguían. Esos tipos son los que me vendieron esas pastillas, las cuales siempre he creído que son simples tranquilizantes y no drogas. Incluso Kike los amenazó para que me dejaran en paz. Frente a los baños de mujeres que están en el oriente, hay una cámara donde puedes verificar lo que te estoy diciendo.

El estúpido del novio alza las cejas, enfadado y Amelia me observa callada, con las cejas enarcadas. ¿Será verdad eso de que la sangre llama? Yo, de momento, estoy muy incómodo. Amelia duda y yo confío en que la cabrona tenga consideración de mí. Espero que las hormonas alborotadas influyan en ella para darme un voto de confianza.

—Evidentemente tu hija está mintiendo, Amelia —vuelve al ataque el cabrón—. Tienes las pruebas a la vista. Este imbécil es un narcotraficante, ¿cómo explicas que se encontrara con ella en el baño, a solas? ¡Le está vendiendo droga!

—¿Y tú no dices nada en tu defensa? —me pregunta Amelia ante mi seriedad e imperturbable reacción.

Cualquier otro en mi lugar estaría lloriqueando y suplicando perdón, viendo la manera de salir bien librado de todo. A lo mejor Amelia es lo que quiere, que me arrastre ante ella y le implore el indulto. ¿Qué más satisfacción sentiría la perra que humillar a alguien como yo que tiene toda la apariencia de un semental titulado? Pero si es lo que espera, se quedará pegada al suelo. Yo no soy así. No me le sobajo a nadie.

A la puta de mi madre le disgusta mi actitud. De hecho le chirría mi reacción, porque me dice:

—¿Así que elegirás quedarte callado como idiota sin defenderte?

Trago saliva. Cada desprecio que me está haciendo la pagará la hija de puta. Cuando tenga una verga clavada en cada uno de sus orificios, mientras sus tetazas y su culo rebosan de semen, me reiré de ella y le recordaré todas las veces que me insultó diciéndome “idiota”, “drogadicto de mierda” “imbécil”, etcétera.

Por ahora respiro hondo para no arrancarle la cabeza y le digo:

—Pida acceso a las cámaras de circuito cerrado que dice su hija que están frente a los baños, señora. Creo que una imagen dirá más que mil palabras.

Amelia resopla, enfadada.

—No me gusta este tonito de voz tan soberbio con el que te diriges a mí, irreverente —me

advierte ella.

“Si supieras lo que me caga el tuyo, futura puta, ni siquiera me dirigirías la palabra”.

—...así que fíjate muy bien cómo me hablas y cómo me respondes, ¿o qué es lo que pretendes, infeliz?

—No pretendo nada, señora —le respondo con los dientes apretados—, ni siquiera el hecho de haber librado a su hija de esos cabrones de mierda que pretendían encerrarla en esos baños de donde la rescaté.

—¿Qué estás diciéndome? —me dice Amelia inflamando más su pecho, de manera que sus tetas casi revientan los botones de su blusa.

Así que yo suelto mis brazos y le digo:

—Señora, no sé qué quiere que le diga, pero yo no vendo drogas. No soy narcotraficante ni ningún delincuente —*Próximamente seré tu proxeneta, cerda calentona, pero esa sorpresita aún no la sabes*—. A su hija ni siquiera la conozco. Me la encontré por casualidad por el pasillo de la entrada y sólo porque vi a esos tipos sospechosos que iban detrás de ella. Me preocupé porque yo tengo una hermana... de la edad de su hija —En esto último obviamente no estoy mintiendo—, y no me habría gustado que le hicieran daño.

—¿Entonces me puedes explicar qué carajos haces aquí? —insiste la mujer—. ¿No te parece mucha casualidad encontrarte con mi hija justo a la misma hora en que dices que esos fulanos comenzaban a seguirla? ¿No será que eres su cómplice?

Bufo, perdiendo la paciencia.

—Yo solo vine aquí para pedir trabajo, señora —le revelo al fin.

—¿De barrendero? —se carcajea el pingüino y veo cómo Esther le da un codazo en las costillas.

—Vine a pedirle trabajo a usted —le digo mirándola a los ojos.

—¿A mí? —se ríe cruelmente Amelia, burlándose de mí, lo que me hace palpar mi pecho de coraje.

Pero sé que así como ella se ríe ahora, despreciándome, así mismo me reiré yo cuando esté filmando con mi celular un *gang bang* donde ella sea la protagonista: video que venderé a alguna productora porno con el título de “*Señora casada se traga doce vergas hasta empacharse*”.

—De coach en el gimnasio de la facultad, de eso quiero pedirle trabajo.

Mi madre me evalúa de arriba abajo, volviendo a la seriedad. Ella no sabe que yo soy su hijo, evidentemente, o de lo contrario no me habría dedicado una nueva mirada lujuriosa sobre todo cuando sus ojos se detienen en el bulto de mi entrepierna que no deja de crecer fantaseando el día que yo esté de pie mirando cómo ella es partícipe de una brutal orgía.

—Mamá, lo que te dice Kike es verdad —mi hermana vuelve a abogar por mí. Yo la miro con especial agradecimiento.

Entonces Amelia reacciona, diciendo:

—Esto ya me cansó. Ahora mismo sabré quién dice la verdad. Esteban, Esther, vamos con los de seguridad. Quiero que me muestren esos videos ahora mismo. —Luego mira al security y le ordena—. Y tú, vigila al muchacho. Si se te escapa te hago mierda.

Vaya puta. Ahora sé de dónde saqué este carácter tan de la chingada que tengo. Pero ya veremos quién domina a quién.

Me pregunto si el marido de Amelia (un tal Eusebio Manríquez) responsable involuntario de la muerte de papá, soportaría ver el gradual emputecimiento de su abnegada esposa y de su angelical hija. Ver cómo las dos van convirtiéndose progresivamente en unas zorras de cuidado, las cuales se van volviendo adictas al sexo, a chupar falos, a abrirse de nalgas cuando un semental que ha pagado por ellas se pone detrás de ellas, y a consentir toda clase de vejaciones con tal de ser unas putitas complacientes.

Me pregunto si el viejo soportaría el hecho de saber que yo no solo soy el responsable de ese emputecimiento de parte de su retoño y de su mujer, sino que también soy el hijo que Amelia abandonó por irse con él.

¡Perro! También tú me las pagarás. Seguro la sedujiste y no te importó destruir una familia. Pues ahora yo destruiré la tuya, y ojalá tu corazón resista una escena lésbica de tu hija, tu esposa, en un cuarto rodeado con un montón de hombres con ganas de follárselas.

Amelia regresa a su despacho casi media hora después: tiempo en el cual yo me la he pasado sentado frente al escritorio observando un retrato en el que aparecen ella, su marido y su hija.

Un “bonito” cuadro familiar. Sería una que un día ese retrato amaneciera bañado de espermatozoides.

Mientras fantaseo todo esto me da rabia pensar que en lugar de ese viejo debería de estar mi padre en esa foto, y que en lugar de esa adicta debería de estar yo.

Por eso reacciono con brusquedad al escuchar que ella taconeaba el despacho adentro mientras yo me pongo de pie. Me sorprende que venga sola y me pregunto si Esther estará bien. Amelia le pide al security que salga de su despacho y luego se sienta delante de mí, del otro lado del escritorio. Con la mirada me pide que yo también ocupe mi lugar, así que regreso el culo a la silla.

Y sin más preámbulo, me dice:

—He revisado las cámaras y, en efecto, he constatado tu versión.

Pues sí, perra, si te estaba diciendo la verdad.

—Me alegra —respondo con la misma frialdad que ella.

—¿Cuánto dinero quieres para quedarte callado y no andar divulgando lo que ha ocurrido aquí? —me dice, y me sorprende horrores su proposición.

Me quedo callado porque no entiendo de lo que está hablando. La verdad no me esperaba que me dijera esto. Ella nota mi desconcierto y me lo trata de aclarar:

—Mira, muchacho, yo tengo una reputación en esta institución que tengo que cuidar. No es conveniente que nadie se entere que Esther, mi propia hija, tiene este tipo de problemas con las anfetaminas. Mucho menos que vienen hasta la propia universidad a vendérselas. Además, como habrás podido escuchar, mi marido está enfermo del corazón. Un disgusto como este lo puede matar. No es que me importe demasiado, ¿pero te imaginas lo que pensaría la gente de todo esto?

Me quedo helado cuando la escucho decir “No es que me importe demasiado”, así que intento atar cabos y decidir si eso fue exactamente lo que quiso decir, o los mismos nervios la hicieron elegir mal las palabras.

—Yo no pretendo chantajearla, señora, si es lo que está sugiriendo.

Ahora no quiero chantajearla, cachorrita, para eso ya tendremos tiempo de sobra.

—Me sentiré más tranquila si... te pago por tu silencio.

—Y yo me sentiré más decente, si el pago que me ofrece lo hiciera por mi trabajo.

—¿Tu trabajo?

—Me gustaría trabajar para usted, señora, como coach en el gimnasio de la facultad o en cualquier otro lado. Soy nuevo en la ciudad y no tengo trabajo. De algo tengo que vivir.

No es que intente conmovérla, pero por lo menos trato de hacer que se compadezca de mí. Ella tiene mucha culpa de que ahora yo sea un muerto de hambre.

—¿Cómo? —Se sorprende de mi petición—. Y por favor no me digas señora, sólo Amelia.

—Está bien, Amelia —corrijo—. Era verdad cuando le decía que vine a esta universidad para pedir trabajo. Y no la estoy chantajeando para que me emplee. Yo de verdad estoy dispuesto a que me ponga a prueba. Que valore mi rendimiento y decida si estoy apto para el puesto o no.

—Pero yo no tengo vacantes en el gimnasio —me dice—, además yo no soy la que toma las decisiones en esta academia. Es verdad que dirijo la facultad, pero existe un comité que...

—Señora... es decir, Amelia, necesito el trabajo, de verdad. A lo mejor no me puede contratar directamente, pero estoy seguro de que podría postularme.

Amelia cavila, en silencio. Yo me concentro en sus ubres, que no dejan de asomarse por su obsceno escote.

—¿Al menos tienes referencias por escrito?

—Sí, las tengo...

—Bueno, es que... para postularte primero tendría que haber una vacante, y de momento no la hay, ¿Enrique dices que te llamas? —Al pronunciar el nombre de “Enrique” directo de su boca, veo finalmente dentro de su mirada (muy pero muy dentro de su mirada) un deje de remordimiento.

—Sí, Amelia, pero puede llamarme Kike.

—Pues bien, Kike —suspira hondo—, antes de continuar, necesito hacerte algunas preguntas.

He tenido que mentir respecto a mi lugar de nacimiento y algunos datos que podrían comprometerme o hacer que ella ate cabos y descubra la verdad. De momento no me ha pedido ningún documento en físico, lo que agradezco porque apenas me estoy dando cuenta de que todas mis referencias tienen mi nombre real.

¡Mierda!

He compensado mi información, deslumbrándola con mis conocimientos. Ella, aunque no es muy expresiva, se limita a escucharme y trata de fingir la sorpresa que le causa que yo conozca tanto de nutrición, sin tener una licenciatura o especialidad como ella.

Asiente de vez en cuando y juega con el lápiz que está en su escritorio. De pronto hace unas llamadas a no sé quién y luego a otro no sé quién.

En algunas ocasiones me ha mirado suspirando, como si no hubiera nada para mí, así que cuando corta la última llamada no le queda más remedio que decirme:

—Lo siento, Kike, pero de momento no tengo nada para ti en la universidad. Y todo se agrava porque no tienes un título universitario.

Siento que me cae un baldazo de agua fría sobre mi cabeza, viendo frustrados todos mis planes. Y encima le rechacé el puto dinero que me ofrecía. Pero antes de que pueda decirle nada me hace una propuesta:

—Pero no pongas esa cara, muchacho, porque si lo que tú necesitas es trabajo, entonces yo puedo ofrecerte ser mi asistente temporal, hasta que consiga algo para ti en la universidad.

—¿A...sistente? —Eso sí que no me lo esperaba—. Le agradezco mucho su consideración, pero la verdad es que no me veo yendo y viniendo con su maletín detrás de usted, Amelia.

Lo único bueno de ir detrás de ella sería que todo el tiempo estaría contemplando su culo respingón, pero no sé si compense lo demás.

—Ser mi asistente te implicará muchos cargos, Kike, no sólo el de ir detrás de mí con mi maletín.

—¿Por ejemplo?

—Necesito un coach exclusivo y personalizado tanto para mi hija como para mí —me dice, apretando sus pechos con descaro—. Y, por lo que veo y me cuentas, tú estás perfectamente bien cualificado para el cargo. De esa manera no dejarías del todo tu afición como monitor y a la vez, a mi lado, podrías aprender nuevas cosas respecto a nutrición. Pero también necesito que me sirvas de chofer. Hace poco choqué con un vehículo y desde entonces me pongo nerviosa cuando conduzco. Me vendría bien que me ayudaras con eso y con algunas cosas que se vayan presentando.

—¿D...e verdad...? —le pregunto con los ojos bien abiertos.

—Sí —responde—, además te solicitaría acceso para que en tus tiempos libres puedas estar en el gimnasio de la universidad.

—¡Yo... joder, Amelia... creo que es más de lo que esperaba!

Ella, sin embargo, no hace ni siquiera por sonreír. Luego me pregunta:

—¿Dices que estás teniendo problemas con tu alojamiento?

—Sí, es que... las rentas son muy caras y yo...

—Si aceptas lo que te estoy pidiendo, Enrique —Me siento muy incómodo cuando me llama con mi nombre de pila—, no sólo tendrás un buen sueldo, sino que también te ofreceré alojamiento en un pequeño departamento que tengo adjunto a mi casa, donde mi marido, que es arquitecto, solía encerrarse en sus buenos tiempos.

—¿Yo...? ¿En su casa?

—Sólo dime si aceptas o no —me ordena, apretando los dientes.

—Claro, claro, acepto sin dudarlo.

Amelia emite una sonrisita maliciosa por primera vez desde que la conozco. Me pregunto si la perra tendrá entre sus intenciones seducirme para calentarle la vagina a pollazos. Porque de que le gusto, claro que le gusto, aunque finja sus emociones.

“*Si supieras que te estás mojando las bragas pensando porquerías con tu propio hijo, ¡menuda cerda!*” sonríó yo también.

¿Cómo es que pasamos de estar a punto de ser enviado a la cárcel, por esta perra, a convertirme en su asistente personal, el cual, además, vivirá en su propia casa? ¿Cómo de buenas a primeras ha pasado de desconfiar de mí completamente a abrirme las puertas de su casa? ¿Será posible que la muy cabrona haya descubierto la verdad? ¿Será que ella sabe que yo soy José Enrique Lares Vidal, su primogénito?

Sea lo que sea, de que me vengaré de esta cerda, claro que me vengaré.

Emputeeceré a mi propia madre... ¿y por qué no?, quizá también a mi hermana.

CONTINÚA

CAPÍTULO 5

No es que sea ambicioso o interesado (aunque por mis huevos juro que voy a volverme un triunfador, con dinero y con mil putas a mi lado) pero me caga que haya gente que viva una vida que no le corresponde, en detrimento de terceros.

Mi conflicto, para ser concreto, radica en Amelia, que vive en una mansión californiana digna, mientras mi padre y yo vivimos tantos años entre el estiércol y la pobreza en una casa que he tenido que vender, y cuyo pago aún no he recibido.

No es justo que mientras nosotros pasábamos hambres y necesidades ella se diera la gran vida con su nuevo marido. Por eso, este resentimiento que siento hacia ella cada día se intensifica de forma exponencial.

Es conocer un poco más de Amelia para aborrecerla un poco más, y que mis ansias por destrozarle su vida modélica sólo aumente de forma perversa.

De momento ¡heme aquí! Un sábado a las seis de la tarde, justo en el día y la hora que me señaló Amelia para que me mudara a su domicilio. El taxi me acaba de dejar a las afueras de una casona de tonos marmolados, cuyas dimensiones son impresionantes, en una urbanización de gran poder adquisitivo en la que cualquier muerto de hambre querría vivir.

Toco el timbre y una mujer del servicio me recibe, abriendo un gran cancel de hierro que medirá casi tres metros de altura. Me parece imposible que viviendo en una casona así, Amelia carezca de chofer (parte de los servicios que me ha solicitado) o de un mayordomo que reciba a sus comensales.

Odalia, como me ha dicho que se llama la jamona que me ha recibido, es una mujer cuarentona que viste un uniforme de sirvienta, que es negro y de una sola pieza, pero ligero, de mangas cortas y con una falda que apenas llega a la mitad de sus gordas piernas. Encima lleva puesto un delantal blanco que se amarra por la espalda, y que cae un poco más arriba de la falda.

No pensé que todavía en las familias aristocráticas obligaran a sus sirvientas a usar este tipo de uniformes, que si se me permite decir, son del tipo fetichistas que venden las sex-shop.

Y es aquí donde constato que algunas cosas que he oído sobre Amelia en estos últimos días son ciertas: que es una mujer vanidosa, que no consiente que haya mujeres bonitas y de mejor cuerpo que el suyo a su alrededor. Que todas sus amigas son gordas, incluidas sus empleadas, pues siempre desea destacar en cuerpo y belleza por pura altanería.

La gordura de sus empleadas la envanecen. Exalta su autoestima. Alimentan su ego. Y aviva su pedantería. “Menuda zorra”. Encima, dicen las malas lenguas, que su carácter dominante le ha servido para tener a raya a su marido, a quien trata como el mediocre que es. Al pobre imbécil también lo ha engordado, para que su baja autoestima le siga haciendo creer que es afortunado al tener a una mujer hermosa como Amelia, sin que ésta corra riesgos de ser desheredada o echada de su vida.

—Adelante, joven, supongo que usted es la persona que ha estado esperando la señora, ¿verdad?

—Supongo que sí —respondo con seguridad, admirando en secreto la obscena forma con que se le marcan unas grandes tetas debajo del uniforme.

—Pase, joven, por favor.

Entro con paso largo. La mujer cierra la verja de hierro y se adelanta a la casona que está

situada en el centro de un enorme jardín. Odalia se parece un poco a doña Meche, la jamona que me enseñó a coger. Tiene sus mismas proporciones carnosas en su constitución y esa misma mirada de santurrón pero que en secreto se prende como volcán de fuego.

Aunque soy fisicoculturista, a mí me ponen cachondo las cerditas como ella. Me genera un extraño fetiche con su exceso de carnes. Al creer que no tendrán oportunidades con otros hombres, son bastante apasionadas cuando se les hace el milagro. Y Odalia tiene una cara bonita. Encima pelirroja, aunque no sé si es natural. Tal vez, si se me da la gana, ella tenga el privilegio de que le dé una revolcada un día de estos.

La sirvienta me conduce hasta el portal de la casona, y me hace esperar afuera de la entrada principal, lo que me genera incomodidad al hacerme sentir como apestado. Miro a mi alrededor y observo la belleza de la finca. No cabe duda de que en esta construcción metió mano un hábil arquitecto. Supongo que el autor debe de ser el tal Urbano Manríquez, “mi padrastro”, pues a eso se dedica.

En breve escucho los sensuales taconeos de una dama fina que se acerca a la entrada principal de la casona. Me vuelvo hacia el interior y veo que detrás de una puerta de cristal que se abre automáticamente a su paso aparece una majestuosa mujer de garbosa postura, que camina sublime hasta mí, contoneando su delicada figura con una elegancia admirable.

—Joder —susurro un poco acalorado.

Esta vez, Amelia, no lleva un traje ejecutivo, sino un vestido morado que le llega a la mitad de sus muslos, que se encuentra perfectamente ceñido a su cuerpo. Sus caderas lucen prominentes. Sus piernas fuertes y sus pantorrillas torneadas están enfadadas en unas pantimedias transparentes que le conceden un brillo delicioso a su piel rosada. Su pelo corto, platinado, le da un aire sensitivo y salvaje a su mirada oscura.

Cuando me mira me evalúa despectivamente de arriba abajo. Aprieta sus labios gruesos, mullidos, que tienen un barniz tinto como el vino, y que contrasta con la blancura de su rostro y de sus dientes.

Y de pronto me siento inferior a ella, vistiendo estos pantalones, camisa y zapatos deportivos que no hacen juego con la elegancia de su vestido. De su fragancia. De su mirada. Sé que soy un chico apuesto. Musculoso y seductor, pero mentiría si dijera que no me siento intimidado ante su poderosa presencia.

—Comenzamos bien —me dice como saludo, con su voz profunda acariciando mis oídos—. Me gusta la puntualidad inglesa.

—Buenas tardes, señora.

Extiendo mi mano para saludarla, pero ella la ignora, dejándome con el brazo estirado. Su rechazo me insulta, y aun así yo sigo admirado. Me asusta de pronto estas putas ganas que tengo de besar al menos sus mejillas, pero no porque le tenga afecto... sino por simple curiosidad... antojo... Appetito. Tengo ansias de oler de cerca esa fragancia tan exquisita que lleva puesta en el cuello y que estoy seguro que se ha puesto para que yo la oliera.

Quiero sentir la suavidad o dureza de sus pechos que se tensan debajo de su vestido, apretándose contra mi compacto cuerpo. Quiero sentir sus brazos rodeando mi dura espalda. Quiero sentir un contacto más cercano que me sacie la curiosidad, la apetencia y esta extraña y repentina necesidad que tengo de conectar ella.

¿Qué mierdas me pasa?

Lo peor es que no dejo de pensar en su belleza. Mi padre nunca mintió cuando la describía. Esos ojos azul zafiro sin duda es lo mejor que tiene de sí. ¿Qué tan suaves serán sus labios? ¿Qué

tan delicadas serán sus mejillas? ¿Qué tan tersas serán sus manos?

Lo único que puedo ver es que el contorno de sus pechos, grandes y pesados, se dibujan finamente debajo de su escote que, aunque es poco pronunciado, destaca por su corpulencia.

—¿Dónde está tu equipaje? —me pregunta Amelia con voz seca, cruzándose de brazos, lo que produce que sus mamas se junten entre sí y parezcan más hinchadas.

—Aquí lo traigo conmigo, señora —señalo la mochila larga y espaciosa que me cuelga en la espalda.

Amelia enarca una ceja cuando la ve y me pregunta, extrañada:

—¿Es todo lo que traes?

—Sí —respondo.

Amelia vuelve a enarcar la ceja y suelta un resuello. Cada vez que frunce sus gorditos labios mis testículos vibran. Camina en dirección a una vereda de baldosas grises que llevan a quién sabe dónde y me dice:

—Ven, sígueme.

Veo, agitado, cómo sus prominentes nalgas se aprietan dentro de su vestido entallado mientras suben y bajan al ritmo de sus sexys taconeos, los cuales me llevan a la parte posterior de la mansión, casi detrás de la casona, al costado de una alberca enorme.

Al fondo de la alberga se distinguen dos grandes habitaciones. La de la derecha tiene una puerta corrediza de cristal, desde donde se aprecian algunos aparatos. Me da un vuelco el corazón al constatar que se trata del gimnasio personal de Amelia. La puerta contigua es de madera barnizada. Tiene un ventanal largo de cristal en cada lado con sus respectivas cortinas corridas.

Me alegra saber que no tendré que ingresar a su casa para trasladarme a mi dormitorio, sino que la entrada es independiente.

Amelia se acerca a la puerta de madera, introduce la llave que trae en la mano y tras abrirla entra a la estancia meneando ese delicioso culito. Yo la sigo detrás. La mujer descorre las cortinas y la luz vespertina ilumina el interior. Parece un estudio compacto, y me alegra saber que lo tiene todo.

Un recibidor con una pequeña salita, una barra ergonómica que hace las veces de pretil y de cocinita. Hay un escritorio restirador donde seguramente su marido solía trabajar con sus planos.

Al fondo figura una puertita que estoy seguro da al baño y a la regadera, y delante de esa puerta hay una cama de tamaño matrimonial que tiene vistas directo al jardín, desde donde se ve la alberca.

Observo los diseños vanguardistas en los colores sobrios, blancos y grises, y los adornos de los muros, así como el televisor situado frente a la sala de estar y el closet que está cerca de la puerta del baño. Todavía estoy procesando lo que veo cuando Amelia, que está revisando que todo esté en orden, me dice:

—Vacía tu mochila en la cama.

—¿Perdón?

—Que vacíes el contenido de tu mochila en la cama.

—¿Y eso por qué? —le pregunto ofendido, frunciendo el ceño mientras me quito la mochila de la espalda.

—Porque yo lo digo —me responde ella con los labios fruncidos y la mirada alzada—. Esta es mi casa y quiero constatar que no traigas objetos peligrosos que puedan atentar con nuestra seguridad. Así que haz lo que te digo, que quiero ver lo que traes.

Aprieto la mandíbula, irritado. Me caga la petulancia y el aire de soberbia con que me ordena aquello. Estoy rabiando, pero me tengo que tragar el orgullo si no quiero echar a perder mis planes de venganza, sobre todo ahora que ya he conseguido lo impensable: meterme a su propia casa.

“Ya verás cómo te quito lo pretensiosa y lo soberbia más pronto de lo que te imaginas, pinche perra.”

—Está bien —bufo.

Abro mi mochila y vierto todo lo que traigo dentro sobre la cama, como ella me lo ha solicitado. ¿Qué es lo que espera ver esta pendeja?, ¿una bomba atómica conmigo? ¿Una pistola? ¿Un rifle? ¡Bah!

—Puedes revisar cuando gustes, Amelia —la apremio, apartándome de su camino—, como puedes ver, sólo traigo mi computadora, cuatro pantalones deportivos, algunas camisetas, bóxer, calcetines, unos tenis y una camisa y un pantalón de vestir.

Amelia insiste en humillarme cuando se acerca a la cama para constatar que lo que le digo es cierto. Me hace sentir como un puto delincuente que ha entrado a su casa armado para robarla. Lo único que deseo es destruir a su familia desde los cimientos, convirtiéndola a ella y a mi hermanita en unas prostitutas de lujo. Pero para eso no preciso de armas.

—Veamos —dice ella petulante.

Cuando se flexiona sobre la cama, sus nalgas redondas y firmes brotan hacia mi cara y no puedo evitar sentir una indecente erección que no debería de existir dado el parentesco que nos une. Trato de relajarme mientras ella permanece empinada, con el culo en pompa, revisando mi ropa (no vaya ser que traiga drogas entre las prendas), pero la forma en la que se restiran sus pantimedias transparentes sobre sus torneadas piernas, impiden que mi calor testicular mengue.

Al flexionar una de sus rodillas y echar un tacón hacia atrás, uno de sus glúteos resplandece. La textura de sus piernas se traslada a mi imaginación y casi puedo imaginar lo suave que sería rozarla con mis yemas. Sitúo mis ojos lujuriosos sobre el centro de sus nalgas y me pregunto si lleva consigo una tanga. Menuda guarra. Eso justificaría que no se le miren las costuras de sus bragas.

—¿Por qué estos bóxer los traes hecho bola? —me pregunta cuando levanta mi bóxer rojo, que en efecto, lo tengo envuelto como en una esfera deforme.

Mi corazón se detiene por un instante y trato de advertirla:

—No... Amelia... no desates ese bóxer...

Mierda. Demasiado tarde. Dicen que la curiosidad mató al gato. Y ahora esta gatita fisgona acaba de descubrir que en el interior de mis bóxer rojos guardo una cartera considerable de condones que saltan sobre el resto de mi ropa como si fueran palomas.

—¡Ah! —jadea, echándose hacia atrás.

Y en lugar de vergüenza, ahora siento un morbo tremendo que me hace cosquillear el glande.

—Siempre es bueno estar prevenido —le digo a Amelia mientras ella se incorpora y me observa con un gesto que indica indignación, sorpresa y... ¿morbo?—... por si acaso.

Amelia aprieta sus labios. Se incorpora y exhala.

—Te prohíbo terminantemente que metas a esta casa a ninguna mujer —me advierte.

Sino fuera porque apenas nos conocemos y porque ella no tiene ningún otro motivo para sentirse así, creería que está celosa de que yo pueda follar con la mujer que se me antoje.

—No te daré problemas de ese tipo, Amelia —le digo, sonriendo.

—Eso espero, Enrique.

—Kike, por favor.

—Te diré Enrique —determina—, y confío de veras en que no convertirás este cuarto en un motel de paso, porque esta es una casa decente, ¿comprendes verdad?

“Decentes mis huevos, puta.”

—Claro que sí, señora.

—¿Señora? —levanta las cejas.

—Si yo soy Enrique, entonces usted es “señora”.

Bufa la cabrona. No está acostumbrada a que la desafíen. Con lo que me encanta domar putas.

—Está bien, Kike —cede con descontento—. Ahora, volviendo al tema original, veo que tienes razón, casi no traes ropa. De momento, me temo que lunes tendrás que ir a comprar algunas prendas nuevas.

—¿Cómo? —me inquieto avergonzado, sabiendo que estoy en la vil pobreza.

La mujer del alquiler de mi antiguo departamento no me ha querido devolver lo del depósito.

—La ropa deportiva que traes está perfecta para tu trabajo como entrenador personal de mi hija y mío —me explica, mirándome por encima del hombro—, pero como mi asistente personal tienes que andar bien vestido. Esa ropa que traes no me funciona. Tienes que comprar trajes y zapatos que se adapten a tu puesto.

—Entiendo, Amelia —intento explicarle sin mostrarme atribulado—, pero... me apena decirte que apenas traigo lo justo para subsistir hasta que reciba mi primer sueldo.

Y es aquí cuando recuerdo que ni siquiera hemos hablado de la cantidad que me pagará quincenalmente, aunque ya me adelantó que será considerable.

—No te preocupes por eso, Kike. Yo misma te llevaré a una boutique para caballeros donde puedas abastecerte de lo que necesites.

Trago saliva. ¿Esta estúpida no capta mi mensaje de que ando de muerto de hambre?

—Pero Amelia, con todo respeto, quisiera insistirte en mi pequeño problemita, de que por ahora no tengo dinero. Encima si mi sueldo voy a tener que gastarlo todo en ropa fina pues no me va a convenir.

Amelia pone los ojos en blanco, y me recuerda a los gestos que suele hacer Esther, mi hermana.

—La pagaré yo, es lo que te estoy diciendo —me responde mirándome con desdén.

—No, no, no —contesto indignado. No me va a humillar otra vez comprándome ropa, haciéndome sentir inferior—. No voy a permitir que...

—No me andes con remilgos, por favor —me calla de inmediato—... y recuerda que estás bajo mis órdenes. Tú no me tienes “que permitir nada”, soy yo la que decido desde ahora sobre ti. Te recuerdo que estás viviendo en mi casa y yo pagaré tu sueldo. Tu deber es obedecerme.

“Hija de perra. Así que esas tenemos, ¿no?, me quieres ningunear. Crees que soy el pusilánime de tu marido y que podrás tener influencia y poder sobre mi persona sólo porque viviré en tu casa y me pagarás un sueldo. Pues bien, putita, juguemos a tu juego, porque sin que tú lo adviertas, tú también estarás jugando el mío. Y que conste que mi juego es más perverso que el tuyo”

—Está bien —le digo con una sonrisa maliciosa, como si me resignara—, como tú mandes, Amelia. No tengo objeción en que me compres lo que consideres necesario. —Y para hacer valer mi hijoputez, agrego—, pero quisiera advertirte de que no quiero que el dinero que gastes en mi persona me lo rebajes de mi sueldo. Quiero mi salario íntegro. La que quiere cambiar mi guardarropa eres tú, no yo.

Estoy alerta ante la puteada que me vaya a decir, pero me sorprende cuando me responde con la mayor tranquilidad.

—Vaya —sonríe por primera vez, como si estuviera orgullosa de lo que he dicho. Como si disfrutara del hecho de que yo podría ser tan soberbio y ambicioso como ella—. Ahora sí que nos estamos entendiendo.

—¿Entendiendo en qué? —me hago el ingenuo.

—En que la vida es sólo para los que no viven de rodillas.

Trato de interpretar lo que me dice con cautela. Pero lo que me queda claro es que ella sí tuvo que estar de rodillas, chupándole la polla al imbécil de su marido, para lograr obtener todo lo que tiene ahora.

—Pienso igual, Amelia —le digo—. En la vida hay que ser protagonista, no espectador.

“Y tú, prospecto de putita, vas a ser protagonista de tu propia película porno, donde de tenerlo todo, vas a quedar en la nada: sin familia, sin respeto, sin dinero y sin dignidad. Pero eso sí, con todos tus orificios bien abiertos...”

—Que así sea entonces, Kike.

Si en esas estamos, entonces que no le quede ninguna duda a esta zorra que voy a vivir a costa suya. Voy a exprimirla económicamente hasta dejarla en la ruina. Después de todo lo merezco. No estaría haciendo nada ilícito, sino cobrándole lo que me corresponde, lo justo, todos años de manutención que omitió durante mi infancia y mi juventud.

—Bien, Kike —aprieta sus labios mamadores nuevamente—. Usa lo que necesites en este departamento. Ya tienes mi número de celular, cualquier cosa que ocupes me llamas. Te dejo para que te instales.

—Gracias, Amelia. No te voy a defraudar.

—Actos, niño, no promesas —me dice, y se da la media vuelta, contoneándose seductoramente, moviendo ese delicioso culito respingón hasta que desaparece por la puerta.

Nunca había vivido como príncipe. O al menos así es como me siento suponiendo que en mi vida jamás había tenido un jacuzzi en mi propio cuarto. Todo huele a limpio. El departamento es bastante bonito. Me siento como uno de esos influencer que aparecen en instagram subiendo estados mamalones presumiendo lo que nunca tuvieron.

En este jacuzzi bien podrían caber perfectamente tres chicas más en su interior. Dos si acaso, si una de ellas fuera tan gorda como Odalia, la sirvienta. Me visualizo así como estoy ahora, completamente desnudo, entre espuma y agua tibia, dos mujeres con las tetas flotando sobre las aguas cada una a mi costado, con mis dedos apretándole sus pezones. Y por qué no, una tercera mujer empalada sobre mí, cabalgando y apretando sus paredes vaginales sobre mi pollón.

—Esto será vida —digo.

Cuando me salgo del jacuzzi y reviso todas las botellas de vinos y tequilas que hay en la barra (vaya viejo borracho es el marido de la perra) Odalia toca a mi puerta para informarme, sin yo abrir, que en treinta minutos “La señora Amelia” y su “esposo” me esperan para cenar en el comedor.

¡¿Qué?! ¡¿Cenar yo con esos alzados?!

—Allí estaré, Odalia, gracias —respondo simulando gratitud.

Lo cierto es que mientras me pongo lo más elegante que tengo, un pantalón de vestir de raso negro y una camisa de botones blanca con rayas verticales rojas, los nervios me cosquillean en el pecho.

¿Cómo mierdas se comporta un tipo como yo en una mesa donde hay dos sujetos que probablemente se la pasarán criticando mi desenvolvimiento entre la comida y los cubiertos? ¡Mierda!

La cosa empeora cuando salgo de mi departamento y me dirijo hacia la casona por la puerta de atrás, donde otra mujer que no había visto (esta sí que está anciana) me conduce amablemente hasta un enorme salón comedor que está muy cerca de una gran cocina:

—Ahí lo están esperando, joven —me dice la anciana.

Se me hace raro que hasta ahora sólo haya visto dos criadas. La gorda de Odalia y esta anciana que ahora se ha ido para la cocina. Estudio mi ropa nuevamente y me pregunto si seré objeto de burla por lo que llevo puesto.

Arrastro mis pies hacia la estancia del comedor, y me detengo detrás de un arbusto alto de interiores, desde donde puedo apreciar que están sentados Amelia y... una bola de grasa rancia que está arrellanada en la esquina opuesta a la de Amelia, frente a frente, marido y mujer, en una mesa muy larga para ser solamente dos los comensales. Bueno, y yo. ¿Dónde mierdas está Esther?

El hombre aparte de obeso está ciego, lo sé por la cantidad de graduación que se le miran en los anteojos. Parecen gafas de fondo de botella, de esos que usaban los nerd de antes. El pobre diablo tiene una piel rosada como la de un cerdo (nunca mejor dicho), y sus ralos cabellos blancos lo hacen aparentar más años de los que en realidad tiene.

No me puedo imaginar a una diosa (tengo que admitir que la puta de mi madre lo es) puede compartir cama con un viejo repugnante como ese. ¿Será verdad que Amelia ha sido tan perversa para que ella misma lo hubiese envejecido y engordado tanto para menguar su seguridad como hombre? La creo capaz, claro que sí.

Sin que nadie advierta aun mi llegada, escucho los quejidos de la bola de manteca, que le dice

a su mujer:

—¿Siquiera tienes copias de sus documentos oficiales, mujer? Los del cabrón ese que acabas de contratar —El viejo da un trago a una copa de vino que tiene delante de él. Parece enfadado—. ¡No puedo creer que, con lo remilgosa que eres, te hayas atrevido a meter a nuestra casa a un completo desconocido!

Amelia está sentada en la silla que está frente a él, de la cual solo puedo mirar su alto respaldo, aunque soy capaz de mirar sus manos blancas, sus uñas hermosamente arregladas, sus dedos delgados, elegantes, y sus hombros desnudos, lo que me hace suponer que lleva un vestido escotado.

—Ya te dije su nombre y a lo que se dedica, Urbano, así que por favor, no exageres.

El anciano vuelve a tomar de su copa de vino, diciendo:

—¡Podría ser un delincuente, Amelia! ¡Un asesino! ¡Un ex convicto! Si tanto te urgía un asistente, pudiste contratar a una mujer.

—Sabes bien que en esta casa nos hacía falta un hombre de verdad —lo humilla ella cruelmente. Hasta yo me siento mal por el comentario. No me puedo imaginar cómo se siente el pobre diablo, que lo único que hace es beberse el resto de su vino—. Así que ya podrías agradecer que de alguna manera tengamos un guardaespaldas con nosotros. Se lo pensará mejor cualquier delincuente si ve a Kike en esta casa.

—¿Pero qué estás diciendo, Amelia? ¿Ahora, además de convertirlo en tu asistente y en tu entrenador personal, también lo vas a tomar como tu guardaespaldas?

Amelia procura una risita perversa, antes de responder:

—No propiamente, querido, pero cuando lo veas me vas a entender. Me darás la razón. Al menos un respeto sí nos van a tener esas lacras que sólo buscan aprovecharse de familias como la nuestra.

—¿Qué tengo que ver yo de ese individuo? ¿Qué es lo que tengo que entender, Amelia?

—Kike es todo un hombrezote, querido —responde ella y me hace sentir raro que me halague cuando hace apenas un rato, lo único que hizo fue despreciarme—. Ya vas a conocerlo, esposito. Kike desprende testosterona por todo su cuerpo. Es enorme, fornido, musculoso. Todo un mastodonte al que se le marcan las venas en sus bíceps y tríceps sin siquiera hacer esfuerzos.

La polla me volvió a temblar en mi pantalón al oír la forma tan... “atenta” con que la puta me describió.

—¿Has traído a nuestra casa a un cabrón musculitos?

—Qué querías, ¿qué trajera a otro gordo y descuidado como tú?

—¡No te pases, Amelia, que me estás ofendiendo!

Para mi sorpresa, la cruel mujer respondió con una carcajada.

—Dime, mujer —insistió el pobre hombre—. ¿Hablaste al menos con algunas de sus referencias? ¿Sabes si tiene antecedentes penales? ¿Consultaste al menos a Esthercita sobre esta locura tuya de traer a un musculitos a esta casa?

—Deja de preocuparte, esposito —contesta Amelia, y yo escucho ironía en su tono de voz—, que yo lo tengo todo bajo control, como siempre.

—¡Amelia, ten un poco de consideración, por favor!

Entonces escucho que ella manda llamar a la cerda de Odalia, quien empuja su extra carnoso cuerpo hasta la mesa, donde se detiene.

—Odalia, por favor sírvele más vino al señor, a ver si se le quita lo impertinente.

—Como usted ordene, señora —responde la sirvienta con actitud servil, como si sólo

recibiera órdenes de Amelia.

—¡Ya me he tomado cuatro copas en menos de media hora, Amelia! ¿Qué es lo que quieres, ponerme ebrio para que yo no te siga diciendo lo molesto que estoy por haber metido a nuestra casa a un vil desconocido?

—Basta ya, Urbano, que mi nuevo asistente y entrenador personal llegará en cualquier momento.

Escondido detrás del arbusto, escucho cómo resuella el pobre marido, indignado, mientras dice:

—¿Ahora sientes consideración hacia ese fulano? ¡Por Dios, Amelia, pudiste haberme consultado!

—¿Y desde cuándo tengo que consultarte algo yo a ti, querido? —le pregunta Amelia con crueldad—. Te recuerdo que hace mucho que tu palabra no vale en esta casa.

“Put a vieja jajajaja”

—¡Es cierto que últimamente me ninguneas y que haces de mí lo que quieres —dice el hombre como tormento—, y todo porque sabes que yo te lo consiento todo porque te amo! Pero ahora sí que has llegado demasiado lejos con esto, mujer.

—Entre más viejo más escandaloso, Urbano —escucho la voz despreciativa de mi “mamita”—. ¿Podrías dejar de fastidiar?

—¡Una cosa es que hayas traído a nuestra casa a este individuo, (sin mi autorización), y otra muy distinta es que lo invites a comer a nuestra mesa! ¿Por qué lo has hecho? Además... ¡Encima vestida... así... tan atrevida!

Quisiera saber de lo que el viejo habla, pero lamentablemente Amelia está sentada en una postura que no me permite apreciarla desde mi escondite.

—¿Ahora vas a criticar la ropa que uso para cenar, “esposito”, precisamente tú, que ahora que estás más obeso tienes que usar una carpa de circo en lugar de ropa?

Siento la necesidad de reírme, pero me controlo. Mientras tanto, el viejo vuelve a beberse todo el vino de su copa, mientras replica, hiperventilando:

—¡Lo mío... es diferente, Amelia, y lo sabes! Tengo la tiroides y... tú tampoco me ayudas mucho con mi dieta. Pero, ultimadamente, no estoy hablando de mí, sino de ti, mujer, ¿cómo puedes estar en la mesa vestida así... con semejante escote?

¿Ha dicho escote, el cabrón? Mi enorme rabo empieza a desenroscarse en mi entrepierna imaginando el “indecente” escote que mi sucia mamita se ha puesto esta noche.

—¿Es que quieres que ese tipo te morbosee, mujer? ¡Se te ven la mitad de los pechos, Amelia! ¿Es que no traes sujetador debajo? —¡Pfff! ¡Joder! Ya quiero ver lo que trae puesto esta zorra—. ¿Es que intentas seducir a ese imbécil, Amelia?

¿Me ha llamado imbécil, el pendejo? Imbécil él, que sigue atado a una mujer a la que le da asco su presencia, y a quien lo trae de su pendejo. Casi hasta puedo jurar que Amelia aplaca sus calores uterinos con otros hombres más jóvenes y con mejores cuerpos que él... (que dicho sea de paso, cualquiera en el mundo tiene mejor cuerpo que él) lo que me lleva a preguntar con interés qué es lo que responderá Amelia ante su cuestionamiento, ¿será posible que una mujer como ella sea capaz de intentar seducir a un hombre como yo?

La sangre me hierva en el cuerpo de solo pensarlo.

—Por favor, Urbano, no seas ridículo. ¿Cómo crees que una mujer como yo caería tan bajo para seducir a un hombre cualquiera? Y mucho menos a Kike, que tendrá tres o cinco años más que Esthercita. Quiero decir que Kike es tan joven que podría ser mi hijo.

Cuando dice la palabra “hijo” siento que un torbellino muy helado me explota en el pecho. Luego le sigue un contundente escalofrío que hace que mi cuerpo se estremezca de arriba abajo.

¿Es que esta hija de puta es tan perversa para ni siquiera inmutarse al decir que yo podría ser su hijo? ¿Es que la perra tiene aceite en las venas para valerle un pito hablar de “un hijo”, sin siquiera tener remordimientos al considerar que en realidad ella sí tiene un primogénito de “mi edad” que abandonó dieciocho años atrás?

—Odalía —dice Amelia nuevamente, sacándome de mi ensimismamiento—, sírvele más vino al señor.

¿Qué es lo que está pretendiendo hacer esta zorra perversa? ¿Emborrachar completamente a su marido? ¿Por qué? ¿Y para qué?

Entonces decido que es momento de hacer mi aparición triunfal, diciendo:

—Buenas noches a todos.

Avanzo hasta la mitad de la mesa y me doy cuenta que el marido obeso de mi madre es más anómalo de cerca. Más ridículo y más esperpéntico. No obstante, es la figura de Amelia, mi Amelia, la que se roba toda su atención cuando la veo. Ella me observa de arriba abajo, evaluando mi ropa de vestir y mis zapatos negros que no combinan para nada con mi camisa, cuya única cualidad es que se entalla como guante sobre mi torso y brazos musculados, lo que me permite presumir mis dotes de fisicoculturista.

En cambio ella, ¡pfff! Ha reemplazado su vestido morado por uno más rojo y escotado, de satén, de esos que resbalan eróticamente sobre los cuerpos femeninos que son tan abultados como el suyo.

Sé que si Amelia se agachara ligeramente, yo podría ser testigo directo de sus areolas, las cuales asomarían de su escondrijo tan rosadas como sus mejillas. De momento es el enorme canalillo que hay entre sus contundentes tetas, el que roba mi total atención.

—Siéntate, Kike, que vamos a cenar —me invita la intimidante mujer.

Las presentaciones entre su marido y yo son frías, tensas, imposibles. Yo suspiro reiteradamente y me pregunto qué mierdas estoy haciendo aquí sentado, junto a una golfa y un marido cornudo.

Amelia sonríe directamente mirando hacia su “esposito”, que en lugar de mirarme se encuentra encogido, dando un trago prolongado a su copa de vino. Amelia y yo nos quedamos en silencio por unos instantes tras los cuales la cocinera nos sirve pollo bañado en salsa de zanahoria y naranja.

El marido sólo está farfullando, colerizado, sintiéndose humillado delante de mí. Amelia ni siquiera me mira, pero sigo notando un gesto muy extraño e indescifrable en su semblante que me inquieta. La noto ansiosa. Algo sombría. Incluso medio molesta. Y luego estoy yo, que de vez en cuando mira hacia el escote de aquella siniestra mujer, lo que me mantiene con el pene durísimo a pesar de la tensión.

¿Dónde mierdas está mi “hermana” Esther? Me pregunto. A lo mejor si ella estuviera presente no estaríamos aquí padeciendo con semejante película, tan incómoda como densa.

Entonces, tras diez minutos de silencio, en que nadie ha dicho absolutamente nada mientras comemos, de pronto recibo un mensaje en mi celular, que dice:

Amelia

“Sé paciente, querido. En cuanto mi marido se quede dormido sobre la mesa, para lo cual no falta mucho, tú y yo nos veremos a solas en tu habitación...”

Releo tres veces más este mensaje y en las tres ocasiones me estremezco. Entiendo que si me lo está escribiendo es porque evidentemente no quiere que su esposo se entere de esto. Así que la miro discretamente intentando encontrar una mirada, alguna palabra, algún gesto, pero ella me ignora.

Confieso que me siento repentinamente nervioso. ¿Para qué tanto misterio y por qué tenemos que encontrarnos clandestinamente en mi habitación? Mi inquietud no cede, así que agarro valor para contestarle:

Kike

“¿Pasa algo?”

Miro de soslayo a la zorra de mi madre, y ella sin mirarme escribe su respuesta:

Amelia

“Pasa que sé quién eres. Me lo tendrás que explicar. Y no quiero mentiras. Tenemos que hablar.”

CONTINÚA

CAPÍTULO 6

Plan: Destruir a la nueva familia de Amelia Vidal, mi puta madre, desde los cimientos, despojándola de todo su dinero, propiedades, honor y voluntad.

Motivo: Abandono de hogar de parte de Amelia Vidal, lo que produjo que mi vida fuera amarga y miserable, llena de traumas y resentimientos, sin pasar por alto que su huida propició la muerte de mi padre, que, dicho sea de paso, estuvo muerto en vida.

Plan de acción: Quitar al marido de mi madre de contienda, para así, convertir a Amelia y a mi dulce hermanita Esther en prostitutas de lujo.

¿Impedimento?: Creo que Amelia ha descubierto mi verdadera identidad. Sabe que soy su hijo al que abandonó y ahora quiere hacerme mierda o tal vez justificar su falta. De otra manera no sé por qué mierdas me estaría citando a solas en mi habitación, a través de un mensaje de texto que dice: “... sé quién eres. Me lo tendrás que explicar. Y no quiero mentiras. Tenemos que hablar.”

¿Qué probabilidad existe de armar un plan cuyo objetivo sea arruinarle la vida a la puta madre que te parió y cagarla en el intento?

Supongo que la probabilidad de cagarla es superior a la de salir airoso, pero con la suerte que había tenido últimamente creí sinceramente que no podría haber nada que me arruinara mis planes. Sin embargo, heme aquí, en el estudio que solía ser del marido de Amelia, y que ahora ella misma me ha condicionado como mi apartamento, donde se supone que viviría y desde donde gestaría su emputecimiento y el de mi hermana.

Llevo casi quince minutos esperándola, sentado en un sofá de dos plazas que está casi en la entrada, frente a un sofá de una sola plaza donde espero que Amelia se siente. Quizá está esperando a que el viejo se quede dormido en el comedor o completamente ebrio antes de venir. Con razón le ha estado dando vino toda la noche.

Miro mi teléfono por otros diez minutos más hasta que escucho que alguien abre la puerta de mi habitáculo. Me levanto como resorte y veo entrar por ahí a una suntuosa mujer vestida de satín rojo, a la que se le ven la mitad de sus obesas tetas y unas caderas de infarto que se contonean al caminar sobre semejantes tacones de plata.

El cabello platinado de mi madre hace armonía con su precioso rostro. Aun así, mi vista está clavada en sus pechos grandotes, que se asoman eróticamente por su indecente escote. Levanto los ojos hacia su cara antes de que me descubra morboseándola. Entonces ella, con mirada fría y rigurosa me pregunta:

—¿Qué te ha parecido el apartamento que dispuse para ti, Enrique?

Trago saliva antes de responder. Siento que ni siquiera mi musculoso cuerpo me puede salvar de las miradas ponzoñosas que me lanza esta perra.

—Mejor de lo que esperaba, señora... quiero decir, Amelia. Me gusta.

—¿Antes tuviste algo igual? —me pregunta de nuevo, y yo quisiera saber a qué vienen estas estúpidas preguntas de mierda.

—Nunca, Amelia.

Mi madre avanza un poco más. Me ordena con la mirada que me siente donde estaba y ella

deja caer su culazo en el sofá que está frente a mí.

—¿Eres ambicioso, Kike?

Amelia se cruza de piernas, y en el movimiento se le levanta un poco el vuelo de su vestido, lo que me permite ver un poco sus perfectas pantorrillas y las uñas de sus pies, pintadas sensualmente de rojo.

—Sí, lo soy. Siempre he sido ambicioso —respondo con la boca seca.

Me cuesta ver a mi madre como una mujer tremendamente deliciosa, apetecible, buenísima y hermosa. Encima tiene en su rostro una mirada de puta que no puede con ella. Quizá por eso mi polla está comenzando a hincharse.

—Pero dices que nunca tuviste un departamento así, ¿verdad?

—Es correcto, Amelia —respondo, y soy incapaz de no imaginar a esta mujer desnuda, a cuatro patas en el suelo, en la piscina o en mi cama. Y pensarla así me hace sentir sucio y abominable.

Quiero convertirla en puta, claro, pero entre mis planes jamás ha estado el que se me antoje. Y no lo puedo evitar. Esta vieja está deliciosa por donde se le mire. Y esa mirada de chupavergas me fascina.

—Sin embargo, es fácil agarrarle el gusto a las comodidades, ¿verdad, Kike?

—Así es, Amelia —contesto con seriedad.

Amelia acomoda su espalda recta en el sofá y veo cómo sus gordos pechos se hinchán sobre su escote. Con estas vistas que tengo ahora soy capaz de notar, con retorcida sorpresa, algo que no había advertido antes, y esto es la forma en que se le marcan los pezones a través del satén.

¿En verdad no lo había visto antes o será que previo a venir a mi apartamento la muy golfa se quitó el sostén para que yo la morboseara? Menuda perra... Entonces está claro que ella no ha descubierto para nada que yo soy su hijo, de lo contrario, ¿cómo se explica que de alguna u otra manera me esté provocando? Ella sería incapaz de seducir a su propio hijo, si de verdad supiera mi verdadera identidad, ¿o no?

—¿Te imaginas todo lo que podría darte si estás a mi lado, Kike? —me pregunta con una expresión que no puedo interpretar.

Cada vez que Amelia respira y exhala, sus gorduras se inflan en su pecho, dando la impresión de que quieren escapar de ese tremendo escote de satén.

—Lo puedo imaginar, Amelia.

Trato de responder con serenidad. No quiero parecer ingenuo pero tampoco un tipo interesado.

—Ropa —suspira, y yo ruego al cielo para que al menos me deje ver la superficie de sus preciosas areolas—. El celular más moderno que puedas imaginar. La computadora más sofisticada. Dinero, desde luego, ¿y por qué no? Según tu desempeño, compromiso y fidelidad, quizá hasta un coche.

Mi rostro debe de ser la de un astuto leopardo mirando carne fresca a través de un espejismo.

—¿No dices nada, Kike? —me pregunta, mientras yo viajo mis ojos discretamente de su rostro a sus ubres carnosas, que siguen inflándose en el escote—. Te has quedado mudo ante lo que te ofrecería... si realmente te quedaras a mi lado.

Recuerdo que a Amelia le gusta la gente ambiciosa y no me queda más remedio que responder de acuerdo a lo que espera de mí.

—Disfrutaría mucho de todas esas cosas que tú me podrías proporcionar, Amelia. Las disfrutaría y las aprovecharía al máximo.

Amelia mira mi boca. Baja a mi cuello. Después se concentra en mis pectorales que se marcaban debajo de mi camisa. Cuando creo que bajará a ver mi bulto vuelve sus ojos nuevamente hacia los míos.

—Sin embargo, Kike, tú no estás siendo sincero del todo conmigo, ¿verdad?

Aquí viene la hora de la verdad.

—No sé a lo que te refieres, Amelia —me hago el tonto.

—No me trates como imbécil, muchacho, porque conmigo esas perradas no van.

Su voz es tan déspota, severa y ponzoñosa, que casi tengo un orgasmo auditivo. Adoro que las perras sean de carácter.

—Ni siquiera se me ocurriría tratarte como Imbécil, Amelia. Ten la seguridad de que lo que te digo es cierto.

—A ver, Kike... —Se descruza de piernas. Sus tetas se vuelven a inflar. Sus pezones se marcan un poco más en el satín, lo que me confirma que la golfa esta de verdad no lleva sostén —. Si algo aborrezco, son las mentiras.

Esta vez no respondo nada al no saber de lo que habla. Si supiera que yo soy el Enrique, el hijo que abandonó junto a su ex marido cuando yo era un niño seguramente ya me lo habría dicho. Además, no creo que este fuera el trato que me estaría dando de saberlo, sino más bien tendría que estar de rodillas pidiéndome perdón, a no ser que ella sea una perra de mierda sin sentimientos que no le importa nada salvo su propio bienestar. Sea lo que sea, tengo que ser cuidadoso con lo que digo, por eso sigo esperando.

—¿Hace cuánto que conoces a mi hija? —me pregunta enfadada, y entonces creo saber por dónde van los tiros.

—Días, nada más —me sincero.

—Sé concreto.

—La conocí el día que le quité esas pastillas, tal y como te lo dije en aquella ocasión.

Amelia duda, frunce sus labios gruesos de mamapollas y luego me dice:

—Esteban estuvo aquí esta tarde, y tiene la completa seguridad de que tú eres amante de mi hija.

Ah, ya veo, sonrío en mi fuero interno. Así que este pingüino estúpido es el que está de llorona, acusándome de estas pendejadas. “Ya verás la que te espera, perro...”

—¿Pero es que no dices nada al respecto? —me recrimina, enarcando más sus cejas.

¡Joder...! La teta derecha tiene la areola a la vista... sólo un poco, el borde tal vez, que es rosada como pensaba. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Estoy viendo su areola rosada...!

—Créeme cuando te digo, Amelia —le digo casi sin aliento—, que si yo hubiera conocido a tu hija de antes, ella ahora no sería una chica dependiente de las drogas. Esther tendría las piernas más torneadas, un culo más respingón, y un cuerpo escultural que sería la envidia de todas las chicas de su edad.

Amelia levanta las cejas, con asombro, y, para mi sorpresa, parece convencida de que lo que le digo es cierto. De hecho, casi me parece que sonrío, pero es difícil interpretar sus gestos, pues es una mujer muy severa y poco expresiva.

De lo único que sí estoy seguro es que la orilla circular de una de sus areolas está fuera de su escote. Que bastaría sólo un movimiento brusco para que su pezón aparezca por la tela, y quizá por la fuerza la teta enorme saltaría como resorte por el satín.

¡Ufffffffffffff! ¡Mamacita rica!

—¿Me crees? —la cuestiono.

Ella se da cuenta de que mis ojos están clavados en sus pechos y con descaro y sin remilgos se agarra las tetas, se las acomoda dentro del escote y luego me mira desafiante.

¡Hija de puta!

Va de diga la muy zorra, pero yo me pregunto qué gestos hará cuando se la están metiendo por el culo, si es que ya lo tiene desvirgado. ¿Mi madre será tan sexosa y puerca en la cama como parece? Bien dicen que las mujeres más severas son las más cerdas durante el sexo. A lo mejor sus ojitos color zafiro se ponen en blanco mientras le están taladrando el chocho. A lo mejor la muy zorra saca la lengua y estila babaza mientras cabalga como puta sobre una buena verga. La cual, desde luego, no debe de ser la de su marido.

—Me ha gustado tu respuesta, muchacho —me responde segundos después, y yo suelto todo el aire que llevo dentro—. Creo que nos estamos entendiendo. Porque una cosa sí te digo, nene: tú le tocas un pelo a mi hija, de la forma que sea, y yo te corto las manos.

Sonríó por lo amenazante que suena la cabrona. Por alguna razón me excita que sea así de perversa. Creo que me voy a divertir mucho con ella. Bajarle los humos a las putas que van de severas es mi afición.

—No voy a defraudarte, Amelia —finjo someterme a ella—. No después de la oportunidad que me estás dando. Te mostraré con hechos que puedo ser el mejor asistente que hayas tenido nunca.

Amelia se acomoda el pelo. Bota las tetas en su pecho y luego respira hondo. Claro que la bitch me está provocando. Ahora sí que he visto cómo sus ojos de arpía han mirado mi entrepierna. Estoy seguro de que ha visto tremendo bulto bajo mi bragueta. No veo otra razón por la que haya chasqueado la lengua de repente. Luego me dice:

—Más que un asistente, Kike, lo que yo necesito es un perro fiel.

Su respuesta me desconcierta. ¿Ha dicho un perro fiel? ¿A qué se refiere con necesitar en mí a un perro fiel? ¿Otro pusilánime como su marido? Ja, ja, ja. ¿De verdad esta cerda cree que yo voy a ser un puto sumiso de mierda al que ella manejará a su antojo?

Si supiera que la que terminará siendo una perra fiel será ella. Pero aunque tengo ciertas dudas respecto a sus pretensiones, hago por actuar como si todo estuviera bien. No quiero que desconfíe de mí, ni tampoco pretendo prevenirla de mi rebeldía y de mis verdaderas intenciones, por eso le digo:

—Yo seré lo que tú quieras que sea, Amelia.

Mi respuesta implica demasiado. Y ella lo sabe.

—Perfecto, Kike. Te pondré a prueba, para ver qué tan perro fiel puedes llegar a ser.

Asiento con la cabeza, y luego ella se pone de pie. Su vestido vuelve a caer en su escultural cuerpo de manera brutal, y después me dice:

—Mañana no quiero que entres a mi casa. Que hayas cenado esta noche conmigo y con mi esposo no significa que seas parte de esta familia. Hoy quise que estuvieras presente porque Esther estaba en una cena con la familia de su novio Esteban. Y, sobre todo, porque quería que mi marido te conociera. De ahí en más, no quiero que confundas las cosas. Tú solo estarás en el comedor cuando a mí se me antoje. Por eso sé inteligente, Kike, ya que debes aprender cuál es y será tu lugar en esta casa.

Siento que la sangre me hierve por dentro con tal rabia que desearía agarrar su boca y asfixiarla a vergazos. Mi lugar como su hijo es precisamente estar allí en ese comedor, disfrutando de todos sus bienes y privilegios. Pero como no puedo gritarle esto en la cara, me conformo con un sumiso asentimiento:

—Como tú mandes, Amelia.

—Así me gusta, Kike. Me alegra que sepas quién manda aquí.

Cuando todos tus agujeros no sean más que depósitos de semen, perra maldita, y haya una fila enorme de clientes a los cuales debas de satisfacer con tu caliente cuerpo, veremos entonces quién manda aquí.

—Adiós —me dice con frialdad.

—Buenas noches, Amelia. Descansa.

Pero la golfa de mi madre ni siquiera me responde a mi despedida. Por el contrario, me mira de pies a cabeza intentando ocultar la lujuria con que me evalúa, y luego se da la media vuelta y se va, llevándose consigo ese hermoso culo que bambolea al caminar.

Este domingo no ha tenido nada en particular, salvo que Odalia, la sirvienta gorda a la que le traigo unas puerkas ganas de cogerla, me informó que “la señora Manríquez” me ha dado luz verde para nadar en la piscina del patio, y que desea que mañana por la mañana comencemos con las rutinas de ejercicios que tendré que preparar para ella y para su hija.

Como es obvio, me he dejado sólo los bóxer antes de meterme al agua y nadar por un rato. La marrada me ha traído varias limonadas durante el tiempo que he estado en la alberca. Noto cómo se le moja la concha cada vez que ve mi musculatura porque suele apretar fuerte los muslos.

Me da gracia que a cada rato asome su cabeza por el ventanal que da hacia la casona. Así que soy bueno con ella y me salgo del agua para que vea mi trabajado cuerpo. Mis nalgas duras y la enorme verga que trato de mantener quieta debajo de mi ropa interior.

—¿Se le antoja algo más, joven Kike? —me dice cuando me tiro en la tumbona, bajo una sombrilla de sol.

Giro hacia mi derecha y veo que la marrana está flexionada, con sus mantecosas tetas colgándole sobre su traje de sirvienta.

—Te me antojas tú, ricura —le digo.

Uno como hombre sabe cuando una mujer está que se le quema el chocho por tenerte. Y Odalia, la sirvienta madura, está que se le quema la raja por sentir mi falo clavado en su interior.

—Ay, joven... pero qué cosas dice —se endereza, avergonzada.

Es raro ver que una doctora en nutrición permita que cerdita cachonda como esta milf trabaje en su casa. Pero entonces recuerdo que la gordura de sus empleadas envanecen a mi madre. Exalta su autoestima. Alimentan su ego. Y aviva su pedantería.

—¿Ves lo que tengo entre las piernas? —señalo mi enorme bulto con la mirada, y la cara de la cerda es casi de retrato.

Pobre mujer. A su edad, con esa obesidad, y con esa condición de sirvienta, dudo mucho que alguna vez haya sido seducida por un hombre musculoso y guapo como yo. Por estoy haciendo mi labor del día. Una gorda como esa es incapaz de rechazar la única oportunidad que tendrá para estar con un chico como yo en toda su puta vida. Por eso quiero divertirme. Esta clase de cerditas hacen de todo en la cama con tal de no decepcionar a su macho en cuestión.

—¡Dios todopoderoso... joven Kike! —exclama la sirvienta viendo cómo palpita mi anaconda debajo de mi bóxer.

—¿Eres casada, Odalia? —le pregunto, agarrándome el bulto y sacudiéndolo procazmente, lo que hace que la gorda vuelva a gemir de sorpresa.

—Yo... pues... sí... joven... estoy casada y no debería de estar hablando de estas cosas con usted porque...

—Fantástico —le digo con cinismo—. Amo a las mujeres adúlteras.

—¿Qué? Ay, no joven, ¿cómo puede pensar esas cosas de mí? Le juro que yo jamás he sido infiel a mi marido y que... —Como no me importa que se trate de hacer la santurrona y para mí no tiene ningún valor su matrimonio, la corto de tajo, y le pregunto:

—¿Tu marido la tiene así de grande y gorda como yo?

—¡Pero jó...ven... —se hace la indignada—, cómo puede preguntarm...e esas... co...s...!

—Si no me quieres responder entonces vete —Me siento con el derecho de mandarla a la mierda, porque sé que la santurronería de la vieja jamona poco tiempo le durará.

—No, no la tiene así... ni de lejos.

—¿Tienes hijos? —me sigo frotando el bulto para incrementar sus sucias fantasías en su cabeza.

—Dos mujercitas, una de 18 y otra de 25.

—¿Y están igual de gordas que tú?

—¿Q...ué... diceee? —Al principio Odalia parece indignada por mi ofensivo comentario, pero luego se da cuenta que si se hace la remilgosa no tendrá otra oportunidad como esta y me responde—. Un poco, sí.

Sonrí malicioso. Miro de nuevo a la criada, que sigue parada con sus ubres grasosas ocultas por el traje de sirvienta, y le pregunto sin anestesia:

—¿Quieres que te coja un día de estos, aquí, en mi apartamento?

—¡Pero si se entera la señora!

¡Ja! Menuda puta. A esta no le preocupa su marido, sino que se entere la señora.

—Tú sólo di sí o no —la urjo.

—Pues... —su cuerpo de cerda empieza a temblar antes de responderme—: sí... pero por favor... que sea secreto.

Quiero imitar la frialdad de mi propia madre al menospreciar a su marido, y por eso le suelto a Odalia:

—¿Crees que para mí sería un orgullo decirle a alguien que me cogí a una marrana?

Odalia palidece en el acto. Y la verdad es que tampoco me sienta bien lo que le dije, por eso trato de enmendar mi comentario.

—No me malentiendas, Odalia. A mí me gustas. De lo contrario no tendría la verga tiesa, ¿entiendes?

—Entiendo... joven...

—Vale, pues. Ahora vete. Y antes de que te vayas a tu casa, por favor, pásate a mi apartamento sin que te vea Amelia.

—¿Pero... para qué quiere que pas...?

—No voy a cogerte hoy, si es lo que preguntas —le digo, suspirando—, pero verás, tengo casi dos semanas que no descargo mi leche, y me vendría bien que me hicieras una mamada antes de irte a tu casa, con tus hijos y con tu marido.

Odalia tal vez iba a responderme algo, pero es la voz de mi “hermanita” la que interrumpe nuestra conversación.

—Odalia, ¿será que te está molestando este cabrón?

No me espero que me trate como “cabrón” pero de todos modos me río.

—¿Cómo se le ocurre, Esthercita? Sólo le estaba preguntando si le apetecía un poco de... limonada.

—¡A ese no quiero que le ofrezcas nada! —escucho la voz de Esther que camina descalza, según escucho sus pisadas, detrás de mí—. Vuelve a la cocina, y no hables con este.

—Sí, señorita, como usted diga —responde la jamona muy asustada.

Cuando la milf se flexiona sobre la mesa de hierro que está a un lado de mi tumbona para recoger los vasos vacíos donde antes hubo limonada, yo le susurro discretamente, sin mirarla:

—No lo olvides, cerdita, antes de irte te quiero de rodillas en mi cuarto, sacándome los mecos.

Ella responde con un tímido “Mmm... sí” y se marcha.

Apenas se está yendo mi futura feladora, cuando percibo la presencia insoportable de Esther, que me dice:

—Así que tú eres la nueva adquisición de mi mami, ¿eh, Kike?

Con una mueca de desconcierto miro hacia mi izquierda y quedo como pendejo viendo a mi querida hermanita que aparece con el cabello recogido, un bañador blanco de una sola pieza que sostiene sus dos contundentes pechos turgentes, y que se va empequeñeciendo poco apoco de manera que cubre parte de su pubis, cubriendo únicamente la parte central de su vulva.

¡Joder! Qué exquisita y sexy se ve.

—Quien iba a pensarlo, cabrón —continúa ella, contoneando su delgada figura y sus caderas de muerte, aproximándose a mí—, que ese cuento de que fuiste al baño para salvarme de esos narcos que me vendieron las pastillas sólo fue una treta de ustedes dos para que yo no descubriera que son amantes.

Abro los ojos más por su comentario que por su físico de infarto.

—No sé de qué hablas, bruja, y tampoco creo que le haga mucha gracia a Amelia verte aquí... casi semidesnuda, junto a mí, que también estoy casi semidesnudo. Ya me advirtió que mantenga mis manos lejos de ti.

Esther sonríe coqueta, diciendo:

—No me extraña que te haya pedido algo así, Kike. Pero no creas que lo hace por mí, sino por ella.

—Explícate.

—Así es como cuida mi madre a sus lameculos.

—Mide tus palabras niñita —la advierto cuando ella se gira, de manera que yo descubro que detrás el bañador no es más que un hilo blanco que se entierra entre sus dos preciosas y jóvenes nalgas—, que yo no soy ningún lameculos.

—¿Qué pasa, Kike? —se vuelve ella hacia mí—. ¿No te gusta ser visto como el nuevo juguetito de mamá? ¿Cómo es que los llama? Ah, sí, sus “colágenos”, y ella para ti es tu *sugar mommy*, ¿verdad? Pobre pendejo. Pero en fin. No me extraña que ella te haya elegido como su nuevo juguetito: después de todos a mamá le gustan así, como tú. Jóvenes, guapos, musculosos. Habrá que ver si en tamaño de verga también cumples sus expectativas. Aunque me imagino que sí, o no te habría elegido como su nuevo amante.

Antes de que compruebe por sí misma que mi pollón sólo es comparable con una anaconda, procuro ponerme una toalla encima de mi entrepierna, para luego decirle:

—No sé de qué mierdas hablas, ¿eh, bruja? Mas por las dudas mejor te vas. No quiero problemas con tu “mami”.

—¿Irme? —se carcajea, y yo no puedo dejar de admirar su piel dorada. Sus caderas prominentes. Su rajita apenas oculta por el bañador. Sus tetas hermosas guardadas por esa tela blanca. Su carita de muñeca. Su piel de porcelana—. El que se tiene que ir de aquí eres tú. Tú estás en mi casa. Tú eres el arrimado y mantenido, no yo. Además estás usando la tumbona que yo siempre uso cuando me echo a la alberca.

—Mira, bruja, te lo repito de nuevo, yo no quiero tener problemas con tu mami.

—Claro que no quieres problemas con mi “mami” —responde Esther, que empieza a dar vueltas y vueltas sobre su propio cuerpo, de manera que sus nalgas deliciosas y sus tetas respingonas no hacen sino endurecerme la polla una y otra vez—, porque tú no perderías la oportunidad de dejar a tu minita de oro, ¿verdad Kike? Así que cuéntame, ¿hace cuánto que te la estás cogiendo y cuánto dinero te ofrece a cambio?

—¡Estás bien pinche loca! —la acuso.

—Debes de ser todo un semental, ¿verdad, Kike? —me pregunta, acercándose a mi tumbona.

Verla así, en traje de baño, preciosa, apetecible, deliciosa, y tan cerca de mí no me gusta en absoluto.

— Nunca antes tuvo el descaro de traer a sus amantes a vivir a nuestra casa, en la misma casa donde vive mi padre. Menuda zorra es mi madre —En esto último sí que coincidimos, desde luego, en lo de que nuestra madre es una zorra. Pero por lo demás me temo que está muy lejos de la realidad—. ¿Me lo dirás, Kike? ¿Hace cuánto te la estás cogiendo y cuánto te paga por el servicio? Claro, aparte de dotarte de este departamento tan lujoso.

No puedo creer que tanto madre como hija piensen que yo conozco a una o a la otra de tiempo atrás y que, por lo tanto, tengo o he tenido una relación con ellas. Si supieran las estúpidas que eso no podría hacerlo porque en realidad una es mi madre y la otra es mi hermana, no estarían apretándome los huevos de esta manera.

—En primera, bruja...

—¡No me llames bruja, cabrón, para ti soy Esther!

—Está bien... en primera, Esthercita... a tu mami no me la estoy cogiendo, y además, yo no la conocía de antes. A la primera que conocí fue a ti, en esos baños, donde por cierto evité que te metieras en el cuerpo esas putas drogas que solo te han estado matando las neuronas, y te hacen decir tonterías como ahora.

—¡A mí no me faltes al respecto, cabrón! —me recrimina, levantándose otra vez.

—Y segunda, Esthercita... seamos sinceros: con el cuerpazo que se carga tu santa madre, ¿crees en serio que ella tendría necesidad de pagar a un hombre para que se la coja? No, no, no, niñita tonta. Amelia es un mujerón. Al contrario. Si alguien quisiera estar en su cama, son ellos los que tendrían que pagar por ella, y no al revés.

—¿En serio crees que mamá está más buena que yo? —me pregunta, apretando sus labios, sacudiendo sus tetas y contoneando el culo frente a mí.

Yo me levanto de la tumbona, enrollándome la toalla en mi cintura, y entonces le digo, sólo para atormentarla:

—Cualquier mujer está más buena que tú.

—¡Hijo de puta! —me grita, mientras yo vuelvo, muerto de la risa, a mi apartamento.

Ya han pasado un montón de horas. He hecho la rutina que les pondré a mis dos pupilas. A la puta de mi madre y a la puta de mi hermana.

Sin embargo, en ningún momento dudé que Odalia, la sirvienta de la casa, tuviera el valor de presentarse en mi apartamento como se lo pedí. De hecho hasta me sorprende que haya entrado a mi cuarto sin llamar a la puerta. Ella simplemente la abrió y se metió.

—Perdón... joven... —me dice agitada, temblándole todo su obeso cuerpo—, pero si alguien me viera tocando a estas horas yo...

—Ven, cerdita, ven con papi —le digo sin dejar que me de más explicaciones—, que tengo un caramelito para ti.

La tonta ni siquiera se había dado cuenta de que yo estaba acostado en mi cama, completamente desnudo, con un par de almohadas detrás de mi espalda que me mantienen incorporado, y con mis dos manos empuñando mi gordo y duro ristre.

—¿Estás sorda, puerquita, o qué? Vente para la cama.

A decir verdad, Odalia no puede con el desconcierto de saber que un joven con mis características, y que posiblemente podría tener a cualquier chica de mi edad, con un cuerpo escultural, la haya invitado precisamente a ella a pasar a mi habitación, para fines meramente sexuales.

—Perdón... ya voy, joven.

Odalia ya no tiene puesto el uniforme de sirvienta, sino más bien unas calzas negras de licra que seguramente le facilitan la vida teniendo el cuerpo que tiene. La licra se adhiere perfectamente a sus grasientas piernas y su tremendo culo que bambolea al caminar.

Arriba lleva puesta una blusa color azul marino, también elástica, que le figura a la perfección tremendas ubres que parecen a punto de explotar.

La milf, de piel morena y mirada entre asustada y traviesa, se acerca lentamente a mi cama, contoneando su abundante cuerpo. Está nerviosa, pero también está caliente. Lo noto por su mirada llena de lascivia.

—Estás bien buena, cerdita... —le digo chasqueando mis labios—, te comería completita así, cruda, o también asada a la barbiquiu, ¿lo sabes?

Casi me carcajeo cuando veo su rostro anonadado contraerse, mientras se sube a mi cama y se acerca gateando hasta mi entrepierna, como una perrita.

—Sácate las tetas, Odalia —le digo cuando se acomoda en medio de mis piernas, obediente, 100% dispuesta a satisfacerme—, pero sin quitarte la blusa. Quiero que tus ubres cuelguen por arriba de tu escote.

La jamona se sienta sobre sus talones y con ansiedad coge su escote y se lo baja lo suficiente, de manera que sus dos aparatosas tetas salen disparadas de su escondite y empiezan a colgar, cayendo con su propia fuerza de gravedad.

Me sorprende que sus tetazas sean muy apetecibles. Son como un par de peras grasosas y morenas coronadas por un par de areolas y pezones oscuros que ahora mismo están más rígidos que un clavo al rojo vivo.

—Pero qué cosa... más grande tiene, joven... —murmura ella que tiene la vista en mi polla erecta.

—¿Te gusta? —le pregunto satisfecho, y para mi sorpresa, la modosita sirvienta empuña mi polla y la empieza a acariciar suavemente.

Adorándola como toda una experta.

Esto es justo lo que me gusta de las mujeres maduras, que al final de cuentas, cuando ya están en situación, se dejan llevar sin remilgos, miedos y afectaciones por sus deseos. Estas mujeres maduras saben lo que quieren, y es justo así como se comportan en la cama.

—Sí... me gusta... —dice Odalia con un hilo de saliva escapando por sus comisuras, meneando mi pollón guiada por su propia lujuria.

—Pues cómetela —le digo—, pero no de forma literal, ¿eh, cerdita? Estás tan hambrienta que eres capaz de arrancármela de un solo mordizc... oooh.

Cuando menos acuerdo, la boca de Odalia ya está besando y luego succionando mi glánde con devoción. Saca la lengua y empieza a darle chupadas desesperadas. Un ligero cosquilleo empieza a hormiguearme por los huevos mientras ella lame y lame y lame la punta de mi falo.

—¡Qué lengua tienes, cariño! ¡Uffff!

Para ser una mujer casada tiene una boca bastante hábil. Pero yo no creo que esa habilidad se la deba sólo a su relación en su matrimonio. Para mí que esta zorra ya ha sido infiel antes, por mucho que me lo niegue.

—¡Oh... sí, cerdita... traga, traga!

Para ser obesa, la mujer es demasiado flexible. Está colocada a cuatro patas, comiéndose mi falo con verdadera fruición.

—¡Ohhhh, síii! —farfulto.

Alargo mis brazos y empiezo a estrujar sus gordas ubres que cuelgan desvergonzadas por encima de su blusa. Las vistas que tengo de la cerdita mamándome la verga mientras yo amaso sus tetazas son tan excitantes, que mi polla empieza a palpar en su boca.

—¡Muagggffff!

Cuando la puerca empieza a meterse mi pollón lentamente, mientras sube y baja la cabeza, entiendo que, en efecto, las de su especie son las más complacientes.

—¡Ay... que rico, Odaliaaaa!

Y mi jamona no para. De pronto su lengua empieza a dar lamidas en todo mi tallo, como si fuese un helado de chocolate. Con la punta de su lengua empieza a repasar las arañas venosas que adornan mi pollón. La jamona es tan hábil que lo hace de arriba hacia abajo. Al llegar Cuando a mi glánde Odalia abre la boca un poco más y se mete mi polla de nuevo, para iniciar una mamada magistral.

—¡Uffff, aaaaahhhh! —jadeo mientras me regodeo con la sensación de sus labios cerrándose a mi alrededor.

“¡Gmgghggg!” “¡Gmgghggg!” “¡Gmgghggg!”

Con una mano amaso sus mantecosas ubres y con la otra sujeto su nuca. Clavo mis dedos en su pelo y empiezo a impulsar mis caderas hacia su feladora boca.

“¡Gmgghggg!” “¡Gmgghggg!” “¡Gmgghggg!”

Mi cerda sigue mamando. Mis caderas continúan azotándose sobre ella, que recibe mi erección hasta lo más hondo de su garganta.

“¡Gmgghggg!” “¡Gmgghggg!” “¡Gmgghggg!”

Las burdas sonoridades mientras le follo la boca con fuerza, mientras ella mantiene sus manos ocupadas en mis huevos y en mi polla, se unen a la claridad de sus chasquidos mientras chupa.

“¡Gmgghggg!” “¡Gmgghggg!” “¡Gmgghggg!”

Cuando acelero mis vaivenes noto que mi glánde está traspasando una y otra vez su garganta, provocándole ahoguíos, por lo que empieza a expulsar más babaza que antes por la boca.

—¿Tiene más hijos...? —le pregunto a Odalia al borde del orgasmo—. ¿La puta de tu patrona tiene más hijos...?

Odalia, que tiene la boca ocupada con la verga, se la tiene que sacar, toda mojada, burbujeante, para responder.

—Uno más —dice, dándole nuevas chupadas a la punta de mi glande—, pero lo abandonó.

Cuando me dice esto último mi eyaculación ya es inevitable. No ha habido necesidad de ordenarle a la jamona que abra su boca para tragarse la totalidad de mis mecos, que salen disparados contra su garganta.

Odalia recoge los últimos goterones de mi leche con sus dedos, mientras se pasa hasta el esófago todo mi semen.

Yo, muerto por tremenda deslechada, apenas soy consciente de que Odalia se baja de la cama, se acomoda sus ubres en su blusa y escapa de mi cuarto sin aclararme cómo es que ella sabe sobre el pasado de mi madre.

CAPÍTULO 7

Ni siquiera pude dormir pensando en lo que me dijo la puerquita de Odalia respecto al hijo que Amelia había abandonado años atrás. Sólo sé que amanecí con los huevos llenos de leche otra vez, y con una duda existencial que no puede con mi alma. ¿Cómo es posible que la sirvienta de mi madre esté enterada de tales detalles de su pasado? Es muy extraño. Amelia no parece la clase de mujeres que cuenta sus más íntimos secretos a sus sirvientas. ¿Entonces? ¿Lo habrá escuchado por ahí? Tengo que averiguarlo.

Lo cierto es que ya es lunes, son las 7:00 de la mañana y estoy mirando la piscina por el ventanal enorme que tiene mi apartamento, que es de cristal de vinilo espejo desde donde puedo mirar hacia afuera pero no pueden mirar hacia dentro. En un momento más iniciaré la primera rutina de ejercicios con las que entrenaré a Amelia y a su odiosa hija, que para más inri, es mi hermanita. Estoy intentando interceptar a la criada puerquita para que me aclare mis dudas, pero no está.

Para llamar la atención y provocar que las vulvas de ese par de putitas empiecen a palpar cuando me vean me he puesto una camiseta sin mangas que expone mis musculosos brazos y antebrazos, y unos leggins negros masculinos que me marcan el culo y el bulto de adelante. También me he puesto un par de zapatos deportivos blancos que combinan a la perfección con mi camiseta.

Mientras tanto, decido salir, y me dispongo a esperar al par de zorritas a las afueras del gimnasio particular, que está al otro lado de mi apartamento. Espero poco, pues luego aparece Amelia por la puerta que da hacia el patio posterior, vistiendo unas mallas grises que le hacen un enorme culazo que me deja impresionado mientras me detengo junto al filo de la piscina. Dan unas ganas terribles de someterla a nalgadas a la muy hija de puta.

Son de esos culos hinchados y redondos que se pegan a la tela de los leggins femeninos como si fueran una segunda piel. Incluso, cuando Amelia se gira para cerrar la puerta que lleva a su casa, puedo observar la partidura de sus dos potentes glúteos que separan uno del otro.

¡Pfffff! ¡Menudo culote!

Además, la muy cabrona cuando se aproxima a mí lo hace contoneando toda su deliciosa figura. Las piernazas le tiemblan a penas lo mínimo para enloquecerme. Y para variar, los primeros rayos del sol son tan benevolentes conmigo que aluzan justo sobre su deliciosa entrepierna, donde se le entierra la licra formando un par de gorditos labios verticales. Eso me indica, que la muy cusca no trae braguitas debajo. ¡Su vulva formándose perfectamente en sus mallas me confirma que ella no puede ser menos que una golfa de cuidado que busca provocarme!

Trago saliva y respiro profundamente cuando mi polla empieza a temblarme. Encima, para agravar el morbo, mi madre lleva puesto un top a juego que apenas puede contener tremendos tetones en su pecho, cuyos pezones se marcan tanto sobre la tela que parecen dos pequeños clavos a punto de reventar el top.

“Grandísima zorra, ¿es que estás tratando de seducirme?” “Si supieras quién es el hombre al que intentas calentar, pedazo de perra...”

Y es aquí cuando me arrepiento de haberme puesto estos pantalones de licra, dado que ante cualquier provocación de esta maldita vieja con cuerpo de tentación, mi erección se notará sin

posibilidad de ocultarla de ninguna forma.

—Buenos días, Amelia —le digo con la boca seca cuando apenas nos separa un metro—. El día de ayer me la pasé preparando las rutinas que tendremos estas semanas, para que tú y tu hij...

—¿Y tú cuánto pagarías por cogerme, Kike? —me pregunta mi madre de pronto, cuando se detiene a un metro lejos de mí.

—¿Perdona? —le pregunto con los huevos en la garganta, sin saber de lo que me está hablando.

—Eso le dijiste a mi hija ayer, ¿no, cabrón igualado? —me vuelve a gritar, y mientras lo hace veo cómo sus melones se hinchán más sobre su pecho—. Que yo no estoy para pagar a un hombre para que me coja, sino que yo estoy para que paguen por cogerme.

Mierda ¡Mierda! ¡Mierda! Ahora es cuando recuerdo la infortunada conversación que tuvimos mi hermanita y yo el día de ayer, tras acusarme de yo ser el puto de Amelia, por el cuál ella paga. Recuerdo haberle dicho que Amelia, con el cuerpazo que tiene, no tendría necesidad de pagarle a ningún hombre para obtener sus favores, sino al revés... Seríamos nosotros, los hombres, quienes tendríamos que pagar por ella...

—¿No me vas a responder nada? —me grita de nuevo con sus ojos color zafiro echando llamas—. ¿Cuánto pagarías para coger a una mujer como yo, Enrique?

—¡Amelia, te juro que aquí ha habido un malentendido y me gustaría aclarártelo!

—¡Sólo respóndeme, idiota! ¿Cuánto pagarías tú para coger a una mujer como yo?

Me tengo que amarrar los huevos para poder aclarar esta situación. No tengo la intención de que la babosa de mi hermanita provoque que todo se vaya a la mierda.

—A ver, a ver, a ver... Amelia... Todo lo que le dije a tu hija ayer tiene una explicación.

Mi madre flexiona una rodilla y se pone las manos en la cintura, empujando sus hermosos tetones hacia adelante, por lo que sus apetecibles pezones se marcan mucho más que antes.

—¿Ah, sí? ¿Y qué explicación hay para que mi hija me haya dado los buenos días esta mañana diciéndome algo como “cuánto dinero te pagan cuando coges con otros”? y luego darme detalles de toda la sarta de idioteces que le dijiste, como que los hombres están para pagarme a mí por revolcarnos en la cama. ¿Crees que soy una puta, Kike? ¿Tú crees que...?

—¿Pero me vas a dejar hablar, con una chingada?! —exploto perdiendo la paciencia.

Y antes de que Amelia pueda responderme nada, con su gesto de indignación clavándose en mi cara por haber osado en gritarle, no me queda más remedio que explicarle el contexto de todo lo que pasó el día de ayer al mediodía, tras lo cual doña Tetazas parece serenarse un poco y comprender a qué se debió mi comentario.

—Así que fue eso, ¿eh? Bah. Debí de imaginármelo... —contesta, balándole de humos mientras se cruza de brazos, pero en ningún momento la cabrona hace por disculparse conmigo por acusarme de algo que no hice.

—¿Te quedas más tranquila, entonces? —le pregunto.

—Algo, pero por favor, no quiero que tengas más conversación con mi hija de esta índole.

—Amelia, te juro que fue ella quien se me acercó a mí.

—Dramas no, ¿entendido, Kike?

—Entendido, Amelia, entendido —resoplo, aliviado.

—Bien —responde ella, y por un momento noto cómo su mirada calenturienta se desvía hasta el bulto enorme que se marca en mi entrepierna, por lo que sonrío victorioso—. Entonces entremos, que no tarda en llegar Esther. —Yo asiento con la mirada.

El gimnasio personal de los “Manríquez” tiene equipos compactos más sofisticados de los

que había en el Gym más famoso de mi pueblo, donde solía trabajar y ejercitarme. Estar aquí es como estar un niño entre juguetes y golosinas.

Me encuentro tan emocionado mirando cada uno de los equipos, que apenas escucho cuando mi hermanita llega al gimnasio sin siquiera dar los buenos días. Esa niñata engreída pagará muy caro haberme hecho quedar mal ante su madre. “Ya lo verás putita...”

Cuando me vuelvo hacia mis alumnas, noto que Amelia tiene su mirada de halcón puesta en mí. Ella siempre neutra pero penetrante. Es difícil saber lo que piensa. La rodea un aire indescifrable. Parece impasible. Siempre a la defensiva. Como yo. Es algo en lo que nos parecemos y no me gusta. Bastante tengo con llevar su sangre como para también parecerme a ella en carácter. A lo mejor por eso chochamos tanto.

—Buenos días, Esther —le digo a la niñata engreída.

Ella me ignora, pero me importa una mierda. Me contento con saber que lleva puesto unos leggins y un top semejante a los de su madre, excepto porque el suyo es de color rosa y su vulva no se le mira en la entrepierna, aunque sí logro constatar que la muy putilla lleva una tanga que le parte el culo por mitad.

Par de zorras. Dejaran de ser madre puta e hija puta.

—¿Cuál de todos estos aparatos vamos a usar? —Me pregunta Esther con ansias, mirando con aburrimiento—. ¿Haremos barra? ¿O tal vez cardio en los equipos o...?

—No haremos nada de eso todavía —La paro en seco, notando que mi hermanita también me evalúa de arriba abajo, deteniendo descaradamente su mirada en mi entrepierna—. Mucho menos usaremos los equipos. Al menos no de momento.

El rostro de mis pupilas cuando se cruzan entre sí es de desconcierto, aunque Amelia lo sabe disimular mucho mejor. Esther es muy expresiva, y por tal motivo es la que se atreve a lanzar su descontento.

—¿Y así qué chiste, entonces, Kike? ¿No se supone que vamos a hacer músculo? Al menos yo quiero agrandar mis músculos y mis piernas. Quiero estar más nalgona y tetona, como mamá.

Amelia carraspea, avergonzada, y luego aguarda en silencio mi respuesta.

—Haremos calentamientos —respondo orgulloso de mi experiencia—, ejercicios de estiramientos, flexibilidad y hasta pruebas de resistencia. No servirá de nada usar los equipos de cardio, hacer pesas, discos o barras, pretendiendo aumentar el músculo, si antes no acostumbremos a nuestro cuerpo a tener movimiento... a aflojar las articulaciones, aumentar gradualmente la frecuencia cardíaca y, sobre todo, a resistir para obtener masa muscular.

—Ay no, qué aburrimiento —se queja Esther, cruzándose de brazos, por lo que sus melones se inflan debajo de ellos—. Con eso solo vamos a quemar calorías, y para eso yo ya tengo a Esteban.

Estoy a punto de reírme cuando entiendo la referencia pero hago acopio de dominio para que mi carcajada no me reste seriedad ante mis alumnas.

—¡Esther, por Dios! —exclama Amelia, poniéndose roja como tomate. Al parecer también ha entendido el punto—. Eres una sinvergüenza, ¿cómo te pones a decir tales porquerías delante de tu coach y de mí, que soy tu madre?

Esther pone los ojos en blanco, considerando la postura de su madre como anticuada.

—Ay, *mom*, no me vas a decir que tú no cogías a mi edad...

“Uy, hermanita, si supieras que a tu edad nuestra madre ya era una puta bien hecha...”

—¡Basta ya! —exclama Amelia, tragando saliva—. Cierra el pico y pon atención a lo que nos dice Kike.

Adoro la sensación de saber a mi madre avergonzada y hasta humillada por su propia hija, ya que para una mujer de la posición de Amelia, que su hija hable de sexualidad y la acuse de adúltera frente a mí debe de ser infernal.

—Váyanse acomodando sobre estos tapetes que pondré frente a ustedes —les digo—. Uta... Olvidé la libreta donde anotaré su peso, frecuencia cardiaca y esas cositas. Ahora vuelvo, mientras tanto, empiezan a hacer estiramientos con sus piernas y brazos.

Voy por el cuaderno a mi loft, y cuando regreso me quedo un momento escondido detrás de un pilar, para escucharlas hablar. Al parecer Amelia ha estado reprochándole a su hija lo que me reclamó hace un rato. Luego, el pleito adopta un poco más de panorama.

—...Y por otro lado, Esther, quiero que sepas que también voy a tener que hablar con Esteban respecto a lo que dijiste antes de quemar calorías con él —le grita Amelia con desdén—, si permití que fuera tu novio no fue para que se revolcara contigo, sino porque quería...

—Porque querías que Esteban me vigilara todo el tiempo, lo sé —responde Esther ligeramente enfadada—. Ya sé que tú en lugar de novio me pusiste a un niño. Y mira qué bien está haciendo su trabajo, que se la pasa vigilándome a todas horas.

—A ver, niña, él te cuida, que es diferente, no te vigila. Esteban te adora desde que ambos eran niños y te tiene mucho cariño.

—¿Aunque él me coja? Y mira que tampoco es que te lo agradezca, porque tu protegido ni siquiera sabe cogerme bien.

Casi me echo a reír. Luego apunto mentalmente el dato de este pele para usarlo más adelante a mi favor.

—¡Como vuelvas a decir esto en voz alta te juro que te voy a callar a bofetadas, niña!

—No te ataques, *mom*, que lo que trataba de decirle a tu nuevo lameculos es que yo esperaba que esto fuera más entretenido. Sino usamos los aparatos será aburrido.

No me gusta que la niñata de mierda esa me llame “lameculos” de forma despectiva. Pero me la va a pagar. Para mi gran sorpresa, es Amelia quien le para los pies:

—Kike ahora es tu entrenador, Esthercita, ¿entendiste?, así que lo respetas o tomaré medidas drásticas.

—¿Qué medidas “drásticas” mami? —se sulfura.

—Te recuerdo que si no te interné en un centro de rehabilitación de drogadictos, es porque Kike abogó por ti y creyó que entrenando podrías superar tus adicciones. Así que si estás aquí y no dentro de un lugar de porquería como ese, es gracias a él.

—¿Así que ahora le debo de agradecer al idiota ese?

—Por lo menos respetarlo, ¿entendido?

—Para haberlo querido mandar a la cárcel cuando lo conociste, ahora lo tratas con mucha consideración, ¿eh, mamita? ¿Es porque de veras confías en él? ¿O es porque te gusta? Porque no me vas a negar que el chulito está más bueno que comer pollo con la mano, ¿has visto esos bíceps? ¿Esas piernazas que tiene? Los cuadros de su abdomen... Ayer lo vi de lejos nadando en la piscina y ni sabes el cuerpazo que posee el cabrón. Para no ir más lejos, ¿le has visto el bulto que se le marca hoy debajo de su...? ¡Aaaaaay!

Conteniendo una carcajada veo cómo Amelia tira del pelo de su hija mientras ésta empieza a manotear.

—¡Yo no sé qué pecado estoy pagando contigo, Esther! ¡Eres una vulgar chiquilla que se ha convertido en todo lo contrario a lo que pretendí criar!

“Yo sí sé qué es lo que estás pagando, perra, nos abandonaste a mi padre y a mí y ahora te lo

haré pagar.”

Para fortuna de Amelia aparezco de nuevo en la sala y ambas callan ante mi presencia. Finjo no haber escuchado nada y me dispongo a pesarlas. Mido sus estaturas y les calculo su índice de masa muscular. Mi cercanía con sus cuerpos me pone un poco malo. Ambas tienen un culazo que Pfff... encima las señoras tetazas que se cargan las dos.

Definitivamente los buenos genes, incluyendo los míos, se lo debemos a la orgullosa de Amelia. Ella es una mujerona de campeonato, me guste o no.

—Comenzaremos por lo básico, chicas: sentadillas.

En posición erguida, pongo a las putitas detrás de los tapetes. Las hago estirar sus brazos hacia al frente y empiezan a bajar y a subir como si se estuvieran dando unos ricos sentones sobre mi pollón. En cada descenso sacan sus redondos y apetecibles glúteos que se expanden cuando casi tocan el suelo. Al elevarse de nuevo son sus ubres con caída de peras las que se desbordan en sus pechos.

Para relajarme envío mi playlist favorito de spotify a una consola que está dispuesta en el gimnasio para ello, y entre música electrónica seguimos con la rutina. Los rostros hermosos de mis dos consanguíneas sudan mientras me miran de arriba abajo sin pudor. Me están morboseando las malditas bitches.

—Amelia, procura mantener tu espalda recta. Y tú, Esther, separa los pies a la altura de los hombros... No, no... Amelia, te vas a lastimar si sigues bajando así...

—Pues entonces ven y dime cómo se hace, que no le hayo el modo —se molesta mi madre cuando tiene el culo casi en el suelo y su espalda muy enarcada.

Con las mejillas calientes y un ligero hormigueo en las ingles me asusta tener que acercarme a ella, pero finalmente me pongo detrás y evitando roscar sus potentes nalgas. Nervioso paso mi brazo derecho por su abdomen desnudo, y después lo presiono para que su espalda se ponga recta. Yo soy e más alto que ella, así que para fines prácticos me flexiono un poco de modo que mis caderas quedan a su altura, y entonces digo:

—Esther, acomódate delante de tu madre para que pueda mirar cómo mantienes tu espalda siempre recta.

Mi odiosa hermanita me mira con desdén, pero hace lo que le digo sin rechistar. Sé que en esa posición, además de servir para que Amelia imite su postura, a mí me servirá para verle sacar el culo durante cada flexión.

—Muy bien, Esther. Ahora tú, Amelia, mira hacia al frente y ahora baja conmigo a la cuenta de tres.

Amelia asiente con la cabeza, un poco incómoda de que de alguna manera la esté abrazando desde atrás y perciba mi aliento sobre su cuello. Entonces, cuando menos espero, cuento hasta tres y los dos flexionamos las rodillas y comenzamos a bajar.

—Oooh... —jadeo cuando percibo, atacado, la dureza de sus abombados glúteos en mis genitales.

En ningún momento preví que el culo de mi madre al ser tan abultado, cuando se flexionara necesariamente iba a aplastarse contra mi bulto. Por inercia entro en pánico pero no me muevo ni un centímetro, sino que siento cómo mi pollón, que yace acomodado bajo mi licra, se hunde un poco entre la raya que separa las nalgas de mi progenitora. Mi madre tiembla sobre mi erección yo suspiro casi petrificado.

Presiono un poco más fuerte el vientre plano de mi madre y de alguna manera provoco que su

culo se restriegue más contra mi verga. Asustado, espero ver una reacción de rechazo de su parte, pero no dice ni hace nada. Así que la guío para que volvamos hacia arriba, y a diferencia de hace rato, su culazo y mi verga hinchada quedan incrustadas una sobre la otra cuando volvemos a estar de erguidos.

—¿Lo hice bien? —me pregunta Amelia con una voz casi susurrante, como si no hubiera pasado nada. Como si no tuviera justo ahora mi bulto hundido entre su culo.

—S...í... muy bien —respondo nervioso, pero sin despegarme de ella. Aguardo unos segundos esperando a que se quite, ¡es que joder!, mi verga sigue pegada completamente en su culo, y ella no dice nada, ¿qué está pasando?—. Probemos otra vez —le digo.

Mi madre asiente sin ninguna reacción que me indique molestia, acoso o irritación, así que continúo:

—Tres, dos, uno... y listo, ahora baja conmigo.

Nos volvemos a flexionar muy lentamente y en esta ocasión noto cómo las caderas de mi putota madre se contonean contra mí como si estuviera perreándome, y yo no puedo evitar que mi tranca se me ponga más dura sobre su regordote culo ante su atrevimiento. ¡Ella debe de estar sintiendo cómo crece y crece mi pollón entre sus nalgas! ¿Entonces por qué no dice nada? La muy perra, por el contrario, me echa las nalgas más hacia atrás y se restriega como una vil teibolera.

—¿Subimos? —me dice con un susurro que a mí más me parece un gemido erótico.

Le digo que sí y nuevamente la guío hacia arriba, por lo que ascendemos juntos. Cuando mi madre suspira, empuja su cola más fuerte hacia mi palpitante paquete. Esto ya no es una casualidad. Amelia me está ofreciendo las nalgas con descaro aprovechándose de mi cercanía. De hecho siento cómo, mientras estamos de pie, y yo abrazándola desde atrás, remueve el culazo contra mi paquete, sobándolo, midiéndolo, restregándose como perra en celo contra mí, y yo no sé cómo actuar o qué decir sin que todo esto se vaya a la mierda.

—¿Sigo? —pregunta Esther, sin mirar hacia atrás, mientras veo cómo saca el culo una y otra vez en sus sentadillas.

—Sí —respondo, fascinado de tener mi verga pegado en el culo de mamá—, pero ahora haz series de quince. Cuéntalas en voz alta para nosotros hacerlas contigo.

—Okey.

Amelia me mira de perfil y yo asiento con la cabeza. De alguna manera nos acabamos de hacer cómplices de lo que estamos haciendo, sin la vigilancia de Esther.

Y cuando menos acuerdo estamos bajando y subiendo una y otra vez, los dos pegados como perros que se aparean, yo detrás de mi propia madre restregándole mi paquete que está por explotar debajo de su culo. Me da gracia que la estúpida de mi hermanita hace lo suyo delante de nosotros, ajena a lo que pasa detrás, contando las series “ocho...” bajamos... subimos... “nueve...” bajamos, el culo de mi madre pegado en mi paquete, subimos, yo empujando mis caderas hacia sí.

—¡Oh, sí...! —Me quedo a cuadros cuando Amelia empieza a jadear—...¡... sí... así... vamos bien...!

“Diez...”

—¿Te duele? —le pregunto en el oído a Amelia, empujándole mis caderas hacia su cola.

—N...o... sigue... sigue... —susurra con una voz que no escucha nuestra querida Esthercita, que sigue contando al ritmo de la música.

“Once”

Mi verga erecta bajo la licra está incrustada entre las nalgas de sus mallas. ¡No puedo creer lo que estamos haciendo! Y la babosa de mi hermana que no se entera de nada.

“Doce”

Ninguna de las dos pendejas se ha dado cuenta de que las flexiones y estiramientos que les estoy haciendo practicar son casi de apareamiento, y yo que me estoy aprovechando perfectamente con la situación.

“Trece”

—Empuja un poco más —susurra la puta de mi madre, haciéndome creer que habla de mi brazo en su vientre.

Pero yo he entendido el mensaje subliminal, y lo que “empujo más” es mi bulto contra sus nalgas.

—De nuevo —digo.

Me restriego. Mi madre gime y echa la cola contra mí. Uno como hombre sabe cuando una mujer se le está ofreciendo. Y Amelia, sin saber quién soy yo en realidad, se me está insinuando. Se me está ofreciendo. Y yo, aun sabiendo que moralmente esto está mal, me estoy aprovechando de mi lujuria. La estoy magreando muy fuerte. Nuestros agasajos de verga a culo son impresionantes. Quisiera agarrarle las tetas y apretárselas fuerte. Meterle el dedo en la boca y obligarla a que me lo chupe... ¡Ufff!

“Es tu madre, pendejo... déjate de tonterías... apártate de ella puto enfermo mental”.

Pero cuando intento alejarme de Amelia sus gloriosas nalgas se desparraman contra mi falo, y ahora ella, cuando llegamos al “quince” sabe cuándo me mide la verga. Y quizá por eso la muy cabrona no deja de frotarse contra mí como si fuese una vil perra.

Cuando terminaron las series me he apartado de mi madre y sin darle oportunidad de verme tremendo bulto me salgo del gimnasio excusándome con ir a orinar.

—Salten con las cuerdas con series de cinco minutos —les grito desde afuera mientras me voy.

Tardo allí apenas diez minutos, lo que dura mi masturbación. No es que dure tan poquito, pero estaba tan caliente que bastó muy poco para dejar mequeado todo mi inodoro.

Cuando vuelvo al gimnasio la vaca madre y la vaquita hija ya están saltando como les he indicado. Me da rabia ver la risita siniestra de Amelia mientras me mira mi menguado bulto. Sabe la muy puta lo que hizo y lo que me provocó. Mi madre sabe que me he ido al baño a hacerme una paja. Esa hija de puta es consciente de que ha jugado con mi libido y ahora me he corrido pensando en ella y en su enorme culazo de putona que tiene.

“Te odio, golfa, te odio...”

Aprovecho mi posición de coach pervertido para obtener las mejores vistas que un hombre puede tener de dos mujeres voluptuosas que hacen ejercicio. De pronto las pongo a hacer lagartijas haciendo que se pongan a cuatro patas y bajen su pecho hasta el suelo, con el culo en pompa, y de pronto las vuelvo a poner en pie para que sigan saltando con la cuerda.

Las corpulentas tetas de madre e hija botan sobre su pecho en cada salto. Los top de licra que llevan puestos se restiran en cada sacudida y casi pareciera que se fueran a reventar. ¡Menuda escena sería si sus hermosas ubres se desparramaran delante de mí!

Además, no hay nada más placentero que ver a una mujer sudando. Y ahora ellas están sudando. Ese sudor me recuerda al acto sexual y a las feromonas que exudan de sus cuerpos a raíz de las embestidas.

El cuello de mi sensual hermana y el de mi golfa madre secretan pequeñas perlas transparentes que recorren ligeramente por la clavícula, descendiendo con sensualidad por los amplios canalillos de sus pechos, escurriendo por el esternón.

Después de una hora de estiramientos y de morbo total, las clases terminan y cada una se marcha por su cuenta, mientras conversan:

—Me voy a la facu, mami.

—De acuerdo, querida. Yo tengo reunión hasta las 12 del día, así que nadaré un rato en la piscina.

—Nos vemos luego, entonces.

—Bye, cariño.

Las dos cabronas se largan sin siquiera darme las gracias. Amelia ni siquiera me mira. No hace nada por girarse ante mí y decirme algo respecto lo que hemos hecho. ¿Qué significó el magreo para ella? ¿Un simple calentón? Como no hace ni siquiera por volverse, me resigno a quedarme allí como estúpido, mirando cómo su culazo desaparece de mi vista.

Estoy seguro de que Amelia, mi madre, sabe que la estoy mirando a través del ventanal de vinil espejo. Por eso se contonea cual ramera mientras avanza al camastro que está cerca de la piscina y comienza a quitarse la bata de baño que lleva encima.

Yo estoy de pie, también recién bañado, con un bañador debajo de mi short y unas chancas en las que aún está escurriendo el agua de la regadera. Me estoy sobando la polla a conciencia mientras la miro, y sólo por saber que ella es consciente de que mis ojos están clavados sobre su figura me pongo muy cachondo.

Apenas puedo contener el aliento cuando descubro que debajo de su baja hay un traje de baño bastante diminuto. Es anaranjado, y a decir verdad, sólo son finas tiras que cruzan todo su cuerpo, con apenas un par de triángulos que cubren lo mínimo en sus partes pudendas.

—Hija de las mil putas —susurro cuando la cabrona se acerca a la orilla del agua y se prepara para tirarse un clavado.

Sus carnosas piernas y su carnoso culo son terriblemente exquisitos. La pequeña tira que parte su culo por mitad hace que sus nalgas se vean separadas y mucho más gordas. De las tetas no puedo decir mucho, salvo que las tiras del sostén apenas le cubren sus areolas y sus pezones. Por los demás, puedo ver la gordura completa de sus melones, que tiemblan ante cada paso que da. Amelia salta y sus nalgas, piernas y tetones se sacuden de arriba abajo. Cae al agua como una experta y comienza a nadar un buen rato.

Yo no dejo de masturbarme, otra vez, mientras la contemplo como una sirena voluptuosa que nada entre el agua. De vez en cuando se sumerge y luego emerge hacia arriba, quedando sus grandiosos tetones flotando en la superficie. De pronto, cuando menos espero, veo flotando el sostén sobre la superficie del agua, y después la tanga. Con un palpito en mi glánde constato que la muy cabrona se ha desnudado y ahora nada encuerada entre el agua matutina. Lo peor de todo no es que se haya desnudado, sino que lo ha hecho a posta, sabiendo que yo podría estar mirándola.

Y no sólo es una suposición. Estoy convencido de que ella sabe que la estoy morboseando. Sus ojos claros de vez en cuando han mirado hacia mi ventana, donde estoy yo detrás, con la polla en mano. Su sonrisa perversa sólo me indica que está jugando con mis hormonas. Se está burlando de mí la muy arpía.

Quisiera ver esa misma cara de satisfacción cuando la muy golfa se entere que al hombre al que se le ha ofrecido, al que le ha restregado el culo, y a quien ahora está intentando provocar es nada menos que su hijo, el pequeño que abandonó años atrás.

—Perra calentona —susurro de nuevo.

Amelia sigue nadando desnuda, aunque sumergida en el agua, por lo que no hay mucho para ver. Y a mí no se me ocurre más que sacar la cámara de mi teléfono y empezar a grabar. De vez en cuando hago zoom y puedo ver la superficie de sus ubres. De pronto se le figuran los contornos de las areolas y de repente el pezón, pero luego pronto se vuelve a sumergir.

Y contra mi moral humana, desearía que volviera a emerger y saliera completamente desnuda. Le daría mi alma el diablo por verla completamente sin ropa, como está, así mojada, con las gotas de agua escurriéndole por su escultural cuerpo. Pero como digo, Amelia solo juega conmigo. Se aproxima a la tanga y al sostén que flotan sobre el agua y luego se los vuelve a poner.

Al poco rato sale de la piscina y ella se marcha, mirando hacia mi ventana por última vez. Y

entonces yo me quedo allí nuevamente como idiota, como un pelele sin gracia que se acaba de volver a correr sobre el cristal.

Han pasado dos semanas desde que me volví el asistente de mi mamá. Ella no se me ha vuelto a insinuar durante las mañanas en el gimnasio, y tampoco se ha vuelto a meter a nadar desnuda en la piscina. Ella continúa igual de arrogante y cortante conmigo, y yo no tengo ninguna posibilidad de hablar con ella sobre la primera vez que restregó su culo contra mi entrepierna.

Ahora tengo nueva ropa de marca que la muy cabrona me ha comprado y yo luzco como todo un gigoló aun si ese no es mi verdadero papel. Con el marido ni qué decir. Cada vez que me mira me traga con los ojos. Me odia con todas sus fuerzas porque cree que yo me estoy cogiendo a su mujer. Yo me contento con hacerle gestos burlones con la cara que den pie a que siga creyendo que es un reverendo cornudo.

Hoy de nuevo es de mañana, pero en lugar del gimnasio Amelia me ha mandado llamar a su despacho. O al menos eso es lo que me ha dicho Odalia, la puerquita, quien no me supo dar mayor explicación del por qué sabe que su patrona abandonó a su hijo, y quien por cierto me ha chupado la verga en tres ocasiones más.

La puerta de su despacho está abierta. Ingreso sin demostrarle temor y la observo sentada detrás del escritorio. Amelia lleva sobre su torso una blusa blanca de botones que se adhiere perfectamente a sus redondas ubres, que parecen palpar como dos pelotas enormes ante cada exhalación.

—¿Que me buscaba, doña Amelia?

—Pasa y siéntate —me dice con voz estridente y con las cejas enarcadas—. Y, por favor, Kike, evítame la pena de estarte recordando cada vez que nos veamos, que tienes que tutearme. No me hagas sentir más vieja de lo que soy hablándome de “usted”, mucho menos diciéndome “doña.”

—Perdón, Amelia, no lo volveré hacer. —Me siento frente a ella, acomodándome lo más relajado posible sobre la silla acojinada—. Y de vieja nada —le digo con una sonrisa que pretende ser seductora—. Con todo el respeto que me mereces, Amelia, tú eres una mujer joven e irresistiblemente hermosa.

Ella tarda en responder, pero en seguida reacciona:

—Lo sé, así que mejor dime algo que no sepa.

La zorra sonrío con engreimiento, y me pregunto si de verdad ella es así de egocentrista como parece, o en el fondo el temblor de labios que acaba de tener se debe a que mi adulación la ha estremecido.

—Yo sé que tú lo sabes —coincido—, de todos modos te lo he querido recordar.

Nos miramos a los ojos y me sigue asombrando que esta putona madura sea tan sensual y tan hermosa. Más de lo que habría esperado. Tan angelical y a la vez tan siniestra que me da náuseas y palpitos en el glande. No he mentido al decirle que es irresistiblemente hermosa. Por eso la odio todavía más. Porque ahora, además de odiarla, también la morboseo, aunque no debería.

A pesar de su abandono y de no haberme criado ni de haber convivido con ella, no puedo olvidar que Amelia es la puta que me parió, por lo tanto, que llevo sangre de su sangre, que estuve en el interior de su barriga durante nueve meses, y que el ADN nos tiene vinculados entre sí en un linaje perverso, por lo que cada vez que se me pone la verga tiesa al verla, al escucharla hablar, o al admirar su estilizado cuerpo, estoy cometiendo pecado.

“Mierda... lo que me faltaba... ¡Sentirme mal por morbosear a la piruja de mi madre!”

Amelia extiende sobre el escritorio un folder con unas hojas membretadas de laboratorio y me dice:

—Ya recibí tus resultados clínicos.

Ya hasta se me había olvidado que me los había hecho. Al devolver su espalda al respaldo de la silla, sus tetas botan en su pecho y se expanden hacia el frente.

¡Menudas ubres tienes, madre putota!

—¿Y cómo he salido? —respondo sintiendo agua la boca.

—¿Tú qué crees? —me pregunta con una sonrisa siniestra.

—Yo creo que bien —me encojo de hombros, tranquilamente—. Soy un hombre sano, que no se mete drogas ni alcohol al cuerpo. Te lo había anticipado ya.

—Pues sí. —Casi parece sorprendida cuando me responde—. Al parecer estás más sano que un toro joven.

Su comparación con un toro me enorgullece. Y casi quisiera decirle que los huevos los tengo igual de grandes que un toro también.

—¿Ya estás más tranquila respecto a mí, Amelia? ¿O todavía falta que me hagas más pruebas para que me des este trabajo oficialmente?

—¿De qué hablas, Kike? —se pone seria—. Tu trabajo está oficializado desde que te instalé en esta casa.

—Ah... ¿entonces estos estudios clínicos eran para...?

—Para saber... si puedo confiarte una nueva tarea que te tengo, porque en realidad estos exámenes de laboratorio no sólo se trataban de estudios de antidoping.

—¿Una nueva tarea que me tienes? —me froto las manos, aunque algo inquieto. De todos modos me siento bien, porque a mí siempre me han gustado los riesgos.

—Sí, una nueva tarea, aunque esta tarea podría resultarte... un tanto embarazosa... o quizá... un tanto asquerosa. No lo sé.

—Si no se trata de comer caca, te aseguro que puedo con cualquier cosa.

Amelia esboza una sonrisa discreta. Luego vuelve a ser la misma mujer siniestra de siempre y me dice:

—No me voy andar con rodeos, Kike. Como puedes ver, mi marido es un viejo decrepito que tiene un pie en la tumba.

Me escalofría el hecho de que se exprese con esa frialdad de su marido.

—Sí, qué pena, en verdad.

—No debería de darte pena, Kike —sonríe malévolamente—, porque Urbano es un cabrón de cuidado que no merece ninguna consideración.

—Si tú lo dices —me encojo de hombros.

—Sí, yo lo digo.

—Bueno —suspiro—, la ventaja es que si el hombre... es decir, tu marido, pasa a mejor vida, tu hija y tú heredarán todo lo que el viejo tiene.

Amelia enarca ambas cejas, y me mira el rostro sin parpadear.

—Ese es el punto a donde quería llegar, Kike. Resulta que si Urbano fallece, sólo nos dejará a mi hija y a mí el 66.6 por ciento de sus bienes.

—¿Y quién se quedará con el 33.3% que falta? —pregunto con curiosidad.

—No lo sé...

—¿Entonces?

—Entonces... —me dice—, la condición para que ese otro 33.3% se quede en la familia es

que mi hija o yo... tengamos... un nuevo heredero.

—¿Un hijo? —se me revuelve el estómago.

—Esther, desde luego, está muy joven para darle un nieto a su padre... Y con sus antecedentes de drogas pues no creas que es tan fácil. Encima Esteban tampoco es como... si me guste en verdad para que me dé un nieto. Le falta carácter, le falta gracia, le falta... Bueno... Así que...

—Así que la que tiene que darle ese nuevo heredero a tu marido eres tú —confirmo lo que ella trata de decirme—, pero quizá por su edad... él ya no pueda...

—Así es, querido —Mi madre vuelve a sonreírme con una nueva mirada demoniaca, para luego concluir—. Y es justo allí... donde entras tú, Kike.

Cuando me dice esto último siento que el cuerpo se me petrifica mientras mis testículos empiezan a llenarse de leche. ¿En verdad Amelia me está proponiendo lo que creo...? ¿Qué se supone que le voy a responder si...? ¡Si en teoría eso no lo puedo hacer... dado que yo soy su hijo biológico!

¡JODER!

Continúa.

CAPÍTULO 8

—No sé si estoy entendiendo —le digo a la golfa de mi madre, con mi boca seca. No es para menos. Estoy impresionado por lo que acabo de oír, o más bien por lo que acabo de interpretar—. Para que tu marido te herede todos sus bienes... tu hija o tú tienen que tener un hijo, ¿es correcto?

Amelia asiente con la cabeza, luego me dice, posando su espalda en la silla, hinchándosele las tetas debajo de su blusa blanca:

—Asuntos de machitos idiotas que creen que viven en la edad media. Porque déjame decirte, Kike, que mi marido no sólo quiere un nuevo miembro en esta familia, sino que el muy cabrón desea que ese nuevo miembro sea un varón.

—Vaya —continúo desconcertado—, lo del hijo varón ya es echárselo a la suerte. El caso es que el viejo —lo llamé de forma despectiva dado que a ella no parece importarle—, quiere un hijo de ustedes, pero entiendo que tú, Amelia, no tienes interés en que Esthercita conciba porque no está en condiciones físicas, además de que Esteban no te gusta para el padre de tu nieto.

—Así es —responde mi patrona, sonriéndome maliciosamente—. Al principio confié en que Esteban sería un buen marido para mi hija, por eso le he tenido tantas consideraciones, pero últimamente me ha decepcionado muchísimo. Es un pele, una niñita llorona que sólo se queja en lugar de resolver los problemas, y se ha convertido en un histérico insoportable que no está a la altura de mi familia.

Sonríó con un deje de maldad y orgullo al saber que mi madre piensa lo mismo que yo respecto al idiota del pingüino.

—Desafortunadamente —continúa—, el padre de Esteban es un poderoso hombre de negocios que actualmente tiene una fuerte inversión en la constructora de mi marido, y de momento no es conveniente que haya una ruptura entre nuestras familias.

—Entiendo —resoplo, constatando que Amelia no sólo es una mujer interesada, sino que es tan fría y calculadora que está dispuesta hacer lo que sea con tal de que sus decisiones no afecten en absoluto la economía de su familia.

—Pero volviendo al tema, Amelia... si estás descartando de facto a tu hija para darle ese hijo varón a tu marido y que tanto desea, ¿entonces... eso quiere decir que eres tú la que está dispuesta a... asumir ese encargo?

Amelia suspira y enarca una ceja, engreída y desafiante. Sus ubres gordas tiemblan en su pecho.

—No creas que me causa mucha gracia, Kike, sobre todo porque he pasado los últimos años de mi vida cuidando mi figura. Además, después de los cuarenta años siempre hay riesgos en un embarazo.

—Sí, lo entiendo... —suspiro hondo—, pero también entiendo que si me estás pidiendo ayuda para esto... ¿eso significa que tú quieres que yo...?

De pronto Amelia me interrumpe soltando una sonora carcajada que me deja perplejo. La golfa se levanta de la silla y comienza a taconear por su despacho, contoneando su seductora figura de aquí para allá. Los taconeos mientras camina son un sonido muy erótico que siempre me han puesto cachondo.

—No te hagas ideas estúpidas en la cabeza, Kike —me dice con frialdad, y mis ojos no dejan

de parpadear mientras siguen el candente trayecto de su culo redondo que bota a cada paso—. Y mucho menos te imagines cosas que no son.

—¿Perdona? —No sé qué otra cosa decir para no quedar como idiota ante lo que pensaba y lo que no es.

—Mira, Kike —se detiene la hija de puta justo al costado de donde yo estoy sentado. Empujo la silla un poco más hacia atrás y veo cómo Amelia posa su redondo culazo en el filo de su escritorio mientras mis ojos se desvían abruptamente en su falda negra ejecutiva que se retrae un poco hacia sus muslos—, si estás pensando que me voy a abrir de piernas para que me rellenes tu simiente, estás completamente equivocado.

—¿No? —respondo, y no sé por qué, pero siento una ligera decepción—. ¿Entonces?

—Sólo necesito tu semen.

A medio sentar, veo que la seductora hembra lleva puestas unas pantimedias de nylon de color canela que le hacen brillar sus poderosas piernas. ¡Uffff! Que puta guarra tengo por madre.

—Sigo sin entender —respondo sin aire.

—Es sencillo, muchacho. Lo nuestro será una fecundación por medio de la técnica in vitro. —Mientras tiene el culo en su escritorio, para mi sorpresa, la muy cabrona saca la lengua mojada de su boca y se relame el labio superior, y cuando lo hace mi glándula salta—. Lo que significa que sólo se necesitará la unión de mi óvulo y tu esperma. —Que diga las palabras óvulo y esperma en la misma oración, sin saber que yo soy su primogénito, me sumerge en un morbo brutal—. Mi marido sabe que él ya no funciona en la cama, Kike, así que está de acuerdo con que mi embarazo sea de esta manera. Su capricho por tener otro hijo, especialmente varón, es superior a todo lo demás, y está dispuesto a que mi fecundación se lleve a cabo de esta manera. Claro que él no sabe que el semen que me fecundará no será el suyo... sino el tuyo.

Mi respiración no puede dejar de ser tan densa y reiterada. ¿Cómo mierdas le explico que lo que ella pretende no puede ser porque literalmente yo soy su hijo, y tengo entendido que el engendrar entre parientes puede traer malformaciones y complicaciones en el embarazo?

—¿Por qué te has puesto tan pálido, querido? —me pregunta ella, que de manera concienzuda clava sus uñas pintadas de color oro en su espectacular muslo derecho.

—No, nada de eso, sólo... quiero saber si estoy entendiendo lo que me pides, que es... que te done mi esperma para que quedes embarazada, ¿es así, Amelia?

Ella asiente, relamiéndose los labios nuevamente.

—Te pagaré mucho dinero si aceptas, Kike, ¿estás de acuerdo?

—Sí, sí, ese punto lo tengo muy claro —trago saliva mientras observo de reojo que sus uñas en los muslos siguen siendo un objeto de deseo—, lo que no entiendo es por qué si la fecundación será por medio de in vitro, quieres mi esperma en lugar del de tu marido.

Amelia pone los ojos en blanco como si yo fuera un estúpido y luego trata de acomodarse su falda, pero en lugar de hacerlo se le sube más y casi puedo ver el borde de los sensuales encajes de sus medias de nylon.

—A ver, Kike, ¿crees que voy a arriesgarme a tener un nuevo hijo con los genes de mi marido? —La forma en la que parece despreciarlo me hace constatar que ella se casó con el viejo sin amarlo, sólo por su dinero—. ¿Creas que voy a dejarme preñar por un hombre pusilánime con problemas de corazón, diabético e hipertenso? Tuve suerte con Esthercita para que naciera sana, aun con su problema de adicciones, pero te aseguro que no voy a poner en riesgo mi vida para concebir a un hijo con problemas de salud hereditarios.

—¿Y tú consideras que yo soy apto para esto...?

—Es lo que vamos a averiguar, aunque casi estoy convencida de que sí. —Amelia cruza las piernas y esta vez su faldita vuelve a enroscarse un poco más, pudiendo mirar de soslayo sus muslos blancos y debajo de ellos los sensuales encajes que están perfectamente adheridos a su piel—. A tus 23 años eres joven, un chico fitness que gusta cuidar de su cuerpo, y con una mentalidad de tiburón. Además con estos resultados de laboratorio acabo de comprobar que eres sano, Kike. Tienes buenos genes... Creo que en esencia tu ADN y el mío harán que el producto salga de calidad.

¿Producto? ¿Para Amelia ese hijo que desea darle a su marido es un “producto” y no un hijo? Puta ramera. ¿Pero de qué me sorprende? Si yo soy la prueba viviente de que Amelia no tiene aptitudes de madre.

No niego que me da mucho morbo esta situación, de que sea precisamente yo, el hijo que ella abandonó, quien le suministre del esperma que necesita para engendrar a mi hijo, que a su vez será mi hermanito. Vaya morbo. Sin embargo me da un poco de corte. De todos modos creo que me habría gustado que empleáramos el método tradicional de gestación... lo que me lleva a preguntarme si de haber sido así yo me habría animado a hacerlo: después de todo, esta puta vieja no es una mujer cualquiera, sino mi madre biológica.

—¿Entonces cuál es el plan? —le pregunto antes de que me siga mirando con esa fiereza que tiene la capacidad de ponerme nervioso.

—Primero debo de tener una muestra de tu semen para que la analicen en el laboratorio, a fin de que te hagan una espermabioscopía y se valore la cantidad y calidad de tus espermatozoides, de tal forma que haya evidencia científica de que eres apto para la fertilización.

—¿O sea que tengo que ir al laboratorio contigo para dejar esa muestra?

—Sí, Kike —responde mi progenitora, levantándose otra vez para volver a caminar alrededor del escritorio. Sospecho que a la perra le gusta que la admiren. O por lo menos que los hombres se calienten con su culo. Las vistas que tengo de ella en tacones y con la falda casi enroscada a la mitad de los muslos es deliciosa—: pero debemos tener un plan bien estructurado, porque teóricamente el que tiene que ir al laboratorio a hacerse esa prueba es Urbano, mi marido, no tú.

—¿Y si me hago pasar por él?

—Imposible, Kike. Resulta que el dueño del laboratorio clínico es amigo íntimo de la familia. El químico Isaías Huerta siempre ha desconfiado de mí. Cree que voy detrás del dinero de mi marido el muy cabrón. —Quiero echarme a reír por ser tan cínica conmigo, cuando de alguna manera todo lo que está haciendo es precisamente porque sí está yendo detrás del dinero del viejo, pero me contengo—. De hecho fue él quien le insistió a Urbano para que antes de ir a una clínica de fertilidad, primero verifiquemos si es apto para ello.

—¿O sea que tu idea, Amelia, es que tu marido vaya al laboratorio a hacerse esa prueba, pero que, como en las películas, en lugar de entregar la suya al laboratorio, la intercambiamos por la mía?

—Así es —sonríe, meneando su culo mientras regresa a su silla—, eres muy listo. Como intuirás, si dejo que Urbano entregue su muestra, automáticamente lo van a descalificar, pues estoy segura de que no cumple las condiciones para la fertilización. Y entonces no podré justificar un embarazado, ¿me entiendes?

—Sí, lo entiendo...

—Por eso necesito tu esperma. —Decirlo de esa manera tan provocativa podría ser interpretado de mil formas. La verdad que esto me tiene muy cachondo.

Ojalá no mire mi entrepierna porque se dará cuenta de la tienda de campaña que tengo en mi

bragueta.

—Pon atención, querido, porque te leeré los requisitos de la prueba. —Amelia Saca una hoja de su escritorio y comienza—: abstinencia sexual de mínimo 3 días previos al estudio —me dice, y el simple hecho de saber que no podré hacerme una paja por tanto tiempo, cuando estoy acostumbrado a hacerme varias al día, ya los requisitos me parecen difíciles de cumplir—: recolección por masturbación en un frasco estéril que será entregado en el laboratorio; favor de evitar cualquier derrame fuera del frasco; anotar la hora de emisión y entregar de inmediato al químico responsable; no refrigerar (mantener a temperatura corporal).

—Vaya —comento encogiéndome de hombros, sin decir nada de la abstinencia, justo cuando esta tarde había acordado con la chacha para que viniera a darme unas mamadas—, todo bien, ¿pero cómo se supone que intercambiamos las muestras de semen sin que nadie se entere?

—Mientras mi marido esté en el baño intentando eyacular en el frasco (no se le para al pobre diablo, pero cuando se trata de masturbarse, rápido se corre, así que no es problema eso), tú te vas a los baños de servicio que están en la parte baja del edificio, con otro frasco y depositas allí tu esperma. Luego recibo el de mi marido, tú te vienes conmigo y discretamente lo intercambiamos.

—¿No le parecerá raro a tu marido que yo vaya con ustedes?

—¿Por qué habría de parecerle raro? ¿Acaso no eres mi chofer, además de mi asistente? Es verdad que no le gustará la idea, para ya sabes que puedo persuadirlo.

—Es un poco arriesgado, Amelia, ¿no crees?

—No me digas que le tienes miedo a un viejo, Kike —se burla la muy carbona—, me decepcionaría bastante saber que eres igual o más cobarde que Esteban.

Esta puta sabe dónde darme en el orgullo. Mira que compararme con ese pelele.

—Si te digo la verdad, Amelia —le respondo adoptando un tono presumido en la voz—, a mí me vale verga si nos descubren o no, después de todo, tú eres la que asumirá esos riesgos, ¿no?

—Así me gusta, machote —sonríe, y me da un escalofrío que me recorre toda la espina dorsal cuando me dice “machote”—. Entonces no se hable más. En tres días nos pondremos con el plan.

—Entonces trato hecho —le digo sin ponerme de pie, pues no quiero exponer mi tienda de campaña.

—Muy bien. Mañana necesitaré unos datos adicionales de ti sólo para verificar que elegí bien.

—¿Qué clase de datos adicionales? —le pregunto un poco alarmado, ya que si ella escarba un poco sobre mi vida privada... descubrirá la farsa que estoy montando con mi identidad.

—Tranquilo, que sólo será una inspección física.

—¿Inspección física? —le pregunto un tanto curioso.

—Mañana lo hablamos.

—De acuerdo.

Amelia entonces se levanta de la silla y comienza a andar hacia la puerta de su despacho. Yo me giro hasta ella y noto que se detiene en la puerta, y parando su culazo para que lo vea, me dice, con un deje de coquetería:

—Yo sé que ustedes los jóvenes todos los días y a todas horas se quieren masturbar... tienen vitalidad y energía... por lo que es natural. La pregunta es si crees poder guardar tu esperma durante tanto tiempo para mí.

Vuelvo a tragar saliva cuando me lo dice. Pero entonces sonrío, y le respondo con el mayor cinismo del mundo, diciéndole:

—Tú no te preocupes por eso, porque te aseguro que daré toda la leche que necesitas.

Por primera vez veo cómo mi progenitora levanta las cejas y las mejillas se le ponen rojas, un tanto nerviosa. Complacido con lo que le he provocado, dejo que ella se vaya, y luego me devuelvo a mi loft, para masturbarme en el baño por última vez, mientras fantaseo con sus enormes tetazas y su grandioso culo grasiento.

Pasé la tarde noche de ayer bastante pensativo, reflexionando sobre lo que me ha propuesto Amelia. He estado dándole vueltas al asunto y no puedo evitar sentir pánico de que la perra descubra que yo soy su hijo biológico. Ya investigué y no hay manera de que descubran nuestra similitud genética por medio de mi esperma, pero estoy seguro de que podrían descubrirlo cuando vayamos a la clínica y me hagan estudios de sangre.

Está claro que para ese tipo de métodos de fertilidad se necesitan muchos estudios, así como la compatibilidad en el ADN de Amelia y mío. Tampoco sé bien cómo es que podremos salir adelante con el plan sin que el cornudo de Urbano se entere de lo que pretende.

De momento, un día después de la propuesta que me hizo Amelia, ella actúa completamente normal mientras la llevo a la universidad y me encargo de todos sus asuntos personales, entre ellos, conducir su volvo último modelo que ella cuida y quiere más que a su marido.

Durante el día muy poco me dirige la palabra, y la verdad es que yo así vestido como pingüino tampoco me siento cómodo como para compartir miradas.

La noche ha caído pronto y hemos vuelto a casa.

—¿Qué hora es? —me pregunta cuando estaciono el volvo plateado en el estacionamiento de su casa.

—Son las ocho de la noche —le respondo, ayudándola a salir.

—Okey. Cena, dúchate y a las diez de la noche vengo para hacerte el examen físico.

—¿Perdona? —le pregunto completamente asombrado.

—Te dije ayer que te haría ese examen.

—Pero...

—Hasta entonces, Kike. Descansa.

Veo cómo la golfa de Amelia se dirige taconeando a su casa y yo me quedo un tanto inquieto mientras intento determinar a lo que se refiere con eso del “examen físico.”

Salgo un momento a comprar unos *boneless BBQ*, ya que desde aquella invitación a cenar en su casa, Amelia no me ha vuelto a invitar. Al terminar me dispongo a ducharme, y ya que no sé exactamente lo que pretende hacer Amelia conmigo, decido ponerme sólo un short para dormir y una camisa de tirantes deportiva que deja al descubierto mis corpulencias, en brazos y parte de mi pecho.

Me recuesto en la cama un rato y miro mi Facebook, hasta que a las diez de la noche, con puntualidad inglesa, Amelia toca la puerta de mi cuarto independiente y yo voy a recibirla.

—Buenas noches, Kike, veo que ya estás bañado.

—Eh... sí —respondo con sorpresa al ver que Amelia lleva puesta una bata negra de noche con encajes muy finos que de alguna manera cubren sus partes pudendas y dejan al descubierto el resto de su piel—. Pasa...

Mi voz apenas sale con un ligero murmullo mientras contemplo su andar tan seductor y la forma en que contonea las caderas. A lo mejor es impresión mía, pero estoy seguro de que no es normal que una mujer de su categoría se presente a la mitad de la noche en la casa de un joven fitness, usando tacones como si fuese una puta, las mismas medias de nylon transparentes que usó ese día, y encima un delicado conjunto de noche cuyos encajes están echando a bolar mi imaginación.

—Me sentaré en el sofá —me dice ella, que saca un iPad del bolso mediano que lleva mientras me invita a ponerme delante de ella con la mirada—. Cierra la puerta y ponte delante de

mí, por favor.

Hago lo que me pide y al volverme hasta ella noto que está sentada en el sofá de una sola plaza que está en el centro de la estancia. Tiene una de sus piernas cabalgando la otra, y por lo tanto la vista que tengo de sus piernas y los encajes magnéticos que se adhieren a sus blancos y gordos muslos me estremecen. Al traer un short tan ligero, me costará trabajo poder ocultar mi erección.

—Enciende la luz y colócate frente a mí —me ordena, y yo odio que la cabrona me trate como si en verdad yo fuese su esclavo.

—¿Y bien? —le pregunto.

Para mayor sensualidad, Amelia se coloca unos lentes redondos que, aunado al conjunto de encajes que lleva puesto, la hace parecer una actriz porno de cuidado.

—Quítate la ropa.

—¿Qué? —Siento que todo el cuerpo se me enfría.

—Creo que no hablo en chino —responde Amelia en un tono altanero—. Vamos, desnúdate.

—¿Todo?

—Todo.

No sé si cabe añadir que me siento acosado por su mirada mientras me dispongo a quitarme la camisa y el short, quedando sólo en bóxer.

Amelia enarca una de sus cejas y clava sus ojos en mi cuerpo. Siento el calor de su mirada lasciva recorriéndome los brazos, el pecho y todas las cordilleras de mis músculos mientras se descruza de piernas y aprieta las piernas como si estuviera experimentando un ardor muy intenso en su vagina.

—Bien, bien —susurra mientras hace anotaciones que no puedo ver en su tableta—. Date la vuelta.

Acato sus órdenes y me doy la vuelta, mirando hacia la pared, desde donde percibo la electricidad de sus ojos claros y la calentura que desprende su esencia. Claro que me siento acosado, pero a la vez siento un ligero hormigueo en los testículos producto del morbo de saber que mi propia madre me está morboseando, y que posiblemente se ha puesto cachonda mientras me admira.

—Ponte de frente otra vez, Kike, y por favor quítate el bóxer.

Esta vez no hago nada por retrasar ese momento. Quiero hacerlo porque no tengo vergüenza de mis genitales. Mi problema radica en que desnudarme ante ella me supone un gran esfuerzo porque Amelia es una mujer imponente. Nunca puedo saber lo que está pensando ni cómo va a reaccionar.

Ahora temo, por ejemplo, que su reacción no sea para nada loable cuando note que por alguna razón... mi verga se está parando. ¿Cómo le explico que mi erección se debe a ella? A que es mi madre, a que la odio del mismo modo en que la deseo, y que el hecho de que yo la vaya a preñar y vaya ser el padre de su bastardo me tiene al borde de la erupción sexual.

Por eso no demoro el momento y me saco el bóxer por debajo de mis pies descalzos, y mi polla, desde luego, salta como un resorte aun si todavía se encuentra en estado morcillón.

—Ah —escucho un gritito suyo de asombro, y yo no puedo sentirme más que orgulloso al ser contemplado por aquella mujer que en estos momentos posiblemente debe de tener pensamientos muy sucios sin saber que dueño de esta gorda y larga verga es su propio hijo.

—¿Todo bien? —pregunto, a medida que intento controlar mi erección para que no se me pare.

Y yo entiendo su cara de sorpresa, porque quizá le recuerda al miembro de mi padre y que seguramente tanto la hizo disfrutar en la cama en el pasado.

—S...í —responde nerviosa por segunda vez desde que recuerdo, y yo sonrío—... es sólo que...

—¿Es sólo qué? —Mi pollón se hincha aunque yo no lo quiero, y a pesar de la vergüenza que siento mientras se me pone gorda sin tener una excusa para ello, no puedo dejar de pensar en la adrenalina que está quemándose por dentro mientras mi madre se da cuenta de mi calentura... de que tengo un falo largo y grueso, unos testículos también gordos y que... sobre todo... estoy completamente depilado.

—M...e preguntaba... cuánto te mide... tu pene... en estado completo de erección.

Vaya pregunta de guarra. Sus ojos lanzan llamas. Sus labios tiemblan. Sus piernas se aprietan. Y a su vez, mi falo se levanta, mis bolas hacen brotar toda esa leche que ella necesita y se imagina tragando a través de su boquita mamona.

—Puedes medírmela si quieres —le digo con doble intención—, nada más que... necesitare un incentivo para... que mi pene llegue a su máximo esplendor.

Amelia levanta la vista y nuestros ojos conectan por algún tiempo. Evalúo su reacción para saber si no me he pasado de la raya. Ella suspira y no puedo definir lo que piensa.

—¿Nunca te la has medido? —insiste.

—Sólo sé que me mide más de 21 centímetros, pero no sé cuánto. Por eso te digo que si tú qui...

—No —responde, tragando saliva.

La noto ansiosa, con nervios, acalorada. Aprieta sus gordas piernas y cuando dirijo mis ojos a su pecho constato que debajo de los encajes hay un par de pezones tan gordos y duros como rocas puntiagudas.

—No me importa si lo haces, en verdad —insisto.

Mi verga tiembla de sólo pensar que la hija de puta se pondrá de rodillas delante de mí y me la agarrará con sus manitas hermosas para medir su longitud y circunferencia.

—Mejor lo haces tú, a solas —me responde, poniéndose de pie abruptamente—. Y luego me pasas el dato.

—Pero...

—Buenas noches, Kike —me dice al dirigirse de prisa a la puerta de mi departamento.

Me quedo un poco sorprendido y atónico ante su repentina huida, y cuando cierro la puerta y me acuesto en la cama concluyo en que se ha arrepentido de lo que sea que hubiera venido hacer.

Y yo estoy súper caliente porque nunca estuve más cerca íntimamente de mi madre, en estas condiciones tan morbosas, que hoy. No sé qué es lo que la habrá hecho irse, pero estoy seguro de que ella estaba dispuesta a ponerse de rodillas delante de mí, y cogerme la vega con sus propias manos para hacer las medidas. Imaginar que su boquita estuviera tan cerca de mi glánde babeante, con mis líquidos pre seminales mojando la parte superior de sus ubres enormes me tienen enloquecido... y, lo peor... sin la posibilidad de poderme masturbar dado los requerimientos dados por el laboratorio para mi estudio de esperma.

Amanecí con un dolor de huevos por la cantidad de semen que tengo atorado en mis bolsas testiculares y todo porque tengo prohibido eyacular, y gracias a ese dolor no he podido concentrarme en estos últimos dos días.

El colmo es que esta perra hija de puta se la pasa provocándome todo el tiempo, sabiendo que yo estoy en abstinencia tanto sexual como de pajas, cosa que debería de considerarse un crimen de estado.

A pesar de pasearse con el culo en pompa frente mí cuando puede y de enseñarme la mitad de sus tetazas a través de los pronunciados escotes que se pone en la oficia, Amelia actúa con la misma frialdad e hijaputez de siempre. Pareciera que nunca vino a mi cuarto por la noche y me hizo desnudarme para no sé qué.

Sin embargo, el gran día de la prueba ha llegado, y a mi querida mamita parece no importarle absolutamente nada que no sea que el estudio salga según lo planeado. Mientras espero a mi la golfa de mi madre y a su cornudo en el volvo plateado, veo con celos a Esteban entrar a casa seguramente para buscar a Esther, a la que no le he visto ni el pelo desde hace días.

Tengo que recomponerme para abrirles las puertas a mis “patrones” cuando de pronto el marido de mi madre se detiene a medio camino y me lanza una mirada matadora.

—¿Qué hace este cabrón ahí parado como pasmarote, Amelia? Ni creas que él nos llevará al laboratorio. Ahora mismo te vienes a mi camioneta.

Amelia lleva puesto un vestido rojo putón que le llega a las rodillas, pero que está tan ajustado a sus voluptuosas caderas, piernas y nalgotas, que me importa una mierda que el cabrón de su marido me esté despreciando.

—No comiences a fastidiar, Urbano, por favor —le contesta mi progenitora, acercándose al volvo, en dirección de la puerta trasera derecha que ya tengo abierta—. Ya sabes cómo quedas de fulminado cada vez que te corres, así que no pensarás que vas a conducir tu camioneta de regreso mientras permaneces en un estado de lamentable fatiga.

—¡Cállate, Amelia, por favor! —se enfurece el viejo gordo poniéndose colorado—. ¿Cómo te atreves a hablar de mis intimidades delante de este pendejo?

Controlo mi risa para que el fulano no se enfade más.

—¿Te da vergüenza que el muchacho se entere del desastre de hombre que eres después de eyacular? Si es que le llamas “eyacular” a lanzar esos escasos chisguetes que no logran hacer ni un charquito siquiera.

—¡Amelia!

—Urbano, por favor, entra al coche ya que vamos a llegar tarde.

Me parece una locura que Amelia sea capaz de despreciar a su marido de esta manera sabiendo que éste la puede dejar sin nada, y que a pesar de todo el muy cabrón haga lo que ésta le dice. Ahora entiendo por qué el viejo quiere un nuevo hijo a estas alturas de su vida. Amelia lo ha sobajado tanto que necesita demostrarle que es un verdadero hombre, aun... si la fertilización se llevará a cabo de manera artificial.

—Te paso la ubicación por mensaje, querido —me dice Amelia cuando el “ejemplar” matrimonio se pone en los asientos de atrás.

—Listo, lo he recibido. Entonces nos vamos —les digo.

El laboratorio está a solo quince minutos de la casona, por lo que no tengo que padecer por

mucho tiempo las discusiones que vengo escuchando de Amelia y su cornudo desde que comenzó el trayecto.

Finalmente me sitúo en el estacionamiento del pequeño edificio, y le ayudo a Amelia a salir del coche, mientras que Urbano lo hace por su propio pie.

—Esperanos en la recepción —me dice Amelia guiñándome un ojo.

—O si quieres te largas a la chingada, cabrón —me dice el vejete que está ardiendo de coraje y ahora mismo se ha adelantado a la entrada del laboratorio.

Amelia se va detrás de su marido mientras escribe un mensaje de texto que en breve me llega:

—Espérame en la recepción mientras te consigo un frasco. Al fondo de allí hay unos baños para caballero que puedes usar.

—Te espero —respondo.

—No me vayas a fallar, Kike.

—Jamás.

Esta complicidad me tiene aturdido. ¿Por qué estoy ayudando a esta perra si la odio con todas mis fuerzas, y mi mejor venganza sería precisamente dejarla en la ruina? Sin embargo... si eso pasara, yo también me quedaría sin nada. Mi futuro también depende del cornudo y de lo que decida al final respecto a su herencia.

Entro a la recepción y me siento junto a un par de ancianos que esperan su turno. Amelia y su marido son recibidos por el tal Isaías Huerta. Los pasa a una sala con puertas blancas de cristal en las que no se puede mirar hacia adentro, y tras quince minutos recibo un nuevo mensaje de Amelia que dice:

—Kike, vete al baño, me acabo de enterar que hay uno al fondo del pasillo. Espérame allí que te llevaré un frasco que acabo de agarrar de un estante sin que el químico se diera cuenta.

—Okey —respondo, y me dirijo al pasillo que, en efecto, me llevan al baño de caballeros.

En cinco minutos Amelia entra casi corriendo, algo nerviosa, me entrega el frasco y me dice:

—Vamos, eyacula dentro, y cuando los tengas me hablas para venir por el frasco.

—Va, va... pero ¿dónde está tu marido?

—En los baños de la sala.

—¿Y si le entrega él directamente la muestra al químico?

—Yo seré quien recoja el frasco. El químico y las enfermeras salieron a otra sala para atender al resto de pacientes. Así que apúrate, que Urbano tarda apenas nada en eyacular.

—De acuerdo... —respondo un tanto presionado.

Cuando Amelia sale del baño yo entro a uno de los cubículos. Me saco la verga por el hueco y me la empiezo a masajear para que tome forma y dureza. A los cinco minutos ya la tengo completamente erecta, ayudado por las sucias fantasías que recorren mi mente por el morbo de saber que preñaré a mi propia madre.

Mientras me la jalo con fuerza recibo un mensaje de Amelia donde me dice que ya tiene la muestra de su marido.

—¿Tan pronto? —le escribo con mi mano libre.

—Te lo dije... —responde.

—Yo aún no puedo, espera un poco más —le digo.

—Apúrate, que de momento Urbano está recostado en una camilla porque, como lo suponía... quedó fatigado.

—Eso intento, no me presiones.

Ella ya no me responde, así que continúo masturbándome con los ojos cerrados, imaginando

que Amelia está en lencería negra, a cuatro patas en mi cama, con las tetas pegadas en las sábanas y sus manos ocupadas abriéndose de nalgas para mí.

Diez minutos después recibo un nuevo mensaje de Amelia que no respondo... y luego, a los cinco minutos, un mensaje más. Casi media hora después del primer mensaje Amelia decide interrumpir mi paja entrando al baño de caballeros y tocando a la única puerta que está cerrada y que es donde estoy yo.

—¿Kike? ¿Dónde mierdas estás?

—Aquí... aquí estoy... —le digo apagando la pantalla de mi teléfono, donde tenía un video porno que me ayudara con esto.

—¿Tanto puto rato para nada?

—Lo estoy intentando, Amelia, te lo juro.

—Esto urge, Kike —me dice enojada—. Ya Urbano se ha levantado y necesito intercambiar las muestras.

—Es que... no tengo la muestra aún... —le digo la verdad.

—¿Cómo que no tienes la muestra aún? —contesta con rabia—, ¿qué diablos has estado haciendo durante todo este tiempo, entonces?

—¡Pajeándome, obviamente!

—¿Y entonces por qué no tienes la muestra aún?

—Pues... porque tengo un problema que no consideramos...

—¿Cuál puto problema, Enrique?

—No puedo eyacular.

—¿Qué?

—Verás... yo... tardo... mucho para correrme...

—¿Pero cómo?

—Es muy vergonzoso decírtelo, Amelia, pero es así... Yo duro bastante... y es hora que no puedo eyacular.

—¡¿Ya probaste viendo porno?!

—Sí... eso hacía hasta antes de que me interrumpieras...

—¿Y nada?

—Y nada...

—¡Esto es urgente, cabrón! ¿Qué vamos hacer?

—Pues... por lo pronto, deja de presionarme.

—¡Esto urge ya! —exclama—. ¡Se supone que los espermatozoides sólo tienen cierto tiempo de vida y la muestra de Urbano la tengo desde hace casi media hora! ¡Tienes que correrte ya!

—¡Pues deberías de ayudarme dejándome de regañar y presionar, Amelia, porque si no, esto se me bajará!

Un sudor espeso escurre por mi frente sabiendo que mi jefa está afuera haciendo presión, mientras yo me masturbo. Entonces, luego de casi un minuto de silencio, escucho nuevamente la voz de Amelia que me dice:

—Kike, abre la puerta.

—¿Qué?

—Que abras la puta puerta, que te voy ayudar.

—¿Ayudar cómo? —le dijo, quitándole el pasador a la puerta de aluminio ocultando mi verga de su vista...

Cuando de pronto me dice:

—¿Crees que esto sirva?

Cuando me giro hacia ella quedo impactado al darme cuenta de que tiene sus enormes tetones de fuera: blancos, hinchadísimos, apetecibles, y especialmente rellenos de morbo, con sus areolas y pezones puntiagudos de color rosados... pidiendo a gritos una lengua y una boca que los chupe y que los lame.

—Creo... que sí —le digo casi sin aliento, con mi vientre hormigueándose mientras observo que su escote está enrollado debajo de sus ubres expuestas.

—Entonces déjame entrar... Kike, dame ese maldito frasco que ahora mismo te haré lanzar litros de lefa como nunca antes nadie lo hizo.

CAPÍTULO 9

“Tremenda perra” me digo en la mente cuando observo los tamaños tetones de mi sacrosanta madre, los cuales se ha sacado abnegadamente de su pronunciado escote para incentivar mi eyaculación.

¡Lo que tienen que hacer las zorras interesadas por dinero...! Degradarse así... Y pensar que Amelia va de fina y recta por el mundo. ¿Qué pensarían los universitarios y profesores si se enteraran que esta golfa es capaz de hacer cualquier obscenidad con tal de lograr sus objetivos. En este caso, por ejemplo, lograr tener el semen que necesita para la fertilización de su nuevo bebé.

De cualquier manera yo estoy que exploto de la cabeza ante el morbo y el peligro que representa estar en el interior de uno de los cubículos del baño del laboratorio clínico, con semejante hembra enseñándome sus majestuosas mamas, mientras el cornudo de su marido espera en una camilla creyendo haber depositado en un frasco los espermatozoides que al final de cuentas yo voy a donar.

—Pfff... Amelia —resoplo, en tanto mi mente y mis neuronas se retuercen en mi fuero interno de forma vertiginosa—... Qué buenas tetas tienes...

Desde la primera vez que la vi, al reencontrarme con ella, me pregunté cómo serían sus areolas y pezones, que siempre estuvieron ocultos debajo de los sugerentes escotes que usaba, resguardando aquellas dos masas de carne deliciosamente grandes, y que ahora estoy mirando sin pena. Me complace saber que sus formas y color son tal y como las imaginaba: tienen un exquisito tono salmónado que resalta demasiado sobre la superficie de sus melones blancos lechosos.

De hecho creo que si eyaculara encima de sus mamas mi semen casi se confundiría con el color de su piel.

—¡Vamos... Kike, ¿qué carajos esperas? —espeta fastidiada, mientras deposito el frasco detrás de mí—. ¡Sólo mira mis pechos y mástúrbate, que esto urge!

¡Como si fuera tan fácil! Es decir, mirarle las tetas a cualquier otra mujer para fines masturbatorios no tendría ningún problema salvo porque las tetas enormes que están colgando frente a mí son las de mi propia madre.

Y dentro de mí siento un deje de culpabilidad y rechazo al saber que la excitación y morbo abismal que estoy experimentando no es normal, porque aunque ella no sabe nada de nuestro parentesco, yo sí lo sé, y continuar con esta perversión sabiendo que ella es mi madre, me convertirá en un enfermo mental.

—¡Que te masturbes, carajo, Kike!

—Ya... ya... eso intento... —digo carraspeando, apretándome la verga con fuerza mientras hago lo posible por ocultársela de sus ávidos ojos.

Cuando vuelvo a posar mi mirada en sus senos, constato que parecen dos desmesurados melones maduros que penden de su pecho con la misma soberbia con que ella me mira en estos precisos momentos, sabiéndose deliciosa, deseable, exquisita...

—¿Por qué no te giras para que me mires bien? —me pregunta, acomodándose las tetas sugerentemente sobre el escote que está enroscado en la parte inferior—, así como estás vas a lastimarte el cuello.

—¿No es obvio? —me atrevo a contrariarla con el cejo fruncido, intentando explicarle por qué no puedo girarme hacia ella—. Tengo la verga de fuera.

Amelia primero frunce los labios cuando escucha la palabra “verga”. Luego pone los ojos en blanco, se le tiñen los pómulos de rojo y me dice, petulante:

—No sería la primera vez que te la vea. Además, creo que te olvidas que ya te la tengo medida de cuando te inspeccioné la otra noche.

Odio su puta mirada soberbia cuando me mira. Odio el tono altanero de su voz mandona cuando me habla. ¡Odio que esté tan bien pinches hermosa y que esté tan buena!

—Es diferente ahora —sonríe con malicia. E intentando probar su recato y rectitud añadido—: ahora la tengo completamente parada, la otra vez no. Me pregunto si no te asustarás o te sentirás incómoda por eso.

Amelia cavila por varios segundos, retándome. Vuelve a mirarme con arrogancia y luego se cerciora de que la puerta del cubículo esté completamente cerrada. En el movimiento sus preciosas tetas (que tengo unas putas ganas de estrujárselas hasta hacerla gritar de dolor) se balancean sobre su pecho y me dice:

—No importa, Kike. Supongo que tampoco será nada del otro mundo. Además no sería la primera vez que vea un pene en erección.

Su respuesta me molesta por tratar de disminuirme, por eso le digo groseramente:

—Entiendo que ya hayas visto otras vergas, ¿pero esas vergas eran así de grandes, gordas y venosas como esta?

Cuando me giro frente a ella y meneo vulgarmente mi falo frente a sí, no puedo evitar sentirme complacido al atestiguar que sus ojos se abren como platos. Sus pupilas se dilatan sobre la superficie, y luego el color zafiro de su iris centella como si tuvieran fuego por dentro.

—¡Por Dios...! —exclama sorprendida y agitada.

Noto que sus pezones rosados se tensan y que en general sus tetones se endurecen: señal de que se ha excitado con lo que ve. ¡Golfista barata! Si supieras quién soy yo.

—¿Qué pasa? —le digo sonriendo demoniacamente, sin parar de sacudirme la verga frente a ella de forma tan obscena que el gesto de mi severa progenitora se congestiona y esboza una expresión parecida al asco y al deseo—. ¿Nunca habías visto un pito así?

Si cuando dije “verga” Amelia se contuvo de putearme, ahora que he dicho “pito” de forma tan vulgar, ahora sí que se va a mear del coraje, según puedo observar en su rostro enrojecido y su respiración agitada.

—¡No me hables de pitos y de vergas como si estuvieras conversando con una vil puta, ¿entendiste, idiota?! ¡Y por favor, aleja esa cosa de mí...!

Me río alto para que se sienta avergonzada, y le digo:

—¡A ver, Amelia, quiero que empieces a tratarme con respeto, porque el que te hará el favor de donarte el semen soy yo!

Los ojos de mi madre putona se abren nuevamente como platos. Nunca ha soportado que la desafíen. Aquí se hace lo que ella dice y punto. Por eso hace un gesto de quererme increpar pero yo continúo, sin dejarla hablar:

—Ya estuvo bueno de que me llames “cabrón” o “idiota” como si éstos fueran halagos para mí. O me respetas o a ver cómo nos arreglamos, ¡pos esta!

—¿Cómo te atreves a hablarme de esta manera, soberano pendejito? —vocifera, insuflando el pecho, logrando que sus rellenos melones suban y bajen ante cada respiración.

—¡Ningún pendejito! —alzo la voz otra vez, obligándola a retroceder y a que sus carnosas

nalgas choquen contra la puerta del baño—. ¿Quieres mis mecos o no, Amelia?

—¡Sí... evidentemente quiero tus mec... tu semen... pero... tampoco voy a permitir que me habl...!

—¡Entonces relaja el chocho y ponte bien portadita con papi, ¿entendido?!

Amelia se tensa, carraspea, sus pechos siguen subiendo y bajando como si le faltara el aire y me lanza una mirada cual si fuese una llamarada de fuego.

—¡Eres un... eres un...!

Mientras observo la delicia que es verla enfadada, con sus tetones agitándose ante mí, sé que me acabo de arriesgar a perder casa, ropa, comida y sustento si de casualidad Amelia decide mandarme a la mierda por hablarle como, estoy seguro, ningún cabrón le ha hablado así durante toda su vida.

Por eso contengo el aliento, y para evitar darle tiempo de reaccionar de forma fulminante, me yergo completamente, me bajo los bóxer por completo para que Amelia también pueda ver mis grandes huevos, y luego me quito la camiseta para que ella, en lugar de cortarme la cabeza, se concentre en mis abdominales, mis marcados pectorales, mis trabajados bíceps y vea que todo mi cuerpo tiene armonía con mi pene.

—¡Pero...! ¡Pero...!—Por más odio que veo en su mirada, es más fuerte y evidente su gesto lascivo cuando empieza a morbosear mi cuerpo, deteniéndose agitada y prolongadamente en mi pollón y en mis bolas—. ¡Insolente! ¡Vulgar! ¡Corriente! ¡Majadero! ¡Desvergonz...!

—¿Quieres mecos o no, te pregunté?! —vuelvo a exclamar, azotando ahora mi pene contra mis abdominales.

Amelia vuelve a perder el aliento ante el fuerte y obsceno sonido de mi falo chocando contra mi vientre.

—¡No te corto los huevos ni te mando a la mierda sólo porque te necesito, Kike! —Claudica al final, y yo me siento victorioso porque sé que he ganado una batalla, no sé si porque le ha excitado mi dominio sobre ella, o porque de verdad necesita mi semen en el frasco—. ¡Pero te juro que después de haber obtenido lo que necesito de ti me las vas a pagar, infeliz de mierda!

—¿En qué quedamos con las faltas de respeto, mamacita hermosa? —le replico cual pedante.

—¡Me vuelves a llamar mamacita hermosa y te juro que...!

—¿QUÉ? —la encaro, dando un paso hacia al frente, casi pegando mi glande contra su vestido rojo—. ¿**QUÉ ME VAS HACER?**

Puesto que Amelia ya no puede retroceder más, su espalda y cabeza se presionan bastante contra la puerta, su culo se aplasta en el aluminio (que emite un chirrido) hasta que decido regresar a donde estaba para que ella pueda respirar. Entonces le sonrío como un patán:

—Así me gusta, “mamacita hermosa”. Como te quedes quietecita y me dejes verte las señoras tetotas que tienes sin ninguna nueva interrupción, te juro que pronto tendrás este puto frasco repleto de mecos.

—Como si pudieras llenarlo —masculla, viajando sus ojos azul turquesa de mis labios hasta mi viril miembro.

—Que “el pocos mecos” de tu maridito no sea capaz de formar por lo menos un charquito en el suelo cuando eyacula, no quiere decir que yo también padezca tales carencias, Amelia.

—¿Ah, no?

—Te sorprenderías de la cantidad de semen que mis huevos pueden producir, sobre todo cuando las hembras están tan buenas como tú.

Amelia bufa, sintiéndose entre agredida y excitada, y luego, aunque con voz moderada, no

pierde la oportunidad de amenazarme, diciendo:

—Cuidado con lo que dices, ¿eh, babosito?, porque el hecho de que yo necesite de ti... no significa que podrás tratarme como se te de tu puta gana. Mejor concéntrate con lo que estás haciendo y vuelve a lo tuyo, jálate esa maldita boa que te cuelga entre las piernas y dame el semen que necesito.

—¿De veras te parece mi verga tan grande que le hallaste parecido con una boa? —me burlo.

Amelia jadea, frunce la cara enfada y exclama:

—¡Que te corras ya!

—Descuida, “mamacita hermosa”, que yo te daré toda la leche que necesitas.

No es que hablemos metafóricamente, pues literalmente ella necesita de mí una buena ración de mi leche. Lo gracioso es que aunque mis “bendiciones” son para fines de fertilidad asistida, decirle que yo la abasteceré con la leche que necesita suena bastante morboso y sexual.

Y ella lo sabe. Lo noto en su nerviosismo, en su febril mirada que no puede dejar de sabrosecar mis genitales, y qué decir de la forma tan tiesa y erguida en que lucen sus pezones. ¡Qué hermosos pechos tiene la hija de puta! Lo que daría por estrujárselos, por morderlos, por lamerlos, por dejarlos rojos de tanto ser absorbidos.

Y yo suspiro: pierdo la desvergüenza y me masajeo la polla de arriba abajo delante de mi jefa. La acaricio y la froto como si la estuviera aceitando. Noto las venas hinchadas en el tronco mientras observo sus labios gorditos, rojos, fruncidos. Mi glándula palpita cuando mis ojos descienden lentamente hasta llegar a su cuello perfecto, que clama ser devorado por mi boca. Su clavícula... nuevamente el nacimiento de sus gordas tetotas.

“Que delicia de vieja...”

Pese a que ella está convencida de que yo sólo estoy mirando sus tetones (no tendría motivos para no hacerlo dado lo deliciosos que se ve le ven a la golfa) también estoy estudiando cada movimiento de sus gestos, sus respiraciones, sus parpadeos, la forma sensual en que chasquea su boca y entresaca la lengua, relamiéndose el labio superior, cada vez que me mira la verga.

Amelia está caliente. Está ardiendo de excitación. Todo este tema de adrenalina la tiene cachonda. Por eso me atrevo a pedírselo, porque sé que en el fondo ella lo desea: lo noto en la manera en la que sus hinchadas tetas parecen temblar, atiborrándose de fuego y deseo:

—Amelia... —Ella suspira al escuchar su nombre de mi enronquecida voz—... toca tus pechos con los dedos...

Su expresión se transforma en una máscara de fingida indignación. Sus labios se abren, sus labios jugosos se tensan, veo su lengua moverse, mojada de saliva, y luego su voz aparece, casi oculta por sus propias respiraciones...

—¡N...o... soy... tu puta!

Sí que lo eres, perra... o por lo menos estoy trabajando en ello, para que lo seas. ¡Para que seas mi puta!

—Lo sé —susurro, sin dejar de masturbarme—, pero necesito un aliciente... algo que me excite.

—¿Necesitas más excitación aparte de ver mis pechos? ¿Acaso no son lo suficientemente eróticos para que te pongan duro y caliente? —Escucho indignación en su voz. Su orgullo femenino ha sido trastocado. Tengo que arreglarlo cuanto antes.

—Tus tetas son deliciosas, Amelia, ya te lo dije antes...

—¿Entonces?

—Entonces... yo soy demasiado duro para estas cosas... Puedo dominar mis erecciones para prolongar mi excitación.

—¡No la prolongues, Kike... sólo mastúrbate y eyacula en el puto frasco ahora!

—Entonces... incentívale más, Amelia... —Traga saliva. Sus ojos turquesa se enfebrecen—. Sólo tócate las tetas para mí... ¿lo harás?...

—¿Crees que soy tu muñeca inflable para que me uses como un medio sexual?

“Sí... lo eres... una muñeca inflable con tetas hermosas a quien debo odiar en lugar de mirar con deseo...”

—Yo no he dicho eso... Amelia... sólo hazlo... entre más rápido me calientes... mejor será para ti... ¿lo harás? ¿Te tocarás tus hermosas tetotas?

Amelia querría echarme todos los demonios por la boca, pero algo en ella la detiene. Veo que sus mejillas se tiñen de rojo. Vuelve a chasquear la lengua. Y entonces no tiene más remedio que obedecerme “*sí, golfa, obedece a papi*”. No me dice nada, sólo se contonea.

Está pegada de culo a la puerta del baño, sus manos se mueven en sus costados. Sus codos se flexionan y sus brazos se alzan. Ahora veo sus dedos blancos y delgados. Me entretengo mirando sus uñas largas, rojas como sus labios. Sus pulgares se acercan a sus pechos, y el tono rojo de sus uñas con la blancura de sus tetotas hacen un contraste violento.

—¡Ufff... deliciosa...! —exclamo, agitando fuerte mi erección—. ¡Menudas tetas te cuelgan, Amelita!

—¡No me llares Amelita, cabrón! —farfulla.

Pero Amelita vuelve a resollar. Ama sentirse admirada y deseada. Le pone cachonda saberme caliente por su culpa. Sabe que está bien buena y es consciente de lo que ha provocado en mí: que esta enorme y dura erección que tengo es suya... mía pero suya, y que si ella fuese menos orgullosa, esta misma verga que la tiene tan caliente (aunque lo niegue) es la misma que la podría encular y deschochar si nos lo propusiéramos.

—Tócate —insisto, pero esta vez mi voz suena más firme. Y Amelia reacciona a mi orden suspirando.

Y entonces se toca. Sus dedos revestidos por esas preciosas uñas rojas se posan en sus tetotas hermosas. Sin pedírselo no sólo se las toca, sino que se las estruja. Sus potentes melones se desparraman entre sus dedos. “Amelita” pasa saliva. Sus manos abarcan solo la superficie de sus pechos. Ella separa los dedos sobre sus tetas y sus pezones saltan entre las aberturas.

¡Qué imagen más rica me está obsequiando! Que puto morbo verla estrujarse los tetones como si fuese una actriz porno cuyo propósito es el de excitar a su espectador. Por lo menos en mí lo está logrando. El morbo que hay en que sus pezones salmonados resalten entre esas uñas rojas es muy placentero. Pero no me puedo conformar sólo con eso... por eso voy un paso más allá, aun sabiendo que Amelia me rechazará.

—Déjame tocarte las tetas, Amelia... con una mano...

Ella jadea, no sé si por la indignación o por lo erótico que le parece mi propuesta. El caso es que veo cómo sus gordas ubres son mallugadas con sus dedos, las está apretando tan fuerte que probablemente se está imaginando que soy yo quien la está haciendo daño. Aun así, a pesar de su calentura... de su ardor y deseo, tiene el descaro de simular enfado y me grita:

—¡¿Estás loco, cabrón degenerado?! ¡En tu puta vida podrás tocar a una mujer como yo...!

“*Ya he tocado a otras putas como tú que no se han puesto remilgosas.*”

—Es un incentivo más que necesito de tu parte, Amelia... en mi proposición no hay morbo... solo el estímulo que me falta para conseguir correrme en el frasco. —El cuerpo me escalofría ante la posibilidad de que yo pudiera tocar las tetas de mi propia madre.

—¡Me estoy tocando como me lo has pedido, Kike! ¡No te estés burlando de mí ni mucho menos pretendas hacerte el listillo conmigo, porque no lo vas a conseguir!

—Estoy haciendo todo lo que puedo, Amelia... tú misma lo estás viendo, ¿ves cómo tengo de hinchada y de dura mi verga? Bueno... pues sólo falta un estímulo más... para conseguir eyacular...

Amelia duda, suspira, chasquea su lengua y vuelve a suspirar. Pero me llama la atención que en ningún momento ha dejado de magrarse las tetas. Se las amasa con tal ímpetu que parece

querer explotarlas con sus propias manos.

—¡Déjame agarrarte las tetas, Amelia...! —insisto, y la verga se me pone más dura que un ristre—. ¡Necesito el estímulo de tus tetotas haciendo contacto directo con mi piel!

—¡Eres un hijo de puta! —me grita, y yo solo sonrío, porque ella tiene razón: yo soy un hijo de puta... es decir, su hijo, siendo ella precisamente eso, una gran puta—. ¡Te advierto, Enrique, que no siempre vas a lograr salirte con la tuya!

Mi glándula tiembla y comienza a babear cuando escucho su respuesta. Siento muy raro que me llame “Enrique”, y me satisface pensar que mi nombre le recuerda al hijo que abandonó.

—¿Significa que sí... Amelita?

—¡Me vuelves a llamar Amelita y te juro que te arranco los huevos con los dientes!

—Es lo que quisieras, ¿no, “Amelita”? ¡Tener mis huevos en tus dientes!

Me estoy arriesgando sobremanera cada vez que reto de esta forma a mi “patrona”. Amelia se enfurece y reacciona dándome un manotazo en mi brazo izquierdo, pero luego regresa su mano a su teta y la vuelve a estrujar. Y yo me río de ella, porque en este momento mi madre está en un estado de indefensión como el que no ha estado en toda su vida. Y me alegra saber que no sabe cómo lidiar con esto.

—Ya me dijiste que sí, Amelia... así que con tu permiso... voy agarrarte las tetotas deliciosas que tienes.

Amelia traga saliva, cada vez más salada y nerviosa.

—¡Usarás solo una mano, ¿oíste, idiota?! ¡Y por favor no quiero que en ningún momento te dejes de masturbar! ¡Y pobre de ti si con esto no te corres, porque te juro que te sacaré la leche de los huevos aunque sea con una jeringa!

—¡Auch! —me carcajeo, pero al mismo tiempo levanto mi mano derecha y la llevo hasta una de sus tetas.

Juro de verdad que mis dedos tiemblan mientras se acercan a la enorme montaña blanca izquierda que parece estar ardiendo de deseo desde su posición. A medida que me aproximo a ella, mi otra mano no deja de jalar y apretar mi verga para estimular este éxtasis brutal que estoy experimentando ahora.

Amelia respira profundamente. Mi mano tiembla. Noto el calor de su piel cuando estoy a centímetros del tacto. Entonces lo primero que logro tocar es su ardiente pezón, que está tan sorprendentemente duro y tibio que pareciera que traspasa la palma de mi mano, mientras percibo el fascinante hormigueo que se expande desde mis genitales.

—¡Aaah! —gime Amelia involuntariamente al tacto de mi fibrosa mano contra su teta izquierda.

El contacto de mi mano con su mama nos produce un corte circuito que nos electrocuta cuerpo contra cuerpo. La piel lechosa de mi madre se tensa y se escalofría de la misma manera en que mi cabeza, mi verga, mis piernas y todo mi ser se crispa en medio de un potente escalofrío.

—¡Ufff! —farfulto como un toro cuando me doy cuenta que mi mano apenas puede abarcar la superficie de tremendo melón.

—¡Pffff! —bufo involuntariamente, percibiendo la consistencia dura y blanda a la vez de su teta enorme, la cual estrujo y aplasto con mis dedos mientras experimento la deliciosa sensación de su durísimo pezón clavándose en mi piel.

—¡Hummm! —me mata de pronto el suspiro de mi madre, que sin saber que su propio hijo la está manoseando se deja llevar por la placentera sensación de mis magreos. Entonces suelto ese

melón y me paso al otro. Y mi madre vuelve a gemir “Ahmmm” y yo me estoy perdiendo entre la calentura y el deseo.

Con una sola mano intercalo una teta y luego la otra. Levanto una de ellas y luego la dejo caer, haciendo que se balancee sobre su torso.

—¡Aaay...! ¡Kikee... n...o se...as... tan brusc...o...!

Esa voz tan putona me excita. La forma en que entrecierra sus ojos y abre su boquita roja. Su lengua mojada. La quiero tener en mi boca. Quiero besarla. Quiero comerle las tetas. ¡Pero no puedo! ¡No debo desearla! ¡Necesito contenerme!

—¡Aaahggg!

Estoy en la gloria. Estos son los mismos pechos con los que ella me amamantó cuando era niño, los cuales tuve en mi boca una y otra vez, absorbiendo la leche de sus pezones. Son los mismos pechos que mi padre chupó y mordió cuando esta golfa era su esposa. Son los mismos pechos que estuvieron hinchados durante el tiempo que yo permanecí en su vientre, gestándose.

Y por eso los sigo mallugando. Los sigo aplastando. Quiero hacerle daño. Ella gime “Aaah” y yo los amaso.

—¿Ya ca...si...? —pregunta de pronto, apretando sus piernas ocultas por su ajustado vestido.

—Ya... —miento—...es solo que...

—¡Qué...! —jadea.

—Me falta un último aliciente —echo las cartas al aire.

—¿Qué? ¡Noooo! —lloriquea—. ¿Cuá...l?

—Me excita mucho amasar las tetas de mis hembras.

—Yo no soy tu hembra...

Eso es lo que crees, cabrona.

—¡Necesito amasarlas... en verdad...!

—¡Ya lo estás haciendo, cabrón...!

—¡Pero las do...s... al mismo... tiempo...! ¡Quiero estrujarte las tetas con mis dos manos... una teta con cada mano!

—¡N...o... Nooo... no puedes! —jadea, estremeciéndose—. ¿Cómo te vas a masturbar si tienes las manos ocupadas... id...iota...?

—Pues... —suspiro hondo—... supongo que conoces la respuesta. Necesitaré de tu ayuda.

—¡Estás imbécil si crees que yo te voy agarrar esa asquerosa verga con mis manos! — explota, pero con el mismo gesto de puta dada la caliente sensación que experimenta mientras la agasajo.

—¿De veras te parece que mi verga es asquerosa?

Cuando Amelia menos acuerda suelto su teta, retrocedo y me vuelvo a sacudir mi polla junto a ella, de manera que la punta de mi glande casi toca su entrepierna.

—¡Atrás, Kike, y lo digo en serio! —reacciona impresionada.

—Tranquila, Amelia... que sólo fue una solicitud. Si no se puede... pues no se puede. Pero te advierto que si no amaso tus dos tetas con mis dos manos, y si tú no me ayudas jalándome la verga con las tuyas... entonces continuaremos aquí sin mi leche en el frasco.

—¿Qué? ¡Pero ya pasó mucho rato! ¡Hace tiempo que debiste de haber eyaculado!

—No debiste de subestimar mi aguante, Amelia —le advierto con una sonrisa maliciosa—. Anda... no pasa nada... sólo mastúrbate.

—¡Ni loca, infeliz, ni loca!

—¡Es un estímulo y ya... te juro que ya podré eyacular!

—¡Me estás tomando el peli, Kike! ¡Primero te enseñé mis pechos! ¡Luego quisiste estrujármelos! ¡Ahora me pides que te masturbes mientras tú usas las dos manos para amasarme los pechos! ¿Luego qué seguirá? ¿Me pondrás a cuatro patas y que cogerás?

Cuando termina su reclamo los dos nos quedamos espantados ante la última posibilidad. “¿Cogerla a cuatro patas?” “No. ¡NO! ¡NI LO PIENSES, KIKE... ESTA PUTA ES TU MADRE...!”

—Te juro que es lo último que te pido, Amelia... por favor... —Nunca suplico, mucho menos por una estrujada de tetas y una jalada de polla. Pero la situación lo amerita. Ambos lo sabemos. Y aunque ella lo niegue, también lo desea. Es una golfa reprimida.

—¡Pero es la última concesión que te hago, ¿entendido?!

Apenas asiento con la cabeza casi me abalanzo hacia sus tetas, soltando mi verga que, pese a todo pronóstico, permanece erguida frente a ella. Y ataco sus tetotas. Las agarro una con cada mano y las amaso. Amelia duda, pero sabe que tiene que cumplir con su palabra. Entonces suspira.

Y los dos nos miramos. Sus ojos azul verdoso conectan con los míos. Y parece mentira que estemos conectando con la mirada. Inclino mi rostro. Ella mira mis labios. Yo miro su lengua que escapa de su boca. Mis manos amasando sus tetas es el menor de los malos cuando siento sus tímidos dedos tocando mi glande, que ya está expulsando mis líquidos presemiales.

Mi madre lo sabe, que el morbo que siento ahora es definitivo para eyacular. Y entonces extiende sus dedos por todo el grosor de mi falo, y ella gime, extiende sus ojos y yo tiemblo ante el contacto de su pequeña mano con mi verga enorme y dura.

—¡Pfff! —exclama con sorpresa—. ¡Santo Dios...!

—¿Qué pasa? —escurro mis dedos hasta llegar a sus pezones, los cuales comienzo acariciar con las puntas mientras ella jadea...

—¿Qué mierda tienes aquí abajo...? —continúa con la sorpresa, pues una cosa es verla y otra tocarla.

—Es mi verga... —le digo orgulloso—, ¿por qué?

—¡Está durísima... como una piedra!

—¿Te lo parece...?

—¡Mierda... Kike...! —Amelia vuelve a jadear, supurando lascivia en cada poro de su piel —. ¡Ni siquiera la puedo abarcar... no puedo cerrar mi mano sobre su circunferencia!

Su excitación se traduce a que sus pezones se ponen más duros, si cabe, en mis dedos. Los vuelvo a pellizcar.

—Tengo un pollón, ¿eh? Veo que te gusta.

—¡No... no... N...o... me gusta...! —gime ante mi tacto en sus pezones...—. ¡Además... está muy dura... muy tiesa... muy... larga...!

—Así me la pusiste, mami... dura como riel.

—¡No seas majadero! —me dice cuando comienza a rodearla hasta donde puede, distribuyendo los flujos pegajosos que suelta mi glánde.

—¿Majadero por qué? —le pregunto, y su mano continúa inspeccionando cada vena de mi falo—. Es sólo una verga erecta que está respondiendo a la excitación que le produce una deliciosa fémica como tú.

—¡Insolente! —gime, cuando empieza a sentir que mis venas fálicas palpitan entre sus palmas—... ¡Pensé que eras menos naco... menos corriente... menos chusma!

—¿Ah, sí? —Cuando empieza a subir y bajar comprendo que está fascinada con poder agarrármela.

—¡Y mira lo que resultaste, Kike! —Sube la mano hasta mi glánde sensible y se empapa con mis fluidos, los cuales vuelve a distribuir en el resto de mi polla—. ¡Igual de barriobajero que cualquier muerto de hambre!

—¿Entonces no te gusta? —la reto.

—¡No! —responde tajante, pero yo me río.

—Para no gustarte la estás manoseando muy rico, ¿eh, mentirosa?

—¿Cómo me has llamado?

—Mentirosa... porque estás caliente mientras me la jalas pero no lo quieres admitir.

De pronto su celular comienza a sonar. Lo tiene en el bolso que dejó en el suelo al llegar. Sin poder contenerme me flexiono para levantarlo y le digo:

—Es tu marido...

Pero Amelia no puede contestar. Una de sus manos está masajeando mi glánde y con la otra continúa haciéndome una paja desde el tronco.

—¡No te atrevas a contestar!

—Demasiado tarde —le sonrío con malicia, pulsando el botón verde, activando el altavoz y acercándole el teléfono a su boquita de mamona que tiene.

—¡¿Sí...?! —contesta Amelia mirándome con odio.

—*Amelia, cariño, ¿dónde carajos estás?*

Mi querida “mami” se pone tensa cuando oye la voz de su marido, mientras yo comienzo a usar mi mano libre para estrujarle una de sus tetas. Ella menea su rostro en señal de advertencia, pero yo no la suelto.

—¿Eh...? Estoy... aquí... querido...

—¿Aquí dónde, Amelia?

“Aquí jalándome la verga” susurro frente a su boca, burlándome. Amelia me aprieta muy fuerte mi polla y yo hago un gesto de dolor.

—Aquí..., Urbano... en el baño, ¿dónde estás tú?

Soy tan cabrón que hago por aplastarle más fuerte las tetotas, y ella entonces me mira con

terror.

—¿Dónde va ser, mujer? ¡Pues donde me dejaste, en la sala de tomas! Nadie ha venido a recibir el frasco... ¿qué hago con él?

—¡Ohhh! —jadea mi madre de repente cuando aprieto una de sus tetas más fuerte de lo debido para hacerla entrar en apuros—... ¡yo... aaahh... espera... un... poc...o!

—¿Qué mierdas te pasa, Amelia?

—¡N...ada...!

Mi carcajada al ver la cara de furcia que pone mi madre es descubierta por el cornudo, quien exclama:

—¿Quién carajos está contigo, Amelia...?

Mi madre me mira horrorizada, y me suplica que me calle, pero creo que si no hago esto ahora, jamás podré traspasar esa barrera del chantaje. Ya va siendo hora de que Amelia empiece a tender quién soy yo en realidad, y que si quiere vivir bien el resto de sus días, tendrá que acatarse a mis órdenes.

—Soy yo, don Urbano, soy Kike... —me revelo ante el gesto de horror de mi progenitora.

—¡¿Pero qué mierdas... haces... con mi mujer?!

Amelia está enloquecida, mirándome con tremenda rabia que estoy seguro que cuando corte la llamada tratará de tronarme los huevos a patadas. Aun así me la sigue meneando, y yo se las sigo estrujando.

—Se las estoy apretando —sonrío con maldad.

—¡Aaah! —grita Amelia cuando le doy un fuerte apretón a una de sus tetotas que confirme mi aseveración.

En ningún momento mi madre ha dejado de masturbarme, y ahora, incluso, lo hace con más furia, con más resentimiento... con más obscenidad y pasión. Como si esto le provocara enojo y morbo a la vez.

—¡AMELIA! —exclama el cornudo—, ¿pero qué caraj...?

—Las pulseras, don Urbano —intervengo yo para salvar el malentendido, sintiendo que el semen está por escupir por mi uretra—, se aflojaron y las estoy poniendo en sus muñecas, pero por accidente la lastimé y...

—¡Quiero que vengas ahora mismo aquí, mujer!

—¡Sí...! ¡Ya... voy... querido!

Antes de que el marido de mi madre conteste, corto la llamada, Amelia grita una fuerte amenaza y yo le digo que estoy por correrme.

—¡Me las vas a pagar hijo de tu...!

—¡Me corro... Amelia... el frasco...!

—¿Qué? —sus ojos finalmente se abren, satisfecha—, ¿dónde dejaste el maldito frasco?

—¡Detrás de mí... detrás de...! ¡Ah! ¡Vamos... vamos...!

Será por el morbo de que yo le estuviera agarrando las tetas y ella me estuviera masturbando mientras hablaba por teléfono con su marido lo que ha acelerado mi próxima eyaculación.

Amelia encuentra el frasco detrás de mí, pero cuando trata de agarrarlo se le cae al suelo.

—¡Joder... Amelia... ya no aguanto más!

Ahora soy yo el que, sin las manos de mi madre, tengo que volverme a poner en labor, jalándome la polla. Cierro los ojos para soportar un poco más, pero cuando los vuelvo abrir la imagen que tengo debajo me impide resistir ni un segundo más:

Mi madre está de rodillas en el suelo, pues ha tenido que bajar a encontrar el frasco. Sus tetas están colgando en su pecho, y ahora mismo su carita está tan cerca de mi verga... que ya no puedo aguantarme más...

—¡EL FRASCOOOOO!

Fuertes borbotones de esperma comienza a escupir mi verga sin parar. Los primeros latigazos quedan embarrados en la cara de mi madre, desde nariz, frente, boca y mentón, y sólo cuando ella puede reaccionar, pone el frasco sobre mi glande y recolecta el resto de mis espermias, hasta que dejo la última gota de mi eyaculación.

Mi corazón está bombeando muy fuerte, y ver a mi madre frente a mi verga, con la cara llena de leche, con sus tetas de fuera y esa carita preciosa que no deja de mirarme, me está matando.

—¡Mierda, José Enrique! —exclama con una furia que es muy poco convincente—, ¿mira cómo me has dejado? ¡Me has llenado la cara de leche! Lo peor es que si esta puta muestra no funciona... lo vamos a tener que repetir.

Cuando vuelvo a mirarla en el suelo me encuentro con que su lengua está recogiendo, cual puta barata, el semen que está escurriendo por sus comisuras.

CAPÍTULO 10

—¡Pásame un puto pañuelo! —me grita mi madre, que todavía está como perra de rodillas, con su carita de putona embarrada de mi lefa—. ¡Dame un puto pañuelo!

No sé si reírme o morbosearla, el caso es que ella está endiablada: es una leona desenjaulada que en cualquier momento me atacará. Estaré alerta. Le entrego el pañuelo que me pide y enseguida me guardo mi verga morcillona dentro de mi pantalón.

—¡Deja de mirarme, asqueroso de mierda! —exclama.

—Oye tampoco te desquites conmigo.

—¡Que no me mires, cabrón!

—Okey, okey —me giro—, que pinche genio tienes... pero eso le pasa a uno por ofrecido.

—¡Te callas o te meto la cabeza al inodoro, imbécil!

—¿Y ahora por qué estás enojada conmigo?

—¿Y tienes el descaro de preguntar, soberano idiota? —Noto que se está acomodando las tetas dentro de su vestido, y luego continúa limpiándose la cara. Yo sonrío.

—Tampoco te pases de lanza, ¿eh, Amelia? Quedamos que ya no me ibas a ofender.

—¡Yo te voy a ofender como me salga del culo!

—Exclamó la honorable dama —me burlo, sin mirarla.

—¡Eres insoportable!

—Hummm. —Cuando percibo que está por levantarse me vuelvo hasta ella e intento ayudarla.

—¡Quítame tus mugrientas manos de encima, Kike! ¡Y deja de mirarme! ¿Hablo en chino o qué te pasa?

—¿Qué más te da que mire? Literalmente te he estado viendo las tetas desde hace casi media hora. Además ahora ya te las guardaste, lo cual es muy triste.

Las tetas de mi madre botan aun si están dentro de su vestido. Ya incorporada, revisa el frasco, sale del cubículo y se dirige al espejo de la entrada, donde se termina de limpiar los restos de mi semen, antes de que se seque.

—¡Me has tratado como una soberana puta, Enrique! ¡Me has tratado como has querido! ¡Me has manoseado! ¡Te aprovechaste de mí y esto no te lo voy a perdonar!

—¿Por eso estás enojada conmigo? No seas mamona, Amelia: te acabo de poner mi semen en el puto frasco y...

—¡Ya no servirá para nada tu puta muestra de semen!

—¿Por qué no? —me pongo detrás de ella.

—Porque el laboratorista de la sala de tomas me advirtió que después de que mi marido depositara su muestra de semen en el frasco, sólo tendría media hora antes de llevársela a la sala de procesamiento. Hemos sobrepasado casi el doble de tiempo, ¿crees que servirá que intercambie su muestra por la tuya cuando oficialmente ya se pasó el tiempo? Y todo es por tu culpa.

—No seas tan fatalista, Amelia, ve por la muestra del pocosmecos de tu marido y luego se la llevas al laboratorista: haces el intercambio y bastará con que le digas al químico que la muestra es reciente.

—¿Me crees estúpida, Kike, para no haber barajado esa posibilidad? ¡Aquí el problema es

que el imbécil de mi marido quedó de anotar en la solicitud que le dieron la hora de la supuesta recolección de su semen!

—¡Pues busca una nueva solicitud y cambias los datos!

—¡No es tan fácil, Kike! No entiendo cómo no pudiste eyacular a tiempo.

—Yo no tengo la culpa de que no pueda eyacular pronto...

—¡Pésimo servicio, Kike!

—Siempre supe de mujeres que les reclaman a los hombres por durar poco. Nunca oí reclamaciones por durar más que la media de hombres.

—¡Pues en mi caso sí que tengo derecho de reclamar! Y encima te aprovechaste de mí. —De su bolso saca su labial para retocarse—. ¡Me amasaste los pechos, me hiciste que te agarrara la polla...! ¡Te corriste mientras yo te servía como medio de morbosidad, maldito pervertido!

—No te emociones tampoco, querida —trato de bajarla de su nube—, que lo que te pedí solo fue para fines prácticos de erotismo, yo no siento morbo por ti.

El gesto que me devuelve por el espejo es de rabia e indignación. Le acabo de golpear su ego.

—Pero mejor dime, Amelia, ¿ahora qué vamos hacer?

—En lo que respecta a mí —me dice encarándome—, yo me las arreglaré como pueda. Y en cuanto a ti, majadero inmundo, volverás a tu departamento en este mismo momento, y cuando yo llegue quiero que estés en la puerta de mi casa con tus maletas hechas.

Siento un bajón del cuerpo hasta la punta de mis pies.

—¿Es en serio que me vas a correr, Amelia, por no eyacular a tiempo?

Su palma extendida choca contra mi mejilla, que no se mueve porque soy más fuerte que ella. Eso no quita que me haya dolido.

—¿Qué carajos te pasa para cachetearme, eh?

—¡Desaparece de mi vista, cabrón malagradecido! ¡No sé cómo pude confiar en un ignorante y bruto como tú!

—¡Amelia! ¡Amelia no puedes estar hablando en serio!

—¡Tan en serio que te quiero fuera de mi casa! ¡Yo jamás trataré con ineptos y pendejos como tú! ¡Largo!

Amelia me empuja y sale del baño de hombres con largas zancadas. Yo solo puedo ver su culo redondo agitándose detrás mientras mi moral yace por los suelos.

La pregunta aquí es si debo dejar que esta perra me eche de su casa, la que también por derecho de sangre debería de ser mi casa. La pregunta es si me iré así como así, o si debo de hacerle un desmadre como punto final.

—¡Putra! ¡Perra! ¡Ramera estúpida! ¡Mil veces puta! ¡Maldita malcogida de mierda! —mis gritos deben de oírse por todo el patio interior—. ¡Te odiao! ¡TE ODIOOO!

Para bien o para mal los “patrones” no han llegado aún. Y yo no puedo parar de gritar y tirar todo lo que encuentro en mi camino, mientras guardo mis cosas en mi maleta, mochila y varias bolsas que encontré por ahí, donde pretendo guardar la ropa nueva que compré y que ni siquiera he estrenado.

Cuando me canso de gritar me dirijo al baño y me echo agua fría en la cara para relajarme. Todo lo que me ha dicho Amelia en el laboratorio es muy ofensivo para mí. Aparte de abandonarme ahora me trata como un vil animal. ¡Está completamente equivocada si piensa que me volveré a dejar pisotear por ella!

Tras dejar mi equipaje a medias me echo en la cama, y luego, tras haber pasado dos horas desde que volví, veo que la camioneta del marido de Amelia aparece en el patio y se estaciona en su lugar. Me levanto y me pongo en la ventana, desde donde puedo mirar sin que me vean. El gordo calvo por el que mi madre cambió a papá parece muy animado mientras ayuda a bajar a su esposa. Me parece mentira que con el desprecio que parecen tenerse el uno al otro, el señor Manríquez bese las mejillas de Amelia como si le debiera la vida.

Urbano avanza hacia la casona y Amelia espera a que el vejete desaparezca de su vista para venir a mi cuarto. Abre la puerta sin tocar y con una sonrisa satisfecha me dice:

—Prepárate, querido, porque hoy te invitaré una vez más a cenar.

—¿De qué se trata todo esto, Amelia? ¿Primero me echas de tu casa como un perro y ahora vienes a invitarme a cenar?

—Bueno —hace un gesto de no saber de lo que le hablo—, digamos que he reconsiderado echarte de casa.

—¿No me digas?

—Al final logré persuadir al laboratorista para que me aceptara la muestra de semen.

Su sonrisa es tan odiosa que quisiera estranglarla.

—¿Y qué hiciste para convencerlo? ¿Le chupaste la verga o le pagaste una buena pasta?

—A ver, Kike, por favor compórtate. Te estás pasando.

—La que se pasó de cabrona conmigo fuiste tú.

—Ya te dije que siempre no te voy a correr.

—¿Te remordió la conciencia?

—Simplemente reconsideraré mi decisión porque me aceptaron la muestra. La procesaron y me entregaron los resultados.

—¿Y?

—¿Cómo que “y”, Kike? —esboza una sonrisa enorme—. El resultado dice que el número de espermatozoides que contiene cada mililitro de tu semen es óptimo, además el porcentaje de tus espermias presentan movilidad y el conjunto de factores indica que eres un candidato para donarme el semen que necesito.

—Pues bien por ti —me vuelvo hacia mi maleta.

—¿Qué haces?

—Recoger mi ropa, ¿no era lo que querías?

—¡¿Qué parte de que no te estoy corriendo no te ha quedado claro?!

—Sí, cómo no, y ya que ahora sí me necesitas, quieres que me quede, ¿no? Pues permíteme

informarte que ahora soy yo el que no quiere trabajar más para ti.

—A ver, niño, estás bromeando, ¿no?

—¡No, no estoy bromeando! —le grito con rabia, mirándola a los ojos—. Y no me digas niño, porque ya soy todo un hombre. Y para muestra, te recuerdo que acabo de donarte una buena ración de mis espermas.

—¡Por eso no quiero que te vayas!

—Demasiado tarde.

—¡Kike, basta de caprichitos!

—No son caprichitos, Amelia, se llama dignidad. Me tienen hasta la mierda tus putos insultos y que me trates como si yo fuera el imbécil de tu marido. Estás acostumbrada a que la gente haga por ti lo que se te pega la gana con solo tronar los dedos, ¿pues sabes qué?, conmigo chingas a tu madre. Yo no soy tu perrito faldero. Si quieres a un pusilánime que haga lo que le ordenas, ahí tienes al pocosemecos de tu marido.

—¡José Enrique! ¡¿Cómo te atreves a hablarm...?!

—¡Te hablo como me sale de las pelotas! —continúo gritándole con odio—, y para ya no molestarte más, me largo ahora. Y si no te importa, quiero que me dejes a solas para terminar de arreglar mi equipaje.

—¡Me estás colmando la paciencia! —la hago rabiar.

—Tú ya hace rato que me colmaste la mía —le contesto con otro grito—, ¿y sabes qué? Me tienes hartos.

De pronto Amelia reacciona como si se hubiera vuelto loca. Viene hasta mi maleta y la vierte sobre el suelo.

—¡Todo esto que tienes aquí, la ropa cara, los zapatos caros, esta maldita computadora, todo te lo he dado yo!

—¡No, señora! —la encaro, levantando mis cosas—, ¡lo que hay en esta maleta es producto de mi trabajo!

—¡Trabajo! —me grita—. ¡Pues aquí está tu trabajo!

Cuando menos acuerdo me vuelve a bofetear, luego se pone sobre mi ropa y la pisa con sus tacones. Entonces yo la empujo con violencia, y ella trastabilla.

—¡Que sea la última vez que me pegas, pinche perra!

—¿Cómo me has dicho? —Amelia tiene los ojos crispados, no puede creer que la haya empujado ni que la haya insultado tan fuerte—. ¡Cómo te atreves, animal!

—¡Tú no tienes ningún derecho de levantarme la mano ni intentar educarme! —le recuerdo con odio—. ¡Esos derechos se te acabaron el día que me aban...!

—¿Qué...? —abre los ojos—. ¿Qué ibas a decir? ¡Kike!

—¡Nada! ¡Nada...! —me vuelvo a la ropa y la levanto del suelo—. ¡Digo que no quiero que me vuelvas a tocar!

—¿Por qué sino qué, pendejo? ¿Qué me vas hacer?

Cuando menos acuerdo la hija de puta me empuja desde atrás, y la reacción de mi cuerpo sucede en menos de un segundo. Toda la sangre me asciende a la cabeza cuando me giro y la cojo del cuello para arrastrarla y estamparla contra el muro que está detrás de ella. Sus ojos de color zafiro se abren con horror cuando mis dedos la aprietan más fuerte. La cantidad de pálpitos, odio y resentimiento que tengo hacia ella me produce una reacción incontrolable. Pego su cara a la mía y le digo:

—¡Esto es lo que te va a pasar, puta!

—¡Kike! ¡Kike! —intenta liberarse de mis garras, sujetándome de las manos.

Entonces al notar que la estoy asfixiando libero su cuello, pero la giro contra el muro, de modo que sus enormes tetas y su cara quedan pegadas en la barda.

—¿Qué haces... estúpido? ¡Suéltame! ¡Suéltameee!

—¡Yo no voy a pegarte en la cara, Amelia —le digo, levantándole el vestido por atrás, quedando sus nalgas gordas, enormes y rosadas desnudas—, porque tampoco quiero que vayas a denunciarme por maltratador de mujeres, pero por cada bofetada que me des a partir de ahora, yo te voy a dar diez duros azotes en el culo!

—¿Qué? ¡Kikeee! ¡Kike!

Ni siquiera tengo tiempo de morbosearle la tanguita negra que está enterrada entre sus gigantescas nalgas. Mi propósito es castigarla y por eso me apuro. El primer azote deja pintados mis dedos en su piel rosada. Ante el segundo azote Amelia grita de dolor. El tercero y el cuarto son tan fuertes que su nalga derecha, donde le he dado todos, tiembla como gelatina.

—¡Aahhh! ¡Kikeee! ¡Kikeee!

—¡Te callas, cabrona!

Los otros cinco se los doy en la nalga izquierda, y se los doy con tanta fuerza que mis dedos también quedan pintados en ellos mientras el glúteo tiembla. Y Amelia jadea, aunque me ha parecido que ha emitido alguno que otro gemido. Cuando le doy el último azote la suelto. Amelia se gira violentamente y se baja el vestido. Sus ojos lagrimean, pero no sé si de dolor o de humillación.

Entonces, mientras mis manos me arden por los azotes, sólo espero que ella me mate. Pero en lugar de eso, Amelia se limpia las lágrimas y me dice con voz queda:

—¿Entonces? —Hace una pausa para intentar caminar con el dolor de las nalgas ardiéndole—. ¿Te vas a quedar?

Mi cara debe de ser un poema. No puedo creer que en lugar de reclamarme, de putearme, de llamar a la policía o por lo menos al cornudo de su marido o a la servidumbre, me esté mirando a los ojos, agitada, con una ardiente mirada que exuda por los cuencos de sus ojos y que tratan de decirme algo más que una súplica.

Y yo, turbado, nervioso, excitado, sólo puedo decir:

—¿Qué mierdas me estás haciendo, Amelia?

Ella se acerca a mí, con su gesto sexy y demoniaco. Curva sus comisuras y me sonrío con maldad, diciendo:

—Sin darte cuenta, te estoy atrapando en mi red, Kike.

Quisiera besarla, meterle la boca y jugar con la suya hasta que nuestra propia babaza nos ahogue: quisiera volver a levantarle el vestido, abrirla de piernas, enterrarle mi sable que está más duro que una piedra y cogerla hasta que mi glánde le salga por la boca. Quisiera arrancarle ese maldito escote ajustado que lleva encima y morderle las tetas hasta que se ponga a gritar como una puta. Quisiera hacerla mía. ¡Quisiera que fuera mía! ¡QUISIERA ODIARLA! Pero no puedo. Es más fuerte mi deseo que mi resentimiento. Es más fuerte esto que siento por dentro que mi deseo de venganza.

—¿Entonces... te vas a ir? —me pregunta, triunfadora.

—¡NO! —grito.

—Lo sabía —me dice sonriendo. Odio su puta sonrisa de suficiencia—. Al final siempre haces lo que quiero.

Y ahora no sé si se refiere a que la he nalgueado o a que, no sé cómo, pero ha dejado mi

dignidad nuevamente a su merced.

—La próxima vez, además del culo, también te azotaré las tetas, Amelia. Que te quede claro que me quedo, pero con mis propias condiciones. Tú ya no mandas sobre mí.

—Eso es lo que crees, pequeño mierdecilla.

Entonces ella se acomoda el culo sobre su vestido y, con un gesto triunfador, la hija de puta abandona mi departamento, no sin antes decirme:

—Por cierto, quedas des-invitado para la cena de hoy.

—Perra... —murmuro cuando se va—, pero por lo menos tendré la satisfacción de que mientras las nalgas te estén ardiendo de dolor... te estarás acordando de mí.

Me queda claro que ambos somos unas mierdas de personas. Ahora entiendo que mi carácter y lo que soy se lo debo a ella. Me parezco a Amelia más de lo que querría haberme parecido a mi padre. Ambos somos unos psicópatas de cuidado. Heredé sus genes malignos. Solo espero que nuestra toxicidad no nos termine envenenando alguna vez.

Toda la tarde me la pasé nadando en la piscina. Pedí comida a domicilio y por la tarde me tomé unos tequilas aun si el alcohol va contra mi vida fitness. Necesitaba relajarme y pensar. Estoy obsesionado con Amelia, y no sé hasta qué punto ella está obsesionada conmigo.

—Tienes que tener más cuidado con tus impulsos, pendejo —le digo al Kike que se refleja en el espejo de mi cuarto—, estuviste apunto de cagarla haciéndole ver que eres el hijo al que abandonó. Aún no es tiempo.

Tengo puesto un chándal gris y una camiseta sin mangas. Siento calor a pesar de que me acabo de duchar. Mientras tanto miro hacia el ventanal que da hacia el patio. Al lado opuesto de donde está la piscina hay un lugar destinado para todos los coches de la mansión. Como ya dije antes, yo vivo en un apartamento tipo Loft que está al fondo del jardín posterior de la casona, y acabo de ver llegar una Hummer blanca de la que ha descendido mi hermana Esthercita y su babosote novio Esteban, que como siempre, viste como pingüino.

Me llama la atención que el baboso la esté jaloneando con furia, como si le estuviera reclamando algo. No sé si es estupidez o el instinto de hermano mayor lo que me hace apagar las luces de mi apartamento y salir disimuladamente para acercarme sin que me vean y verificar si ella se encuentra bien.

—¡Deja de gritonearme, Esteban, me tienes hartaaa!

—¡¿Crees que he sido injusto cuando te has metido esas mierdas de pastillas otra vez en tu organismo en plena fiesta de aniversario de bodas de mis papás?! —le grita él—. ¿Crees que no me iba a dar cuenta, pendeja?

—¡No me llames pendeja!

Me coloco detrás de una de las tumbonas de la alberca y me pongo a cuclillas para que no me vean. Forzosamente tendrán que pasar delante de mí cuando suban por la escalera central que lleva a la casa.

¿Así que Esthercita ha vuelto a las andadas? Creí que desde que ella y su madre se ejercitaban conmigo ya no se drogaba. Qué mal. Me pregunto qué es lo que provoca que ella caiga en esa mierda cada tanto.

—¿Te imaginas lo que habría pasado si alguien de mi familia se hubiera dado cuenta de que mi prometida es una pinche drogadicta de mierda? —le recrimina el cabrón duramente—. ¡Me habría convertido en el hazmerreír de toda la sociedad, y mis padres habrían considerado suspender nuestro matrimonio!

Esther avanza por el lateral de la piscina con pasos cortos. Lleva puesto un precioso vestido de niña rica, color plata, corte sirena, con la espalda descubierta y una abertura en su muslo derecho. Mi pequeña brujilla luce hermosa, con sus nalguitas paraditas moviéndose a cada paso, y sus pechos turgentes sobresaliendo por su grácil y coqueto escote que me parece el ideal para una niña fresa como ella. El pingüino idiota va detrás de su prometida, como si fuera su perro guardián.

—Pues a lo mejor tú también deberías de considerarlo y suspender lo nuestro, Esteban. Ya no estamos bien.

—¿De qué carajos hablas, Esther? —la detiene en seco.

Ahora los dos están a pocos metros de mí. No me han visto. A pesar de la oscuridad logro percibir la silueta preciosa de mi hermana, que está de espaldas. Pese a sus adicciones, es bellísima, y con un cuerpo de modelo que luce perfecto para provocar un infarto. Su culo es más

firme y redondeado de lo que recordaba.

—Desde que descubriste que me drogo te has vuelto más grosero e insoportable, Esteban. Ya no eres cariñoso ni tienes consideraciones hacia mí. Sólo te la pasas regañándome como si fueras una extensión de mamá.

—Sólo trato de encauzarte por el buen camino, Esther.

—¿Quién eres, Esteban de Nazaret? —Casi me echo a reír—. Yo quiero a mi lado a un hombre, no a una monja.

—Deberías de ser agradecida, cariño —la toma de los brazos el cabrón y yo siento una punzada en mi corazón—. Sólo a mi lado podrás estar sobria. Te recuerdo que tus padres no ven por ti: para ellos sólo eres un trofeo que complementa su vida de casados ante la sociedad. Tú estás sola, Esther, nada ni nadie podrá salvarte de esta vida de mierda que llevas más que yo.

—Pues gracias por hacerme sentir que sin ti soy una puta mierda, Esteban. Ahora déjame, que quiero irme a descansar. ¡Estoy harta de verte la cara!

No me había dado cuenta de que mi pequeña bruja está peor de lo que pensaba. Tal vez tiene depresión o sufre algún trastorno de ansiedad. Y este idiota en lugar de ayudarla de verdad la está haciendo sentir culpable. Pretende hacerla dependiente a él para que al final Esther se convenza de que sin él ella no es nadie.

Encima la llama pendeja. En otros lugares de América decir pendeja es como decirle un cariño a una persona. Aquí en México la palabra “pendejo” engloba todos los insultos que se podrían conocer de manera sintetizada.

Esther se vuelve hacia las escaleras pero su novio la retiene otra vez con violencia. Me enciendo enseguida.

—Vete a descansar si es lo que quieres, Esther, pero antes quiero que me des las drogas que traigas contigo.

—No traigo nada, ya me quitaste todo lo que traía.

—No sé si creerte, Esther.

—No me importa si no me crees —desde mi escondite veo que Esther trata de zafarse del cabrón, pero éste no la deja ir—. ¡Por favor, Esteban, suéltame ya!

—Mira cómo tienes los ojos, Esther, las pupilas todas dilatadas. Eso significa que sigues drogada, y no puedo dejar que tu madre te vea así.

—Ah, entonces lo que a ti te preocupa es que mamá te regañe por no haber hecho bien tu papel de niño, ¿no?

—Sólo estoy tratando de darle la seguridad de que a mi lado tú estarás siempre sobria, y si te ve así pensará que no estoy haciendo lo suficiente para...

—¡Me vale una mierda lo que piense mamá de ti!

—Tienes que vomitar, flaquita.

—¿Qué? —se libra mi hermana de sus garras, visiblemente horrorizada por la propuesta de su novio—. ¿Te has vuelto loco? ¿Cómo puedes querer que vomite? La última vez que me obligaste a vomitar no pude tragar en dos días.

¿Pero qué mierda? ¿Este hijo de puta ha estado obligando a vomitar a mi hermana cuando está drogada?

—Es por tu bien, Esther. Sólo así escupirás toda esa mierda que ingeriste. Ven, acércate al pasto y vomita, a ver si así aprendes a controlarte y la próxima vez que quieras hacer este chistecito te lo piensas mejor.

—¡No, Esteban! —comienza a lloriquear mi hermana cuando su novio la sujeta de las manos

y la empuja hacia un pequeño matorral que está al lado de las escaleras—. ¡NOOO! ¡NOOO!

El colmo de mi contención es cuando veo que es el propio dedo de Esteban el que entra en la boca para hacerla vomitar. Y es aquí cuando ya no puedo más. Salto de mi escondite, Esteban me mira, saca el dedo de la boca de mi hermana y ésta, sorprendida, empieza a toser, haciéndose a un lado, mientras yo le propino un puñetazo en plena jeta que lo tira de rodillas en el suelo.

—¡En tu puta vida vuelvas a intentar hablarle así a ella y mucho menos te atrevas a meterle el dedo en la boca para hacerla vomitar, ¿oíste hijo de tu reputísima madre?! —le grito con odio y aberración.

Ni tiempo le doy de reaccionar. Me acerco nuevamente a él, lo cojo del pelo y lo arrastro hasta la piscina que, para mi buena suerte, está llena de agua hasta el borde.

—¡Qué haces! ¡Qué mierdas haces! —grita Esteban horrorizado—. ¡Si no me suelta Amelia se enterará que...!

—¡Voy a quitarte las ganas de volver a maltratar a mi herm... a Esther, mamón de mierda!

El cabrón patalea y balbucea. Lo inmovilizo en el suelo justo cuando lo agarro de la parte posterior del cuello y le zambullo la cabeza en el agua. Así lo torturo por casi un minuto en que el pingüino pataleta y se sacude mientras se ahoga. Entonces le saco la cabeza y balbucea, escupiendo agua por la boca y por la nariz.

—¿Muy machito te sientes manipulando y lastimando a tu novia, cabezón de mierda? ¡Pues no he terminado!

Con violencia me aseguro de volverlo a zambutir en el agua, haciendo presión por un buen rato hasta que escucho la voz de Esther que, tras haber acabado de toser, me insta a parar. Sólo así decido sacar su puta cabeza de pingüino del agua, mientras lo amenazo:

—¡La próxima vez que me entere que haces vomitar a Esther, seré yo quien te obligue a vomitar metiéndote mi zapato en el hocico, cabrón de mierda, y ya no introduciré tu cabezota de pingüino que tienes en esta piscina, sino en el primer inodoro cagado y meado que encuentre, ¿entendido mamón?!

Esteban se libera de mí, agarrando aire, se arrastra muy rápido como lagartija, completamente tosioso, escupiendo agua hasta por las orejas. Luego se pone a gatas, y entre trompicones se levanta y echa a correr hacia el estacionamiento, gritando:

—¡Esther...! ¡Mi amor...! ¡Dile a tu madre lo que me ha hecho este hijo de puta... díselo... mi amor!

—Corre, cobarde de mierda, corre —me burlo mientras él se lanza de prisa hacia su Hummer, abordándolo y escapando de la casa como alma que lleva el diablo.

Valiente novio tiene mi hermanita. Entonces, cuando nos quedamos solos, Esther no parece asustada, como es mi temor, pero tampoco parece agradecida.

—¡No tenías qué defenderme! —me grita, peinándose el pelo que se le ha venido a la cara—. Yo podía sola.

—De nada —le digo secamente, porque de todos modos, con lo mal que siempre me trata la cabrona, no esperaba que me lo agradeciera de ninguna manera—. De todos modos ya vete a tu cuarto, que hace frío.

Cumplida mi buena obra de la noche, en la que casi ahogo a un cabrón, me vuelvo hacia mi apartamento.

—Oye —escucho la voz de Esther a mi espalda. Me detengo y la miro—. Gracias.

No sé por qué pero ahora sí que me sorprende.

—Pero quiero saber por qué lo hiciste —mi pequeña brujilla se acerca a mí, taconeando,

desprendiéndose del moño para que su cabello caiga por su espalda—. Siempre te trato tan mal.

A decir verdad, ni siquiera yo entiendo por qué me he puesto así. No sé de dónde mierdas me ha salido toda esta furia contenida que me ha hecho defenderla y hacer lo que hice con el pobre pendejo ese.

—Ante todo soy un caballero —enarco una ceja a modo de jugarreta—, y no puedo permitir que un mierdecilla como tu novio ofenda de forma tan despreciable a una señorita tan hermosa como tú.

Esther se da la media vuelta de forma infantil, para después girarse un poco hacia donde antes estuvo la Hummer blanca de su novio, como asegurándose de que nadie nos mira, y yo aprovecho su movimiento mirar sus glúteos carnosos y paraditos. Luego me concentro en su espalda blanca como el mármol, tan diferente al tono rosado de piel que tenemos mi madre y yo.

Entonces Esther al volverse a mí resplandece como plata y me mira profundamente. Ella tiene los ojos verdes de su padre, y son muy expresivos. Por lo menos eso la hace diferente de mi madre y de mí, que tenemos el iris como el zafiro, los míos más oscuros que los de Amelia.

—De todos modos gracias, Kike —me dice casi en un susurro, mirando nuevamente hacia los lados.

Cuando fija sus ojos verdes en los míos sorpresivamente sus frías manos se apoderan de mis pómulos rectos. El tacto de sus dedos contra mi cálida piel me provoca un escalofrío. Miro su carita bonita y me detengo en su fina nariz y el sensual piercing plateado que tiene colocado en el poro izquierdo.

—Kike ven —me dice, y no entiendo lo que pretende.

Me inclino hacia su rostro y veo más de cerca su boquita seductora que tiene un tono rojizo natural que no necesita ninguna clase de labial, y ahora que la distancia es menor, noto que es grande en comparación de su rostro delgado. Me llama la atención que sus labios carnosos luzcan mojados por su saliva, como si estuviera hambrienta o se le antojara algo.

—¿Esther? —susurro.

Pero lo que más me llama la atención es que sus manos se desplacen de mi mandíbula hacia la parte posterior de mi cuello, la cual acaricia y presiona, empujándome hacia su boca. Y me dejo llevar, como una conexión eléctrica que nos obliga a unirnos como imanes.

Sus dos senos encumbrados, redondos, erguidos y ligeramente grandes llegan a mi cuerpo antes que sus labios, y cuando finalmente mi boca y la suya están unidas, mi piel se eriza, mis manos se desplazan en automático hacia su espalda helada y la froto con caricias suaves, palpando toda la sedosidad de su piel.

Pese a lo que había pensado su boca es demasiado pequeña para la mía, que es más grande, por eso la devoro toda, me la como, la succiono: mis labios abarcan sus labios y logran rozar su mentón. Entonces sus dedos se hunden más fuerte en mi cuello y su lengua invade mi boca y se encuentra con la mía. Nos lengüeteamos muy rico por varios minutos. La verga se me pone durísima y estoy seguro de que ella la siente en su vientre, sobre todo cuando la abrazo con mis musculosos brazos y la aprieto contra mí, regalándole mi calor.

Estoy muy caliente pero no me animo a estrujarle las nalgas, aunque mi negativa no es por falta de ganas sino por lo que dije antes, “caballerosidad”, aun así me conformo con su boca en la mía mientras nos devoramos, mientras nos humedecemos, mientras nos aspiramos, mientras sus duros y carnosos pechos se restriegan seductoramente contra mí.

Nuestro beso apasionado es lujuria y deseo en estado puro. Es atracción y delirio real. Es la confirmación del deseo que pueden producir los lazos sanguíneos cuando se unen y se enlazan

entre sí. Por eso la beso salvajemente, ¿cuánto tiempo llevamos?, un montón de rato, y no nos cansamos. La sigo besando, le sigo metiendo la lengua en su boca y la sigo haciendo gemir.

Entonces el viento del temporal nos recuerda que estamos vivos y nos separamos de golpe, como si la misma electricidad que nos unió antes ahora nos hubiera hecho chocar en un corto circuito. Esther retrocede, y yo trago saliva. Todavía siento la frescura de su boca en la mía. Todavía mi paladar siente el sabor de su alma.

Nos miramos por varios segundos sin decir nada, hasta que soy yo quien decide romper el hielo.

—¿Qué ha sido eso?

Esther se acomoda el pelo detrás de las orejas, roja.

—Agradecimiento —dice nerviosa, sonriendo.

Yo también sonrío nervioso. Joder. Nunca me había puesto nervioso al besar a una chica. Pero es que ella no es cualquier chica. Esta nena se trata de mi hermana, y aunque Esthercita no lo sepa yo tengo una responsabilidad con ella, misma que he mandado al carajo para dejar que nuestros deseos se fundieran.

—Casi he ahogado a tu novio en la piscina ¿y tú me besas por eso? —No quiero sonar a reclamo, ¿cómo hacerlo?, si el beso me ha encantado, pero sí quiero que ella misma sea consciente de lo que acaba de suceder para evitar futuras culpas—. O sea que si lo llego a matar, por agradecimiento tú te acuestas conmigo, ¿eh?

Esther se pone colorada de las mejillas, y es también la primera vez que la veo sonrojarse así conmigo.

—Si te soy sincera no sé por qué lo hice —suspira—. Sólo sé que me nació y que si se repitiera el momento lo volvería hacer

Su confesión me hace sentir exaltado y orgulloso.

—Pero Kike, sí hay algo de razón cuando te digo que mi impulso fue por agradecimiento. Lo de defenderme nadie lo había hecho nunca. Al menos no de la forma tan genuina como lo hiciste tú. Además esta es la segunda vez que lo haces, la primera vez me defendiste de mi propia madre, y también por culpa de Esteban. Ese día me libriste de que me enviaran a un centro de rehabilitación. Pero si no te gustó mi beso... me lo puedes devolver.

Me echo a reír como un estúpido. Con gusto le devolvería el beso sólo para volverla a besar, pero hacerlo sería tanto como admitir que no me ha gustado, y la verdad es que he quedado embelesado al tener su boca, sus labios y su lengua conmigo.

—No me voy a quejar, brujilla... fue muy rico.

—Bueno —sonríe, y me doy cuenta que es demasiado hermosa cuando lo hace—, entonces me voy, súperman.

—Oye, brujilla, pero por favor no se lo digas a tu madre, ¿va?, valoro mucho mi vida.

Ella sonrío nuevamente con ternura.

—Mira, Kike, te juro que si en mí estuviera que mamá no se enterara de que por poco me dejas viuda antes de tiempo, te lo prometería, pero te aseguro que mañana a primera hora Esteban vendrá a casa y...

—No, no —sonrío, acariciándole su tersa mejilla—, yo me refería al beso. Lo que le hice a ese mamón me vale una mierda y no me arrepiento de nada: mucho menos me importa si Amelia se entera o no de eso, porque mi amenaza es real, si la maricona de tu novio vuelve a hacerte daño le cumpliré la amenaza que le hice.

—*I'm promise* —me dice en inglés, levantando su palma frente a mi cara.

—*Entendideishon* —respondo yo ante mis nulas facultades para la lengua anglosajona.

Esther se destornilla de la risa, y después, cuando se serena un poco más, para mi sorpresa lo hace de nuevo. Me toma de la cabeza como una dulce caricia, sus dedos se enredan entre mi pelo corto y me inclina hacia su boca de labios llenos y me besa. Esta vez duramos besándonos menos tiempo, pero el suficiente para que me ponga durísimo otra vez. Ella lo nota, sonrío coqueta y me mira.

—¿Y ese segundo beso a qué se debe, brujilla?

—Si de todos modos mamá no se enterará...pues, ¿qué más da?

—Cierto —sonríó cuando ella se aparta de mí, mirando de reojo y con deseo el enormísimo bulto que se me marca en la entrepierna—. Sueña conmigo, brujilla.

Ella asiente, y con sentimientos encontrados veo cómo Esther se quita los tacones durante el camino y se va descalza hacia su casa. Y yo me quedo embobado viéndola desaparecer, como un estúpido enamorado que ve su novia partir. Estoy que me vuela la cabeza...

No sé en qué documental vi algo sobre un estudio científico que decía que en algunas especies del reino animal las hembras suelen sentirse atraídas por el macho que es capaz de matar por ellas, o también por los que las defienden de otros depredadores.

Supongo que la reacción de Esther al besarme ha sido por eso. No veo otra razón para que me besara. A no ser que, sin yo haberlo visto antes, mi hermana haya estado sintiendo la misma sensación de atracción que yo he sentido hacia ella durante los últimos días.

Lo cierto es que ahora que me he tumbado sobre mi cama, me siento confundido, nostálgico y muy caliente: tan caliente que, con la verga en mano, no puedo dejar de pensar en Esther...

Tampoco puedo dejar de pensar en Amelia, ¿qué mierdas me está pasando?

Me despierta el sonido de la notificación de un mensaje de WhatsApp que me ha enviado Amelia. Me incorporo, bostezando, y recuerdo lo que ocurrió ayer tanto con ella como con Esther. ¡Vaya día tuve!

—*Kike, levántate, que tenemos que hablar.*

—Son las cinco y media de la mañana, Amelia —le escribo con mala cara.

—*La gente disciplinada se levanta a esta hora* —*contesta.*

—La gente disciplinada se levanta una hora después.

—*Vamos, flojo, levántate y vamos a correr, después buscamos una cafetería para tomarnos un chocolate espumoso con una empanada de dulce de leche, para recuperar energías.*

—Para ser nutrióloga y la directora de la facultad de nutrición, tus dietas matutinas son una mierda. Podrías matar a un diabético si te lo propusieras —me burlo.

—*Come mierda, entonces* —me escribe.

Me echo a reír. Puta vieja. Hacerme levantar a esta hora para ir a correr... con el pretexto de que tiene algo que decirme que no me puede decir más tarde es una tortura.

—¿Se puede saber qué es tan importante para que me levantes a estas horas de la madrugada para ir a correr?

—*Te lo digo después.*

—Merezco un adelanto después de que estés abusando de mí, haciéndome trabajar en horas impropias.

—*Eres un exagerado* —Contesta.

Y yo me pregunto si a mi querida Amelia todavía le arden las nalgas por mis azotes de ayer.

—¿Entonces?—le escribo, levantándome con dificultad.

—*Se trata de la fecundación in vitro con tu semen.*

Tuerzo un gesto. Creí que era algo más importante.

—¿Te arrepentiste de usar mis bendiciones para tu hijo, Amelia?

—*Todo lo contrario.*

—¿Entonces? ¿Qué me tienes que decir? Creí que lo teníamos ya todo hablado.

—*El tema es que quiero engendrar a mi hijo de forma natural, sin correr riesgos innecesarios a través de la inseminación artificial.*

Me quedo congelado cuando abro la puerta del baño y releo lo que me ha escrito.

—¿Y eso qué significa? —le escribo con los dedos temblorosos. Pero yo mismo me doy la respuesta sin necesidad de que ella me la diga: esta perra quiere que la preñe a cogidas. ¡Madre mía!

CAPÍTULO 11

“...quiero engendrar a mi hijo de forma natural, sin correr riesgos innecesarios a través de la inseminación artificial...”

No puedo dejar de releer el último mensaje que me ha dejado Amelia en mi teléfono mientras me dispongo a encontrarme con ella en el parque residencial que está a unos cuantos metros de su mansión.

La idea de que ella pudiera usar mi semen para fecundar un hijo por medio de in vitro que le asegure la herencia total de su marido ya me parecía un acto retorcido pero que al mismo tiempo excitante y perverso: pero el hecho de que ahora quiera gestar a su vástago “de forma natural”, según sus propias palabras, me tiene con el pito duro desde hace varios minutos sin saber realmente a lo que se refiere con ello.

—Para mí la forma natural en que se puede preñar a una hembra es cogiendo... ¿a eso se refiere Amelia? —me pregunto yo mismo en un susurro.

No tengo la seguridad de que realmente esa sea su intención, aunque no veo otra explicación. La mente de Amelia es sumamente maquiavélica (bastante tiene ya con idear engendrar un hijo y encasquetárselo a su marido) así que no puedo dar nada por sentado. Sí o sí tengo que escuchar lo que se propone antes de hacerme falsas esperanzas... Y cuando digo “falsas esperanzas” me estoy refiriendo exactamente a eso: a mi deseo permanente de querer fornicarla... ¡A mi propia madre!

Son las seis de la mañana cuando salgo de mi apartamento. En esta época todavía está un poco oscuro el amanecer. Aunque está fresca la mañana, me he puesto una camiseta sin mangas que se amolda perfectamente a mi musculoso torso. De pantalones me puse unos pantalones deportivos rojos, ajustados, tipo licra, para hacer ejercicio, combinados con un par nike negros que acabo de comprar hace tres días.

Mientras cierro la puerta de mi departamento me pregunto sobre qué probabilidades existe para que un bebé salga con una discapacidad cuando los que lo engendran son madre e hijo. Obviamente Amelia no tiene idea de nuestros lazos sanguíneos, y por eso se le ha ocurrido la excitante idea de que la preñe... ¿pero yo debo de seguir adelante con su absurda y a la vez caliente idea sabiendo las consecuencias?

En eso justo voy reflexionando cuando Urbano Manríquez, el viejo seboso y caniento que figura como el marido pusilánime de mi madre, me intercepta en el camino vistiendo un ridículo pantalón amarillo con el que está trotando alrededor de la piscina, según él, ejercitándose.

¿Qué puta manía tienen todos en esta casa de madrugar tanto?

—Hey —me grita el marido de Amelia—, ¿a dónde vas?

—Voy a correr al parque de aquí cerca —le digo sin mirarlo, andando rápido hacia la salida trasera de la casona porque no quiero hablar con él.

—Amelia también madrugó para ir a correr —me dice con su voz tosca y acusadora y entonces me detengo y lo miro—, bastante coincidencia, ¿no?

Él se ha detenido justo en el sitio donde anoche por poco ahogo al estúpido novio de mi hermanita, por intentar hacerla vomitar. Respiro y lo sigo observando.

—¿Qué es lo que le parece “bastante coincidencia” señor? —trato de mostrarme respetuoso, cuando la realidad de las cosas es que lo odio por haberse robado a mi madre cuando yo era

apenas un chiquillo.

—No me andaré con rodeos, gato igualado —me dice, insultándome—, sé que tú y Amelia tienen una clase de relación que está traspasando su relación laboral.

—No sé de qué habla, señor —respondo cortésmente.

—No te hagas pendejo, muchacho: tú eres de la clase de vividores que cree que portándose “cariñoso” con sus patronas va a conseguir más de lo que merece.

—Sigo sin entender, señor.

—Mírate, pendejo: cuando llegaste a esta casa eras un donnadie, un muerto de hambre. Ahora ya hasta vistes ropa de marca y miras a todo el mundo como si nadie te mereciera.

Enarco una ceja y empuño mis manos para reprimir las ganas que tengo de partirle la cara en dos.

—¿Qué es lo que eres, gato? ¿Un gigoló que se prostituye por dinero?

Me digo mentalmente que cada ofensa que me está lanzando me la pagará con el triple de su valor.

—¿A caso tus padres no te enseñaron a vivir dignamente, como un hombre honesto y con valores?

“No, no me lo enseñaron” grito mentalmente “porque mi padre se convirtió en un alcohólico de mierda cuando mi madre me abandonó por tu culpa, destino que yo mismo haré que se replique contigo, y respecto a ella... mi progenitora, decidió dejarme justo para vivir como la reina que es ahora.”

Y sin embargo, en voz alta no le respondo nada. Sólo lo miro desafiante, y me obligo a retroceder antes de tirarlo a la alberca y ahogarlo hasta que el agua le salga por el culo.

—¿No respondes nada, pedazo de mierda?

—Lo único que le puedo decir, señor, es que no entiendo por qué no me ha echado de su casa si piensa que yo estoy... haciendo “cosas” raras con su esposa.

Pero en el fondo claro que sé por qué no me ha echado: él no lo ha hecho porque después de todo no tiene las agallas. Amelia es la que lo domina, la que manda en esta casa, la que lo tiene convertido en el imbécil que es. Ese maldito cornudo sí es un pusilánime de mierda, no yo.

—... porque no tengo pruebas de nada, aunque lo presiento —escupe el cabrón seboso—, pero escúchame bien, prostituto de mierda: te advierto que te mantendré vigilado. Como confirme mis sospechas, te juro que te voy a destruir.

Lo miro con una expresión de fingida sorpresa, y el viejo continúa:

—Por si no lo sabes, y por mucho músculos que seas, tú no tienes ninguna oportunidad con ella, ¿y sabes por qué? Porque mi mujer y yo vamos a tener un hijo.

“Con esperma mío idiota” pienso con gracia, y sonrío diabólicamente para hacerlo enfadar. Él no se imagina la razón por la que me estoy burlando de él.

—...así que te advierto, muchacho, ¿Kike es como te llamas?, te advierto que si descubro que de verdad estás intentando sacar provecho de mi esposa, te vas arrepentir.

—A la orden, señor —contesto en tono de burla y me voy.

Encuentro a Amelia trotando en mi dirección en un complejo arbolado cuando la luz del amanecer ya ilumina al mundo y especialmente la majestuosidad de su cuerpo voluptuoso que se contonea y vibra sobre sí. Trae puesto un sexy conjunto gris de top y leggings que se ciñe escandalosamente en su blanquísimo cuerpo y que perfecciona su figura de manera casi cardiaca.

Cuando nos encontramos noto que sus candentes caderas anchas se contonean seductoramente, mientras sus duras tetas gordas saltan de arriba abajo dentro de un top que le deja su vientre plano al descubierto.

Su cintura es la precisa de una nutrióloga exitosa, estrecha y muy estilizada. Y ella tan hermosa, una diosa perfecta, una belleza muy acorde a su edad.

“Mierda, ¿cómo esta perra puede estar tan buena después de los cuarenta años... y al mismo tiempo ser mi madre?”

Su rostro fiero es hermoso aun sin no lleva una gota de maquillaje. Sus ojos claros me estudian de arriba abajo, deteniéndose especialmente en mis musculosos brazos y el bulto que se me hace en la entrepierna.

—Te tardaste mucho —enfatisa deteniéndose delante de mí, pero sin dejar de saltar sobre su propio eje, provocando que sus tetotas enormes sigan rebotando de arriba abajo sugestivamente, como si intentara provocarme. Me relamo las manos y ella sonríe.

Mi verga reacciona saltando debajo de mis pantalones.

—Lo siento, pero tu marido me entretuvo mientras me amenazaba con destruirme si no me alejo de ti.

Amelia deja de saltar y yo me entretengo viendo las últimas vibraciones de sus hinchadas mamas, que poco a poco van deteniéndose en sus movimientos.

—¿Urbano? ¿Amenazándote a ti? —veo que sonríe burlona, mientras espera mi respuesta.

—Cree que tú y yo somos amantes, y que nuestra relación gira en que yo te saque tu dinero.

La malvada mujer suelta una risotada que hace que nuevamente sus tetotas de perra caliente tiemblen.

—¿Y tú qué le dijiste? —me pregunta cuando deja de reír. ¿Qué es exactamente lo que le parece tan gracioso?

—No me atreví a responderle nada —me encojo de hombros—. Después de todo en algo tiene razón, ¿no?, te estoy sacando tu dinero y al mismo tiempo ya hasta me masturbaste y yo te estrujé las tetas el otro día. Así que no pude responderle nada más: al final le vi un par de cuernos en la cabeza producto de lo que hicimos y me dio pena.

—Eres un cabrón —me dice ella con una extraña expresión en el rostro que parece el de alguien que se siente orgulloso de ti.

—Lo sé —digo con cinismo—. ¿Entonces? —le digo a Amelia—, ¿hablamos ya del temita ese?

—No —responde, relamiéndose los labios mientras vuelve a clavar sus ojos en mi entrepierna—. Terminemos primero la rutina. El ejercicio fortalecerá tus espermatozoides.

—Querida Amelita, mis espermatozoides están tan fortalecidos, que te aseguro que cuando te rellene las entrañas con ellos, con suerte te planto unos trillizos.

Amelia sonríe morbosamente mientras veo el sudor que se ha formado entre el canalillo de sus tetas y que resbalaba lentamente hasta el interior de su top.

—Vente, vamos a seguir corriendo —me dice.

—Vamos, entonces —le digo—, pero tú ve por delante.

Ella ríe, y quizás lo hace porque sabe que mi intención es verle su enorme culo mientras yo corro detrás. Así que reanudamos el trote. Amelia va más rápido que yo y en cada salto veo cómo sus nalgas duras y grandotas tiemblan debajo de sus mallas. Ella sabe que yo la observo, y la muy perra a propósito se contonea. Cada vez que trota se asegura de mover su enorme culo de manera que una nalga bote sobre la otra, y que de vez en cuando la tela se clave entre sus dos nalgas.

—Pffff —suspiro al ver eso.

Gracias a los leggings grises que lleva me es muy fácil advertir que tiene una mancha muy húmeda en su entrepierna que incluso le ha pasado hasta las nalgas. ¿Se ha puesto cachonda la muy perra, sabiendo que yo le estoy morboseando su puto y enorme culo?

Estoy tan caliente que podría sacarme el falo de mis pantalones y masturbarme mientras trotamos. Pero me obligo a no darle la satisfacción de que me tiene tan caliente y me dedico a imaginar mi lengua clavada entre sus dos nalgas mientras trotamos durante los siguientes quince minutos.

Después, veo que Amelia se sale de la vereda por donde hemos estado trotando y se dirige a la acera de enfrente, entrando a un exclusivo café regiomontano, al que me hace una seña para que la alcance.

Luego volvemos a salir y nos sentamos en una de las mesas del exterior. Ella pide chocolate espumoso para los dos y un par de barras integrales con relleno de fresa. Como siempre, con su puta actitud de mandona.

Amelia al principio no dice nada. Saca su teléfono de uno de sus bolsillos y se mira el rostro a través de su propia cámara. Cuando se da cuenta de que está perfecta, como siempre, me mira, con el mismo gesto inexpresivo de siempre. Decido ser yo quien inicie la conversación:

—¿Entonces, Amelia? ¿Cómo convencerás a tu marido del nuevo método que quieres para procrear?

—No te preocupes por eso, Kike, yo me encargaré de todo.

—Lo que yo pregunto es si no crees que le parecerá raro que ahora quieras tener sexo convencional con él para tener un bebé. O sea, ¿qué caso tuvo hacer todo el procedimiento anterior de ir al laboratorio y recolectar una muestra de semen, si al final terminarías queriendo coger con él? Además, me has dicho que el químico ese es muy amigo de tu marido, y que por si fuera poco, desconfía de ti. A lo mejor no se creará eso de que ya no quieres el procedimiento in vitro.

—Nadie dijo que le diría a mi marido sobre mis deseos de cancelar el método de inseminación artificial. Simplemente una de estas noches me meteré a su cama, lo incitaré para que tengamos sexo, y luego, previo a la cita para el procedimiento in vitro, ¡tarán!, nos llevaremos la sorpresa de que ya estoy embarazada.

—¿Y así de sencillo y ya?

—A ver, Kike, me parece que no has entendido que parte de ser mujer es que somos capaces de manipular a los hombres a nuestro antojo.

Su seguridad me cala y me hace odiarla más.

—Te noto muy confiada, Amelia, pero te sugiero que no estés tan segura de que todo te saldrá según lo previsto.

Amelia me desafía con la mirada. Da un trago al chocolate caliente y le queda espuma en sus gruesos labios. Cuánto querría limpiárselos con mi lengua.

—Todos mis planes me funcionan siempre, Kike. Para ejemplo de ellos estás tú mismo. Estás aquí, frente a mí, cuando ayer, por digno, querías irte de mi casa.

Maldita perra, ¿así que cree que yo estoy a su servicio?

—Estoy aquí porque se me dio mi puta gana, Amelia, no porque tú me lo exigieras. Tu marido tiene razón en que quiero sacarte todo el dinero que pueda, antes de marcharme. Así que mejor nos quitamos las caretas de una vez y nos decimos todo tal cual es.

Amelia se recoge la espuma con la lengua como si fuera el esperma caliente con el que yo le ensucié la boca la última vez.

—El punto es que estás aquí, Kike. Y es así porque yo quiero que sea así. De lo contrario a estas horas estarías de regreso a la pocilga donde vivías.

¡Hija de puta! ¿De verdad cree que tiene dominio sobre mí? Ya lo veremos, cabrona.

—Veo que estás muy confiada de que me puedes manipular a los hombres a tu antojo Amelia, y que yo haré todo lo que me pides cada vez que se te pegue tu gana sin rechistar.

—Aunque no te guste eso es exactamente lo que está sucediendo, Kike. Tú estás haciendo todo lo que yo quiero que hagas. Después de todo, yo estoy pagando por tus servicios, y como tal, tú me tienes que obedecer. Ah, y por favor, pendejito, no creas que he olvidado los dolorosos azotes en las nalgas que me diste ayer. Ya encontraré la forma de vengarme por eso.

Al recordar cómo le dejé el culo de rojo y dolorido me echo a reír:

—Pensé que no te podrías sentar después de las nalgadas que te puse, Amelia, pero veo que sí lo has conseguido.

—Una humillación por la que no estoy dispuesta a perdonarte, ¿eh, imbécil?

—Pues para estar tan disgustada, ayer casi gemías como puta mientras te azotaba el culo.

—Fíjate bien cómo me hablas pendejo. Que esté teniendo consideraciones contigo no significa que voy a pasar por alto que me agredas verbal o físicamente.

Por algunos minutos nos dedicamos a mirarnos profundamente mientras nos devoramos el chocolate y la barra, y luego, cuando lo encuentro conveniente, le digo:

—A qué te refieres cuando dices que quieres engendrar al bebé de forma natural. Quiero decir... ¿tú estás pidiéndome que tengamos sexo?

En ese momento Amelia suelta en risotadas. Escupe el chocolate en la mesa y se parte de risa. Algunas personas que van pasando por la vereda nos miran y yo me quedo congelado ante su reacción:

—¿De qué estás hablando, cabrón? —dice casi sin aliento, pues no ha podido parar de reír—. Me parece que te estás confundiendo.

—Explícate entonces —le digo ofendido—, porque francamente no te entiendo.

—¿En serio tú pensabas que me ibas a coger? —se sigue burlando—... no cabrón, jamás en tu puta vida podrás cogerte a una mujer como yo.

La rabia que siento es tal que podría asfixiarla en este preciso momento. Trago saliva y empuño mis manos sobre la superficie de la mesa.

—Cuando me refería a que quiero tener un bebé de forma natural más bien estaba pensando en que no quiero que un médico meta un tubo delgado y flexible dentro de mi útero, a través del cuello uterino, a la vista de un montón de enfermeras, y estado yo en un hospital, mientras usa una pequeña jeringa para insertar tu esperma a través del tubo directamente dentro de mi útero... ¿comprendes o te lo explico con manzanas?

Amelia se acomoda las tetas debajo de su top, y continúa con su explicación.

—Más bien quiero que mientras yo estoy delante de ti, preparándome, con mi vagina desnuda

ante tus ojos, estimulándome para el procedimiento, tú te masturbas y depositas tus espermias en un tubo de ensayo, para luego, finalmente yo verterlo dentro de mí.

Debo de haber puesto la cara más tonta y ridícula del mundo, porque cuando la perversa de Amelia me mira no puede evitar echarse a reír de nuevo.

—Pero... Kike... ¿por qué pones esa cara de póker? Cualquiera diría que estás desilusionado, ¿de verdad pensabas que yo dejaría que me cogieras? Con lo que me hiciste ayer, azotándome el culo, y con lo que me hiciste la última vez, estrujándome los pechos mientras me obligabas a masturbarte... ten la seguridad de que esta vez no dejaré que me toques ni con un palo.

—¿Te estás divirtiendo con tus payasadas, no, Amelia? Asumes que yo tengo ganas de cogerte, como si no pudiera cogerme a cualquier puta que se me ponga delante de mí, y que obviamente estaría más buena y deseable que tú.

De pronto Amelia cierra la boca, un tanto indignada. Seguramente quiere decirme algo, pero yo la interrumpo, diciendo:

—No, Amelia, no estoy enfadado contigo por lo que has tratado de insinuar. No quiero cogerte —miento—. Pero por dinero soy capaz de lo que sea, incluso de masturbarme delante de mí, mientras tú estás en una cama, frente a mí, con las piernas abiertas y con tu coño babeando, para darte los espermias que el pocos mecos de tu marido no te puede dar.

—Pero Kike...

—El trato es el siguiente, Amelia: vas a darme el 25% más del dinero que habíamos acordado antes, y además de eso, una mensualidad de por vida. Además de eso, yo también tengo una condición que quiero que cumplas ese día si quieres tener acceso a mi semen.

Amelia se ha puesto tan roja de ira como si fuese un volcán a punto de explotar. Incluso sus tetas se ven más hinchadas que antes por el coraje:

—¿Estás tratando de ordenarme cosas, Kike, tú, a mí?

—No es negociable, Amelia, o lo aceptas o lo dejamos aquí. Supongo que para ti no es nada darme ese 25% más del dinero que habíamos acordado junto a la mensualidad vitalicia, con la cantidad de millones que vas a obtener en cuanto te deje preñada.

—¡No se trata del dinero, Enrique, sino del hecho de que creas que tú puedes ordenarme cosas a mí!

—Pues no sólo te estoy ordenando, sino que te estoy exigiendo que cumplas con cada cosa que te pido, incluyendo mi condición.

—¿Condición? —se levanta abruptamente, y tras un gesto de autoridad de mi parte, ella vuelve a sentarse en su lugar—, ¿de qué puta condición hablas tú, muchacho cabrón?

—Mi condición es más simple de lo que puedas imaginarte, Amelia. Sólo quiero que te vistas como puta para mí el día que te vaya a inseminar.

—¡¿Qué?! —exclama echando humo por las orejas—.

¿Te has vuelto loco? ¿Quién carajos crees que soy yo para que me pidas algo así?

—Necesito excitarme, Amelia —le digo con una sonrisa perversa.

—¿Y te parece que yo... así como estoy... no soy lo suficientemente atractiva para... eso? ¡Te he dicho que me desnudaré delante de ti! Mientras te masturbas, yo estaré recostada, con las piernas levantadas y abiertas. Incluso me estaré tocando la vulva para estimularla y lograr que se abra, para no sentir dolor cuando me viertas el tubo en mi hendidura, ¿entonces cómo te atreves a insinuar que no vas a estar excitado?

—La última vez necesité tocarte las tetas gordas y duras que tienes Amelia, mientras tú me masturbabas. Pero dado que esta vez no quieres que te toque, entonces quiero eso a mi favor: que

te vistas de puta para mí, lo más putota y vulgar que puedas verte para mí.

—¡Estúpido cabrón! —grita delante de todos.

Me alegra saber que he golpeado directamente en su ego. ¿A caso esta perra piensa que sólo ella puede minimizarme como hombre y yo no puedo hacer lo mismo contra ella? ¡Loca de mierda!

—Pues tú creías que yo quería cogerte, ¿no, Amelia?, incluso te burlaste de mí pensando que me ofendería porque “no podré tocarte ni con un palo” pues aquí lo tienes. Para poder masturbarme y llenarte de mecos, necesito sí o sí que te vistas para mí como una puta, y si es barata, mejor. Necesito estar excitado para hacer este trabajito y a mí me excitan las putas. Es justo ¿no? Yo no te toco pero tú me cumples el capricho y te disfrazas de puta. Que de todos modos no te vas a esforzar mucho.

—¡Eres una hijo de puta! —grita, me echa encima el resto de chocolate que tenía en su taza y se marcha corriendo.

—Sí —murmuro sonriendo mientras la veo marcharse, sabiendo en mi interior que yo soy precisamente hijo suyo—...soy hijo de una de las madres más putas que alguien podría conocer.

Cuando llego a casa noto que Amelia se ha marchado a la universidad sin mí, que soy una especie de chofer y escolta suyo. En otro momento me habría asustado el hecho de pensar que me iba a echar de su casa. A como están las cosas, sé que no lo hará. He descubierto que haga lo que haga, y la ofenda como la ofenda, ella no me correrá.

No entiendo bien a qué se debe la obsesión que tiene conmigo. ¿Es porque la excita mi forma dominante hacia ella? ¿Es porque, al estar ella acostumbrada a mandar y hacer siempre su santa voluntad, ahora mismo ese balance que ha encontrado conmigo la tiene cautivada? O es simplemente ese famoso dicho que dice que “la sangre llama” y sin que ella sepa el por qué, siente una gran conexión conmigo que la hace incapaz de apartarme de su lado... porque soy su hijo.

Sea cual sea la razón, me doy una ducha para limpiarme la suciedad que la golfa me dejó encima.

—Loca, estás bien pinche loca Amelia —me digo mientras me ducho y me acaricio el falo pensando en cómo será verla vestida de puta, abierta de piernas, con su coño rosado frente a mí, completamente mojada, mientras yo me masturbo—, pero me fascinas... y aunque digas lo que digas... te juro que te voy a coger...

Al mediodía mando llamar a la jamona de Odalia, la fiel sirvienta de mi madre, y hago que se arrodille ante mí y me chupe la polla y los huevos como ella sabe hasta que consigo descargarle en sus enormes tetas, que tiemblan deliciosamente y se los mojo con mi leche. Luego ella se los traga con su propia lengua. Ella es tan tetona y pezonuda, que con solo levantárselas con las manos le llegan a la boca para absorberlas.

—¡Uffff... que rico Odalia...!

He estado tan caliente y tan cargado por todo este tema del “embarazo de Amelia”, que ya no podía con la tremenda carga en mis huevos. Por fortuna aquí está disponible siempre Odalia, que siempre está tan feliz y dispuesta a complacerme, pues sabe que lo nuestro es algo verdaderamente excepcional, dado que le parece imposible el hecho de que un tipo musculoso como yo se pueda excitar estando con alguien como ella.

Me pregunto por qué no ha venido Esther, mi hermana, a verme. Tal vez piense que me he ido a trabajar con su madre. Desde nuestro beso de anoche no puedo dejar de pensar en ella. Es tan hermosa... tan terriblemente sexy, y a su vez está tan perdida... tan vulnerable que sé que me necesita. Ella no puede ser parte de mi venganza, porque mi hermana preciosa es sólo una víctima más de las perversidades de nuestra cruel y golfa madre.

Como pensaba, siendo las cinco de la tarde, Amelia ha venido a mi apartamento con la cola entre las patas, y cuando entra (sin llamar a la puerta, como siempre) me observa con una mirada de furia y resignación con la que parece estar en bastante conflicto. Lleva puesto una blusa blanca que destaca en sus tetas y una falda de tubo negra, ejecutiva, con unos tacones de plataforma que la estilizan y la hacen lucir muy sexy.

—Hace rato mi hija me dijo lo que hiciste por ella anoche, cuando la defendiste de ese pendejo de mierda. —Me levanto de la cama, donde estaba echado desenfadadamente, cuando me lo dice. Supongo que Esther no le habló de nuestro beso en absoluto, o a estas horas yo estaría ardiendo en leña verde—. No pensé que Esteban podría llegar hacer un tipo tan... tan...

—Tan perro e hijo de las veinte mil putas —le digo yo—, un maricón de mierda que está advertido sobre lo que le ocurrirá si vuelve a hacer que tu hija vomite.

Ella me observa con sospecha, como preguntándose si hay algo más en mis intenciones al haber defendido a Esther, así que intento dejarla tranquila, diciendo:

—A pesar de lo que creas, Amelia, te soy leal, y cuidar a tu hija se ha convertido en uno más de mis servicios para ti. Yo seré tu escolta y el suyo, y las defenderé.

—Bueno... —dice satisfecha—, te agradezco por eso.

—No me lo agradezcas, mejor manda a la mierda a ese miserable pingüino, que lo único que le traerá a tu hija serán problemas y sufrimientos.

—Ten la seguridad de que si estuviera en mis manos lo haría, Kike, pero hay en juego mucho dinero, y una separación de esta magnitud, nos jodería a todos.

—¿Te importa más el puto dinero que la felicidad de tu hija? No puedes ser tan... —Pero no me animo a terminar mi frase.

—Una cosa es que te agradezca por lo que hiciste anoche por Esther —me dice ligeramente irritada—, y otra muy distinta que te metas en asuntos que no te incumben. Tú no eres de mi familia, ¿entendido?

“Claro que lo soy. Yo soy tu hijo, tu primogénito”

—Pues si solo viniste a darme las gracias, Amelia, ya te puedes retirar.

—Primero: yo estoy en mi casa, así que yo me voy cuando se me hinchen los ovarios —me dice enfadada—, y segundo... también vine a decirte que acepto tu ridícula petición: me vestiré como tú quieras que me vista. Así que dime, ¿qué clase de ropa quieres que me ponga?

No puedo evitar dedicarle una mirada perversa y una sonrisa de satisfacción. La perra se irá enseñando poco a poco a que yo también consigo todo lo que me propongo.

—Vamos a una sex Shop y yo elijo lo que quiero que te pongas. Al fin y al cabo paga tu marido ¿no?

—No se te olvide que yo también gano mi propio dinero, Kike —me dice ella indignada.

—Sí, lo sé, pero esta vez quiero que compres tu traje de puta con algunas de las tarjetas que te da tu marido. Esta mañana me ofendió, no se te olvide, y quiero desquitarme al menos con eso.

Ella sonríe maliciosamente.

—¿No te basta con saber que me vas a preñar y que él mantendrá ese hijo pensando que es suyo?

No sé qué me excita más, que me diga que la voy a preñar, con un término con el que uno piensa en las perras, o el hecho de que en verdad me da mucho morbo saber que haré que otro tipo mantenga un hijo mío.

—No, no me basta. Quien me la hace, me la paga al triple —Ella se muerde un labio, como excitada, y dice:

—Si no fueras tan engreído, tan vanidoso y tan pedante, podrías gustarme de verdad. Eres tan perverso.

—En eso último nos parecemos —susurro, y ella sonríe.

—Sin embargo, pendejito, estás completamente loco si piensas que yo iré contigo a una tienda de sex Shop.

—De hecho no era una petición. Te lo estoy ordenando.

Amelia rompe en carcajadas.

—Ve a darle órdenes a tu puta madre.

Me echo a reír mientras susurro, sin que ella oiga:

—Justamente lo estoy haciendo.

—¿Qué dices?

—Nada. Sólo digo que no te pongas remilgosa y vayamos por tu ropita de putona.

—Ya te dije que no.

—¿Crees que te estoy pidiendo demasiado, Amelia?

—Lo que creo es que te estás pasando de listo conmigo. Y no te lo voy a tolerar.

—Estás impuesta a hacer tu puta voluntad, Amelia. Pero ya llegó el hombre que te va a poner en cintura... eh, eh... cuidadito y me pones una mano encima porque te irá peor que ayer. Te dije que la próxima vez además del culo también te iba a azotar las tetas.

—Eres un puto vulgar y corriente, Kike.

—Como sea. Pero si quieres mi lefa entonces vamos por tu ropita.

—¿Sabes que aún estoy a tiempo de buscar a otro hombre que me dé su semen? Si se me da la gana te mando a la mierda y te quedas sin casa y sin dinero.

—Y tú te quedas sin mi leche. Porque vamos a ser sinceros Amelia, tú quieres que sean mis espermias y no los de otro los que te preñen. Yo cumplo cada una de las características que buscabas para el padre de tu hijo.

Amelia taceo hasta mí, contoneando sus caderas seductoramente. Su perfume me penetra en lo más hondo de mi nariz. Luego, cuando está a dos pasos de distancia de donde estoy yo, hace algo que me deja terriblemente sorprendido y muy cachondo:

—Si no fuera por esto que tienes entre las piernas, hijo de puta —me dice, apretándome mi durísima verga que está horizontalmente acomodada debajo de mi pantalón—, hace mucho que te habría mandado a la mierda.

Su mano apretándome mi falo hace que éste tiemble y que ella lo note. El color zafiro tan azul y penetrante de sus ojos me hechiza, y yo solo quiero besarle esos labios tan mamables que tiene, quiero meterme entre sus piernas y estrujarle sus tetas. Pero me contengo.

—¿Entonces... vamos por tu ropita? —le sonrío, pidiéndole al destino que mi madre no deje de agarrarme el pene nunca más.

—No. Yo misma buscaré mi ropa de “puta”, como tú quieres, Kike. Rentaré una habitación en un hotel, y tú llegarás allí. Cuando lo hagas, te estaré esperando allí dentro... vestida sensualmente... usaré mi mejor perfume... mi mejor lencería, y el mejor vino para celebrar. Ese día, Kike, te quiero bien vestido, quiero que te me antojen. Porque vamos, ya te he dicho que no quiero que me toques... pero no sé... a lo mejor al verte, si me pones sumamente caliente, cambio de opinión... Y entonces no tendrías que dejar tu semen en un tubo de ensayo... sino directamente en mi recipiente vaginal... tu verga completamente erecta y dura... deslechándose

dentro de mí hasta que me empaches.

Estoy tan caliente que Amelia ha abierto los ojos al sentir la dureza y longitud de mi enorme verga.

—Veo que te gusta la idea, ¿verdad pendejito? —me dice, frotando por arriba de mi pantalón mi miembro, apretándolo de vez en cuando para mi mayor placer.

Evito darle la satisfacción de afirmar su aseveración, aunque de todos modos es más que evidente que me fascina la idea, por la dureza de mi miembro. En lugar de eso le pregunto:

—¿Y cuándo será eso, Amelia?

—El día 15 de este mes... —responde—, porque ese día estaré ovulando completamente, y estaré en mis días más fértiles...

Cuando me dijo aquellas palabras creí que sería eterno que llegara ese día... Pero tras una semana... heme aquí, entrando a un lujoso hotel de la metrópoli de Monterrey, en San Pedro, para ser exactos.

—Habitación 986 —me dijo, y entiendo que se trata de una suite.

A pesar de lo cabrón y cogelón que he sido, follando mujeres por montones durante toda mi vida, hoy estoy temblando mientras ingreso al ascensor que me llevará a donde me espera Amelia... mi propia madre, dispuesta a que la preñe.

Y estoy algo nervioso, pero estoy seguro que en cuanto la vea vestida como puta, Ufff... todo arderá.

—Pasa —dice la seductora voz de Amelia cuando se abre el ascensor que da directo a su habitación.

CAPÍTULO 12

Hoy voy a preñar a la puta de mi madre.

Esto es curioso. A lo mucho me he cogido a varias maduritas calientes, de esas insatisfechas por sus maridos que te encuentras en la calle o en el gimnasio, en burdos moteles de paso, entre más burdo más discreto, decían ellas, con las cuales creí haber conocido la gloria.

No hay nada más rico que fornicar con mujeres que saben lo que quieren. A diferencia de una niñata, una madura sabe hacer de todo, le gusta el sexo sucio, rudo y apasionado, y, sobre todo, ama ser tratada como zorrita.

Y lo sarcástico del asunto es que a pesar del gran historial de milf que tengo en mi repertorio, esta vez, estoy por cogerme a la hembra más hermosa que he conocido en mi puta vida, (que dicho sea de paso es la mujer que me trajo al mundo, aunque ella no lo sabe) en el hotel más lujoso de San Pedro Garza García, la ciudad con el per cápita más alto de América Latina. Y estoy que me carcomen los nervios en las venas.

Es como si a Amelia no le importase que su marido descubra en las facturas de las tarjetas, que ella, su esposa, alquiló una lujosa suite y no precisamente para rezar el rosario, sino para encontrarse con su joven amante, que hará de veces del semental que procurará preñarla para engendrar a un hijo para fines sumamente maquiavélicos.

Y esta es una grandiosa oportunidad. Mi intención ha sido durante todo este tiempo arruinarla.

Sin embargo, mientras me dirigía al hotel se me ocurrió una idea mucho más siniestra: la dejaré preñada, esperaré que nazca el bebé, y me aseguraré de que bauticen al pequeño o pequeña al tercer mes de nacido, como lo hicieron conmigo. Aguardaré cauteloso un momento especial durante la fiesta para, ya sea en público o en privado, entregarle a Amelia y a su marido una caja de regalo a cada uno.

Dentro de la caja de regalo del cornudo encontrará una prueba de paternidad que indique que su supuesto hijo en realidad es mío, por lo que intuirá (como ya lo estará sospechando desde siempre) que su mujer le ha estado poniendo los cuernos conmigo.

Mientras el cornudo echa espumarajos por la boca gracias a la impresión, Amelia estará descubriendo dentro de su caja de regalo el ropón, la biblia, el cirio, y la fotografía donde aparecen ella, mi padre y yo, del día de mi bautizo: mismos objetos que tengo en mi antigua casa.

¡Bingo...!

Allí Amelia descubrirá que el tipo al que se ha estado cogiendo, y que la preñó, y que ahora es el padre de su nuevo bebé... es su propio hijo, al que abandonó, junto a su ex marido, para largarse con su actual cornudo.

Ya sé, ya sé... suena todo a una escena de telellorona de televisa, incluso muy dramático todo... pero ese es justo el punto, ridiculizar todo este momento en perjuicio de este par de cabrones que me arruinaron la vida y de paso mataron de depresión a mi papá...

A lo mejor para entonces mi hermana Esther, la única inocente entre tanta porquería, ya se habrá enamorado de mí, ya habrá abandonado a su puto pingüino de mierda, y será el momento propicio para irnos juntos... hasta el infinito y más allá, como diría Woody, ¿o era Buzz

Lightyear?

Pero para que todo eso sea real, primero tengo que pasar por este momento que viene ahora... que se trata de nada más ni nada menos que de inseminar a la zorra de mi madre.

La suite es enorme. Es más grande de lo que habría esperado. Más grande, incluso, que la casa donde solía vivir. A reserva de una puerta gris y brillante que figura en la esquina de la estancia y que seguramente debe de llevar hacia el baño, el resto del gran rectángulo habitacional está compuesto por grandes muros de cristal de vidrio unidireccional desde donde se observan los enormes edificios de nuestro alrededor.

Aunque es mediodía, el exterior está oscuro por las nubes renegridas que anuncian una tempestad. La ciudad sampetrina luce semioscura, como si se avecinara una tormenta que dota a la atmósfera de un ambiente febril y erótico. Como si la propia naturaleza se hubiera convertido en nuestra cómplice y hubiese preparado este entorno exquisito para mi encuentro con Amelia.

Incluso se han activado las luminarias en algunos puntos de la ciudad. Pero en lo que concierne a la suite, Amelia se ha asegurado de que la luz interior sea discreta y que enfatice una sensación sensual y sombría.

—¿Amelia? —digo como un susurro, recorriendo con la mirada el ámbito.

Al fondo de la suite se puede apreciar un jacuzzi de gran tamaño, que se vislumbra encendido y con luces neones que remarcan el burbujeo de la espuma blanquecina. A su lado, como a tres metros, hay una cama enormísima con sábanas blancas y almohadones esponjosos a juego. En el centro de la estancia hay una sala de estar con muebles que a simple vista parecen muy finos, suaves y espaciosos, y a su lado una hielera donde parece haber un puñado de cervezas y una botella de vino.

Hay música suave muy estimulante que endulza mis oídos. Entonces, cuando el ascensor se cierra detrás de mí, mis pupilas se clavan automáticamente en el muro que da hacia el oriente de la suite, donde observo una figura femenina que me da la espalda mientras ella mira con curiosidad hacia el firmamento renegrido.

Al principio tengo dudas de que se trate de mi jefa, porque la mujer que tengo delante tiene una cabellera larga, hasta la cintura, bastante rubia y ensortijada, que no se parece en nada al cabello corto tipo carre platinado al estilo Targaryen que suele lucir Amelia: pero cuando la escucho hablar, con su tono frío y determinante, confirmo que se trata de ella, y que quizá lleva puesta una peluca.

—Toma una cerveza para que te refresques. Y, por cierto, llegas cinco minutos tarde, Kike.

Avanzo lentamente hacia el centro de la estancia y hago lo que me ordena. Tono una botella de la hielera, le quito la tapa y me la tomo toda de un trago. A pesar de la oscuridad de afuera, tengo calor. Necesitaba una chela dentro de mi cuerpo.

Luego miro de nuevo hacia la figura que me da la espalda, y con gran excitación consigo ver que la deliciosa y tremenda mujer está de pie, con exquisita lencería negra de seda pegada a su cuerpo, sobre un par de tacones altos de aguja que estiliza delicadamente las formas amplias y voluminosas de sus caderas.

—Lo siento, pero me entretuvo la recepcionista, no fue mi culpa, sorry —contesto con un tono apenas audible, tomándome otra cerveza de otro trago.

Después, dejando la botella en la mesilla redonda, decido contemplar sus deliciosas pantorrillas y sus carnosas piernas que están forradas por un par de medias negras que a simple vista parecen tener la más suave de las sedas. La tela, aunque es negra, es tan transparente que puedo percibir el tono claro de su piel.

El esbozo del remate de las medias termina en la parte alta de sus gordos muslos blancos con un bonito diseño de encajes que se adhieren a sus carnes.

—Llegas cinco minutos tarde, Kike —reitera ella con firmeza, y tras darle una calada a un cigarrillo de aroma mentolado que sostiene en su mano derecha, y expulsar el humo sobre el cristal, dice—: y a mí me gusta la puntualidad inglesa. Abomino la irresponsabilidad de mis perros. Lo detesto soberanamente.

—Yo no soy tu perro —le contesto a la defensiva, indignado, y camino hacia ella, pero manteniendo la distancia—, en cambio yo, hoy sí que te haré aullar como una perra... Como una pinche perra en brama.

Escucho una risita burlona de Amelia que me desafía, y luego ella flexiona su rodilla izquierda, cargando todo su peso en esa postura. Sus deliciosas nalgotas gordas y duras se balancean con el movimiento, y entonces, excitadísimo, me doy cuenta de que tiene puesta una tanga negra cuyo minúsculo hilo está enterrado entre sus dos enormes y firmes glúteos.

—No se te olvide nunca que todos los que comen de mi mano son mis perros, Kike —contesta ella con un tono soberbio y egocentrista en su entonación—. Y tú eres mi perrito faldero favorito. ¿No te has dado cuenta de que siempre terminas haciendo lo que yo quiero, putito?

¿Putito? ¿Me ha dicho *putito* la bitch? Farfulto. Amelia siempre consigue sacarme de mis casillas con sus palabras arrogantes e hirientes. Odio cuando se pone en modo de perra prepotente. Odio su puto orgullo de mierda. Odio que menosprecie a las personas. Odio que me minimice y trate de humillarme precisamente a mí.

—Con dinero baila el perro —le recuerdo, dando un poso más adelante mientras ella sigue fumando el cigarrillo mentolado como una actriz porno, mientras me da la espalda, con sus rotundas nalgas ofreciéndoseme como una perra en celo—. No te equivoques conmigo, porque ya hace tiempo que nos quitamos las caretas. Tu dinero es lo único que me mantiene a tu lado, Amelia... no otra cosa. Porque tú, como mujer y como persona, no vales nada. Eres una puta vieja mamona de mierda que no vale un puto forro.

—Shhh... shhhh —espeta ella, un tanto ofendida, pero todavía entera, serena, soberbia, mirando hacia el frente, con su peluca rubia matizando la blancura de su espalda—: cuidadito cómo me hablas, muerto de hambre. Te recuerdo que soy tu jefa, y me debes un respeto.

Mi ingle me hormiguea cuando mi vista se vuelve más nítida y observo que Amelia tiene una copa de vino en la otra mano, cosa que no había visto antes. Su pose es el de una diosa griega culona posando a un escultor. Ella regia, alta, hermosa, con un cuerpo escultural y un culo de infarto que me tiene loco. Adoro como le quedan esas medias y esa tanguita que su culo se está tragando.

—Hoy serás mi puta, Amelia, nada de jefa, te lo dije desde antes. Y quiero que te comportes como tal.

—¿Sigues creyendo, pequeño iluso, que voy a dejar que me la metas? —Amelia se echa a reír—. Te dije que me vestiría como tú quisieras que me vistiera, pero sólo para que tu polla se te ponga dura y viertas tus espermias en un tubo de ensayo.

—En eso no quedamos —aprieto los dientes, perdiendo la paciencia—, no te hagas la lista, pinche loca de mierda.

Entonces, Amelia se da la media vuelta y la observo de frente, mientras ella me mira con un gesto burlesco.

Sus pechos, inconcebiblemente enormes, cuelgan hinchados, duros y pesados de su torso, resguardados dentro de un minúsculo sujetador de encajes con transparencias que muestran

incluso el color salmón de sus areolas y sus pezones gordos y puntiagudos, que contrastan con el color lechoso de sus mamas.

—¿Ves el tubo de ensayo que está junto a la mesa que está detrás de ti, Kike? Allí depositarás toda la leche de la que seas capaz de eyacular, después de masturbarte, viéndome cómo me toco.

Ahora soy yo el que se echa a reír, con la bilis entre mis dientes, diciéndole:

—Te voy a decir lo que vamos hacer, cabrona: si no quieres que te la meta lo respeto, pero no voy a servir de tu payaso, masturbándome cual pajillero delante de ti mientras te miro, para que tú te rías de mí.

Amelia ríe, le da un trago a la copa de vino y contesta:

—¿Te estás insubordinando, pendejito? Lo que me faltaba —continúa riendo, dando otro trago a su copa de vino—. ¿Qué es lo que pretendes hacer, entonces?

—Mínimo, lo que pretendo es ponerte de rodillas delante de mí, Amelia, como una perra hambrienta que espera que su amo le dé de tragar directamente en su boquita.

—¿No me digas? —contesta ella con ironía, riéndose como una loca—, ¿y qué más harás, según tú, putito?

—¡Te alimentaré como una putota! Pero en lugar de alimentarte con croquetas, Amelita, te daré leche directamente de mi enorme y duro bidón de carne.

Amelia rompe nuevamente en carcajadas, y eso hace que sus enormes melones tiemblen bajo los encajes negros de su apretado sostén. Sus pezones se marcan soberbiamente. Son incapaces de ocultar su dureza y erección. Incluso las areolas salmonadas parecen erizadas, encendidas y muy vivas. Mi lengua las reclama.

—Cuanto te tenga de rodillas, Amelia, vas a mamar verga hasta que me saques los mecos con la boca, ¿oíste, putón?, y en lugar de tragarte los mecos, los echarás directamente en el tubo de ensayo. Y entonces te recostarás, te abrirás de piernas y tú misma te depositarás la leche en la vagina desde el tubo.

Amelia parece agitada. Aprieta sus labios y enarca una ceja desafiante. Avanza con varios taconeos y sus tetotas duras rebotan en su torso. Ella es consciente de lo buenaza que está. Esa lencería negra de medias, tanga y sostén de encaje la hace ver deliciosa. No cabe duda de que ella está vestida como una puta, pero como una puta sofisticada y fina. Nunca he estado de frente con una mujer igual. Y estoy extremadamente caliente. La sangre me hierve y mi pene no deja de palpitar.

—Es decir, que yo te sacaré la leche a mamadas, según tú, y desde mi boca depositaré el semen en el tubo de ensayo, ¿eso dices, reverendo imbécil?

—Sí —suspiro, caliente, mi corazón latiendo fuerte.

Y las venas tanto de mi falo como de mis sienes se inflaman una vez que Amelia acorta nuestra distancia. El sensual taconeo de sus zapatos altos se convierte en una erótica melodía que me eriza la piel. A cada paso, sus tetas botan una y otra vez. La seda de los encajes la aprietan. Sus tetotas parecen hincharse cada vez más, aunque podría ser más bien que sus pezones han logrado una impactante dureza e inflamación que me sorprende.

—Un día, Kike, vas aprender que tú sólo eres un esclavo de mis fantasías —me susurra, justo cuando se detiene a un palmo de distancia de mí—, un objeto de mi deseo al que yo utilizo a mi conveniencia.

Nuestra distancia casi es la misma que logra el volumen enorme de sus mamas. El aroma a menta de su boca aunado a la fragancia que desprende de su feminidad se filtra por los poros de mi nariz. Tiene un maquillaje extraordinariamente llamativo: labios rojos, que realza la

carnosidad de sus labios esponjosos: sombras ahumadas en sus ojos, que hacen juego con su delineado y que hacen más profunda su mirada.

—Me voy a sentar en el sofá que está allí —señala el mueble con su mirada, dando una calada a su cigarrillo tras lo cual me echa el humo en la cara—, me sentaré, y sin quitarme la tanga me tocaré la vulva y el clítoris, haciéndomela aun lado, y con mi mano libre masajearé mis grandes senos. Y tú verás cómo estos se hinchan.

Ahora que la veo de cerca me doy cuenta de que no lleva una peluca, dado que consigo ver el nacimiento de su pelo, aunque sí se lo ha pintado de rubio. El largo de sus mechones debe de ser por extensiones que se sujetan de su mismo pelo, por lo que si tiro de sus cabellos probablemente le dolerá.

—Entonces —continúa Amelia, que de repente deja a copa en una de mis manos, para comenzar a desabotonar mi camisa, que se adhiere a mi musculatura tanto como su sujetador se adhiere a sus tetotas enormes—, tú te masturbarás mientras yo me satisfago.

Amelia se mete el cigarrillo en la boca para permitir manipular mi camisa con sus dos manos. Me la abre, me la desfaja, me la quita bruscamente y con sus dedos suaves comienza a delinear entre las líneas de mis músculos.

—Hummm —jadea, mientras el tacto de sus yemas sobre mis pectorales me provocan sendos escalofríos. Sus uñas se entierran en mi carne y comienzan a descender por los relieves de mis marcados abdominales.

Ella sigue acariciándome, remarcándome las líneas, pero en ningún momento deja de mirarme. Sus ojos hambrientos y su boca aspirando el cigarrillo me controlan la mente y el corazón. Se saca el cigarrillo con una mano y me sigue narrando sus deseos:

—Verás cómo las secreciones de mis labios vaginales se van incrementando y mojando mis labios mayores y menores, donde se acumularán verdaderas cantidades de humedad y pegotes blancuzcos...

En sus palabras, yo soy para ella una montaña de músculos, y no deja de tocarme ni de recrearse en caricias sin yo atreverme a tocarle un solo pelo. Cuando menos acuerdo, Amelia está manipulando mi cinturón, el cual desprende, y luego con sus dos manos, metiéndose de nuevo el cigarrillo en la boca, desabotona los pantalones y con fuerza me los hace bajar. Con un “plop” éstos caen en el suelo, y yo apenas puedo manipular mis pies para sacarme los pantalones por abajo.

Entonces Amelia mira hacia mi bóxer negro, donde se marca mi durísimo paquete. Lo acaricia sobre la tela. Agarra el bulto y me lo aprieta fuerte. Mi verga palpita sobre sus dedos. Ella jadea, y yo suspiro hondo. Entonces levanta la vista y con sus ojos claros se clavan en los míos, mientras mete su mano debajo de mi prenda interior y agarra directamente mi enorme y caliente dureza que ya está tan rígida y tiesa como un palo de hierro.

—¿Entonces no dejarás que te toque, Amelia, pero tú sí puedes tocarme a mí? —Ella asiente con la cabeza, y noto que se muerde los labios mientras desliza su mano en todo el largo de mi polla dura.

Le facilito el trabajo y con mis manos me bajo los bóxer, los cuales me saco por debajo de mis pies. Y ahora sí estoy completamente desnudo ante ella. Y la noto ardiente, hambrienta, excitada.

—¿Te gusta mi verga, putita? —le pregunto.

Y como respuesta su mano acuna mis gordos huevos y los acaricia con los dedos, y luego con las puntas de sus uñas largas. Los soba lentamente y yo siento que mi glande reventará en

cualquier momento. Un escalofrío violento me envuelve. De vez en cuando sus pechos se pegan en mis pectorales, y la seda me despierta una ligera excitación que se une a la que ya me provocan sus caricias.

—Mientras yo me toco y tú te masturbas, putito —continúa ella—. Escucharás mis gemidos de placer mientras, con mis piernas separadas, mis dedos frotan mi clítoris y mis carnosidades. No dejaré que tú, un asqueroso cachorrito, me toque nunca más... ¿has entendido, idiotita?

Sonríó, y con mis dos largas y masculinas manos la agarro de las nalgas y la atraigo hasta mi cuerpo. Sus tetas enormes se aplastan contra mis músculos, mientras mis dedos se entierran en sus duras nalgas. Amelia jadea, pero no suelta mis huevos en ningún momento.

—¿Qué mierdas haces, estúpido? Te dije que no me tocas... ¡Aaah!

Como respuesta le doy un par de azotes de en su culote y sus tetas tiemblan sobre mi cuerpo.

—Pareces toda una puta, Amelia —le digo, y acerco mi nariz a su cuello. Huele delicioso. Es una hembraza.

—¿Te gustan las putas, bastardito? —me pregunta, cuando se le cae el cigarrillo en el suelo, apoderándose nuevamente del tronco de mi pene que ya está durísimo.

Que mi propia madre me llame “bastardito” me encabrona de la misma forma que me calienta por la forma tan sexual en que me lo dice.

—Sí —contesto, enterrando mis dedos en su culo. Ella jadea de dolor—. Las putas me ponen bastante caliente.

—¿Crees que me he vestido como la puta que querías?

—Pudiste esmerarte mejor... —la desafío, sabiendo que ella se molestará.

En efecto, endurece su mirada, y aprieta más fuerte mi polla. Esta vez soy yo el que jadea. Puedo sentir sus duros pezones en mi piel incluso debajo de su sostén.

—¿Entonces por qué estás tan duro, cabrón?

—No te dije que no me excitaras. Estas bien buena, Amelia, eso no lo puedo negar... Y tú también estás bien pinche caliente... lo que me lleva a preguntarte, ¿te vas a conformar con tocarte en lugar de que te meta mi verga?

Estamos pegados el uno al otro. La seda de sus encajes se restriega en mi cuerpo desnudo. Mis manos están masajeándole tremendo culote que tiene y ella se restriega contra mí como una perra en brama, sin dejar de acariciarme el largo de mi falo.

—Sé que quieres verga, Amelia, y que lo estás deseando... Lo que sí te puedo decir es que en verdad quieres que te preñe, aunque sea con el tubo de ensayo, mi condición de que me deslechés tu misma con la boca no cambiará.

—¡Eres un hijo de puta, Kike!

—Lo sé.

—¿Qué?

—Juguemos a algo, Amelia —le digo de pronto.

—Voy a jugar una mierda contigo —me escupe, y su saliva apenas me llega a mi barbilla, pero eso me encabrona un montón, por eso acerco mi mentón a su boca para embarrarla, pero ella piensa que la quiero besar y se echa hacia atrás.

—¡Ni siquiera se te ocurra, Kike, que a los criados no se les besa!

—¿Criado, cerda asquerosa? —le digo, apretándole el culo con más fuerza, mientras ella jadea—, ¿eso es lo que crees que soy para ti, cabrona, un criado?

—¡Y de la peor calaña, cabrón, eres un puto criado de porquería, y a los criados no se les besa!

—Pues vamos a jugar a que tú eres mi mamá, y que yo soy tu hijo, y que sin importar nuestro parentesco, tú me pides que te coja bien duro para preñarte.

—¿Qué? —sus ojos color zafiro se encienden, y mis dedos duros se vuelven a enterrar en las carnosidades de su enorme culo.

—Juguemos a que tú eres una mala madre, y que además de ser una cabrona, eres una madre puta, ¿te gusta el juego?, yo soy tu hijo, y tú una madre zorra que le encantan las vergas. ¡Ahora arrodíllate delante de mí!

—¡Estás enfermo, Kike! —intenta retroceder, pero yo la aprisiono contra mí. Ella gime, y yo jadeo.

—Tengo la edad para ser tu hijo, ¿no crees Amelia? —Le doy un fuerte azote en su nalga derecha—. Tú podrías ser mi madre realmente —Ahora azoto su nalga izquierda—. Tienes una edad conveniente para que yo sea tu hijito amado y deseado, ¡ahora ponte de rodillas!

—¡Suéltame Kike!

—¡Ponte de rodillas puta!

—¡Te vas a arrepentir si no me sueltas, José Enrique!

—¡QUE TE PONGAS DE RODILLAS PERRA... SI NO LO HACES EN CINCO SEGUNDOS ME LARGO!

Mi madre abre los ojos con indignación. Y cuando pienso que todo se irá a la mierda ella comienza a flexionarse, y yo la suelto, y veo cómo lentamente se va poniendo de rodillas mientras su opulento culo se posa en sus talones, justo en la punta de sus tacones.

—¡Eres un puto pervertido de mierda, Kike! —me dice, justo cuando su carita toda hermosa y deliciosa queda de frente con mi gran polla venosa.

—Y tú eres una puta madre que quiere la polla de su hijo, ¿verdad que sí, mami?

—¡No me digas mami, que yo no soy tu mami! —grita.

Pero como respuesta le doy una bofetada muy fuerte con mi verga. Ella jadea, abre los ojos impresionada y recibe un segundo azote justo en su cara, luego otro azote en la mejilla, en la frente y en la boca. Y ella sólo gime, mientras remueve su delicioso culo sobre sus pantorrillas.

—Estamos jugando, putita, a que tú eres la puta de mi madre y yo soy tu hijo incestuoso... y que tú, como una golfa sin escrúpulos, quieres que te preñe. ¿Quieres verga, mami? Pues abre esa boquita de mamona que tienes...

Amelia se ve preciosa entre mis piernas, arrodillada, con el gesto congestionado de resentimiento, odio y deseo. No deja de mirar mi polla, de hecho parece babear, entonces, sin decir agua va, agarra mi erección enorme con las dos manos y se eleva un poco para poder restregar la punta sobre sus labios.

—¡Hummm! —gimo ante la sensación de su boquita hormigueando sobre mi glánde.

Lo primero que Amelia hace es sacar su lengua húmeda como una serpiente y mojarse los labios con ella, mientras despelleja la cabeza de mi falo con los dedos, dejando al descubierto mi glánde rosado. Después, sin apartar sus ojos de los míos, manteniendo mi pene agarrado con las dos manos, le da las primeras lamidas a la punta, deslizando su esponjosa lengua por toda mi cabeza, metiendo la superficie sobre la hendidura de la uretra y luego deslizándola por el frenillo.

—¡Uffff! —se me rasga la garganta del gemido.

Y yo apenas puedo creer que mi propia madre me esté chupando la verga, y que de su boca a mi pene cuelgue un hilo espeso y largo de saliva y secreciones del precum, que forman un morbosos puente. Mi corazón está palpitando muy fuerte sobre todo ahora que sus labios atrapan mi carne, y la traga, y la devora y la deglute.

—¡Ooooh, qué bien, que bieeen, que ricooo! —suspiro.

Mi corazón bombea sangre cuando ella suelta mi polla y comienza a mamarla sin manos, las cuales ha puesto en mi culo duro y lo aprieta, empujando ella misma mis caderas para que toda la longitud de mi más de veintitantos centímetros ingresen por completo a su boquita mamona.

—¡Traga verga, mami...! —carraspeto, tomándola de la cabeza para yo mismo guiar los fuertes movimientos—, ¡atáscate de la verga de tu hijo...! ¡Traga, perra, traga!

—¡Mhhhggg! ¡Ehgges! ¡Unhhhgg! ¡Hijo de puthhgggaa!

Trata ella de decir algo, pero está tan entretenida dándose bocados de verga que ni siquiera hace el intento por sonar inteligible.

Cuando menos acuerdo, Amelia absorbe mi escroto con sus esponjosos labios rojos para luego soltarlos y pasar su lengua mojada por mis dos testículos sin dejar de lengüetear. Con su propia lengua trata de levantar mis huevos, pero son pesados, y aun así los levanta a lamidas. Pasa su lengua por toda su rugosidad. Los eleva y los deja caer. Se los come. Se los mete a la boca y los absorbe. Me estremezco, y ella me mira y pasa los dientes por el cuero de mis bolsas testiculares. Los vuelve a devorar y los suelta otra vez.

—¡Oh, mierda! —farfullo, viendo cómo los moja, cómo los lame, cómo los absorbe, cómo los chupa mientras todo el largo de su verga gotea sobre su frente.

—¡Qué bien tragas huevos, perra! —le digo, justo antes de que vuelva a incorporarse para llevarse mi polla a sus labios, la cual poco a poco va desapareciendo en su interior.

Su boca se va cerrando en toda mi carnosidad, y siento cómo las venas de mi pene palpitan en su lengua, en su paladar, y mi cabeza se va hundiendo hasta su garganta, y siento la campanilla, y ella tose, se ahoga, y tiene arcadas mientras un aguazal de saliva y espumarajos empieza a escapar por su boca.

—¡Grrgghhg! —brama, carraspea, y yo la tenga empalada de la boca, y ella se agita, aprieta mi culo, se está ahogando y me excita ver sus ojos llorosos, su nariz casi pegada a mi pelvis, y su boca abierta y desfigurada.

Y entonces ella se menea, me mira con terror y de golpe le saco la verga, y al hacerlo un puñado de babaza y espuma escapa de su boca, y moja mi verga, mis huevos, y sus propias tetas enormes, empapando parte de su brasier de encajes.

—¡Hijo de las veinte mil putaaaas! —sigue tosiendo, mientras yo la tengo sujeta de la nuca, con su maquillaje corrido, y ella abocanando aire.

—Sólo sigue tragando pito, guarra.

—¡Vulgar! ¡Corriente! ¡Naco! ¡Hijo dee pugggttt!

No opone resistencia cuando se la vuelvo a meter a la boca, y ella la recibe agitada, con su lengua serpenteando por toda mi carne. Separo las piernas para apoyarme mejor y ella vuelve a darme de mamadas. Luego saca la verga de su boca y le da varios escupitajos. ¡Menuda puta! Se la vuelve a tragar gota. Su pelo empieza a pegarse en las mejillas por la cantidad de babaza que se está esparciendo por su cara.

De pronto vuelve a sacar mi erección de su boca y vuelve a bajar hasta mis huevos. Pero esta vez, mientras los chupa y se los traga, su lengua va un poco más hacia abajo, y yo jadeo. ¡Está lamiendo mi perineo... y casi siento como si quisiera hundir su lengua en mi propio culo, pero no puede por la posición, así que la cerda de mi madre vuelve a mi polla y se la vuelve a comer! No sin antes decirme entre mamada y mamada:

—Cuánto aguanté, perro.

Los espumarajos se vuelven a escurrir por sus comisuras. Y yo jadeo y me estremezco. En mi

puta vida me habían mamado la verga y los huevos de esta manera tan vulgar y tan deliciosa. Estoy erizado de pies a cabeza.

—¿Te estás tocando, cerda? —le pregunto de pronto, excitadísimo, cuando noto que una de sus manos sostiene mi carne erecta mientras la otra está dentro de su tanguita de encaje haciendo movimientos circulares—. A ver, quítate la tanga y enséñamela, que debes de estar bien mojada.

Amelia me mira, con un gesto de viciosa y trata de apartarse, pero yo la detengo.

—Eh... no, no, bonita, quítate las bragas pero no quiero que dejes de mamar. Vamos, tú puedes mamazota.

En efecto, Amelia se las ingenia para que mientras está pegada a mi verga, se saque su minúscula tanguita por debajo de su culo y luego por sus tacones. Por un momento la prenda de encaje se atora entre la punta larga de una de sus agujas negras, pero consigue liberarla y me la entrega con sumisión.

Sonriendo la recibo y sólo con el tacto puedo constatar que el centro de su tanguita está empapada, con pegotes blanquecinos que se han desprendido desde el interior de su vagina y que han manchado su prenda.

—Ufff... qué delicia, Amelita.

Lo que más me excita es su penetrante aroma. Mientras el hormigueo que me provocan sus mamadas en mi pene me enloquece, yo me llevo sus braguitas a mi nariz y aspiro de su aroma de hembra en celo hasta que la fragancia femenina se filtra en mis poros. Luego paso la mi lengua por la parte blanquecina de la tela y la chupo. Su sabor es delicioso. Sabe a ella, a fluidos, a mujer puta y caliente.

—Hummmm... pinche puta... que rico huelen y saben tus fluidos.

Entonces con mis manos aparto su boca de mi verga sólo para permitir enrollarme su tanguita entre el tronco de mi falo y de mis huevos. Amelia sonríe como una puta y me dice, pretendiendo sonar enfadada:

—¡Si no fuera por esta vergota que tienes, cabrón... hace mucho que te habría mandado a la mierda, que es de donde vienes!

—Sí, sí, putita, mientras tanto traga... vamos... traga.

Luego empujo su cabeza hacia mi carne para que me la siga mamando al mismo tiempo que meto mis dedos debajo de los encajes de su pecho derecho. La suavidad y dureza de su melón carnoso me duplica la calentura. Su pezón está tan duro como una piedra y por eso lo pellizco muy fuerte, de manera que ella empieza a jadear.

—¡Mggghhhhh! —gime de dolor y de placer.

Con avaricia le saco el pecho derecho del sujetador y éste resplandece desnudo, gordo e hinchado sobre el fino encaje que está de su carnosidad. Y verla así, con un pecho de fuera y el otro oculto me enciende la libido más, si es posible. Mi madre, que yace arrodillada, sabe el efecto que provoca para mí y sigue mamando, esta vez lo hace como una perfecta zorra.

Me masturba con las dos manos, me lengüetea, se mete mi polla a la boca, lo escupe y lo lame. Cuando comienza a succionarlo de nuevo sé que los huevos empiezan a palpitarme. Estoy por correrme, y se lo hago saber.

—¡El tubo... Amelia... voy a venirme... voy a eyacular!

Pareciera que mis palabras la vuelven más zorra y entonces se arrodilla un poco más, de manera que su culo queda en pompa. Las mamadas que le da a mi falo son tan deliciosas que sé que voy a explotar en su boca.

—¡Me voy a correr, Amelia... el tubo de ensayo... déjame ir por el tu...!

—¡Échamelos en la boca, cabrón... quiero mecos en la boca de tu mami!

Y sólo con esa frase, mi excitación creciente lleva al límite y explota dentro de su boca. Largos lechazos impactan contra su garganta mientras ella sigue mamando como becerro en brama.

La agarro de la cabeza para apartarla pero ella no deja de exprimirme la polla, de pasarme la lengua por la uretra, de morderme suavemente la circunferencia, y entonces ella empieza a sorber, a tragar, y sé que mi esperma se está deslizando sobre su garganta en lugar de guardarlo para luego depositarlo en el tubo de ensayo.

—¡Putas! ¡Eres una pinche puta calentona! —le digo carcajeándome, mientras siento que voy a colapsar en cualquier momento por tanta excitación.

CAPÍTULO 13

—¿En serio te los tragaste? —me echo a reír segundos después de haber eyaculado dentro de su boca—. Tenías hambre de lefa, ¿eh, guarra cabrona? No pudiste contenerte.

Amelia abre la boca para demostrarme que no ha quedado una sola gota de mi semen en su interior. Sus ojos llorosos han logrado que el rímel y parte de su delineador se haya corrido. Parece una viuda que ha llorado por horas la muerte de su marido. Parte del labial rojo de sus labios de mamona ha manchado mis huevos y la base de mi polla, incluyendo la pelvis, y la otra parte la tiene ella misma embarrada en las comisuras resultando su boca un perfecto desastre.

—Deberías de verte en el espejo, Amelia, luces completamente estropeada... Te he deshecho tu bonito maquillaje —me río con diversión, sacudiéndome las gotas espesas de mi semen—: pareces una vil puta después de un *gang bang*, solo que este desastre te lo hice yo solo con mi polla...

Amelia parece un poco agitada, pero golosamente satisfecha. Luego se relame los labios, como si no quisiera desperdiciar un solo gramo de esperma.

—Si los óvulos los tuvieras en la garganta —le digo riendo—, ahora mismo ya hubieras quedado preñada. Tragaste bastante semen, mamita.

—Con el trabajo que me costó maquillarme, cabrón —dice ella, consciente de que ha quedado arruinada, pero no parece verdaderamente cabreada.

—Lo mejor es que te has tragado mis mecos, Amelia... en lugar de ponerlos en el tubo de ensayo como era tu idea original... ¡Qué puto morbazo, cabrona, me encanta que seas una putota de campeonato! Pero... dime, ¿ahora qué haremos al respecto, pequeña tragona de pollas jóvenes? ¿Me la vas a volver a mamar para que vuelvas a tragarte mi lechita? O prefieres que te vacíe lo que quede de mis huevos directamente en tu vagina hambrienta y mojada... a puros vergazos.

—¿Eso es lo que quieres, hijo de puta? —me pregunta ella con una sonrisa desafiante—. ¿Quieres cogerme?

Amelia se levanta del suelo, tambaleándose, y arrastra sus tacones hasta que se recuesta en el amplio sofá.

—¿Es lo que quieres, machito muerto de hambre...?

Me encanta cómo se ve de putota ahí recostada.

—Es lo que quieres tú, zorra barata... quieres que te penetre, ¿lo vas admitir?

Los ojos hambrientos de Amelia me excitan de una forma inimaginable. Lucha contra su propio orgullo y su ego mientras me mira el cuerpo con tremenda lascivia. La miro hundida en el sofá, con sus medias negras de seda un poco rasgadas, sus muslos apretados, como queriendo evitar que su vagina comience a expulsar los flujos de sus calenturas. Su tanga continúa enrollada en mis huevos y ahora su coño está expuesto.

—Desprendes calentura por doquier, Amelia.

Lo que más me excita de su postura es lo vulgar y morbosa que se ve con uno de sus gordos senos fuera del sostén, completamente desnudo, colgando burdamente en su pecho con el pezón hinchado y enrojecido después de tanto pellizcarlo, mientras que su otra teta gorda permanece guardada dentro de los encajes de la otra copa, aparentemente incólume, aunque parte del sostén,

sobre todo la parte interior al canalillo, luce mojado y espumoso por la cantidad de espumarajos que ha producido Amelia con su boca mientras me hacía la felación.

Yo avanzo hasta quedar frente a ella, con mi pene en estado de reposo colgado y goteando restos de semen.

—¿Me lo vas a pedir, perra? ¿Vas a pedirme que te coja como cajón que no cierra y que eyacule dentro de ti para preñarte?

Amelia sigue resistiéndose a admitir lo mucho que desea que la penetre. Se resiste a admitir que tiene hambre de polla, pero no de cualquier polla, sino de la mía, que es larga, gorda y venosa, aun en estado de reposo. Sus ojos la están mirando, y se sorprende al notar que se está poniendo dura otra vez. Beneficios de la juventud, diría doña Meche, la milf que me enseñó a coger. El hormigueo que me viene al glande cuando veo su deliciosa rajita rosada, florecida, con los labios abiertos, mojados, extendidos, pegajosos, se esparce por toda mi ingle.

—Quita tu orgullo, Amelia, y dime que quieres que te folle duro.

Pero ella, que me mira con un odio brutal, se queda callada, aunque permanece agitada y con sus dos pechos palpitando, aunque yo sólo pueda ver el que está desnudo. Entonces, con dos dedos de mi mano derecha limpio la punta de mi glande, que sigue babeando líquidos seminales, y sin decir agua va los llevo a la boca de mi madre, que al principio me mira con sorpresa y algo de asco.

—¿Qué haces, Kike? ¡No seas asqueroso!

—Límpiame los dedos, ¿no ves que están escurriendo de leche?

Y entonces pasa algo que no me imagino. Amelia capta el aroma de mi semen y mi sorpresa es mayúscula cuando de pronto ella separa ligeramente sus gordos labios (con el labial arruinado) y yo consigo meter en su boca los dos dedos con los que he enjugado los restos de mi semen, y ella los recibe con su lengua esponjosa, lamiéndomelos placenteramente.

—¡Ufff! —suspiro.

Toda mi mano hormiguea, desde mis falanges hasta mis muñecas. La puta de mi madre me los está chupando con la boca, me los está lamiendo con la lengua. Pareciera como si mis dedos fueran dos vergas flacas que ella está mamando sin apartar sus ojos viciosos de los míos.

—Hummm... qué puto morbo, Amelia... ¿creíste alguna vez que tu hijo sería tan cerdo como su mami?

Amelia se echa hacia atrás y se saca los dedos de su boca, para decirme enfadadísima.

—¡Ya te dije que no me digas que soy tu mami, puto enfermo de mierda! Yo jamás habría parido a un hijo tan repugnante como tú.

—¿Eso es lo que crees, perra? —me echo a reír por lo mezquino e irónico de sus palabras—, mejor dime qué vamos hacer ahora. ¿Te cojo directamente en tu vagina o esta vez sí quieres usar el tubo de ensayo?

Amelia se levanta del sofá, con la mirada encendida, viene a mi encuentro, y cuando la miro ella trata de buscar mis labios con los suyos, trata de besarme, agitada, congestionada de placer, ganosa, hambrienta de sexo, pero entonces le devuelvo la ofensa que me hizo antes, diciéndole:

—Ni se te ocurra besarme, perra... que a las putas no se les besa.

Lejos de ofenderse, la cerda de Amelia se ríe burlonamente, me agarra de la cabeza y con fuerza tira de mí hacia ella, diciendo:

—Pero yo no soy tu puta... yo soy tu madre... ¿no es lo que me has estado diciendo desde que llegaste? Así que besa a mami, quiero que me beses y que luego me la metas... hasta preñarme.

Su comentario logra encenderme y hacerme palpar. Un escalofrío recorre mi espalda y empiezo a farfullar. Elevo la vista y aunque Amelia tiene tacones altos no alcanza mi boca. Ella no tiene intención de rogarme para que me incline hasta ella, así que usa su boca para devorar lo que está a su alcance, y así es como Amelia besa mi cuello y mi mandíbula, el sonido de sus labios saboreando mi piel es lo suficientemente fuerte como para que se escuchen los chapoteos por toda la suite.

Sus manos me toman por los brazos y los acaricia con deseo: se fricciona contra mis músculos. Ella misma se frota contra mis abdominales y puedo sentir la dureza de sus pechos palpándome, uno de ellos desnudo y carnoso, con su pezón hundiéndose en mi carne, y el otro completamente oculto por la copa de encajes, raspándome la piel.

En determinado momento saca su lengua, gobernada por la lujuria, y mientras sus uñas se entierran en mi espalda desnuda yo extendiendo mis manos y las poso sobre sus duros glúteos. Los estrujo. Los amaso y los separo para luego hacerlos chocar uno contra el otro.

—¡Hummm! —jadea ella mientras me sigue lamiendo y mordiéndome la mandíbula de vez en cuando como si estuviera hambreada.

Un nuevo estímulo me sobrecoge cuando mi verga queda aplastada sobre su vientre plano y ella siente cómo palpita mientras nos restregamos. Vuelve a gemir.

Todas mis terminaciones nerviosas se encienden de repente. Mi abultada protuberancia fálica vuelve a ganar firmeza después de haber eyaculado sobre su boca apenas hace un par de minutos. Poso mis manos en sus muslos, justo en la parte superior de sus encajes y sus medias, y percibo su calor ardiente, su piel erizada por la calentura, su esencia vibrante y ansiosa.

—¡Hummm! ¡Nmmmm! —puja y resopla.

Los jadeos candentes de Amelia no son suficientes para contener su basta lujuria; está ardiendo igual que yo. Ambos estamos conectados como por una especie de magnetismo que me hace caer en la cuenta de que estoy a punto de tener sexo con mi propia madre. ¡Joder! Consumar un acto incestuoso, toda vez que ella ignora por completo que a quien está preñarla es su propio hijo, me tiene sumamente excitado.

No me basta con que me la haya mamado y se haya tragado toda mi leche: no, yo quiero más, quiero consumir el acto. Quiero que la sordidez incestuosa nos ensucie y nos haga caer en lo más bajo de los placeres sexuales.

—¡Ufff! —farfullo dejándome seducir por la delicadeza de sus lamidas en mi mandíbula, en tanto empieza a descender nuevamente a mi cuello, escalofriándose el cuerpo por completo.

Su lengua serpentea por mi clavícula, y baja hasta mis pectorales. Cuando empieza a morder y a chupar mis tetillas explota dentro de mí un hormigueo que desciende hasta mi glándula, el cual palpita más fuerte que antes.

—¡Ufff...! ¡Ameliaaaa!

El hambre que tiene debido al sexo insatisfactorio que seguramente ha tenido durante los últimos años con su marido es evidente. Si ha tenido algún amante en este intervalo de tiempo, es notorio que tampoco la ha satisfecho en lo absoluto. Ella tiene hambre de mi cuerpo, de mi alma, de mi espíritu.

Vuelvo mis manos hasta sus carnosas nalgas y las vuelvo a estrujar. Juego con ellas y la atraigo hasta mí. Su pecho gordo, hinchado y desnudo continúa con el pezón duro clavándose en mi carne. El pecho oculto por los encajes me sigue raspando la piel. Entonces no puedo aguantar más el deseo de sentir sus labios sobre los míos y la beso.

Atrapamos nuestras bocas. Nos besamos con ardor, con lujuria, pero también con un deseo

apasionante. Ninguno de los dos nos decimos nada, pero estamos ansiosos por tomarnos. Por eso nos seguimos besando. Llevo semanas con el antojo de sus carnosos labios y ahora me recreo en ellos mordiénolos y chupánolos.

Con sus manos toma de mi cabeza e impide que me aparte. Separa sus labios y me ofrece su lengua. La atrapo con mi boca al mismo tiempo que mi propia lengua serpentea sobre la suya. Nuestros fluidos bucales se encuentran. El movimiento de nuestras bocas es salvaje, y yo sigo lamiendo y besando la superficie de sus labios, ella también se esfuerza en hacer lo mismo, y entre las lamidas nos tocamos las puntas de nuestras lenguas. Nos separamos apenas un instante para respirar y ella me dice:

—¡Qué rico besas, cabrón!

—Qué rico besas tú, zorra.

Y abre nuevamente su hermosa e hinchada boca, y yo abro la mía, y los dos nos besamos nuevamente, mientras mis dos manos continúan triturando fuertemente sus dos nalgas, echánola contra mí, mientras nuestras respiraciones densas explotan en nuestras bocas.

“Muagggggmmggghummm”

Puedo sentir su lengua mojada enredándose en la mía, sus dientes de pronto atrapándola, mordiénola, y sus uñas clavándose en mi cuello y las otras en mi espalda baja, la cual desciende hasta mi culo, y lo estruja fuerte.

“Muagggggmmggghummm”

—¡Qué bueno estás, cabrón! —me dice ardiente, lamiéndome la boca, y yo apretándole sus gordas nalgas, frotándome contra ella—. ¡Estás duro por todas partes!

En determinado momento Amelia pasa la mano que aprieta mi culo hacia delante y entrelaza sus dedos sobre mis bolas, y frota mis testículos suavemente. Levanta la mano y la lleva hasta nuestras bocas. Mete sus dedos en entre mi lengua y mi paladar y yo los chupo excitado, empapánolos de saliva. Segundos después devuelve esos dedos mojados hasta mis bolsas testiculares y los vuelve a masajear, mientras yo separo los muslos para que ella se recree de la mejor manera.

—¡Hummdjjfjdfffggg!

No puedo dejar de triturar su carnoso y gordo culo así como ella tampoco puede dejar de masajear mis testículos. No puedo creer que sus corpulentas mamas se desparramen en mi pecho y sus pezones se sientan duros incluso el que está oculto por los encajes.

—¿Te gustan mis huevos, Amelita?

A medida que pasa el tiempo, yo comienzo a frotar mi verga contra su vientre, desesperadamente, incluso el latido de sus venas las puede sentir en su piel. Y nuestro beso comienza a volverse más feroz, ambas cabezas se mueven de forma poco natural de un lado a otro mientras mi lengua lucha desesperadamente contra la de Amelia. La saliva burbujeante comienza a aparecer en el costado de nuestras comisuras.

—¡Muackkkdddshgs!

Entre los chapoteos de nuestras lenguas nos ahogamos, nos embebemos, nos deseamos, y ella sigue agitando su mano en mis bolas...

—¿Y a ti te gustan mis nalgas, cabrón?

Abrumada por la sensación, Amelia empuja sus caderas hacia delante para frotarse contra mi polla. Los labios hinchados de su coño y su clítoris hacen fricción sobre mis testículos.

—Ufff... qué rico, Amelia, qué rico...

Amelia se libera de mi boca, y la mano que masajea mis huevos la sube hasta empuñar muy

fuerte el tronco de mi falo. El contacto de su piel caliente con mi palpitante polla me estremece. Entonces me hace una seña para que vayamos a la enorme cama que yace expuesta al lado del jacuzzi, y con una sonrisa me dejo guiar, ella tirando de mi polla y yo caminando sumisamente detrás de ella.

El taconeo de sus zapatos altos me excita tanto como sus nalgas que van botando en cada paso que da. El largo de sus extensiones le hace una melena salvaje y rubia. Entonces al llegar a la cama ella suelta mi pene. Se da la media vuelta y me pregunta:

—¿Quieres que me quite las medias de seda y el sostén?

—Las medias déjatelas puestas, y también los tacones. El sujetador te lo puedes quitar.

Amelia sonríe. Se sube a la cama y a cuatro patas se desliza hasta la mitad. Allí se gira nuevamente, se extiende sobre la cama y se abre de piernas, dejándome ver una vez más la mancha cristalina que brilla entre su vulva.

Ella se abre un poco más de piernas. Se incorpora y pasando las manos hacia su espalda se quita el broche, de manera que los encajes se vencen y la enorme tetota que estaba oculta por fin se libera, y ahora están sus dos pechos botando pesados y enormes en su torso.

—¡Uffff... qué ricos melones tienes, mamiii!

Me pongo de rodillas en la cama, completamente desnudo, y ella con sus ojos me recorre mi musculoso cuerpo. Siento una oleada de pasión tras su mirada lujuriosa. Amelia también debe de estar excitadísima, porque sus pezones endurecidos parecen están más tiesos que antes, mientras su coño se vislumbra empapado, con sus labios escandalosamente húmedos.

Amelia se levanta sus dos enormes pechos con las manos y me los ofrece, mientras yo me voy de rodillas hasta ella.

—Cómetelas, cabrón —me ordena ella con una voz guarra que enciende cada poro de mi piel—. ¡Termínate de criar y mámame las tetas!

Las puntas de sus pezones lucen encendidas y completamente erguidas. Me acomodo en medio de sus voluminosas piernas y luego me abalanzo sobre sus pechos y me los como con avidez. Los estrujo fuerte. Ella jadea de dolor y de placer. Abro mi boca y trato de abarcar la superficie de sus cumbres, pero son inmensas e inabarcables. Adoro el contraste entre el color salmón de sus areolas y pezones con la blancura de sus pechos. Los muerdo. Ella vuelva a gemir. Mis dientes atrapan sus pezones. Primero uno y luego otro.

—¡AAAhhh! ¡Ssssiii! ¡Aaaah!

Amelia está totalmente entregada, mojada y acalorada. Nos detenemos un momento para que se pueda recargar sobre varios almohadones, de manera que quede recostada pero inclinada a la vez, y con sus manos libres.

—Vamos, sigue chupándome las tetas.

Y vuelvo a ellas, ahora con más avidez. Sin duda lleva mucho tiempo sin sentir las caricias de un hombre en su piel, de ser devorada, no solo con besos, sino también con miradas y gemidos masculinos.

—¡Come tetas! ¡Vamos, cabrón! ¡Come tetas! ¡Aaahhhh!

Me toma del pelo y me empuja fuerte hacia sus tetas. Flexiona su cabeza sobre mí y me acerca su boca a la cara. Siento su respiración cerca de mi oído y tiemblo. La forma en que presiono sus pezones ya endurecidos entre la yema de mis dedos es excitante y ella se siente completamente agradecida.

—¡Muérdemelos, cabrón... hazme bramar como una perraaaaa!

Mientras continúo chupando y mordiendo sus pechos, intercalando boca, lengua y dientes, con una mano libre desciendo hasta adentrarme en su entrepierna, y rozo con mi dedo entremedio sus labios empapados.

—¡Woow! —jadeo excitado al sentir el caudal que hay entre sus piernas.

—¡Aaaah! ¡Aaah! —gime más fuerte cuando encuentro su clítoris encendido.

—Estás bastante mojada, Amelia —humedezco mis dedos con su humedad para llevarlo luego a mi boca y suelto un gemido de satisfacción cuando pruebo el sabor a hembra caliente, el sabor salado de sus fluidos me fascinan—. Voy a comerte, Amelia —amenazo, sintiendo cómo mi pene sigue hormigueando por todo el tallo.

Entonces bajo poco a poco por su cuerpo, chupo su vientre plano, cada centímetro de su piel, y voy bajando poco a poco por su hermoso y escultural cuerpo hasta llegar al centro de su manantial.

—¡Qué rico huele tu sexo, Amelia! —Respiro el fuerte aroma de hembra en brama—. ¡A esto llamo olor a hembra cachonda!

Amelia instintivamente abre las piernas lo más que puede, sobre la cama, mientras yace boca arriba, su cuerpo desnudo, sus tetas emergiendo hacia arriba en cada respiración, y amas reposando ligeramente hacia los lados, mientras yo contemplo su rosado y apretado coño hinchado que está a la altura de mis ojos.

—¡Cómeme mi puchita, cielo! —me dice con una voz tremendamente erótica, y yo me sorprendo de que me llame “cielo”, pues esta debería de ser la primera vez que se dirige a mí “cariñosamente.”

—Sólo relájate, Amelia, porque voy a comerte todita.

Miro por última vez sus pechos colgando firmes y libres, mientras mi boca se hunde animadamente en su caudal. Atrapo con mi lengua su clítoris, y lo encuentro rojito, secretado y erecto. Le paso la punta de mi lengua en la superficie y le doy unas ricas chupadas, aspirando a la vez de su aroma. Me vuelve loco su olor a hembra cachonda. Agito mis dedos dentro de ella, que tiembla, que se estremece. Los bato fuerte y sus viscosidades escurren en mi mano.

—¡Ah! ¡Aah! —grita, cuando succiono su clítoris y le doy lamidas a toda su vulva, sin dejar de dedearla fuerte.

Con un gruñido, Amelia agarra mi cabello nuevamente y empuja mi cabeza contra su vagina empapada. Lamo ligeramente los bordes de sus pliegues, hasta quedar otra vez a la altura de su clítoris y, luego de una pausada lamida, lo succiona suave, pero repetidamente. Su respiración se acorta, mientras el escalofrío se hace presente. Escuchar sus suaves gemidos, mientras mi lengua se adueña de mis fluidos y sus manos me sambuten en su sexo, me calienta a tope todo mi ser.

—Te la voy a meter, Amelia —le digo cuando noto que su vulva empieza a temblar—, y te voy a rellenar de pito este delicioso y exquisito coñito rosado... ¿quieres?

—¡S...í...! —jadea ansiosa, con sus flujos viscosos emergiendo calientes de su vagina, que no deja de palpar en mi boca—, ¡oh, sí, cabrón... sí...! ¡Métemela!

—¿Quieres que te la meta toda, Amelia? —mis dedos siguen batiendo sus caldos, mi lengua atacando sus pliegues empapados.

—¡Sí, qué sí! ¡Ahora! —suplica, llevándose sus manos a sus tetas, masajeándose ella sola, pellizcándose sus pezones.

—¡Pídemelo como una puta, Amelia! —la humillo, sabiendo que está completamente desatada—. ¡Vamos, Amelia, pídemelo como puta que te la meta toda!

—¡Métemela! —ella empuja la pelvis hacia arriba, sintiendo un picor en su interior, mientras yo, sonriendo, me incorporo y me pongo de rodillas entre sus piernas.

—No estás siendo convincente, mamacita...

—¡Métemela, Kike... estoy muy cachondaaa!

—¿Sí, eso quieres, mami? ¿La quieres dentro toda?

—¡Sí, papi, sí, métemela...! —lloriquea, empujando sus caderas hacia mí, que me acomodo entre ella, con mi polla erecta apuntando a su centro—. ¡Quiero sentir tu pegajoso semen en mis paredes vaginales...! ¡Empáchame de leche cabrón!

Entonces tomo sus piernas gordas y pesadas que están enfundadas en seda negra transparente y me las hecho en los hombros. Amelia se muerde los labios. Yo me flexiono. Monto sus piernas más arriba de mis hombros y ella, flexionando las rodillas, estira sus pies hasta quedar ambos perfectamente en vertical, con sus tacones apuntando al techo.

—¡Eso es, putita... así es como se ponen las perras!

—¡Clávamela yaaaa! —me exige terriblemente caliente. Y entonces empujo mis caderas hasta su sexo, y Amelia del mismo modo hace un movimiento de empuje hacia mi encuentro, cubriendo mi polla con el líquido que brotaba de su vulva.

—¡Uffff...! ¡Estás ardiendo, golfa!

Como magma, la punta de mi glande queda empapado, y me basta esa lubricación para empujar hacia dentro y enterrar los primeros centímetros de mi circunferencia...

—¡Ay! ¡Ay! ¡Aah! ¡AAAhhhh! —chilla mi madre cuando la empieza a sentir dentro de ella—. ¡La tienes... enormeeee cabrón!

Su interior es carnoso, y ante todo pronóstico, bastante estrecho. Su vagina me engulle lentamente y va mojando todo mi trozo a medida que me voy introduciendo en ella.

—¡Ah! ¡Aghhh! ¡Qué gorda...! ¡Que gordaaa!

Mi polla está sobre estimulada a medida que su interior me va aplastándome el falo por completo, mientras lo engulle como una devoradora de carne, provocándome un hormigueo en todo mi pene que se expande hasta mis bolas, muslos, vientre y pecho.

—¡Más! ¡Entiérramela toda! ¡Toda!

Tiene un gesto de perra en celo que me tiene completamente hechizado. Su gesto lujurioso, su boca abierta, babeando, con su lengua de fuera. Sus tetas enorme comprimiéndose entre sí. Sus piernas se hacen más pesadas sobre mis hombros. Y su vagina se expande aún más. No puedo creer que esté tan mojada. Me tiene empapado completamente. Mi falo sigue entrando y ella continúa tragándoselo deliciosamente.

—¡Qué apretada y mojada estás, cabrona!

—¡Empuja! ¡Empuja! —me dice con la lengua de fuera, como una perra sedienta, y yo aprovecho que tiene la boca abierta para acumular una buena cantidad de saliva y dejársela caer dentro de sí, y veo cómo ella la recibe y la remueve con su lengua, hasta tragársela.

—¡Eres una putota de manual, Amelia!

Amelia mueve las caderas y saca la lengua nuevamente como si tratara de atrapar gotas de lluvia. Y yo la vuelvo a escupir, y ella empuja hacia mi pelviz y finalmente logro que toda mi larga y gruesa polla esté enterrada dentro de su vagina.

—¡Ohhhh! —bramo, escupiéndola de nuevo.

Ella jadea y sigue moviendo las caderas.

Siento cómo sus labios vaginales hinchados frotan con su jugo del coño todo mi grosor, como una esponja.

Y la comienzo a bombear, primero lentamente, pero voy aumentando progresivamente de vigor.

—¡Hijo de puta...! —grita ella—. ¡HIJO DE PUTAAAA!

—¡Eres una pinche puta!

Pareciera que por instinto su útero está abriendo más su cuello uterino a medida que mis embates se vuelven más rotundos.

—¡Empótrame duro! ¡Más! ¡Más!

Amelia rompe en alaridos a medida que la perforo con una fuerza brutal. No cabe duda que ella es una mujer experimentada y caliente. No todos los hombres tienen la suerte de tener en la cama a una hembra como esta. Y por eso yo no quiero decepcionarla. Estoy demostrándole que soy un gran semental. Y ella lo está disfrutando. A la mujer jamás hay que dejarla con hambre.

El cabecero de la cama choca reiteradamente contra el muro mientras deslizo mi dura polla dentro de ella. Luego atrapo sus tetas y siento cómo ella envuelve mi espalda con sus piernas.

—¡Cógeme! ¡Cógeme! ¡Así! ¡Qué rico! ¡Asíiii!

El sonido de las colisiones entre nuestros cuerpos es brutal. Estoy follándola mientras aplasto sus tetas con mis manos.

—¡... ugh... ugh... ugh... sí... sí... SÍ!

La sensación caliente de mi polla palpitante bombeando su coño hace que mi boca se abra de par en par emitiendo gemidos constantes.

—¡Métemela con todo y huevos cabrón!

Me incorporo un poco más y ella me dice, casi burlesca:

—¿Es todo lo que puedes darme, putito...? ¿Es todo lo que puedes hacerme? ¡Yo sabía que a la mera hora no sabrías que hacer con una hembra como yo!

—¿Es lo que crees, perra? ¿Crees que no sé qué hacer con las hembras putas como tú?

Entonces la giro violentamente, la pongo a cuatro patas y la empiezo a taladrar con tal fuerza que es imposible que Amelia no tiemble. El primer orgasmo lo consigo cuando tiro de su pelo y ella se estremece y grita sobre la cama.

—¡Te estás meando, perra, te estás meando!

Chorros y más chorros empapan las sábanas mientras yo sigo tirando de su pelo sin parar de montarla.

—¡Aaaah! ¡ugh...! ¡ugh...!

Ella se estremece, y sus chorros dejan de salir. Sus nalgas gordas rebotan sobre mis muslos mojados. Sus tetas cuelgan y se agitan debajo de ella con vulgar cadencia.

—¡Aaaah! ¡ugh...! ¡ugh...! ¡AAh! ¡ugh... sí... sí... SÍ!

Sus líquidos y los míos no dejan de salpicarnos, y por eso el sonido del choque de nuestros cuerpos se convierten en aplausos mojados que hacen eco en la habitación.

—¡Azótame el culo, Kike! ¡Azótamelo duro!

Obedezco y la nalgueo tan fuerte que mis dedos quedan impresos en sus blancas nalgas. Y ante cada azote, mi madre grita sin parar. Sus tetas cuelgan debajo de ella y explota en un nuevo orgasmo que nos hace temblar a los dos.

Amelia cae de tetas en la cama y yo me la sigo follando así, encima de sí. Ella brama debajo de mi pesado cuerpo. Y la humedad de su vagina es tal que mi pene se hunde con suma facilidad.

No sé cómo pasa, pero rodamos sobre la cama y ahora ella queda encima de mí. Su mirada es de lujuria. Sus ojos color zafiro están llorosos de placer.

—¡Hijo de puta! ¡Mil veces hijo de puta! —me grita con odio y con lascivia.

Y entonces me monta. Se pone encima de mí, agarra mi verga gorda con sus manos y ella solita la dirige a su hendidura vaginal. Cuando menos acuerdo Amelia se está sentando sobre ella, mientras mi pene se entierra en su interior.

—¡Hummmm! ¡Aaaaaaammmm! —grita, y entonces empieza a cabalgar, y mi polla dura como el hierro atraviesa su ardiente agujero.

Y Amelia salta sobre mi verga violentamente. La cadencia del movimiento de caderas hace que mi erección se restriegue magníficamente en todo su interior. Su vagina está completamente ardiente. Sus tetas rebotan de arriba para abajo, y a veces de forma circular. Entonces, cuando menos acuerdo, ella me da una bofetada que me toma desprevenido, y por instinto yo también la abofeteo. Ella trata de agarrarme las muñecas pero yo me libero, y entonces es cuando le doy azotes a sus tetas.

—¡Cabrón! ¡Ugggh! ¡Aaah! ¡Cabrón!

Sus tetas que no dejan de botar, quedan enrojecidas, pero en ningún momento ella deja de cabalgar.

—¡Sigue, yegua, sigueeee! ¡Cabalgame!

Me prendo a una de sus tetazas y la estrujo muy fuerte, con ansiedad, mientras mi polla está ardiendo dentro de su vagina, que la sigue desplazando en círculos, restregando mi glánde en sus paredes internas.

—¡Qué vergota! ¡Qué rico, cabrón!

—¡PUta! ¡Putaaaa!

Sigo batiendo sus flujos por dentro y tenemos que besarnos para no gemir más, cuando ella se echa sobre mí, aplastando sus tetazas contra mis pectorales.

Y aun así, mi madre continúa botaando sobre mi verga una vez más, y los “¡plaz plaz plaz!” se vuelven tan intensos que ya no puedo soportarlo más.

—¡Voy a correrme, cabrona, voy a eyacular!

Entonces ella me desmonta. Se recuesta sobre la cama, extiende sus piernas vulgarmente en forma vertical y me señala con un gesto su boquete vaginal, el cual yace abierto, destrozado por mis acometidas, con sus labios exteriores floreando, y yo me echo encima de ella, le entierro mi pene y la comienzo a taladrar.

—¡Empáchame de mecos, papi! ¡Plantame un bebé! ¡Préñame, cabrón, préñameeee!

Y con sólo oírla exploto dentro de ella y escupo mis espermatozoides lo más hondo de su útero. Amelia grita con lloros, complacida, sonriente, estremeciéndose, con sus tetas temblando, su boca entreabierta, ambos sudorosos, y entonces me desplomo encima de ella.

Y así nos quedamos varios minutos, mi verga encajada dentro de su vagina, donde sigo descargando toda mi leche, y ella está en pleno cénit, sintiendo todo mi simiente desbordándose por su útero, y así nos quedamos un buen rato, hasta que Amelia comienza a besarme de nuevo.

Hemos dormitado por algún rato. Nos despertamos a la vez. Recuerdo haberme quedado sobre de ella, pero al final es ella la que está recostada sobre mi pecho. Nos miramos a los ojos y veo el desastre total de su maquillaje. La noto extraña. ¿Arrepentida? Tal vez sólo está conmocionada, como yo.

Se incorpora y mira sus pechos enrojecidos, con algunos moretones. No sé si después de todo me pasé un poco al azotárselos.

—Lo siento —le digo, verdaderamente apenado.

Ella me mira con asombro, como si mis disculpas lo desconcertaran.

—No pasa nada... no me duelen tanto.

—¿Entonces sí te duelen? —pregunto nuevamente avergonzado—... lo siento, fue... el furor del momento.

—Te digo que no pasa nada. A lo mejor con el agua caliente me ayuda.

—¿Quieres que vayamos al jacuzzi? —le pregunto.

—¿Me acompañarías?

Su voz ahora es suave. No como la puta engreída de siempre, sino como la de una mujer normal... que tiene los pies en la tierra. Sus ojos preciosos de los que tanto me hablaba mi padre están clavados en su mirada.

—Cuando gemías... Kike... de pronto... me hicieron acordarme de alguien.

Su voz volvió a sonar completamente diferente a la Amelia de siempre.

—¿A quién? —dije tragando saliva.

Amelia reflexiona pero al final no dice nada.

—A nadie...

Entonces se levanta y veo que tiene las medias completamente desgarradas. Me apuro a levantarme junto a ella y le pido que se siente.

—Te ayudaré.

Como un perro servil le quito lentamente sus tacones, y luego con mis dedos deslizo sus medias hasta sacárselas. Amelia abre un poco las piernas y veo que todavía le está saliendo semen y sus propios fluidos por la vagina.

—Kike... ¿crees que soy guapa?

Otra vez su voz pausada, armoniosa, que me hace recordar a mi madre... a aquella mujer bondadosa que un día me dijo que saldría de casa por un momento y que luego regresaría. Yo la miro profundamente y le digo:

—Eres hermosa... y por eso te aprovechas de mí. Si no fueras tan sexy y tan preciosa, sabes que yo no aguantaría una sola de tus chingaderas.

Ella sonrío, satisfecha.

—¿Y yo? —le pregunto de pronto—, ¿te gusto?

—Me gusta la que te cuelga —se ríe, y yo me río con ella—, así que no te sientas tan especial.

—Los dos somos dinamita, Amelia...

—Sí, lo somos...

Nos podemos de pie, ambos desnudos, descalzos, y yo la observo así y me pongo duro de sólo contemplar su voluptuosa figura.

—¿Entonces vamos al jacuzzi? —le pregunto.

Y ella asiente.

—Pero espera, deja lo preparo.

Mientras ella pone a tono el jacuzzi yo preparo un par de bebidas. Minutos después la escucho jadear cuando veo que está sumergiéndose en el agua.

—Enrique, el agua está deliciosa, ven conmigo.

¿Me ha dicho Enrique? Mi corazón palpita muy fuerte.

No sé qué mierda me pasa... pero ahora que nos hemos entregado el uno al otro, el odio que siento se ha transformado a otra cosa que no sé qué es. Quiero destruirla, pero a la vez quiero protegerla. ¿Cómo mierdas puedo querer proteger a la mujer que arruinó mi vida? Cuando dejo las bebidas junto al jacuzzi y me hundo entre la espuma, noto que ella me observa.

Mis ojos están furiosos. La estoy mirando con odio. Ella, que permanece serena y con la misma cara de viciosa de antes me pregunta:

—¿Qué carajos te pasa? ¿Por qué me miras así?

—Porque quisiera matarte, Amelia... ¡Te odio! ¡Eres lo peor que me ha pasado en mi puta vida! ¡Eres la mujer que más aborrezco sobre la faz de la tierra!

Lejos de ponerse a la defensiva, Amelia sonrío, me acaricia la mandíbula y mis labios y me dice, con un susurro seductor:

—Lo sé...

Y entonces nos besamos, y dos minutos después, estamos fornicando como perros en celo en el jacuzzi. Nos besamos y nos acariciamos como si fuésemos un par de enamorados.

Yo estoy extendido sobre las aguas burbujeantes de la tina, y encima de mí está montada Amelia que sube y baja las caderas, con su piel blanca y radiante que se mimetiza con la espuma perlada. Sus grandes tetas están a la altura de mi boca, y cuando tengo oportunidad atrapo sus pezones y los chupo, pero esta vez lo hago con cuidado.

—¡Aaaaa! ¡Hummm! ¡Ah! ¡Ah! ¡AAAaaahhh! —grita ella.

—¡Ufff! ¡Qué rico me cabalgas, hermosa, qué rico!

—Ahora eres mío, Kike... y voy a disfrutarte, y tú vas a cogerme, hasta que me harte de ti.

—O yo de ti, Amelia.

Sus gritos de placer y los míos se convierten en una sinfonía incestuosa que me confirma que esta relación que tengo con mamá... nos va terminar destruyendo a ambos como una bomba atómica que nos descuartizará al final...

—¿De veras crees que vas a hartarte de mí, Kike? —me dice cuando atrapa mi boca con sus dientes.

—Un hijo nunca puede hartarse de su madre...

Y entonces ambos explotamos en un orgasmo que nos hace estremecer, y cuyos gritos hacen eco en toda la suite.

ESTA HISTORIA CONTINUARÁ.

AUTORA
★ JOS LIRA ★
AUTORA DE RELATOS ERÓTICOS

👉 Ahora puedes suscribirte a mi nueva página de [Patreon](#) donde comparto todo mi contenido. 👉

➡ **INSTAGRAM**

[@josliraa](#)

➡ **SERIES**

- Corrompiendo a mamá
- Corrompiendo a mi hijo (versión de Sugey)
- Luciana y el sexo (versión de Lucy)

- La nueva novia de papá
 - Fantasías de una mujer madura
 - Las perversiones de Penélope
 - El cliente de mamá
 - Soy hijo de puta
- Y muchos relatos más...

LIBROS EN AMAZON



relinks.me/JosLira

PATREON

<https://www.patreon.com/relatoslira>